

LA MALDICION DE DIOS

TOMO SEGUNDO

POR M. FERNANDEZ Y GONZALEZ



Tiró un tremendo golpe á dan Luis.

THE DIOS

WALTER GONZALEZ



OBRAS PUBLICADAS POR LA NOVELA ILUSTRADA

- 4.—Renata Mauperin, por J. y E. Goscourt.
 5.—Centinela alerta, por Matilde Serao.
 6.—Los mil y un fantasmas, por A. Dumas.
 7.—El hijo de la parroquia, por O. Dickens.
 8.—Carmen, por Próspero Mérimé, y Corazón de torero, por Teófilo Gautier.
 9.—Hércules el atrevido, por A. Dumas.
 10.—El doctor Rameau, por Jorge Ohnet.
 11.—Humo, por Iván Turguenef.
 12.—El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
 13.—Raffles el elegante, por E. W. Hornung.
 14.—La Savelli, por G. Agustín Thierry.
 15.—Amor de española, por J. B. d'Aureville.
 16.—Fuerte como la muerte, por G. Maupassant.
 17.—La dama vestida de blanco, por W. Collins.
 18.—Crimen y castigo, por F. Dostoyewsky.
 19.—Miss Mefistófeles, por Fergus Hume.
 20.—El sombrero del cura Cirilo, por E. Marehl.
 21.—Tiempos difíciles, por Carlos Dickens.
 22.—Las aguas del monte Ortol, por Guy de Maupassant.
 23.—El hombre del antifaz negro, por E. W. Hornung.
 24.—Venganza corsa, por Próspero Mérimé.
 25.—Padre y fiscal, por Francisco Gopés.
 26.—El ilustre Cantastrena, por G. Rovetta.
 27.—El ladrón nocturno, por E. W. Hornung.
 28.—El ídolo de los ojos verdes, por P. Brehner.
 29.—Los buscadores de oro, por E. Gossens.
 30.—La Bohemia, por Enrique Murgar.
 31.—La pena del muerto, por Quiller Quess.
 32.—Los caballeros del bosque, por Jorge Sand.
 33.—El hijo de Artagnan, por Paul de Feval (3 tomos).
 113 a 172.—La señorita de Montecristo, por Carlos Solo (3 tomos).
 173.—El oro sangriento y
 174.—Flor de alegría, por Daniel Lenseur.
 175 y 176.—Novelas ejemplares, por Cervantes (dos tomos).
 177.—Eugenia Grandet Los avaros de provincias, por H. Balzac.
COLECCION CONAN-DOYLE
 1.—"Abie en mano.
 2.—A galopa.
 3.—La bandera verde.
 4.—La tragedia del Korosko.
 5.—El millón de la heredera.
 6.—El vendedor de cadáveres.
 7.—El robo del diamante azul.
COLECCION VICTOR HUGO
 8.—Bug-Jargal.
 9.—Han de Islandia.
 10.—El noventa y tres.
 11.—El hombre que ríe (3 tomos).
 12.—Los trabajadores del mar.
 13.—Nuestra Señora de París.
 14 y 15.—Los miserables (2 tomos).
COLECCION TOLSTOI
 16.—Resurrección.
 17.—La guerra y la paz.
 18.—La Sonata de Kreutzer.
 19 y 20.—Ana Karminé (2 tomos).
COLECCION ROCAMBOLE POR FORTIS DU TERRAIL
 21.—La herencia de los dos millones.
 22.—El tonel del muerto.
 23.—El Club de los Veinticuatro.
 24.—El Rival de Baocaras.
 25.—La estocada de los seis países.
 26.—El juramento de la gitana.

- 83.—Las dos Condesas.
 84.—El triunfo del mal.
 85.—Rocamboles tiene miedo.
 86.—El espectro de la guillotina.
 87.—Los Caballeros del Claro de Luna.
 88.—La sombra de Diana.
 89.—El pacto de las tres mujeres.
 90.—El hombre de las gafas azules.
 91.—El número ciento y diez y siete.
 92.—La cárcel de mujeres.
 93.—Los lobos de la nieve.
 94.—El telegrama falso.
 95.—Las garras de color de rosa.
 96.—La taberna de la muerte.
 97.—El fantasma de las cadenas.
 98.—Las canteras del crimen.
 99.—El cadáver de cera.
 100.—La viuda de los tres maridos.
 101.—Las fieras de la selva.
 102.—El barril de pólvora.
 103.—Los tres verdugos.
 104.—El molino sin agua.
 105.—El plan del hombre gris.
 106.—El cementerio de los ajusticiados.
 107.—Una cita de amor.
 108.—Los dos detectives.
 109.—El reo de muerte.
 110.—La cuerda del ahorcado.
 111.—La niña muda.
 112.—El secreto de la cartera.
 113.—La casa de las rosas.
 114.—Los papeles del asesino.
 115.—El rapto de una mujer.
 116.—El hilo rojo.

COLECCION DUMAS

- 49 y 50.—Los tres mosqueteros (3 tomos).
 51 a 53.—Veinte años después (3 tomos).
 54 a 59.—El Visconde de Bragelonne (6 tomos).
 60 a 63.—El Conde de Montecristo (4 tomos).
 64 y 65.—Atenas (2 tomos).
 66 a 68.—Las dos Dianas (3 tomos).
 69 y 70.—El paje del Duque de Saboya (2 tomos).
 71.—El Horroscopo.
 72 y 73.—La reina Margarita (2 tomos).
 74 a 76.—La dama de Misorena (3 tomos).
 91 a 93.—Las cuarenta y cinco (3 tomos).
 120 a 125.—Memorias de un médico (6 tomos).
 126 a 129.—El collar de la Reina (4 tomos).
 148 a 150.—Angel Pitou (3 tomos).
 151 a 159.—La Condesa de Ouaray (9 tomos).
 165 y 166.—El Caballero de Ossa Raja.
 178 a 180.—Los compañeros de Jehú.
 186 a 196.—Los Mohicanos de París (11 tomos).
 197 a 199.—Las lobas de Machecul (3 tomos).

ORTEGA Y FRIAS

- 130 a 135.—El tribunal de la sangre (6 tomos).
 139 a 147.—El siglo de las tinieblas (9 tomos).

WAYNE REID

- 159.—La vegeansa del Amarillo.
 160.—El bosque encantado.
 161.—El barco negro.
 162.—Los naufragos de la Panlora.
 163.—Las dos almas del buque.
 164.—Mann Raja.
 165.—Los balleneros.
 166 y 167.—El pabellón de escorrot.
 168 y 169.—La criolla de Jamaica (2 tomos).

FERNANDEZ Y GONZALEZ

- 200 a 203.—Don Juan Tenorio.

R. 93.547



LA MALDICIÓN DE DIOS

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO SEGUNDO



LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibañez.
Oficinas: Mesoneros Romanos, 42.
MADRID



LA MALDICIÓN DE DIOS

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

TOMO SEGUNDO



ADVERTENCIA
Director: D. Manuel Fernández y González

LA MALDICIÓN DE DIOS

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

Media hora antes de amanecer, un alcalde, con seis alguaciles, que se retiraba ya de rondar, tropezó con el cadáver de Lope Pereira.

—Hola—dijo—, atún tenemos.

—Y no de hace mucho tiempo—dijo un alguacil que se había inclinado y tocado el cadáver—, aun está tibio.

—Menester será que el rey nuestro señor ponga mucha mano en esto—dijo el alcalde—, porque no hay noche en que no se tengan estos tropiezos. Alumbrad á ver si conocemos al difunto.

Un alguacil arrimó su linterna al rostro del cadáver.

—¡Válgame Dios!—dijo el alcalde—¿pues no es el señor Lope Pereira, mi vecino? Ya se lo tenía yo dicho cuando le encontraba algunas noches á deshora por la calle: Señor Lope Pereira, la noche menos pensada os va á suceder una negra aventura. Vamos, vamos, quédense aquí dos y los restantes conmigo á avisar á la casa del difunto, que está cerca.

Y echó á andar.

—¡Válgame Dios que desgracia!—decía—¡Y la pobre Gabriela, sola, sin ayuda! ¡Y que lo embargaremos todo, porque es preciso! ¡Bah, bah y qué horas tan menguadas!

En esto, como el alcalde hubiese llegado á la puerta de la casa del platero, llamó á ella con su vara.

Pero como si hubiese llamado á las puertas de la eternidad; nadie le contestó.

Sacudió de firme; siguió sacudiendo por un largo espacio y tampoco le respondió nadie.

Empezaba á amanecer; pasaban algunos madrugadores por la calle y se detenían al ver á un alcalde con su ronda, llamando desafortadamente á la puerta de Lope Pereira, y tomando á grandes voces el nombre del rey para que le abriesen.

La gente iba aumentando, y la puerta no se abría.

Todos los curiosos sabían ya, porque habían ido y venido, que Lope Pereira estaba muerto de una estocada, al volver de la primera esquina á la derecha.

Había ya escándalo; la opinión pública empezaba á tomar cartas en el negocio; la gente aumentaba en la calle, y los vecinos se asomaban á las ventanas.

—Que vaya uno y llame á un cerrajero para abrir esta puerta—dijo el alcalde—; de seguro, en la casa no hay nadie.

Poco después el cerrajero abrió la puerta.

El alcalde dejó un alguacil de guardia para que nadie entrase, y penetró.

—En el mostrador, extinguiéndose ya, en el fondo del hueco del candelero, ardía aún el pábilo de la vela.

—De aquí hace poco tiempo que ha salido la gente—dijo el alcalde—; adelante.

Al entrar en la trastienda, el alcalde sintió unos sordos y desaforados golpes.

Aquellos golpes salían de debajo de una compuerta que había en un ángulo.

Los daba el bufón que había oído las voces del alcalde, y quería que la justicia le pusiese en libertad.

—Parece—dijo el alcalde—, que hay alguien encerrado en la cueva: id y abrid si podéis, Longinos.

Adelantó un alguacil; descorrió los cerrojos; levantó la compuerta, y el tío Peralvillo salió trititando, porque aunque era verano, la cueva era muy fría y muy húmeda.

—¿Qué haciais ahí?—dijo el alcalde.

—No hacía, me hacían—contestó Peralvillo.

—¿Y qué os hacían?

—Me hacían desesperar; hay cada rata que parece un gato, y hace un frío que es para chuparse los dedos.

—¿Quién os ha metido ahí?

—¿Y qué os importa á vos quien me haya metido aquí?

—Sí me importa ó no me importa, ya os lo diré en la cárcel.

—¿Cárcel á mí? vaya, tú estás loco hermano;

más loco que yo que tengo obligación de serlo.

—¿Y te atreves á tutearme, canalla?

—Pues no he de tutearte yo, si tuteo al rey nuestro señor.

—¡Tú!

—Sí señor, yo.

—¿Quién eres tú?

—El tío Peralvillo, bufón del señor rey de Portugal, que está por lo menos tan loco como yo ó más, porque yo soy loco de farsa y él es loco de veras.

—Amarradme á ese tuno y quedese uno con él; los otros dos conmigo.

—Mire, señor alcalde, no te encuentres con algo que te pese—dijo el bufón.

El alcalde atravesó el patio, subió las escaleras, y como la primera puerta que encontrase abierta fuese la del aposento de Lope Pereira, entró.

Al ver el armario abierto y los aparadores despojados, el alcalde se dió un golpe en la frente.

—Pues ya sé lo que es esto; han esperado al señor Lope Pereira, le han asesinado, le han quitado las llaves y le han robado. Habrá que ahorcar á alguien. Pero señor, ¿cómo es que el bufón del rey estaba encerrado en la cueva? El lo dirá, y si no lo dice á buenas, cantará en el potro. Pero vamos á ver si ha sucedido alguna desgracia á la pobre Gabriela; registremos bien: ¡qué imprudencia, señor, la de ese buen Pereira! y cuenta que no pecaba de ignorancia, que ya se lo tenía yo dicho.

La puerta del cuarto de Gabriela había quedado franca.

El alcalde entró.

A primera vista se conocía que aquel era el aposento de una mujer.

Al ver que allí no estaba Gabriela, el alcalde se puso doblemente serio.

—Aquí se ha cometido un crimen—dijo el alcalde—; aquí hay sangre; pero ¿dónde está el cadáver?

—El cadáver no parece—dijo amostazado un alguacil—. Busquemos, busquemos—dijo el alcalde.

Y se salió y tomó por las escaleras del segundo piso.

—¡Subid soto, en nombre del rey!—dijo con voz terrible un embozado que estaba en lo alto de las escaleras.

El alcalde, que estaba á la mitad de ellas, en vez de seguir subiendo, retrocedió un escalón y se puso un tanto pálido.

—¡Eh! ¿quién sois? — dijo con la voz trémula. Respetad al rey en la vara que tengo en la mano, ó vive Dios...

—Subid, subid solo y nada temáis.

—Yo no subo sino os descubris.

—Haced que ese alguacil que sube se retire, que no pueda verme.

—Retiraos, Longinos—dijo el alcalde.

Longinos se retiró.

Aquel hombre, cuando vió que nadie podía verle más que el alcalde, se desembozó y se quitó el antifaz.

—¡Ah! ¡oh!—dijo el alcalde.

Y no pudo decir más. Había reconocido al rey don Juan III.

—Subid, subid pronto—dijo el rey.

El alcalde subió temblando, porque el rey tenía una fama de terrible y de cruel que no había más que pedir.

Cuando el alcalde hubo entrado en el aposento donde se encontraba el rey, éste cerró la puerta por dentro.

—¿Qué sucede?—dijo el rey.

El alcalde contó punto por punto á su alteza lo que había sucedido.

—Esto es demasiado extraño—dijo el rey—, pero en fin, sea lo que fuere, esperadme abajo; saldré encubierto y acompañado de otra persona encubierta; me acompañaréis dejando aquí á los alguaciles de guardia. En cuanto al bufón, cargadle la mano. Cuando yo os deje, id á la cárcel y apretad el tormento á Peralvillo hasta que muera.

—¡Señor!...

—¡Hasta que muera! El tiene la culpa de todo lo que ha sucedido aquí. No escribáis lo que diga, porque será capaz de tomar mi nombre; estad solo con él; y os lo repito, apretadle duro. Idos.

El alcalde bajó temblando; dió las órdenes á los alguaciles para que quedasen allí de guardia, y esperó en la puerta.

Poco después llegaron el rey y doña Leonor, embozados hasta los ojos y con antifaces.

Había una multitud inmensa en la calle.

Al ver aquellos dos negros embozados, el populacho, de suyo impresionable y que estaba indignado por la muerte de Lope Pereira, á quien se creía un bendito, quiso echarse sobre el rey y sobre doña Leonor.

El alcalde quiso usar de su autoridad; pero en vano; las gentes se agolpaban en derredor del rey y de doña Leonor.

—¡Favor á la justicia!—gritaba el alcalde, su- dando—¡atrás todo el mundo! miren que el que toque á estas dos personas lo pasará muy mal.

De improviso, la turba que rodeaba al rey y á doña Leonor se abrió. Un hombre, un hidalgo, al oír las voces del alcalde, al ver entre la multitud á los dos encubiertos, había tirado de la espada y había embestido á cintarazos con los que encontró delante.

Aquel hombre era don Juan Tenorio.

Volvió de haber dejado en la galera, confiada al capitán Esteban de Barbadillo á Gabriela; quería ver lo que sucedía en casa del platero.

Estaba seguro de que nadie le había visto entrar ni salir de ella, ni dar muerte á Lope Pereira.

Aconteció lo que acontece siempre; que un solo hombre arrojado, dispersa á una multitud indefensa de curiosos.

Don Juan se abrió calle y llegó hasta el rey.

—Salvaos—le dijo—de la vergüenza de que vuestros vasallos os vean en estas aventuras. Id: acompañad á su alteza, alcalde. En cuanto á mí, me llevo á mi paje.

Y rompió espada en mano por el otro lado, arrastrando consigo á doña Leonor.

El rey aprovechó el boquete que don Juan le había abierto, y escapó, seguido del alcalde.

II

Quando estuvieron don Juan y doña Leonor fuera de la calle del Oro, atravesando otras á que no había llegado la noticia del suceso; don Juan soltó la mano de doña Leonor y siguió delante á gran paso y en silencio.

Doña Leonor le seguía, en silencio también.

De repente se detuvo don Juan.

Estaba delante de una gran puerta cerrada por vidrieras, sobre la cual se veía una muestra, y en ella una dorada, ave de rapaña con este rótulo por bajo:

«Hostería del Halcón de Oro.»

Don Juan adelantó, abrió la vidriera y entró, seguido de doña Leonor.

—Un aposento para mí y para mi paje—dijo á un mozo.

—¿De mucho precio, señor?—dijo éste.

—Como si fuera para el rey.

—Hay que pagar adelantado.

—En buen hora. ¿Cuánto?

—Un mes.

—Digo la cantidad.

—Veinticinco ducados.

—En buen hora. Gu'ad.

El mozo llevó á don Juan y á doña Leonor á una habitación que, aunque desahogada, estaba muy lejos de convenir á un rey.

—Tomad vuestros veinticinco ducados y servidnos de almorzar lo mejor que tengáis.

—¿Qué precio?

—Ídnos trayendo de lo mejor, hasta que os mandemos no traer más, y vino, mucho vino.

El mozo salió maravillado por la figura, por la expresión y por la bizarría de don Juan.

Doña Leonor estaba de pie, inmóvil, conservando el antifaz, y con la cabeza inclinada.

—Dime Leonor—preguntó don Juan—, si yo me hubiera casado contigo, en Somorinos, en aquel aposento de la torre de la iglesia, junto á la tumba de tu padre, ¿qué debiera yo hacer?

—¿Qué podrías hacer más que lo que has hecho? ¡Matarme! Pues qué, ¿no me has muerto el alma?

—¿Cómo es—dijo trémulo de cólera don Juan— que salías de casa de Lope Pereira con el rey?

—¿Por qué has amado tú á la hija del rey? Ella, ella es la causa de todo; yo nada sabía; ella sabía quién yo era: ella me tendió un lazo: ella me envió un hombre que me dijo:—Se os conoce; se sabe que vos sois doña Leonor de Sese; el rey envía al corregidor á prenderos; venid conmigo, y os salvaré.—Y era verdad que el rey pretendía apoderarse de mí; el bufón me llevó aberrada á casa de Lope Pereira; allí sobrevino doña Isabel de Portugal; doña Isabel, que poseía, no sé cómo, las pruebas de mi descendencia del duque de Viseo.

—¿Y esas pruebas?—dijo don Juan.

—Me he visto obligada á destruirlas yo misma por mi mano: estaba sola; aquella mujer no tenía compasión de mí; te ama y tú la amas: ¡sí, tú la amas, don Juan! Yo lo he conocido en que has dejado de amarme; yo decía: Ama á otra. Pero no sabía quién fuese esa otra. Cuando doña Isabel me dijo que tú la amabas, conocí á la mujer de quien, sin conocerla, tenía celos, sí; es muy hermosa, y luego ¡es hija de un rey!

—¡Leonor!—exclamó don Juan—silencio; se acercan; vienen á servirnos de almorzar. Si puedes procurarte un veneno, ponlo en mi plato; le comeré con placer, porque tengo hambre de morir.

En aquel momento entró el mozo y cubrió la mesa.

Mientras duró esto, doña Leonor estuvo delante de la ventana, y don Juan paseándose silencioso y sombrío.

Quando el mozo hubo acabado de cubrir la mesa, don Juan le dijo:

—Salid, y no entréis sino cuando se os llame.

El mozo salió.

Leonor—dijo don Juan.

Doña Leonor se volvió.

—Almorcemos—dijo don Juan, señalando á la mesa.

Doña Leonor se acercó á la mesa y se sentó.

—Bebamos—dijo doña Leonor.

Don Juan llenó las copas.

—¡Por el día en que nos presentemos en juicio ante Dios!—dijo doña Leonor, chocando su copa con la de don Juan.

—¡Dios, Dios!—dijo don Juan apurando su copa—. Yo estoy ya sentenciado, y no me cuido de mi juicio; pero ¿qué dirá la mujer impura que olvidándose de sí misma reniega de su padre asesinado, y olvidando su venganza y su fe, trueca el amor de un caballero por el impuro deseo de un rey, asesino de su padre?

—Que nunca el rey don Juan me hubiera presentado los cadáveres de los asesinos de mi padre, ejecutados por su justicia.

—¡Ah, sí!—exclamó don Juan, cuyo amor propio estaba violentamente herido, porque por la primera vez de su vida se encontraba reemplazado por un hombre en la posesión de una mujer—¡ah, sí! el rey don Juan ha dejado de ser horrible desde el momento en que has podido creer, á causa, tal vez, de una farsa horrible, de una farsa sangrienta, que estaba inocente del asesinato de tu padre: es verdad, un caballero, un simple caballero, por más que se llame don Juan Tenorio, no puede competir con un rey, por más que este rey sea el tenebroso, el sombrío, el feroz don Juan III de Portugal.

—¡Qué dices!—exclamó doña Leonor, poniéndose densamente pálida—¡qué! ¿te atreves á suponer?...

—No es suposición—dijo don Juan—; es evidencia: hasta ahora había yo tenido amores con mujeres desgraciadas ó con mujeres impuras; pero no había partido mi vida, mi corazón, mi alma, con una... miserable. Esta es la vida. El que se ponga en demasiado contacto con las mujeres, no puede escapar sin ser humillado, sin ser ultrajado: nos ama una sola mujer; las demás nos engañan.

Doña Leonor estaba muda de cólera.

Sus ojos centelleaban, fijos en don Juan.

Temblaban sus labios; se estremecía todo su cuerpo.

—¡Yo! — exclamó al fin — ¿yo impura, falaz, traidora? ¿Miserable, yo? ¿Y eres tú quien me lo dice, don Juan? ¡Tú, que blasonas de noble, de leal y de valiente! ¡Tú no eres más que un ser maldito, entregado á tus pasiones, esclavo de ellas; que te levantas contra todo lo que se opona á tu voluntad; que persigues á la mujer hasta que la obtienes, y que cuando la obtienes la abandonas y la ultrajas, y vas en busca de otra mujer, para abandonarla, para ultrajarla apenas la hayas vencido!

—¡Tú eres la mancha del rey de Portugal!—dijo con desprecio don Juan.

—Si hay algo que yo aborrezca; si hay algo que yo desee exterminar, es el rey.

—¿Y cómo se comprende que hayas salido de la casa de ese miserable de Lope Pereira, asida de la mano del rey?

—¿Por qué no has supuesto antes que una infamia, una gran desventura?—dijo doña Leonor—¿por qué antes de insultarme, antes de

despedazarme el corazón, no has pretendido saber si era yo digna de compasión ó de desprecio?

—¡La evidencia! no puedes negar la evidencia—dijo don Juan.

—El rey fué á buscarme á casa de Lope Pereira, adonde me llevó engañada el bufón, sirviendo á tu doña Isabel: el rey me juró que era inocente de la muerte de mi padre, y yo me presté á que me presentase la prueba de su inocencia: me llevó al Castillo Viejo; me probó que él no había sido el asesino, presentándome los verdaderos asesinos, que delante de mí confesaron el delito. El rey hizo salir aquellos hombres: algunos minutos después me asió de la mano y me llevó á un horrible calabozo. Allí me presentó tres hombres ajusticiados, y aquel espectáculo sangriento, terrible, me aterró de tal modo que me desmayé. ¡Cuando volví en mí, don Juan, vi con más horror que el que con que había visto á los tres ajusticiados, que estaba en los brazos del rey, que era suya!

—¡Por la salvación de tu alma!—rugió don Juan.

—¡Por la salvación de mi alma, por la de mi padre, por la tuya, que es lo que más amo, en el mundo!—exclamó llorando doña Leonor.

Don Juan llenó de nuevo las copas.

—Bebamos—dijo.

—¡Bebamos!—contestó de una manera terrible doña Leonor.

Los dos copas se chocaron.

—¡Por nuestra eterna separación!—dijo don Juan.

La copa cayó de las manos de doña Leonor, mientras don Juan apuraba el vino de la suya.

—¡Por nuestra eterna separación!—dijo doña Leonor—; yo creí que ibas á brindar por mi venganza.

—¡Ah, no!—dijo don Juan—. ¡Yo hubiera brindado por tu venganza, si al verte ultrajada por el rey hubieras obrado como debías! ¡Si no tuviste valor para matar, debiste tener valor para morir; porque la deshonra mata á las mujeres de sangre noble, y la que no muere después de una injuria semejante, sino que sigue al que la ha injuriado, no merece que se la vengue!

—Me parece, don Juan—dijo doña Leonor—, que, á pesar de que tu orgullo está herido, te alegras de que las cosas hayan llegado á este punto. Lo que ha acontecido, te libra de un estorbo.

—Cuando algo me estorba, paso por cima—dijo don Juan.

—Pero no pasas por cima cuando tu honor te lo impide: tu honor, que respetas por vanidad, no por virtud: tú no podías abandonarme sin causa, y sin exponerte á que yo te arrojase á la cara tu villano proceder; y sin embargo, don Juan, tú amas á doña Isabel; has mentado,

diéndome amor cuando no lo sentías; has sido villano: me has vendido á otra.

—He sido inflexible; me he herido el corazón y se lo he herido á ella, por no herir el tuyo.

—¡Eso más, don Juan! ¿no basta que yo sepa que la amas, sino que has de decirme lo tú.

—Yo no miento jamás.

—Yo tampoco miento, y oye lo que voy á decirte, en verdad: si tu no hubieras dejado de amarme, si yo no hubiera sabido que amabas á doña Isabel, al verme ultrajada por el rey, hubiera matado al rey; tanto por seguro; yo no hubiera podido sufrir el solo pensamiento de tu alma desesperada, porque un hombre se había atrevido á mancillar á la mujer que amabas; hubiera muerto al rey don Juan, sin temor á que después me hubieran hecho pedazos, y hubiera caído sonriendo, porque caía pura y digna, para tí; pero ¿qué te importa mi desventura? un poco de vanidad, y nada más: tu corazón no podía ser herido, porque no era mío; era de otra; de una hija bastarda de ese mismo rey. Pues bien: porque amas á esa mujer, en vez de herir á don Juan con su propio puñal, le he sonreído, le he engañado; le he hecho creer que lo único que me apartaba de él, era la creencia de que había asesinado á mi padre; me he mostrado con él dulce, contenta, cariñosa, enamorada; le he embriagado, y ¿sabes por qué? porque necesito vengarme de esa mujer que te me ha robado, que me ha obligado á destruir las pruebas de mi origen; que me ha robado el trono de Portugal; que ha dado ocasión á que el rey se apodere de mí. Si quieres poseer tranquilamente á doña Isabel, satisfacer tu ambición, casándote con ella y obteniendo por este enlace todo el favor del rey su padre, mántame, en tu poder me tienes; el amor de doña Isabel, te salvará del castigo de un asesinato ejecutado sobre una pobre mujer; sobre una mujer desventurada; mántame, don Juan, porque si no me matas, ella muere, te lo juro; muere antes de que la poseas.

—Yo no he cometido jamás el crimen por voluntad propia; yo no he sido jamás villano ni miserable; yo no puedo herir á una mujer yo no puedo hacer más que despreciar su provocación, y reirme de su reto. Todo lo que hablémos, será ya inútil. Aquí te quedas; voy á enviarte el dinero que me entregaste en Somorinos. Por lo demás, obra como quieras. Adiós.

Y se dirigió á la puerta.

—¡No!—dijo doña Leonor, avanzando hacia él—: yo te amo; yo no quiero separarme de tí, porque separada de tí, moriré de la agonía del alma. Perdonadme, don Juan, lo que he dicho, lo he dicho desesperada, loca: yo no haré nada contra doña Isabel; la amaré porque tú la amas; seré su esclava; pero te veré

al menos: gozaré con tu felicidad, cuando seas feliz, y lloraré y rogaré por ti á Dios, cuando te vea desventurado.

—Id á buscar al rey, señora; al pertenecer al rey, habéis dejado de pertenecerme; habéis muerto para mí. Yo no os conozco.

Y repeliendo á doña Leonor, que se había asido á su brazo salió.

Doña Leonor quiso seguirle, pero la faltaron las fuerzas. Cayó abatida sobre un sillón, y rumpió á llorar. Luego alzó la cabeza; sus lágrimas se secaron, brillaron sus ojos de una manera terrible, llenó una copa de vino, y la apuró; luego otra y otra.

—¡Ah! ¡insensata de mí!—dijo—, ¿se encierra el mundo en don Juan? ¿no me ama el rey? ¿no puedo enloquecerle hasta el punto de que se tiña en la sangre de su hija, de que castigue á ese presuntuoso don Juan? ¡Ah! sí; yo estaba loca; he recobrado la razón, y me vengaré.

Una hora después, un comerciante genovés, de los que había entonces en todas las cortes de Europa, se presentó á doña Leonor.

—Sé—la dijo—, que sois una dama principal, que por circunstancias que ignoro, está disfrazada de hombre.

—Y bien: ¿qué queréis?—dijo doña Leonor.

—Un caballero español, á quien no conozco, me ha entregado en nombre vuestro, quinientos cruzados de oro, esa cantidad está en mi poder, á vuestra disposición.

—¿Cómo os llamáis?

—Leonardo Lorenzo.

—Pues bien, señor Leonardo Lorenzo, enviadme ropas dignas de mí: ya sabéis que yo soy doña Leonor de Sese, hija del alférez mayor de Portugal, don Luis de Sese.

—Las ropas serán magníficas; tengo hermosas telas, pero será necesario que os hagan los trajes.

—Los quiero hechos, y al momento.

—Costarán muy caros.

—Gastad, si es necesario, los quinientos cruzados de oro.

—Ah, señora, con cincuenta habrá sobrado.

—Es que quiero joyas.

—No tenéis que comprarlas; las tenéis muy ricas.

—¿Que tengo yo ricas joyas?

—Sí, sí señora: diamantes y perlas que valen por lo menos mil cruzados.

—No os comprendo.

—Se me olvidaba decirlos, que ese caballero español, al entregarme el dinero, me entregó una caja llena de joyas.

—¡Ah! sí: ¡no quiere nada mío!

—Parece muy noble y muy principal aquel caballero.

—Sí, es verdad—dijo doña Leonor—, es... de-

masiado noble y demasiado principal. Enviadme los trajes; entre ellos alguno de corte; una silla de manos con dos lacayos, con buena librea, y dos doncellas para que me sirvan.

—¿Cuándo queréis eso?

—Dentro de cuatro horas: son las ocho de la mañana; á las doce quiero ir al alcázar.

—Es poco tiempo: costará muy caro.

—Nada os importa eso. Gastad.

—En buen hora. Pero debía advertiros, para que si el gasto era exorbitante, no dudareis de mi.

—De ningún modo. Id, id, que el tiempo se casa.

El genovés se inclinó profundamente, y salió.

Doña Leonor se arrojó sobre el lecho que había en la estancia, y rompió á llorar.

III

Apenas don Juan dejó, casa del señor Leonardo Lorenzo, el dinero y las joyas de doña Leonor de Sese, volvió á la hostería de la Corona, en la cual reinaba una gran consternación, porque habiendo sido preso su dueño, y llevado al Castillo Viejo, se había oído su campana, tocando á agonía por ajusticiados.

Como la noche anterior se había reunido en la hostería, en su salón bajo, gran número de hombres, de esos que no aparecen sino cuando va á haber algún tumulto: se temía que el recelo del rey hubiese sido la causa de la prisión del hostelero, y le hubiesen ajusticiado.

Don Juan entró en su aposento, se vistió un rico traje negro de corte, con adornos de oro, metió en una maleta el dinero que tenía ganado en el juego, por virtud de doña Isabel, encerró el resto de su equipaje en su maleta con la que hizo cargar á un mozo, pagó la cuenta de la hostería, y llevando tras sí al mozo que conducía su maleta, se fué al puerto, hizo que el mozo arrojase á una lancha la maleta, entró en la lancha, y se hizo conducir á la galera española, á la cual había llevado á Gabriela.

—¿Con que os tenemos ya aquí, señor: don Juan Tenorio?—dijo el capitán, recibéndole en el mismo portalón.

—Sí, señor Esteban de Barbadillo, aquí me tenéis. Desde ahora declaro mi hostería á la «Santa Teresa» (este era el nombre de la galera): ¿tenéis buen cocinero, capitán?

—Sabéis que siempre me ha gustado comer bien; pero si mi mesa no os satisface, los marineros, que tienen muy poco que hacer, irán

á Lisboa para lo que quisiéreis. ¿Dónde se coloca entretanto vuestra maleta?

—En el alcázar, si no os enojáis.

—¡Ah, no! Vos sois el verdadero capitán de esta galera, con arreglo á las órdenes que he recibido. Por mi no paséis pena: yo me acomodaré en el antepuerto. Y decidme: ¿esa dama que habéis traído, va á permanecer á bordo?

—Indudablemente. Está sola en el mundo y no la hemos de echar al mar, ni llevarla á tierra, donde la pobre no sabría qué hacerse.

—¿Ocupará también el alcázar?

—Sí, señor Esteban de Barbadillo; como que el único amigo que tiene en el mundo soy yo, y á mi lado estará más consolada.

—¿Cuándo os retiraréis, don Juan?

—Cuando ellas me retiren, amigo mío.

—Y decidme, en confianza, si gustáis; ¿para qué objeto ha puesto su majestad á vuestra disposición la «Santa Teresa», con una compañía de infantería á su bordo, en las aguas de Lisboa?

—Hay confianzas, señor Esteban de Barbadillo, que cuando se nos hacen, es por algo, Perdonad que nada os diga. Lo que únicamente puedo deciros es que el objeto para que ha venido aquí esta galera se ha desvanecido; no existe.

—Lo que quiere decir, que nos haremos pronto á la vela para las costas de España.

—Eso será cuando no me haga á mi falta una hostería flotante, con diez y seis cañones y una compañía de infantería en las aguas de Lisboa.

—Estoy á vuestras órdenes, señor don Juan.

—Adiós, y hasta luego—dijo don Juan metiéndose en el alcázar.

—Apenas entró cerró la puerta.

—Gabriela estaba sentada, junto á una pequeña mesa, leyendo meditabunda unos papeles; al sentir el ruido de la puerta que se abría, alzó la cabeza, vió á don Juan, se levantó y se acercó á él ansiosa.

—¡Ah!—exclamó—, creí que no os iba á volver á ver.

—¿Y por qué, Gabriela?—dijo don Juan.

—Porque creía que no me anabais, y que me habíais dejado aquí para no volver.

—¿Y qué ibais á hacer sola?

—¡Oh! no estoy sola, no; yo puedo ir y decir al rey; mirad estos papeles, señor; yo soy vuestra hermana, reconocida por vuestro padre, que ha vivido oculta en la casa del miserable Lope Pereira, que se atrevía á tratar-me como á una criada; yo soy Gabriela de Portugal.

—¡La hermosa infanta Gabriela de Portugal!—dijo sonriendo don Juan.

—En esos papeles no dice que yo sea in-



fanta, pero debo serlo; puesto que soy hija del rey.

—Pero hija bastarda—dijo don Juan.

—¡Bastarda! ¿y por qué?

—Porque vuestro padre, siendo casado, os tuvo en una manceba.

—¡Oh, Dios mío! no me digáis eso don Juan; yo no quiero despreciar á mi madre.

—¡Oh! los reyes tienen un poder que deslumbra, que fascina á las mujeres, porque las mujeres son todo vanidad; vuestra madre pudo ser manceba del rey don Manuel, sin dejar de ser por esto, una honrada y noble dama.

—Más honrada y más noble hubiera sido no siendo manceba de nadie.

—Ved que ofendéis á vuestra madre.

—¡Oh! es verdad; yo no sé lo que me digo: estoy aturrida con lo que me sucede; ya se ve, estaba acostumbrada á vivir sola en aquella maldita casa que me daba mucho que hacer, y á sufrir el mal trato de aquel infame Lope Pereira. Yo no creería lo que esos papeles dicen, si no fuera porque en uno de ellos he encontrado que las señas por donde puedo ser reconocida como Gabriela de Portugal, hija bastarda del rey don Manuel, son dos lunares rojos; el uno en el brazo derecho, el otro en la espalda, junto al hombro; yo tengo esos lunares don Juan; no puede dudarse.

—Sin embargo, debéis andaros con tiento antes de presentaros al rey, porque podría suceder que, á pesar de esos papeles y de esos lunares, no os reconociese; y para que no se lo dijérais á nadie, os encerrase en donde no volviérais á ver la luz.

—¡Oh, Dios mío! no me asustéis don Juan,

—Por eso os he traído aquí.

—¡Qué! ¿el rey estando yo aquí no puede hacerme daño?

—No.

—¿Y por qué?

—Porque el rey no se atreverá ni aun á que se acerque un barco portugués á una galera del emperador Carlos V.

—¡Qué! ¿ese emperador es más poderoso que el rey de Portugal?

—El emperador Carlos V es el monarca más poderoso de la tierra; le obedecen el viejo y el nuevo mundo: si él mirara con sobreceño á Portugal, Portugal sería suyo en veinticuatro horas.

—Y ¿cómo mandáis vos en un barco de un señor tan poderoso?

—Porque ese señor y yo nacimos en un mismo día; porque nos hemos criado juntos, porque nos parecemos mucho; porque es mi amigo; más que mi amigo, mi hermano.

—¡Ah! pues entonces, don Juan, el rey de Portugal os atenderá tanto, que por vos reconocerá que soy su hermana.

—Indudablemente.

—Podrá suceder también—dijo Gabriela—, que me haga infanta.

—Podrá ser.

—¡Oh! pues me alegraré mucho, don Juan; no por mí, que estoy acostumbrada á vivir con muy poco, sino por vos.

—¿Por mí?—dijo don Juan estremeciéndose ligeramente, porque vió que se le echaba encima una nueva complicación.

—Sí, por vos. ¿No me amáis? ¿no me lo habéis dicho esta noche, con toda vuestra alma? ¿no soy vuestra? ¿no os amo yo? ¿por qué no habéis de ser infante de Portugal?

La ambición rodó de una manera instintiva contra la voluntad y la razón de don Juan, por su pensamiento; pero instantáneamente se acordó de Isabel; de Isabel, hija reconocida del rey; de Isabel á quien amaba, como no había amado á ninguna mujer.

—Yo no me casaré con vos, Gabriela—dijo don Juan.

—¿Y por qué?—exclamó Gabriela, poniéndose pálida.

—Porque no sois mi igual.

—¡Qué! ¿no os basta para mujer, la hija de un rey?

—No: es que la hija de un rey no debe casarse con un caballero pobre, aunque este caballero sea tan noble como un rey. ¿Qué dirían de mí? que me había casado por interés: no: esto me deshonraría, Gabriela, y yo no quiero deshonrarme.

—Y si no os casáis conmigo, ¿qué voy yo á ser vuestra?

—Mi amiga.

—¡Vuestra amiga! ¿por qué no me dijisteis que sólo queráis ser mi amigo, cuando entrásteis esta noche en mi aposento por la ventana?

La inflexible lógica de Gabriela embarazó un poco á don Juan, que sin embargo contestó:

—Cuando yo entré en vuestro aposento, no sabía quien erais.

—¿Y si lo hubierais sabido?...

—No hubiera entrado.

—Pero es el caso que habéis entrado, don Juan.

—Supongamos que eso no ha sucedido.

—Es que yo no puedo suponerlo; es que no puedo olvidarlo; es que os amo; es que si vos no me amáis me matáis.

—No es mía la culpa de que vuestro amor sea imposible.

—¿Por qué? ¿Porque estos papeles prueban que soy hija del rey don Manuel y hermana del rey don Juan? pues bien; tiro esos papeles por esa ventana al mar, y asunto concluido.

Y Gabriela fué á coger violentamente los papeles que estaban sobre la mesa.

—No—dijo don Juan impidiéndoselo—, yo no permitiré que toquéis esos papeles; y para que no hagáis con ellos un desacierto, los recojo y los guardo.

Y don Juan dobló aquellos papeles, los metió en una cartera y guardó la cartera bajo su ropilla.

—Es que si yo he de perderos por el reconocimiento del rey—dijo Gabriela—, no quiero ser reconocida.

—¿Y qué ganaréis con eso?

—Que seáis mío.

—Es que si no aparecéis en el mundo más que como hija de padres desconocidos y criada de Lope Pereira, yo no puedo casarme con vos.

—¿Por qué?

—Porque no seríamos iguales.

—Es decir que si soy infanta no sois igual mío, y no queréis casaros conmigo porque no os digan que os honro; y si no soy infanta no soy vuestra igual, y no queréis casaros conmigo porque no digan que os deshonro. ¿Por qué entonces no me habéis dejado mi honra y mi corazón, don Juan?

—Pues qué, ¿habéis creído que al ser mía os hacía yo mi esposa?

—Si no lo hubiera creído, don Juan, no hubiera sido vuestra.

—Olvidadlo.

—No lo puedo olvidar. No quiero olvidarlo, ¿lo entendéis? Yo no os busqué; vos me buscásteis.—Yo estaba tranquila; vos me habéis hecho estar triste; he llorado por vos mucho, porque os amaba y no os veía; yo creía que me amabais, porque vuestros ojos, cuando me miraban, me decían amor.

—Sois muy hermosa, Gabriela.

—¡Ah! ¿y en siendo una mujer hermosa se la puede mirar con amor y no amarla?

—Gabriela; olvidad, os lo aconsejo porque os estimo. Yo soy un ser maldito.

—¡Y qué me importa!

—Si os unís á mí, de cualquier manera que sea, os acontecerá una horrible desgracia.

—¡Qué desgracia mayor que la de haber creído que me amabais, amaros y saber al fin que no me amáis!

Y la pobre Gabriela se echó á llorar de una manera tal, que don Juan no pudo menos de irritarse una vez más contra su suerte.

—¿Por qué—exclamó levantando los ojos al cielo—, por qué ha de ser el amor de las mujeres mi eterno inconveniente?

Gabriela se había sentado en el suelo y lloraba cada vez con más fuerza.

—Callad, callad por Dios, señora—dijo don Juan vivamente contrariado—; ved que nos oyen.

—¡Ah! me llamáis señora, y no sentís el que llore, sino porque nos oyen: ¡maldita sea la hora en que os conocí.

—Pues bien—dijo don Juan ya completamente irritado—; quedad con Dios y haced lo que queráis; para cuando vuelva, procurad estar puesta en razón.

Y don Juan salió huyendo.

Cerca de la puerta encontró al capitán con

todas las muestras de haber estado escuchando.

—¿Sabéis, señor Esteban de Barbadillo—dijo don Juan acreciendo en cólera—, que estoy por agarraros de los calzones y tiraros al mar?

—No lo dejéis por eso, don Juan—dijo sonriendo de una manera violenta, el capitán—; tomaré un baño y no habremos reñido; yo no quiero ni puedo reñir con vos.

—Sois demasiado curioso para soldado y para marino. Hemos concluido; no hablemos más de esto. Mandad que echen al agua una chalupa...

Don Juan saltó en la chalupa y mandó que le llevaran á tierra.

El capitán dió las órdenes necesarias.

Apenas se había alejado la chalupa que conducía á don Juan, Esteban de Barbadillo, que se había quedado con la cabeza inclinada, la alzó y dejó ver en sus ojos una mirada de tigre hambriento.

—Parece que os trata muy mal, mi amo—dijo un negro que salió de detrás del árbol de mesana.

El capitán miró de una manera sombría al negro.

—Mi amo puede mandar—dijo el marinero—, que tal era el negro.

—¿Quién te aconseja tan mal, que te atreves á hablarme cuando no te pregunto? ¿ó es que tienes gana de trabar conocimiento con el revengue?

—Nadie nos oye mi amo: como hace tanto calor, el equipaje duerme debajo del sollado, y los galeotes debajo de las bandas. Si vuesa merced se ha ofendido, perdoneme, que yo no lo he hecho á mal hacer.

—Tú has sido pirata, ¿no es verdad?—dijo el capitán.

—Sí, señor; pirata bien mirado no; yo iba al remo en una fusta corsa, cuando esta misma galera nos apresó cerca del estrecho, ahorcaron á unos cuantos, y á mí me metieron en la sentina con algunos otros; pero no me pusieron cadenas porque no las había, se descuidaron, y mis compañeros empezaron á tratar el modo de forzar la escotilla, tirándose sobre el equipaje, desarmarle, apoderarse del buque y largarse, dedicándose de nuevo á la piratería. Yo había agradecido mucho que los marinos de la «Santa Teresa» me hubiesen arrancado de mi banco, y quise mostrarles mi agradecimiento. Nada podía hacer si no me valía de alguna industria, y la industria de que me valí fué fingir que me había dado un gran dolor y ponerme á arrojar gritos horribos. Sucedió lo que yo había esperado; que acudieron á saber lo que era aquello; yo pedí por caridad que me subiesen sobre cubierta, y me lo concedieron. En cuanto me vi arriba dejé de dar gritos, pedí hablar al capitán, y éste me mandó entrar en su cámara. Le revelé la conspiración; le dije

que aquellos gritos y aquel dolor habían sido un pretexto para poder avisarle, y el capitán... el capitán ahorcó al otro día á los conspiradores, y á mí me hizo marinero. Desde entonces, y de esto hace ocho años, he servido muy bien á los capitanes de la «Santa Teresa». Si vuesa merced quiere que le sirva, bien, le serviré; si no, espero que vuesa merced no me lo tome á mal.

—Llama á otros tres—dijo Esteban de Barbadillo, sin contestar á la proposición del negro—, y echad la otra chalupa al agua.

El negro bajó por la grande escota á avisar á sus compañeros, y Esteban de Barbadillo se fué al castillo de proa.

—Señor Lope Bustamante—dijo á la puerta—, os dejo el mando de la galera, mientras vuelvo de Lisboa. Podrá suceder que sobrevenga un chubasco: en ese caso, sin esperarme, tomáis la vuelta de afuera, y aguantáis lo que podáis, á fin de no retiraros mucho de Lisboa. Si se acerca por acaso un barco portugués de rey, no le toméis á parlamento: si no pasa, hacéis zafarrancho y os largáis; si dispara, aceptáis el combate, pero largando siempre. Si nada de esto sucede, permaneced sobre las anclas.

—Muy bien, capitán—dijo Bustamante, que era joven y buen mozo, y al parecer alentado.

—Adiós, alférez; hasta la vuelta.

Y Esteban de Barbadillo llegó al portalón y saltó en la chalupa, que se alejó rápidamente de la galera á impulso de cuatro remeros.

Gabriela seguía llorando de una manera ruidosa, de tal modo, que á pesar de que la galera era grande, se la oía desde la proa.

—¿Qué diablos sucede aquí?—dijo el alférez Bustamante—, desde que don Juan trajo á esa joven, el capitán Barbadillo está como atortolado: don Juan tiene la peor cara del mundo, y yo no sé para qué estamos hace un mes en las aguas de Lisboa. El negro Melchor, que es un bribón, ha estado hablando con el capitán: mucho me engaño si no es prudente avisar á don Juan. El manda la galera por orden de su majestad, y es un tan gran personaje, que no se pierde nada en avisarle. Pues señor, ver, oír, y cuando sea necesario y prudente, obrar ó hablar.

Y Bustamante se metió en el castillo de popa, y se echó en su litera, donde al poco tiempo se durmió.

IV

Apenas saltó en tierra don Juan, se metió en una hostería en el puerto, y pidió de almorzar.

El almuerzo que le habían servido en el «Halcón de Oro», había quedado intacto, y don Juan, aunque no tenía apetito, comprendía que no era prudente estar débil en unas circunstancias en que podían sobrevenir sucesos; para salir de los cuales necesitase de todo su vigor.

Don Juan estaba dado á los diablos.

Todos sus proyectos habían fracasado en las veinticuatro horas anteriores.

Estaba enamorado, como nunca, de una mujer que temía fuese para él un imposible, fuera del matrimonio, y el matrimonio era una cosa en que nunca había pensado don Juan.

Le horrorizaba, por instinto.

No comprendía al hombre-marido.

No creía que había mujer bastante para que un hombre pudiese, sin locura, sacrificarla su libertad, entregarla su honor.

Y sin embargo, Isabel le arrastraba, le dominaba, le enlanguidecía, le hacía olvidarse de todos sus amores antiguos, de todas sus aspiraciones, de todos sus sueños.

Isabel ardía en su pensamiento, como un arcángel de fuego.

Se había separado de él la tarde anterior, irritada, pero no desenamorada, porque lo que había hecho, respecto á doña Leonor, probaba á don Juan que doña Isabel estaba empeñada á todo trance, en sus amores.

Doña Leonor le mortificaba en su conciencia y en su orgullo.

Había confiado en él; le amaba, y don Juan estaba terriblemente fastidiado de ella.

Por otra parte, doña Leonor había herido terriblemente su amor propio, viniendo á ser al fin, aunque sin amor, y por cálculo, la mancha del rey.

Don Juan, al unirse á doña Leonor, había obedecido á su terrible propensión por la mujer, que le había engañado tantas veces.

Durante algunos días había estado completamente enamorado de ella; y de una manera doble, porque el amor de doña Leonor alentaba su ambición.

Don Juan estaba cansado de su vida de aventuras.

Había pasado de sus treinta años: necesitaba de algo grande para satisfacer su portentosa actividad.

Había sentido la ambición de gloria, y doña Leonor le brindaba con una grande empresa. Vengar el asesinato de un buen caballero, hecho por un rey; trastornar un reino: combatir de igual á igual con don Juan III; vencerle; poner sobre el trono á una nieta del duque de Visco, y recibir con su mano la expresión de su agradecimiento. Todo esto había enloquecido á don Juan. Todo esto había empezado á empañar su noble, aunque terrible carácter.

Don Juan había conspirado; y á hombres como don Juan, la conspiración los humilla por ante su conciencia; porque en último resultado, una conspiración es una traición.

Es un lazo que se tiende á una persona que ignora que es acechada.

Don Juan apeló á todos los casuismos posibles para quedar bien consigo mismo.

Pero su conciencia no admitía aquellos casuismos.

Según las ideas de aquel tiempo (y don Juan no podía tener otras), los crímenes de los reyes sólo podían ser castigados por Dios.

El derecho de insurrección contra los tiranos, no se comprendía entonces; á un rey, y especialmente á los del siglo XVI, se le creía el representante de Dios sobre la tierra.

De aquí la peregrina invención del derecho divino de los reyes.

Por otra parte, el derecho que doña Leonor creía tener á la corona de Portugal, por su descendencia del duque de Viseo, era, si puede decirse, el derecho de la traición; puesto que el duque de Viseo había muerto por traidor. Además de esto, doña Leonor era una descendiente bastarda de aquel desgraciado ambicioso, y la bastardía excluía todo derecho que pudiera haber tenido como nieta suya.

A don Juan, sin embargo, le arrastraba el vértigo.

Escribió una larga carta al emperador, exponiéndole cuanto sabía de doña Leonor de Sese, y pidiéndole licencia para ampararla.

El emperador, aunque era cuñado de don Juan III, se avenía mal con él, porque el carácter enérgico, terrible, del rey de Portugal, no se dejaba influir. Era, como hemos dicho, una especie de rey don Pedro el Cruel, degenerado.

Carlos V no podía tomar, ostensiblemente, parte en el negocio.

Pero como no le hubiera pesado que al díscolo rey de Portugal le hubiese sucedido una mujer esposa de un vasallo suyo, que se hubiese cubierto de gloria, conquistándola una corona, el emperador escribió una carta que fué dada con gran sigilo al capitán Esteban de Barbadillo, y que éste llevó á don Juan en la galera «Santa Teresa».

La carta del emperador á don Juan Tenorio, estaba concebida en estos términos:

«Don Carlos de Gante á su muy querido compañero de infancia, don Juan Tenorio:

»Bien sabía yo que el claustro no se había hecho para vos: huélgome mucho de que andéis otra vez libre por esos mundos, pero quisiera que volviérais desengañado, de los galanteos y de las aventuras. Pedisme licencia para una que pensáis tener en Portugal, en prosecución de otra que os aconteció cerca de la frontera de ese reino. Yo ni entro ni salgo, ni os doy licencia, ni dejo de dárosela; allá vos. Holgáram

me que salierais bien de ese empeño, porque es grande y honroso; pero tan arriesgado, que me ha parecido bien enviaros una galera que permanezca á vuestras órdenes, á la vista de Lisboa, y á la cual podáis recogeros, si se os volvieren mal las tornas. Prudencia os encargo: tenéis ingenio y corazón, y Dios tal vez os ayude, porque debe estar muy enojado con aquél contra quien vais á aventuraros. A la persona que os acompaña, decidla que conocí mucho á su padre, cuando vino á Castilla, acompañando á cierta dama portuguesa; que le estimé en lo que valía, y que por ser ella su hija, si alguna vez se viese necesitada, podría tener, como cosa muy segura, mi protección y mi amparo en mi misma casa. No os digo más, sino que os guarde Dios y os ayude. De Colonia á veinticinco días del mes de Junio de mil quinientos treinta y un años.— Yo «el Rey.»

Don Juan había empezado su conspiración enamorando á doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, porque ella era la que poseía las pruebas de la descendencia de doña Leonor de Sese, del duque de Viseo.

Antes de que don Juan tuviera tiempo de apoderarse de aquellas pruebas, volviendo loca de amor á doña Estefanía, doña Isabel se había apoderado de ellas y había obligado á doña Leonor, de quien se había apoderado también, á que las destruyese.

Doña Leonor había caído en poder del rey. Don Juan, buscando á doña Leonor, había tropezado en Gabriela, con una hermana bastarda del rey de Portugal.

Parecía que un genio enemigo había intervenido para hacer fracasar todos sus proyectos, y para meterle en aventuras tales, que no podían compararse con ellas las que hasta entonces le habían acontecido.

Don Juan estaba aturdido.

No tenía partido alguno que tomar.

Doña Isabel le era á cada momento más querida, por un misterio que no podía explicarse.

Doña Leonor le inspiraba una gran compasión.

Gabriela era para él un remordimiento. Había usado de ella como se usa de un medio, y se encontraba con que había herido un corazón.

Don Juan tenía sobre sí los papeles que probaban el origen de Gabriela.

Después que almorzó sacó aquella cartera; de ella los papeles, y los leyó.

El uno, ya le conocemos; era el testamento de Lope Pereira. Otro, una declaración del rey don Manuel, en que constaba que en 1515 había tenido una hija en su amiga doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses. Otro, una partida de bautismo, de Gabriela, «hija de ilus-

tres padres desconocidos», nacida en Lisboa el 6 de Enero de 1515. Otro, el reconocimiento de hija bastarda suya, de la Gabriela contenida en la partida de bautismo anterior, habida en doña Estefanía. Una carta en que se autorizaba á Lope Pereira para criar y tener en su compañía á Gabriela, ocultándola su origen; y por último, un papel de puño, letra y firma del rey don Manuel, en que se decía que las señales por donde podría reconocerse á su hija doña Gabriela de Portugal, eran ser blanca, rubia, con los ojos azules y tener dos lunares rojos, el uno en el brazo izquierdo y el otro en la espalda, cerca del hombro derecho.

—Y bien—dijo don Juan—, ¿qué me importa á mí todo esto? ¿qué uso puedo yo hacer de estos papeles, que me sea provechoso? Ninguno; yo no me casaría con ella; la única mujer que ha hecho que pase por mí la idea del matrimonio, es doña Isabel; pero yo no he de llegar á doña Isabel; nos separamos ayer enojados; si ella no da un paso hacia mí, no lo daré yo hacia ella. Si tarda mucho en darme me meteré en la «Santa Teresa», me iré á buscar al emperador, y si Gabriela no quiere quedarse con su hermano, me la llevaré, aunque no sea más que porque no se desespere. Luego una hija y hermana de rey, es una digna querida mía.

Y como fuese ya hora de ir á palacio, don Juan pagó su almuerzo, salió de la hostería y se entró en la ciudad.

V

Doña Leonor de Sese tuvo las ropas, las joyas y la silla de manos á la hora convenida. Dos doncellas habían ido á servirla.

Doña Leonor eligió á la que le pareció mejor de ellas para que la acompañase, y se hizo trasladar con la doncella al alcázar.

Doña Leonor era en el alcázar tan conocida, como que había formado parte de la servidumbre, que todos se maravillaban de verla, y llegó sin tropiezo hasta la antecámara de la reina.

Allí, excusándose de responder á las preguntas que se le hacían, pidió una audiencia á la reina.

Al saber doña Catalina de Austria que doña Leonor de Sese la pedía licencia para hablarla, se apresuró á concedérsela.

Doña Leonor entró: la reina tenía sentada á sus pies á doña Isabel Dávalos.

Esta se levantó y se puso pálida como una muerta.

¿Qué iba á hacer allí doña Leonor? Y sobre todo, ¿cómo se había escapado de la casa de Lope Pereira? porque doña Isabel ignoraba que Lope Pereira había muerto, y todo lo demás que había acontecido en su casa.

Doña Leonor se arrodilló á los pies de la reina.

Doña Leonor se arrodilló á los pies de la ¿dónde habéis estado vuestro padre y vos?

—Mi padre, señora—dijo doña Leonor—, desde que salimos de Portugal, hace cinco años, ha estado y está en la tumba.

—¡En la tumba!—dijo doña Catalina.

—Sí, señora—contestó doña Leonor.

—Y vos, ¿dónde habéis estado?—dijo con un grande interés la reina.

—Escondida, protegida por un buen sacerdote, viviendo junto á la tumba de mi padre, orando y llorando todo los días sobre ella.

—¿Y por qué no vinisteis á ampararos del rey, de mí? vuestro padre había salido por su voluntad de Lisboa; era un buen caballero; ninguna mancha había caído sobre su nombre; ¿qué pudo impedirnos volver á Lisboa?

—Que en Lisboa vivían grandes enemigos míos; enemigos que me hubieran perdido; enemigos de los cuales, vos señora, no me habiérades podido defenedr.

—Y ahora, ¿no existen esos enemigos?

—No, señora—dijo doña Leonor—; los enemigos que ahora tengo en Lisboa, los desprecio.

Se mordió los labios de cólera doña Isabel.

—¿Pero quienes son esos enemigos?—dijo la reina.

—No los conozco, señora.

—Basta, doña Leonor: no pretendo que me descubráis un secreto. ¿qué queréis de mí?

—Que volváis á admitirme en vuestra servidumbre.

—¿Dónde habéis estado los cinco años que habéis faltado de Lisboa?

—Cerca de la frontera de Portugal, en la aldea de Somorinos, escondida en la torre de la iglesia, amparada por el cura párroco, y servida por el sacristán.

—¿Y cómo habéis vuelto á Lisboa?

—Con quinientos ducados, resto del dinero que sacó de Portugal mi padre, y con mis joyas.

—Quedaos, pues, doña Leonor; espero que el rey, mi señor, no se opondrá á ello. Sois pobre, vuestro padre, no sé por qué, legó sus inmensos bienes á los pobres; pero no importa, yo os adopto, yo os señalo desde hoy dote bastante para que podáis aspirar á ser la esposa de un caballero.

—No pienso casarme, señora. Cuando vuestra alteza no quiera tenerme á su servicio, entraré en un convento.

—Salid, doña Isabel—dijo la reina—, y ved si ha venido ya mi camarera mayor.

—Doña Estefanía—dijo doña Isabel—, ha sido presa esta noche, señora.

—¡Presa! ¿y por quién?

—De orden del rey.

—¡Presa de orden del rey doña Estefanía!—
Id, id, doña Isabel; decid á un camarero del rey, mi señor, que deseo hablarle al momento.

—Doña Isabel salió.

La reina y doña Leonor quedaron solas.

—Debéis haber sufrido mucho—dijo la reina.

—Tanto he sufrido, señora—contestó doña Leonor—, que mi sufrimiento se ha agotado, y he venido á ponerme bajo el amparo de vuestra alteza.

—¡Oh! necesito que me contéis, pero en otra ocasión; lo que ahora sucede es grave; ¡presa mi camarera mayor de orden del rey! esto es casi un milagro. Doña Estefanía tenía una gran influencia sobre el rey.

—El rey don Juan es muy justiciero, señora—dijo con un sarcasmo imperceptible doña Leonor.

—¡El rey se ha perdido!—dijo entrando en aquel momento en la cámara doña Isabel.

—¡Se ha perdido el rey!—exclamó doña Catalina.

—No está en su cámara—dijo doña Isabel—, ni en el alcázar, ni nadie sabe donde está su alteza.

La reina se levantó, abrió una puerta por donde se pasaba á las habitaciones que ponía su cámara en comunicación con la del rey, y dejó solas á las dos jóvenes.

—¡Ah!—exclamó doña Isabel—, ¿os venís á palacio? ¿Tenéis la audacia de acercaros á la reina, vos la favorita del rey? ¿vos la que habéis sido liviana lo bastante para hacer traición á don Juan Tenorio?

—¿Qué os importa á vos que yo sea ó no sea amiga del rey?—dijo doña Leonor—; lo que debo importaros, os lo voy á decir: don Juan Tenorio no me ama; me ha despreciado; me ha negado su amparo, y por lo mismo he venido á buscar el amparo de la reina.

—Vos venís á otra cosa—dijo doña Isabel.

—Comprendo en vuestros ojos que me habéis adivinado. Es verdad; he venido á otra cosa; he venido á vengarme de vos, que me habéis perdido, poniéndome en poder del rey; haciéndome imposible para don Juan; ¡oh! callad, no reveléis nada, porque creeré que tenéis miedo; luchemos en secreto, procuremos exterminarnos; pero cuando la reina nos vea, cuando nos vean las gentes, mirémosnos como si fuéramos las dos más grandes amigas del mundo; sonriámonos mutuamente; estrechémonos las manos; engañemos al mundo.

—Acepto el combate—dijo doña Isabel—; pero no lo comprendo. Decís que don Juan os des-

precia y que doña Estefanía está presa; ¿qué se opona á mi amor con don Juan, á mi unión con él?

—Podrá oponerse el destino.

—Le desafío.

—Silencio—dijo doña Leonor—; la reina se acerca.

Doña Catalina entró un momento después.

—Es extraño—dijo—, nadie ha visto salir al rey del alcázar; no está en su cámara y nadie sabe donde se encuentra.

—¿No ha sido presa esta noche doña Estefanía?—dijo doña Isabel.

—Sí, según parece—contestó la reina.

—La prisión de doña Estefanía, que tanto gozaba el favor del rey, ha debido ser por algo muy grave.

—Gastón de Riveira, el secretario de su alteza, ha sido también preso, y el bufón tampoco parece—dijo la reina.

—Pues bien, señora—dijo doña Isabel—; todas esas personas deben estar en el Castillo Viejo, donde el rey manda hacer sus justicias, y acaso esté allí también su alteza.

—Pues bien, avisaré; enviad un camarero al Castillo Viejo, á saber si en él se encuentra su alteza. Esperad: acompañad á doña Leonor á quien hemos vuelto á admitir á nuestro servicio, como menina; que se aposente con vos, doña Isabel; ambas me sois muy queridas. Id, necesito estar sola.

Doña Isabel asió de la mano á doña Leonor, con las muestras del amor afecto, y las dos jóvenes salieron juntas de la cámara.

Juntas atravesaron la antecámara y llegaron á una saleta donde había algunos camareros.

—Señor Pedro López Coello—dijo doña Isabel—, de orden de la reina, id al instante al Castillo Viejo y preguntad si está allí su alteza el rey.

—Pues qué, ¿se ha perdido el rey, vuestro señor?—dijo á la puerta de la saleta, don Juan, que entraba.

—Yo no sé si se ha perdido ó no el rey don Juan—contestó doña Leonor—; mientras don Juan, que al alzar el tapiz de la puerta había visto delante de sí y asidas de la mano á doña Leonor y á doña Isabel, hacía grandes esfuerzos para aparecer sereno.

—Id, id, señor Pedro López Coello—dijo doña Isabel—; y vos caballero—añadió dirigiéndose á don Juan—, hacednos la merced de dejarnos pasar, á mi amiga y á mi.

—Pasad en buen hora, señoras—dijo don Juan que había logrado dominarse ya—, hablándolas y saludándolas como si no las conociera.

Las dos jóvenes pasaron.

Don Juan se quedó por un momento inmóvil, —No sabía lo que aquello significaba.



No podía explicarse cómo doña Leonor salía de la cámara de la reina, y asida de la mano de doña Isabel. ¿Qué significaba aquello?

Don Juan estaba terriblemente contrariado; no sabía hasta qué punto estaba empeñado su amor propio en aquello: la vida empezaba á cambiar para él.

Las dificultades, las contrariedades, lo vago, lo indefinible, empezaba á cruzarse á su paso.

La situación difícilísima en que se encontraba se hacía cada momento más difícil para él.

Había ido á buscar al rey: no le había encontrado y se había ido á pedir una audiencia á la reina, á punto que las dos jóvenes salían asidas de la mano.

De tal manera habían sabido ocultar las dos lo que en sus almas pasaba, que don Juan pudo creer que se habían unido despreciándole.

No se volvió, porque le habían visto los camareros y no quería dar muestras de vacilación.

Se dirigió á uno de los camareros y le dijo:

—¿Tendréis la bondad, caballero, de solicitar una audiencia para don Juan Tenorio, á su alteza la reina?

—Con toda mi voluntad, caballero—contestó el de la cámara, y entró.

Poco después salió y dijo á don Juan.

—Su alteza la reina os concede la audiencia que pedís y podéis entrar cuando gustéis.

Don Juan saludó, atravesó la antecámara, en que había algunas damas, y otro camarero le pidió su nombre á la puerta de la cámara de la reina, y le anunció, después de lo cual, entró don Juan.

VI

La reina estaba sentada en un sillón junto á la mesa, y leía en su libro de horas.

A pesar de que sintió los pasos de don Juan, no levantó los ojos del libro, y don Juan se acercó y se arrodilló á alguna distancia.

La reina siguió leyendo como si absolutamente hubiera sentido los pasos de don Juan.

Al fin alzó los ojos y los fijó de una manera tranquila, pero seria y grave, en don Juan.

Era la primera mujer que veía á don Juan sin conmoverse.

Esto, tan acostumbrado estaba don Juan á causar efecto en las mujeres, le mortificó.

—Alzad—dijo la reina—, vos no sois nuestro vasallo, y no debemos teneros mucho tiempo de rodillas. Además, no estáis acostumbrado á

arrodillaros. Hablad, caballero: ¿qué queréis de mí?

—Tuve el honor, señora—dijo don Juan—, de presentarme hace tres meses á vuestra alteza, y ofrecerla mis respetos: acababa de llegar á Lisboa. Soy muy buen servidor de vuestro hermano el gran emperador Carlos V, mi rey y señor, y no podía menos de venir á ponerme á vuestros pies, y pedir la honra de besar vuestra mano. Después no he vuelto á palacio; pero hoy, que he de salir de Lisboa, vengo á ponerme de nuevo á los pies de vuestra alteza.

—Pues yo creía, don Juan—dijo la reina—, que íbamos á tener el contento de que permanecieseis por mucho tiempo en Lisboa, ó por lo menos en Portugal; pero si vuestros asuntos no os han salido bien, no debemos deteneros.

—Me detenía aquí, señora, cierto pleito de una mujer; pero esa mujer ha perdido las pruebas que demostraban su derecho; no puede exigirle, y no exigiéndole, no tiene necesidad de que nadie la defienda.

—Creo, don Juan, que esa mujer á quien os referís, está ya bajo nuestra protección.

—¿La conocéis, señora?—dijo don Juan mirando profundamente á la reina.

—¿No se llama esa joven que vos protegíais, doña Leonor de Sese?

—Sí, señora.

—Pues bien, don Juan; esa dama ha entrado de nuevo á mi servicio; se cuenta otra vez en el número de mis meninas, y yo la he adoptado.

—¿Qué la habéis adoptado, señora!—dijo con extrañeza don Juan.

—Sí, ciertamente; su padre don Luis de Sese sirvió muy bien al rey mi señor.

—¿Y sabe vuestra alteza por qué don Luis de Sese salió de Portugal?

—Sí.

—¿Está cierta vuestra alteza de que lo sabe?

—Sí: en palacio se sabe todo lo que en él sucede; nunca falta un servidor que nos lo diga, y mucho más si sabe que la noticia ha de dolernos.

—¿Sabe vuestra alteza que don Luis de Sese salió envenenado de Portugal?

—Si no se sabía eso, se sabía á lo menos que se había perdido; y cuando una persona tan principal como don Luis de Sese se pierde, y no se reciben noticias suyas, es de suponer que ha muerto de una manera misteriosa.

—¿Y sabe vuestra alteza cuál era el asunto que tenía en Lisboa, oculta en mi compañía bajo el disfraz de paje á doña Leonor?

—¡Qué decís!—exclamó la reina—¿con vos ha vivido disfrazada de paje, durante tres meses, doña Leonor?

—Yo creía que no lo ignorabais, señora—dijo don Juan—; de otro modo, no hubiera comprometido la posición, en palacio, de doña Leonor, cuando me separo completamente de ella.

—¿Y cómo habéis podido suponer—dijo con enojo la reina—que yo sabía que doña Leonor se había olvidado hasta tal punto de sí misma, que había vivido tres meses, sola, con un hombre de tan mala fama como vos, cuando os he dicho que la he admitido de nuevo á mi servicio?

—Perdonad, señora; pero por nada del mundo hubiera yo revelado que doña Leonor había vivido conmigo; al saber yo que vuestra alteza lo ignoraba: ya que no me case con ella, no quiero perjudicarla.

—¿Y por qué no os casáis con doña Leonor de Sese?—dijo la reina—si la habéis encontrado perdida, no habéis debido tenerla á vuestro lado.

—No, no, señora; la he encontrado muy guardada.

—Entonces, don Juan, debéis casaros con ella.

—No puedo, señora.

—¿Por qué, don Juan?

—Porque doña Leonor recientemente ha tenido una aventura, de la que yo no puedo desentenderme.

—La prueba—dijo la reina—, la prueba, caballero; yo no puedo consentir en que por disculparos, calumniéis á doña Leonor.

—¡Calumniar yo!—dijo don Juan, poniéndose sombríamente pálido—yo no he mentido jamás.

—¡La prueba, ó no os creeré!

—Pedid la prueba—dijo don Juan—á vuestro esposo; pedídsela á vuestra protegida doña Isabel Dávalos, que según dicen, es hija natural del rey don Juan.

La reina se levantó pálida y altiva.

—¿Quién sois vos?—dijo—¿á qué venís aquí, á tener la audacia de insultar al rey, dirigiendo vuestros insultos á la reina?

—Y bien; ¿qué me importa? — dijo don Juan— el rey sabía que me injuriaba, cometiendo una violencia contra doña Leonor. El rey se ha atrevido á mí, no es mi señor. Don Juan Tenorio vale tanto como un rey, y más que muchos; estoy en el caso de pedir una satisfacción de igual á igual; le he buscado para ello; se ha ocultado de mí, y he venido á buscar á vuestra alteza.

La reina vió un no sé qué tan terrible en los ojos de don Juan, que retrocedió.

—¡Vos no sois un hombre!—dijo.

—¡Es verdad! — contestó don Juan — ¡yo soy una maldición!

La reina retrocedió otro paso.

—¿Y sabéis por qué, doña Catalina, no me vengo de la injuria que el rey me ha hecho, ocultando mi cólera, encubriéndome, metiéndome en palacio, viéndoos todos los días, enamorándoos, enloqueciéndoos, siendo para vos ese

Satanás humano, al que no resiste ninguna mujer?

La reina no podía hablar; miraba aterrada á don Juan, que se había transfigurado; que estaba hermosísimo, que casi resplandecía.

—Pues bien: no os he perdido, señora, porque para vencer vuestra virtud, necesitaba una larga lucha; porque yo no podía vivir viendo todos los días y tratando con respeto al que me había injuriado; porque don Juan Tenorio no reconoce más señor ni más rey que su destino; porque prefiero ser destruído á ser un villano; porque no ve más que hombres, aunque algunos de estos hombres lleven sobre la cabeza una corona.

—¡Callad!—dijo la reina—¡vos estáis loco! Callad, porque si os oyen, os van á matar; callad; idos; olvidad lo que habéis dicho: olvidad que lo he oído yo.

Don Juan adelantó y contempló profundamente á doña Catalina.

Luego la asió una mano, y la dijo:

—Me pesa haberos enojado. Olvidad lo que habéis oído. Yo me hubiera detenido siempre ante vos, por más que sepa que bajo una cabeza de reina hay un corazón de mujer. Yo no puedo haceros desdichada; sois hermana del emperador Carlos V, que es mi hermano del corazón. Adiós, señora, y no os acordéis más de mí.

Y besó la mano á la reina, y salió.

Doña Catalina permaneció un momento inmóvil, pálida, aturdida.

Don Juan la había impresionado de una manera misteriosa; la había hecho sentir un vértigo que aún no había pasado.

—¡Ese hombre!—exclamó—¡ese hombre! ¡Ah! no, no es un hombre; es la tentación; es el infierno. He tenido miedo. No volverá; si volviera, sería un miserable, y no lo es. No, sería para mí una desgracia.

La reina se sentó, inclinó la cabeza, y permaneció algún tiempo silenciosa y meditabunda. Al fin alzó la frente, radiante de dignidad.

—¡Ah, no!—exclamó—esto que ha pasado por mí un momento, ha sido un vértigo, un delirio; los ojos de ese hombre, fijos en los míos, tenían algo de sobrenatural, de irresistible. Es necesario que ese hombre salga cuanto antes de Portugal; yo no amo al rey; yo soy una mártir con corona; don Juan es lúgubre, terrible. La esposa y la mujer están siempre ofendidas por él. ¿Qué me ha hablado ese hombre de una violencia hecha por el rey don Juan á doña Leonor de Sese, que hace imposible su casamiento con ella? ¡Ah! sí; hace cinco años se murmuró en palacio que don Luis de Sese se extrañaba de Portugal, porque el rey había atentado á su honor, pretendiendo envi-

leer á su hija. ¿Será cierto? ¿No mentirán los que dijeron aquello? ¿No habrá mentido don Juan...? No, don Juan no miente; podrá ser terrible, maldito, pero no es villano. ¡Ah! yo sabré lo que esto es. Doña Leonor no podrá mentir tan bien, que yo no la conozca que miente.

Y la reina tocó la campanilla que estaba sobre la mesa.

Se levantó el tapiz de la puerta, y apareció un camarero.

—Id al aposento de doña Isabel Dávalos—le dijo—y mandad de orden mía, á doña Leonor de Sese, que debe estar en aquel aposento, que venga á verme al momento.

El camarero salió, y doña Catalina se quedó esperando.

VII

Doña Leonor apareció poco después; llegó y se arrodilló delante de la reina.

—Alzad, alzad—dijo doña Catalina—; arrimad un cojín y sentaos á mis pies; pero antes mirad, id al estante y tomad la historia del famoso «Caballero Tirante el Blanco».

Doña Leonor fué á un magnífico estante que había en la cámara, y por el rótulo puesto á lo largo, en letras de oro, sobre la rica encuadernación de marroquí de un libro, vió que aquel era el que le había mandado tomar la reina: le tomó y fué á sentarse tranquila, pero muy pálida y muy triste, á los pies de la reina, sobre un cojín de terciopelo encarnado con rapacejos de oro.

La reina aparecía perfectamente tranquila, pero seria y grave como siempre.

—Ya que estáis otra vez en nuestra casa y á nuestro lado—dijo la reina—, quiero que empecéis, cuanto antes, á desempeñar vuestro cargo de menina. Me acuerdo que leíais muy bien, doña Leonor; abrid la historia de ese famoso caballero, á la ventura, á ver con qué aventura tropezamos.

Doña Leonor abrió por medio el libro, y empezó á leer con voz pura, sonora y argentina.

Al poco espacio la reina dijo:

—Hemos dado con una aventura que me desagrada mucho. Estos libros están escritos muy á lo vivo, y no puedo sufrir lo de que un caballero andante se atreva al tálamo de un rey, enamorando á una reina que se vuelve loca por él. Id, abrid por otra parte, doña Leonor.

La joven cerró el libro, le abrió otra vez y se puso á leer.

Al poco tiempo dijo la reina:

—Tampoco me agrada eso: ahí aparece una doncella andante de quien se enamora perdidamente un rey y ofende por ella á su esposa, que es una santa. Dejemos la lectura, doña Leonor; poned el libro en su lugar y volved á sentaros á mis pies.

Doña Leonor fué, dejó el libro y volvió.

—Puesto que de historias se trataba, y que no nos satisface la de «Tirante el Blanco», ocupémonos de otra que me interesa mucho más, y en la cual, á buen seguro, no habrá ni caballeros que se atrevan á reinas, ni reyes que violenten á damas andantes. Contadme vuestra historia, en los cinco años que habéis pasado fuera de Portugal, y perdida.

—Harto guardada—dijo doña Leonor.

—¿Decís que vuestro padre murió envenenado?

—Sí, sí, señora—contestó tristemente doña Leonor.

—¿Dónde murió vuestro padre?

—En España, en Somorinos.

—¿Dónde está Somorinos?

—A media legua de la frontera de España y Portugal.

—¿Y qué fué de vos, después de la muerte de vuestro padre?

—Me quedé oculta junto á su tumba, como ya os lo he dicho, señora; protegida por un buen sacerdote y por el sacristán de la iglesia, que es un buen hombre.

—¿Y por qué no os vinisteis á Portugal, y á nuestra casa?

—Porque en palacio tenía yo un grande enemigo, que ha causado mi eterna desdicha.

—¿Y no podía yo protegeros contra ese enemigo.

—No, señora.

—¿Tan poderoso es?

—El más poderoso de Portugal.

—El más poderoso de Portugal, es el rey.

—No, no, señora—dijo doña Leonor sin inmutarse, por la profunda mirada que fijaba en sus ojos la reina—. En aquellos tiempos, la persona más poderosa de Portugal, era la favorita.

La reina se puso pálida.

—Doña Estefanía de Silva, no era verdaderamente la favorita del rey. El rey sabe que doña Estefanía fué mancocha del rey, su padre.

—Por lo mismo, señora; doña Estefanía, que ha sido aya del rey; que no se ha separado nunca de él, tiene sobre él, ó tenía entonces, una influencia incontrastable.

—Pero... estáis muy olvidadiza, doña Leonor. Por aquel tiempo quien privaba con el rey, era el almirante; doña Estefanía estaba en desgracia. La prianza del almirante se atribuía á

que el rey contaba con él para casarle con una dama á quien adoraba.

La reina miró de una manera terrible á doña Leonor.

Por algún tiempo la reina y la menina se estuvieron mirando frente á frente.

Al fin doña Leonor se levantó, y dijo con acento sereno y firme:

—¿Habla conmigo la reina, mi señora, ó la esposa de don Juan de Portugal?

—¿Por qué decís eso, doña Leonor?—dijo la reina con fría severidad—Sentaos; delante de mí no se está más que de rodillas ó á mis pies.

Doña Leonor se sentó, pero se mantuvo tiesa y rígida, mirando frente á frente á la reina, densamente pálida y estremecida por un ligero temblor nervioso.

—Explicadme, explicadme—dijo la reina—, ¿por qué os habéis levantado? ¿Por qué me habéis preguntado si habla con vos la mujer ó la reina, cuando os he dicho...

—La dama de quien el rey estaba enamorado, ó á lo menos empeñado—dijo con altivez doña Leonor—, la dama con quien quería el rey casar al almirante, era yo.

—¿Vos?—dijo la reina con desprecio.

—Yo — contestó con doble altivez doña Leonor.

—No lo creo—dijo la reina.

—Créalo ó no vuestra alteza, la verdad es que por los amores del rey hacia mí, se extrañó mi padre de su patria y fué á morir envenenado, en suelo extranjero.

—Recelos, sin duda, del quisquilloso honor del buen don Luis de Sesé.

—Crea vuestra alteza lo que quiera—dijo doña Leonor.

—Y decidme ahora; ¿dónde habéis estado cinco años que creo que son los que han transcurrido desde la muerte de vuestro padre?

—En Somorinos.

—¿Y cómo es posible que siendo vos tan conocida en la corte, por vuestra hermosura y por vuestra jerarquía, no os ha reconocido ninguno de los señores que van y vienen continuamente de la corte de España á la de Portugal?

—Porque nadie sabía en Somorinos, que yo estaba en él; porque nadie me conocía, porque yo estaba sepultada en vida y guardado el secreto por el cura y por el sacristán. Sólo salía un momento de noche, de la habitación en que vivía oculta, para ir á orar en el cementerio sobre la tumba de mi padre.

—Y ¿cuánto tiempo hace que habéis salido de Somorinos?

—Está preguntando vuestra alteza como se pregunta á un acusado—dijo doña Leonor, evadiendo la contestación.

—Sea como quiera la manera con que yo os pregunto, debéis contestarme. ¿Cuánto tiempo hace que salisteis de Somorinos?

—Tres meses — contestó apurando la situación doña Leonor.

—¿Y dónde habéis estado el tiempo que habéis tardado en venir á palacio?

Los ojos de doña Leonor vagaron, dejando ver una expresión de angustia.

—He venido aquí—dijo—en un momento de desesperación; sin pensar lo que hacía, sin preparar nada. Yo he debido ir primero á Somorinos; haberme hecho acompañar del buen cura párroco.

—Pero siempre, á no ser que hubierais tardado en venir mucho tiempo, hubierais traído vuestros hermosos cabellos cortados.

—¡Ah!—exclamó doña Leonor—¡no creía yo á don Juan tan miserable!

—¿De qué Juan habláis, doña Leonor?

—Juan por Juan—dijo doña Leonor, levantándose decididamente y en completo estado de rebeldía—, tan miserable es don Juan Tenorio como don Juan de Portugal.

—¡Qué dice esta insensata!—exclamó la reina.

—Sí, sí, llamad; que venga vuestra servidumbre; que me arranquen de aquí; que me encierren; mi encierro, durará lo que tarde en saberlo el rey.

—¡Ah!—exclamó doña Catalina—, venid, venid; no es la reina la que ahora os habla; es la mujer, la dama.

Y arrastró consigo hacia una puerta á doña Leonor.

Cuando la reina pasó de aquella puerta con la joven, la cerró, atravesó un retrete, pasó otra puerta con doña Leonor y la cerró también.

Estaban en una pequeña recámara.

—¿Por qué me habéis dicho—exclamó doña Catalina, con la sombría cólera de su raza, terrible en Carlos V y espantosa en Felipe II—, por qué me habéis dicho que permaneceríais muy poco en el encierro á que yo os destinase?

—¡Ah! porque doña Estefanía perdió por mí, cuando yo no quería que le perdiese, su favor, porque el rey me ama con toda su alma; porque yo aquí no soy la menina, soy la reina.

—Pasó algo indescribible, por todo el ser de doña Catalina.

—Continuad... continuad—dijo pudiendo hablar apenas—. Quiero saber hasta dónde llega vuestra insolencia.

—No, hasta donde llega mi desesperación; hasta donde mi sed de venganza.

—¡Contra mí!

—Y qué me habéis hecho vos; ¿qué me importáis vos! ¿Creéis que yo amo al rey? ¿Creéis

que me deslumbra el infame oficio de manceba del rey? ¡Ah! no; es que es poco la deshonra; ¡el alma vendería yo á Satanás por vengarme! Oid: una noche, hace tres meses, estaba yo arrodillada junto á la tumba de mi padre; la luna inundaba el cementerio; al levantarme ví detrás de mí á un hombre; la luna le daba en la faz; aquel no era un hombre, no; era un ángel caído; un ángel desterrado; un ángel terrible; un ser funesto; un espíritu maldito dentro del ser humano más hermoso que ha podido soñar una mujer enamorada; era... ¿pero á qué deciros quién era si ya lo habéis conocido, si ya sabéis quien es, si ya vuestro corazón se habrá estremecido al escuchar su voz, á pesar de vuestra altivez, de vuestra honra y de vuestra pureza?

La reina tembló y se apoyó en un sillón.

—Sí, sí; eso es; ¿le habéis visto? ¿le habéis oído? ¡ah! manceba por manceba, tanto da doña Catalina de Austria, como doña Leonor de Sese.

—¡No! ¡no! manceba no—exclamó con angustia la reina que estaba dominada.

—¡Ah! sí; el miserable, el infame, el Satanás humano, ha querido vengarse del rey; os ha emponzoñado el alma, y os ha dejado desesperada. Os tengo lástima, doña Catalina.

—¡No, no!—dijo rehaciéndose la reina—; es que vuestra insolencia me aturde; es que lo estoy viendo y no puedo comprender que exista una mujer tan desesperada, tan insensata como vos.

—Oid—dijo doña Leonor—, oid; ¿vos creéis que podréis olvidarle? No, no le olvidaréis; si él os abrasado el alma con una mirada, el fuego no se extinguirá nunca; será más voraz, á medida que el tiempo pase; ansiaréis verle y no le veréis, aborreceréis, como las aborrezco yo, á todas las mujeres que le amen: ¡oh, sí! él se ha vengado del rey, y me ha procurado mi venganza de una mujer. De vos no, de otra; porque vos, ¿qué me habéis hecho á mí? No, no, es otra; una hija natural del rey... doña Isabel Dávalos...

—¡Ah!—exclamó la reina.

—Sí; ¿no sabéis que doña Isabel Dávalos era hija natural del rey?

—Sí;—dijo la reina—; pero... ¿por qué decís que don Juan os ha vengado del rey y de doña Isabel Dávalos?

—¿Por qué? porque doña Isabel Dávalos, que ama á don Juan, me ha tendido un lazo y me ha entregado al rey. Porque doña Isabel está á vuestro lado, y vos tendréis celos del amor que don Juan tiene á doña Isabel. Sí, los tendréis; y... evitaréis que doña Isabel se case con don Juan. Por eso sólo había yo venido á palacio para apoderarme del corazón del rey; por ser poderosa; por despedazar á don Juan, que me ha injuriado y á doña Isabel, que me le ha robado.

—¿Habéis concluido ya vuestra historia?—dijo la reina.

—Sí, si señora; y esta historia, se parece mucho á las de «Tirante el Blanco» que he leído. Un caballero seduce á una reina; un rey olvida, por una dama andante á su esposa.

—Bien; me desafiáis; la lucha va á empezar. Venid.

Y asió de la mano á doña Leonor, y abriendo las puertas que había cerrado, entró en la cámara con doña Leonor.

Apenas estuvo la reina en la cámara, llamó á su servidumbre.

Entraron sus damas, sus meninas, sus camareros.

Doña Leonor estaba altiva y serena, en medio de la cámara.

—¿Sufriríais vosotras—dijo la reina—, que viese á vuestro lado una mujer que ha vivido públicamente con un hombre, disfrazada de paje? ¿Con una mujer que entrase en mi palacio con los cabellos cortados, á la usanza de los pajes?

Y asió la cabellera que tenía rizada en bucles doña Leonor.

Esta sintió el golpe en medio del corazón. No le esperaba.

Había supuesto que la reina la mandaría encerrar; pero aquello era horrible; aquello la inhabilitaba; podía ser manceba del rey, pero no podía ser una influencia en la corte.

—Miente quien haya dicho eso á vuestra alteza—dijo doña Isabel Dávalos, que estaba entre las meninas—. Doña Leonor de Sese no ha vivido al lado de un hombre, sino al lado de un caballero. Doña Leonor de Sese está pura de toda mancha. Si ha estado disfrazada de hombre, y por consecuencia se ha cortado los cabellos, es porque la importaba no ser conocida. Doña Leonor de Sese, no lleva, como yo, su verdadero apellido; ella se llama doña Leonor de Portugal, como yo me llamo doña Isabel de Portugal; ella es nieta del duque de Visco; y yo soy hija natural del rey don Juan III. Lo que he dicho señora, se probará; entretanto, permitidme que mi prima y yo salgamos de aquí, mientras el rey, mi padre y señor, disponga de nosotras.

Y asió de la mano á doña Leonor, y salió. La reina despidió á su servidumbre, se entró en su recámara, se sentó en un sillón y quedó en él fría, muda é inmóvil, como una estatua.

—¿Por qué habéis hecho eso — dijo doña Leonor?

—¿Por qué? Porque la reina no os rompía

del todo y yo quiero romperlos; porque el rey, aunque está loco por vos, renunciaría á vos por el escándalo, y vos seriais más terrible libre, que sujeta al recelo del rey don Juan. Voy á mandar que os pongan una de mis sillas. Volveos á vuestra casa y esperad en ella; yo espero tranquila en mi aposento del alcázar. ¿Dónde vivís vos?

—En la hostería del «Halcón de Oro».

—Pues bien, sabedlo: ¡á muerte!—dijo doña Isabel.

—¡A muerte!—dijo doña Leonor.

Y las dos jóvenes se estrecharon fuertemente las manos.

—Esperad en esta sala—dijo doña Isabel—; cuando la silla esté dispuesta, vendrán á avisaros. Adiós.

—Adiós.

Y doña Isabel salió.

—¡Oh! cuando me vuelvas á ver—dijo doña Leonor—, será cuando caigas á mis pies.

Al poco tiempo la avisaron de que la esperaba en el patio del alcázar una silla de manos, y salió.

Aquella tarde el mayordomo mayor del rey se presentó en el cuarto de doña Isabel, acompañado de una de las ayas de las damas.

—¿Qué es esto?—dijo doña Isabel.

—Señora, el rey me manda á buscar á vuestra señoría.

—¿Por qué me dais tratamiento?

—Porque el rey os declara hija suya é infanta de Portugal.

—No comprendo todavía bien.

—El rey me manda conducirnos con esta señora, al convento del Espíritu Santo, en donde os dejaremos.

—Pues bien—dijo doña Isabel poniéndose sombriamente pálida—, puesto que el rey lo manda, os sigo.

—Y salió con ellos; bajó al patio, entró en una litera que allí esperaba, con el aya, y fué trasladada al convento.

Doña Isabel logró que el aya, á quien al fin importaba estar bien con una infanta, se encargase de decir en un papel á don Juan Tenorio.

«No salgáis de vuestra galera, porque pudiera haber para vos un peligro que no podríais evitar. yo estoy presa en el convento del Espíritu Santo. No sé si me amáis, don Juan; pero yo os amo.—Doña Isabel de Portugal».

Aquella misma tarde el buen corregidor de Lisboa se presentó en la hostería del «Halcón de Oro» á prender á doña Leonor; pero estaba de Dios que no pudiese prenderla.

Doña Leonor había salido de la hostería, despidiéndose de ella y pagando su cuenta, y no se sabía adonde había ido.

VIII

Eran más de las diez de la noche.

La «Santa Teresa» dormía sobre sus anclas, y la tripulación y los soldados dormían también, excepto el cuarto de guardia que velaba en la proa.

Un ligero Sud-Este empezaba á picar la mar. Don Juan Tenorio estaba á bordo, en el alcázar.

En el alcázar estaba también Gabriela.

En el castillo de proa, el capitán Barbadillo se había acogido al camarote de su segundo, el alférez Bustamante.

La luna se había puesto.

Anchas ráfagas de nubes cubrían las estrellas. En el buque no había una sola luz. Todo reposaba.

Se había tocado hacia mucho tiempo á silencio y los del cuarto de guardia estaban sentados é inmóviles contra las bandas. Sólo uno de ellos se paseaba en la crujía y cantaba á media voz, sin duda para no dormirse.

En el camarote de Bustamante, ni él ni Barbadillo dormían; pero los dos, metidos cada cual en su litera, se fingían dormidos.

Barbadillo se había enemistado gravemente con don Juan Tenorio; había conspirado contra él, valiéndose del negro Melchor, y se había ido además, á buscar al rey; no le encontró en el alcázar y se dirigió á la ventura al Castillo Viejo.

La noche anterior había oído desde el mar el toque y las tres campanadas de agonía que habían partido desde el castillo; había comprendido que el rey había hecho una justicia, y que tal podían ser los sucesos, que el rey hubiese permanecido en el castillo.

Se dirigió, pues, á él; llegó á la poterna y preguntó por su alteza.

Nadie le supo responder; si el rey estaba en el castillo, no lo sabían aquellos á quienes había preguntado el capitán.

Apeló, pues, Barbadillo al alcaide.

—Si el rey está en el castillo—le dijo—, que no estando en el alcázar no se puede presumir que esté en otra parte, decidle que desea hablarle, de un asunto importantísimo, el capitán de la galera española que está anclada en bahía.

El alcalde hizo esperar á Barbadillo, y á poco volvió; y por un laberinto de pasadizos lóbregos llevó al capitán á una cámara, en donde encontró al rey y se quedó con él solo.

—¿Qué tenéis que decirme?—le preguntó don Juan III, que á juzgar por su semblante, tenía el humor más negro del mundo.

—Mi lealtad, y mi hidalguía—dijo Barbadillo—, me aconsejan avisar á vuestra alteza, de una traición, de algo más, ó...

—¿De una traición decís?—exclamó el rey con acento amenazador—¿sabéis que en el lugar en que os encontráis es muy peligroso hablar de traiciones? ¿Sabéis que es tan difícil salir de aquí, como es fácil entrar?

—Nada tengo que temer, señor, porque vuestra alteza es justiciero, y yo soy leal y honrado.

—Decidme, puesto que sois el capitán de esa galera española, que hace un mes está en Bahía, ¿á qué ha venido esa galera á las aguas de Lisboa?

—A ponerse á las órdenes de don Juan Tenorio, que estaba en Lisboa.

—Es decir, que el emperador ha puesto bajo las órdenes de ese hombre, una galera real que no ha venido á saludarnos.

—Sí, señor.

—Y decid: ¿qué gente tiene esa galera?

—Doscientos forzados; treinta marineros; una compañía de doscientos hombres mandada por el alférez Bustamante, que es también hombre de mar; dos pilotos; un contramaestre; cuarenta artilleros con un condestable; todo esto al mando de un humilde criado de vuestra alteza.

—¿Qué está á su vez bajo las órdenes de don Juan Tenorio?

—Sí, señor.

—Brava galera es la «Santa Teresa», y bien tripulada y guarnecida.

—Es una de las mejores naves de guerra que tiene España.

—¿Y afirmáis que no sabéis con qué objeto ha sido puesta la «Santa Teresa» á las órdenes de don Juan Tenorio?

—Hasta hoy no he podido adivinar nada.

—Es decir que la traición que me habéis anunciado es una adivinación vuestra.

—Algo más que una adivinación, señor; tengo pruebas de que se trama algo, y como lo que se trama no puede ser más que contra Lisboa, he aquí por qué he supuesto que se trataba de una traición.

—Veamos.

—Hace dos días, en grandes cajas, han entrado en Lisboa quinientos arcabuces y una gran cantidad de pólvora y balas.

—¡Ah! esto ya es algo. ¿Venían esos arcabuces y esas balas en la «Santa Teresa?»

—Sí señor.

—Seguid.

—Según he podido saber, por los mismos ma-

rineros que condujeron esos cajones, fueron llevados á la hostería de la «Corona» y encerrados en su cueva.

—Seguid.

—Nada más supe; pero hoy por la mañana, ha llevado á bordo, don Juan Tenorio, á una joven muy hermosa y me ha hecho dejar el alcázar para acomodarla en él; después ha vuelto á tierra y á las tres horas ha tornado á bordo y se ha encerrado con la joven. Yo he oído lo que han hablado. La joven es hermana bastarda de vuestra alteza.

—¿Hermana bastarda mía?

—Sí, señor; hija del rey don Manuel, padre de vuestra alteza.

—Pero, ¡la prueba, la prueba!

—Las pruebas las tiene don Juan Tenorio.

—Seguid más aún.

—Cuando don Juan Tenorio salió del alcázar para volver á tierra, me dió las órdenes siguientes: si sobreviene un chubasco, tomad la vuelta de afuera, corred un largo, y cuando el chubasco pase, volved á vuestro anclaje; si viene algún barco de rey portugués á reconoceros, haced zafarrancho, combatid y tomad combatiendo la vuelta de afuera.

—¿Y no sabéis más que eso, señor hidalgo?

—Sí, si señor; sé que don Juan no ama á vuestra hermana bastarda; que tiene otros amores, y que doña Gabriela de Portugal está desesperada.

—Os doy lo que queráis—dijo el rey—, si me traéis la cabeza de don Juan Tenorio.

—La traeré á vuestra alteza; pero podrá suceder que me vea apurado, que necesite auxilio, porque don Juan es muy bravo.

—¿Y qué auxilio queréis?

—Oid, señor; á las diez de la noche puede hacer una señal la campana de este castillo; por ejemplo, puede dar tres campanadas; si un cuarto de hora después no ha aparecido un farol rojo en el tope de la «Santa Teresa», es señal de que necesito auxilio.

—¿Cuántas galeras mías, de las que hay en el puerto, que son pequeñas y no montan más que cuatro cañones, serán necesarias para rendir á la «Santa Teresa?»

—Seis.

—Si el farol rojo no aparece poco después de haber dado la campana del castillo tres campanadas, seis galeras mías irían á socorrosos.

—Convenido, señor. Creo que el farol rojo aparecerá.

El rey despidió á Barbadillo dándole en premio de su traición una rica sortija, y Barbadillo se fué al puerto, donde en una taberna estuvo encerrado más de una hora con el negro Melchor.

Después se volvió á bordo.

El rey se fué al alcázar; mandó encerrar en el convento del Espíritu Santo á su hija doña Isabel por el solo delito de amar á don

Juan, á quien el rey podía perdonarlo todo, menos el que atentase á su corona. De la misma manera mandó prender á doña Leonor.

Doña Isabel, como saben nuestros lectores, fué conducida al convento; pero doña Leonor, como también sabemos, no pudo ser habida.

El rey estaba furioso contra don Juan. Aquella mañana le había humillado librándole de ser conocido por los curiosos y llevándose á doña Leonor. Esto solo hubiera bastado para excitar el odio á muerte del rey contra don Juan, y sobre esto había venido la noticia de que don Juan conspiraba para destronarle.

El rey se volvió aquella noche al Castillo Viejo y esperó con ansia á que sonasen las diez.

Seis galeras estaban aprestadas en el puerto. Todo estaba dispuesto.

A bordo de la «Santa Teresa», el negro Melchor había preparado una sublevación.

No había sucedido esto sin que el alférez Bustamante se hubiese apercibido de algo; pero este algo era tan vago, que no se atrevió á dar parte de ello á don Juan Tenorio.

Vigiló, sin embargo, y ya hemos dicho que tendido en su litera, aunque fingía dormir, no dormía.

La galera estaba tranquila.

En el entrepuente dormían los doscientos arcabuceros, los artilleros y los marineros.

Debajo los forzados; en el alcázar don Juan, porque Gabriela velaba también. Recostados en las bandas tres de los marineros de cuarto se habían rendido al sueño.

El cuarto se paseaba en la cruzia.

Dieron las diez de la noche, á lo lejos, en el reloj de Nuestra Señora de Belén.

Inmediatamente retumbaron tres roncás y graves campanadas en la gran torre del Castillo Viejo.

Aun no se había perdido el eco de aquellas campanadas, cuando Estebán de Barbadillo se levantó silenciosamente, y al sentir esto, silenciosamente también, se levantó el alférez Bustamante.

En la «Santa Teresa» no había otra luz que una que ardía en el interior del alcázar; así es que Bustamante y Barbadillo se encontraron á oscuras, se tocaron se asieron.

—¡Qué es esto!—dijo Barbadillo—, ¿adónde vais alférez Bustamante?

—¿Adónde vais vos, capitán Barbadillo?

—Tomad, para que no me hagáis otra pre-

gunta—dijo Barbadillo, descargando un golpe de daga en el costado izquierdo de Bustamante.

El golpe resbaló en el coselete que llevaba puesto, bajo el colato el alférez. Tras esto se entabló una lucha á oscuras; y en medio de esta lucha se oyó la robusta voz de Bustamante, que gritaba:

—¡El cuarto de guardia á mí! ¡Traición!

A estas palabras de Bustamante sucedió fuera del camarote un grito de muerte, un golpe como el de un cuerpo que cae á tierra. A seguida se oyeron algunos otros gritos ahogados.

El cuarto de guardia había sido sorprendido y muerto. Apenas habían sonado las tres campanadas del Castillo Viejo, algunas sombras informes habían aparecido por la escotilla sobre el puente; habían cerrado la escotilla de manera que no podía abrirse por la parte de adentro, y se habían precipitado sobre el marinero de guardia del cuarto, que velaba, y sobre los otros tres que dormían, asesinándolos antes de que pudieran volver de su sorpresa.

En el castillo de proa se oían las voces del alférez Bustamante, que llamaba á las armas, y las del capitán Barbadillo que llamaba á Melchor.

Este, en vez de acudir al castillo de proa, donde sonaba la lucha y de donde salían las voces, acudió con la rapidez de un tigre hambriento, al alcázar; pero antes de llegar á él, su puerta se abrió.

Como hemos dicho, Gabriela velaba.

Estaba sentada en un sillón, é inmóvil al lado de una pequeña mesa sobre la cual había un farol. La desvelaba el desamor de don Juan.

Don Juan, vestido, porque había recibido aquella tarde la carta que el aya de las meninas, de la reina, había prometido escribir y enviar á Juan, y estaba receloso, dispuesto á todo.

Don Juan tenía junto á sí un escudo y un hacha de abordaje.

Cuando resonaron las voces del alférez Bustamante, á aquellas voces que apellidaban, ¡traición! y llamaban á las armas, Gabriela se levantó de un salto de su sillón, fué á la litera donde dormía don Juan, y le sacudió, exclamando:

—¡Despertad! ¡despertad! en el barco pasa algo terrible.

Don Juan despertó, saltó de la litera, oyó las voces de Bustamante; asió el escudo y el hacha de armas, y se lanzó fuera del alcázar, á tiempo que los sublevados llegaban á su puerta.

El primero cayó de un hachazo.

En seguida don Juan se revolvió entre los otros hiriendo como un león.

—¡Rendios!—gritaba don Juan—, rendios, canalla; sostenéos, Bustamante; ¡á mí los arcabuceros!

Sonaban terribles golpes en la escotilla, y una confusión terrible bajo el puente.

Pero la escotilla estaba cerrada de tal modo, que resistía.

Don Juan hacía rodar á los que le cercaban con una rapidez espantosa; pero estaba herido en varias partes. Al fin, el último de aquellos hombres, que oponía una resistencia tenaz, y que era agigantado, cayó herido de muerte en la cabeza.

Este hombre era el negro Melchor.

Gabriela había alumbrado el combate, con el farol que había en la cámara, y se había mos-

—Y vos también, don Juan — dijo Bustamante.

—Pero puedo tenerme de pie — repuso don Juan.

—Y yo también—contestó Bustamante.

—Coged vuestra hacha de abordaje, y venid. Bustamante entró en el camarote, y volvió á salir con un hacha.

Gabriela, pálida y temblando, alumbraba.

—Veamos—dijo don Juan.

Y él y Bustamante, y Gabriela alumbrándoles, recorrieron la cubierta. Sobre ella, acá y allá, había trece cadáveres; los cuatro del cuarto



Descargó un golpe de derecha en el costado izquierdo de Bustamante (pág. 24.)

trado más valiente que lo que era de esperar de una niña que nunca se había visto en un peligro.

—¡Conmigo, Gabriela, conmigo!—dijo don Juan lanzándose rápidamente hacia el castillo de proa y echando abajo de un hachazo su puerta.

Un hombre salió.

Era el capitán Barbadillo.

Don Juan cerró con él y le tendió á sus pies. Bustamante apareció en la puerta, ensangrentado, fatigado.

No había ya con quien combatir. Los golpes resonaban, cada vez con más fuerza, bajo la escotilla.

—¿Estáis herido, Bustamante? — dijo don Juan.

de guardia; el del capitán Barbadillo; el del negro Melchor, y los de otros siete marineros. Los del cuarto de guardia habían sido muertos á puñaladas; los otros nueve á hachazos en la cabeza, por don Juan. La sangre corría por el puente en anchos arroyos é iba á caer al mar.

Don Juan estaba magnífico, excitado, terrible; parecía una fiera á quien queda la cólera y faltan enemigos á quienes destruir.

—Veamos si esto se ha terminado, Bustamante—dijo don Juan—; esta mañana debí yo matar á Barbadillo, y se hubiera excusado todo esto. ¡Ah! ¿creían que era posible asesinar á don Juan Tenorio? han barrado la escotilla; levátemos las barras, Bustamante.

Poco después la escotilla estaba abierta, y subían al puente arcabuceros, artilleros y marineros.

Cuando todos estuvieron arriba, don Juan les dijo:

—¿Hay entre vosotros alguno que se atreva á hacer traición al emperador?

Nadie contestó.

—¡Viva el emperador!—gritó don Juan.

—¡Viva!—gritaron todos.

Y en seguida salió una voz de entre ellos, que dijo:

—¡Viva el valiente don Juan Tenorio!

Todos repitieron aquel viva.

—Se me antoja, amigos—dijo don Juan—, que aun no hemos acabado esta noche. Esos miserables que veis ahí muertos, no se han atrevido sin duda á sublevarse sin contar con el socorro de algunas galeras portuguesas. ¿Estáis dispuestos todos á sostener el honor de España?

—¡Sí!—gritaron todos.

—Pues, ea: arrojad al mar esos cadáveres; sacad de su sollado á la chusma, y que se armen las palamentas; aparejad á levar anclas, y en franquía.

Con un orden admirable se cumplieron las órdenes de don Juan.

Un cuarto de hora después, la galera, limpia de cadáveres, se deslizaba sobre las hondas, con la palamenta armada, tendidas las velas y hecho el zafarrancho de combate.

Se habían visto los bultos de algunas galeras que avanzaban sobre la «Santa Teresa».

—Mandad, señor Bustamante—dijo don Juan—, porque á mi no se me alcanza mucho de marina, que se escape á fuerza de vela y remos. Es necesario evitar un combate con las galeras del rey, portuguesas, lo que haría que se cruzasen algunas contestaciones incómodas entre el emperador y su cuñado el rey de Portugal.

—Pues me parece que es imposible evitar el combate—dijo Bustamante—; nos van ganando el barlovento; tenemos ya dos galeras á sota-vento, y dentro de poco estaremos cercados.

—Pues sobre la vía—dijo don Juan—, y si se nos ponen delante, que vean cómo lo hacen. Sonó entonces un cañonazo.

Las dos galeras portuguesas, á barlovento de la española, habían disparado sobre ella.

—¡Fuego!—gritó don Juan.

Y el pito del alférez Bustamante dió la orden de fuego.

La «Santa Teresa» le rompió alternativamente por la proa, por los costados y por la popa.

Estaba magnífica.

Las galeras portuguesas, infinitamente más pequeñas que ella, y confiadas sólo en su número, empezaron á ceder. Su fuego se hizo más tarde; lo que demostraba que habían tenido averías, y adelantaban con menos rapidez.

La «Santa Teresa» seguía tomando la vuelta de afuera; y resistiendo el fuego de dos galeras

portuguesas, mayores que las otras, que la cargaban por la proa.

Estas galeras iban al remo, porque de otro modo se hubieran visto obligadas á navegar contra el viento.

La «Santa Teresa» avanzaba.

De repente una de aquellas dos galeras viró en redondo, soltó todos los trapos y escapó.

La otra cesó en el fuego, y se la vió arrastrar por el oleaje.

—¡Vive Dios!—dijo don Juan—aquella galera va á pique, amigo Bustamante.

—Y las otras dos se nos quedan atrás, silenciosas y tristes, como los perros que ha herido el jabalí.

—A pique y muy á pique, alférez—dijo don Juan—. Vamos á socorrer á aquella galera; no digan después que tenemos sangre de judío. Que aprieten esos forzados; soltad todos los trapos, y quiera Dios que aun así lleguemos á tiempo.

La «Santa Teresa», que llevaba el viento en popa, y que á más iba ayudada por los remos, volaba sobre el mar. Al fin, estuvo tan cerca de la galera naufraga, que tuvo Bustamante que coger rizos, y hacer parar la palamenta para no acabar de echar á pique con un choque á la galera portuguesa.

—Las chalupas al agua—dijo don Juan.

Cinco minutos después, dos chalupas con cuatro remeros cada una, en una de las cuales iba don Juan, y en la otra Bustamante, avanzaban hacia la galera portuguesa que se iba á pique.

Cuando llegaron cerca, una pequeña lancha que apenas podía resistir á la mar que estaba muy gruesa, chocó con la gran chalupa de la galera española en que iba don Juan.

En aquella lancha, en que sólo había dos remeros y un hombre al timón, iba otro hombre. Al choque, la lancha se volcó y los cuatro hombres fueron al agua.

Don Juan se arrojó, y se arrojaron también dos de los remeros. Don Juan salvó á uno de aquellos hombres; cada uno de los remeros, á otro.

Los otros dos naufragos fueron arrastrados por el oleaje, y desaparecieron.

Al traer don Juan al hombre que había salvado, sobre su chalupa, le reconoció.

Era el rey de Portugal.

—Y bien, don Juan III—dijo en voz baja don Juan al rey—, ¿no es cierto que merecíais que yo os llevase preso al rey mi señor?

—Vos me habéis hecho traición—dijo el rey con cólera—; merecíais que yo os hubiera vencido y os hubiera ahorcado de una entena de vuestra galera. Satanás os protege, y á él debéis el que vuestra vanidad pueda decir que habéis vencido á un rey.

—¿Por qué habéis creído á traidores?—dijo don Juan—¿por qué habéis venido sobre una galera real de su majestad católica?

—Porque en esa galera hay una mujer que se llama mi hermana; una impostora sin duda; porque estabais vos en ella; vos, que habéis conspirado en mi corte; vos, que me habéis sido fatal, aun en mis asuntos privados; vos, que habéis pretendido arrancarme mi corona, para ponerla en la cabeza de una aventurera.

—Rey don Juan, guardaos muy bien de tocar á un solo cabello de esa que llamáis aventurera, y que se ha quedado en Lisboa; guardaos bien de producirla una desgracia, porque este don Juan, á quien Satanás ayuda, volverá y os castigará.

—¡Qué me castigaréis, vive Dios!

—Sí, rey don Juan, si; porque como vos decís, el diablo está conmigo y me hace invencible.

—Pedid al diablo que no encuentre yo á doña Leonor.

—¡Ah! ¿no la habéis encontrado?

—Ha huído.

—Pues si ha huído de vos, no os ama.

—¿Y quién os ha dicho que me haya amado nunca doña Leonor?

—Pues si no os ha amado, habéis cometido con ella una villanía.

—¿Sabéis, don Juan, que jugaría con placer mi vida por la vuestra?

—No, rey don Juan; si cruzarais vuestra espada con la mía, seriais hombre muerto, y yo no puedo matar al marido de la hermana de mi señor. No; yo no puedo heriros, no puedo destruiros, no puedo vengar arrancándoos hasta la última gota de vuestra sangre, la vileza que habéis hecho con doña Leonor. Respetadla si la encontráis, porque si la habéis á las manos y no la respetáis, mi venganza contra vos, sin mataros, será formidable.

—¡Ay de vos, si yo logro alguna vez haberos á los dos á las manos!

—Ya veis cuán poco habéis podido contra mí; y siempre será lo mismo, porque mi destino es más poderoso que vos, y mi tumba está todavía muy lejos. Aborrecedme cuanto queráis, rey don Juan; pero no intentéis vengaros de mí, porque os estrellaréis contra mi destino. Ahora bien, escuchad: tenéis una hija á la que habéis encerrado hoy en un convento; ayer queriais que vuestra hija fuese mi esposa; yo no podía aceptar tanta felicidad entonces, porque, no mi corazón, mi honor, estaba empeñado por otra mujer; por doña Leonor. Vos me habéis librado de ella, infamándola, pero os he humillado venciendoos, y no querréis dárme la por esposa á doña Isabel.

—Antes la mataría con mis propias manos.

—No quiero que cometáis tal crimen; pero oid bien: guardadla mucho, porque si me voy ahora, volveré más tarde, y aunque la tengáis

guardada en el más profundo calabozo de vuestro terrible Castillo Viejo, os la robaré.

—Pues bien, don Juan: puesto que sois tan audaz que á todo os atrevéis, oid: que vuestro destino no os abandone, no os vuelva la espalda si volvéis á mi corte; porque si caéis en mis manos, antes de robarme á doña Isabel, moris como han muerto los asesinos del padre de doña Leonor; pero si me la robáis, don Juan, podéis presentaros sin temor á mí, trayéndola de la mano; os perdonaré cuanto contra mí hayáis hecho; os casaré con ella, y os declararé infante de Portugal. No hablemos más; la costa está cerca; dejadme en tierra, don Juan.

—Pues id preparando mi infantazgo, señor rey, si es que no os arrepentís de vuestra promesa, por lo que yo haga para robar á doña Isabel, que podrá suceder muy bien que lo sintáis muy mal; mucho peor que lo que habéis sentido por mi causa hasta ahora. Tocamos en tierra, señor. Saltad, y que Dios os ayude.

—Que el diablo os ayude á vos—dijo el rey saltando á la playa.

Poco después, la sombra del rey se perdió á lo lejos y la chalupa, con don Juan, se volvió á la galera.

La «Santa Teresa» tomó desde aquel momento el rumbo á las costas de Galicia.

IX

Al caer una hermosa tarde del mes de Septiembre de 1532, las gentes que paseaban á orillas del Guadalquivir, cerca de la Torre del Oro, á poca distancia de los muros de Sevilla, vieron venir al remo una magnífica galera real de dos bandas, de las que, por su porte, remontaban raras veces hasta la ciudad reina de Andalucía.

La galera dejó de remar. Cuando estuvo delante de la Torre del Oro, cayó al agua una de sus chalupas, bajaron á ella un hidalgo joven y hermoso y una mujer completamente envuelta en un manto, y la chalupa salvó en un solo golpe de remo la pequeña distancia que separaba á la galera de la orilla, y el hombre saltó en tierra y dió la mano á la mujer, que saltó también.

Después de esto, el hermoso hidalgo dió el brazo á la dama encubierta, y se alejó con ella hacia el cercano puente de barcas, mientras la chalupa volvía á la galera.

—Por Dios vivo—dijo un terne de capa roja, largos mostachos, semblante de «requiem» y galas de soldado, que formaba grupo con algunos otros hombres de aspecto «non sancto», que

ese que acaba de salir de esa real, no es otro que el famoso don Juan Tenorio.

—¡Ca, ca!—dijo uno de sus acompañantes—; tú no sabes lo que te dices, Gil García; ¿don Juan Tenorio ese hidalgo? ¿Quién te lo ha dicho?

—En Sevilla, amigo Herrera, conocen á don Juan Tenorio hasta las piedras. Pues poco que ha dado que decir el tal caballero. ¿No has oído contar lo del convidado de piedra, y otras cosas que meten miedo?

—Eso lo contó Antón Gabilán, el de la hostería de la Sardina Verde—dijo Herrera—, y todo ello se reduce á que oyó hablar, soñando, á don Juan Tenorio. También dicen que el tal señor se metió á fraile.

—Pues habrá ahorcado los hábitos—contestó Gil García—, y sino, vamos á hacer una apuesta.

—¿Y qué apuesta?

—Si mañana don Juan Tenorio no ha hecho una de las suyas, y una que suene, yo os convidó á una buena jarana, y sino, me convidáis vosotros.

—Pues está dicho.

—Dicho está.

Entre tanto don Juan Tenorio, que él era, llevando á Gabriela del brazo, atravesó el puente de barcas, entró en Triana, se metió en la calle Real, y en medio de ella se entró por las puertas de una hermosa hostería: la de la Sardina verde.

Cruzósele al paso un hombre como de cuarenta años, delgado, ojeroso, cariatontecido, vestido de negro, con un gorro blanco de algodón, un mandil blanco desde el cuello hasta media pierna, y una reluciente cacerola en la mano. —¡Ave María purísima! ¡Jesús, María y José! ¡Misericordia de Dios!—exclamó retrocediendo, asombrado y santiguándose.

—¿A qué son esos extremos, imbécil?—dijo don Juan Tenorio—. Si me conoces, avisa á Antón Gabilán, que su amo está aquí.

—No tengo que avisarle, señor—dijo temblando aquel hombre—, porque Antón Gabilán soy yo.

—¿Qué tú eres Antón Gabilán?—exclamó con extrañeza Tenorio—. Bah, bah, vete enhoramala.

—Vuestra señoría me desconoce, porque estoy verdaderamente desconocido—dijo Antón Gabilán—; se me ha muerto mi Esperanza, hace tres meses, señor; vos os habíais metido fraile; me he quedado solo en el mundo, y he perdido el buche, los mofletes, el cerviguillo, hecho una espina, don Juan, y con una espina en el corazón.

Y Gabilán se limpió con un extremo del delantal, los ojos que se le habían arrasado en lágrimas.

—Vamos, vamos—dijo don Juan—, me parece que te voy conociendo. A ver si nos acomodas.

—Esperad un solo momento, señor. Hola, tú Camarón, hijo, ven acá—añadió dirigiéndose á una puerta cercana, en la que inmediatamente apareció armado de gorro y delantal blanco, un mozo de zanquilargo, que tenía todas las trazas de sotacocinero.

—Toma esta cacerola, hijo, y á ver como pones esas dos chochas en salsa de alcaparrras, que se puedan comer; toma mi gorro y mi delantal, y entiéndete tú solo con la hostería, que yo voy á encerrarme con mi amo.

—Señor Antón, el huésped del número cuatro, ha pedido un pastel de anguila—dijo Camarón.

—Pues envía por él á la pastelería de maese Corcobeta; y si no le tiene, que se pase sin él, el huésped del número cuatro.

—Ya sabe vuesa merced, señor Antón—dijo el sotacocinero—, que el huésped del número cuatro paga muy bien, y tiene además muy mal genio.

—Ea, vete enhoramala, y componte allá como puedas, no me obligues á que haga esperar más á esta dama y á este caballero. Vamos, don Juan, vamos.

Y despojado ya del mandil y gorro, y completamente negro, excepto la cara y las manos, subió por unas escaleras y se detuvo en lo alto de ellas.

—Señor—dijo—, el último aposento que ocupasteis en Sevilla y en mi casa, está desocupado; ¿queréis ir á él?

—¿Y por qué no?—dijo don Juan—; así uniremos mi vida de hoy con mi vida pasada.

—Es señor, que en ese aposento soléis hacer muy malos sueños.

—No importa; los sueños, sueños son.

Y don Juan, que conocía ya el camino, adelantó hacia una puerta, la empujó y entró en un bello aposento. El mismo que había ocupado antes de salir de Sevilla para irse al monasterio de San Jerónimo de Yuste.

Todo estaba como don Juan lo había dejado. Los mismos muebles, la misma cama en un ángulo, las tapicerías, la alfombra.

—Me acomodo aquí, por ahora—dijo don Juan.

—Necesario será—dijo Gabilán—, hasta que se avise á José y se prepare vuestra casa.

—¡Mi casa, preparar mi casa; yo ya no puedo preparar nada, Gabilán. Soy pobre, completamente pobre; me veo reducido á vivir del sueldo que me dé su majestad como capitán de su guardia, ó como coronel de un tercio.

—¿Conque sois pobre?—dijo Gabilán sonriendo tristemente.

—Pobre de todo punto—dijo don Juan—. Y á ti ¿cómo te va, mi buen Antón?

—Ya, ya hablaremos de mí. Perdóneme vuestra señoría, pero esta dama necesita ser asistida; voy á enviarla la hija de una vecina para que la

—sirva; voy además á mandar preparar una buena cena, y sobre todo, á mandar que avisen á José.

Gabilán salió.

—¿Por qué dices que eres completamente pobre, cuando yo traigo grandes riquezas conmigo, don Juan?—dijo Gabriela.

—Jamás he aceptado de las mujeres, otra cosa que el amor; yo no sé vivir sino de mí mismo.

No tocaré yo ni un solo escudo del dinero que traes; ese dinero te servirá para vivir como te corresponde en la corte de la emperatriz.

—¿Y tú, don Juan?

—Yo seguiré mi destino.

Gabriela inclinó la cabeza, desalentada; suspiró y calló.

Don Juan quedó paseando á lo largo de la estancia, profundamente pensativo. Se encontraba en la misma estancia donde año y medio antes había soñado aquella terrible visión que le había preocupado; que le había fascinado, que le había hecho sentir miedo, y buscar un refugio en el claustro.

Aquella habitación, influía por sí sola sobre él, de una manera terrible. Parecía como que aquel sueño pavoroso volvía á tomar cuerpo, vida, voz, para él.

Su cabeza empezaba á sentir una vaguedad infinita.

Lo que le había acontecido desde que salió del convento, le parecía también un sueño fatigoso; la muerte del capitán Fernán Pérez; su encuentro al poco tiempo con doña Estefanía y con doña Isabel; la posada de Somorinos; el cementerio; la torre de la iglesia; doña Leonor; la hija del posadero; el sacristán; el cura; todo se revolvía en su pensamiento como en un caos; su conspiración contra el rey de Portugal; sus amores con doña Isabel; el desenlace de todas aquellas aventuras, estaban para él representadas en Gabriela de Portugal, que sufría y callaba.

Don Juan tenía en el bolsillo interior de su ropilla las pruebas del nacimiento de Gabriela; en su corazón y en su cabeza, el recuerdo ardiente de doña Isabel; pero la habitación en que se encontraba, le había traído otros dos recuerdos que le llenaban de espanto; el de Inés de Ulloa, muerta; el de Magdalena; el de su hermana, que no sabía si era muerta ó viva. El recuerdo de doña Inés, muerta, cedía al de doña Isabel viva; pero combatiendo á este último, ardía en el ser de don Juan el recuerdo de Magdalena.

Don Juan ansiaba que apareciese José. El mejor que nadie, podía darle noticias de lo que había sucedido durante el tiempo en que él había estado apartado de Sevilla.

José no tardó en llegar.

Sintiéronse unos rápidos pasos, se abrió la puerta y el viejo mayordomo de don Juan, entró y se arrojó sin ceremonia en sus brazos.

—¡Ah, señor! ¿sois vos?—exclamó.

—Ya lo ves, mi buen José. Dios no me llamaba por el camino del claustro, y heme aquí.

—Sí, si señor; ya supimos que habíais dejado el convento, al cumplirse el plazo de vuestro noviciado; pero no teníamos noticias vuestras; no sabíamos donde parabais; porque yo decía: ¿cómo diablos va á vivir nuestro señor, tan acostumbrado á gastar, sin dinero? Andrés Ceballos se fué á San Jerónimo de Yuste y preguntó al superior; el superior le dijo que no sabía de vos, y Andrés Ceballos volvió á traerme esta noticia que me desesperó. Yo estaba deseando salir de una cosa que me pesaba mucho, y que traigo conmigo.

—¿Y qué cosa es esa, José?—dijo don Juan.

José sacó un pliego cerrado y le entregó á don Juan.

—¡Mi testamento!—dijo éste.

—Sí, si señor; vuestro testamento, que no era posible cumplir, porque vos, señor, no habíais muerto. Si hubierais profesado; si hubierais sido monje, entonces yo hubiera cumplido el testamento, porque un monje, muere para el mundo. Pero yo, señor, decía para mí: esto pasará; mi señor ahorcará los hábitos mientras le sea posible ahorcarlos decorosamente. Y no me he engañado, señor; aquí estáis tan galán como antes, y tan bien acompañado como siempre.

Y señaló á Gabriela que escuchaba con atención.

—Doña Gabriela de Portugal, hermana bastarda del rey de Portugal, ó hija del rey don Manuel—dijo don Juan Tenorio.

—Y vuestra esposa, ¿no es esto, señor?—dijo alegremente José.

—No, mi esposa no—dijo don Juan—; una hermana, una amiga, á quien he librado del furor de su hermano, el rey de Portugal, y que pienso poner bajo el amparo de mi señora la emperatriz doña Isabel. Es necesario, pues, José, que sin pérdida de tiempo la busques dueñas y damas que la sirvan.

Gabriela sintió una punzada fría en el corazón, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Conque es decir—continuó don Juan—, que mi testamento no se ha cumplido?

—Por imposibilidad de cumplirse.

—Y bien—dijo don Juan, como hablando consigo mismo—¡la caridad! ¿Qué es la caridad, cuando se hace como yo he pretendido hacerla?—un despojo completo de vosotros mismos, en provecho, no de los pobres, sino de los

administradores de los pobres; ¡ah! ¡todas las obras de los hombres que se engalanan con pomposos calificativos, son un sarcasmo impío! Me parece que vuelvo á ser completamente lo que era, porque no he perdido nada de lo que tenía. La pobreza me contrariaba, me acordaba; me parecía humillante vivir de un sueldo; recibir, cuando yo no estaba acostumbrado más que á dar. Has hecho bien, José; tú has tenido más juicio que yo.

—Tengo para vos, señor, un monte de oro, producto de las rentas de un año, de vuestras haciendas.

—¿Y mi casa de Sevilla?

—Como la dejásteis, señor; yo vivo en ella.

—¿Y mi palacio de Leganitos, en Madrid?

—En el mismo estado, señor. En él vive Andrés Ceballos con su mujer.

—De modo que podremos trasladarnos, cuando queramos, á mi casa.

—En el momento, señor.

—Pues bien; llama á Gabilán y dile que no prepare nada; pero que en cambio se prepare á acompañarme.

—¿Será necesario preparar una carroza?

—No José, no; bastante tiempo hemos estado sin andar doña Gabriela y yo, para que no nos sienta bien dar un paseo. Poneos vuestro manto, señora, y seguidme si gustáis.

Gabriela, que no tenía otra voluntad que la de don Juan, se levantó, se envolvió en el manto y le siguió.

—Andando vamos, despacio—dijo don Juan—; procurad haber llegado Gabilán y tú cuando nosotros hayamos llegado.

Y don Juan salió con Gabriela.

—¿Conque eres tan rico, don Juan?—dijo Gabriela.

—Rico como un rey—contestó don Juan.

—¡Ah! lo siento; yo quisiera que me lo dieras todo, aunque no me amaras.

—A qué hablar de eso, Gabriela; nuestros destinos no van al par; tú seguirás el tuyo y yo seguiré el mío.

—¡Ah! ¡yo moriré!

—¿Y por qué? Yo no soy más que un primer amante tuyo de casualidad, ¿por qué obstinarte? Eres ilustre, joven, hermosa, rica; tu hermano se verá obligado á reconocerte; te casarás con un príncipe, ¿para qué me necesitas á mí?

—Para tener en ti la vida—dijo Gabriela—, porque yo te adoro, don Juan.

—¿Y bien, ¿no eres mi amante?

—Tu entretenimiento, dirás.

—Yo no seré jamás esposo de ninguna mujer.

—¡Oh! si encontraras junto á ti á doña Isabel de Portugal.

Don Juan suspiró.

—Sí—dijo Gabriela—, ella es activa y yo no lo soy; ella es terrible, y yo soy humilde; ella amenaza y yo ruego. ¿Crees tú que yo no la conozco? La he visto muchas veces, casa de Lope Pereira; ¿no te causa celos, no provoca tu indignación el saber que doña Isabel iba sola, casa de Lope Pereira?

—No, porque doña Isabel iba allí, por mis amores.

Gabriela calló y gimió.

Don Juan embebecido en sus pensamientos guardó silencio.

Gabriela no se atrevió á romperle

No habían reparado en que un joven, completamente encubierto por el embozo de su capa, los seguía. Aquel joven había salido del aposento número cuatro, de la hostería de Antón Gabilán.

Tenorio y Gabriela habían entrado en Sevilla por el postigo del Carbón y se dirigían á buen paso por las revueltas callejas, á la plaza de la Encarnación, cerca de la cual, en una plazuela que cortaba la calle de Regina, en que tenía su palacio don Juan Tenorio.

Cuando llegaron á él, ya esperaban en la puerta Gabilán, José y algunos criados.

La casa estaba de tal modo, que no parecía sino que don Juan no había dejado de vivir en ella.

La persona que había seguido hasta allí á don Juan y á Gabriela, se quedó observando la casa desde el oscuro fondo de una callejuela.

Don Juan acomodó á Gabriela en su misma habitación. Se quedaron con ella dos jóvenes de Triana, vecinas de Gabilán, que éste había llevado consigo para que la sirviesen, y don Juan fué á encerrarse á su despacho con Antón y José.

—Aquí tengo, en este armario, para vos señor, vuestra espada; la espada que me mandásteis entregase al emperador; y cinco millones de reales en buenos doblones de á ocho, que son el importe de vuestras rentas del año pasado.

—Todo eso me importa menos que lo que voy á preguntaros. ¿Es monja doña Magdalena?

—Doña Magdalena es la que más os ha buscado, señor—dijo José.

—¿Cómo?

—Sí: doña Magdalena salió del convento dos días después que vos salísteis de Sevilla.

—Y parece que el tiempo y las penas no sirven más que para hacerla más hermosa—dijo Gabilán.

Don Juan no podía hablar; tenía toda la sangre agolpada al corazón.

Magdalena era su castigo.

Magdalena ignoraba que era su hermano, pero él no lo ignoraba, y no podía unirse á ella.

El amor de don Juan había cambiado de manera de ser, respecto á Magdalena; pero el recuerdo de su hermosura le embriagaba horro- rizando.

Magdalena era su primer amor; su maldición, su castigo sobre la tierra.

—Puesto que vuestra señoría no ama á esa señora á quien acompaña—dijo José—¿por qué no casaros con la señora?

—¿Dónde vive?—dijo don Juan.

—En la Alameda Vieja—contestó Gabilán—, en una gran casa que ha comprado.

—¡En una casa que ha comprado!—dijo don Juan.

—Sí, si señor; doña Magdalena es muy rica. Al día siguiente de haber estado vuestra señoría en el convento con los soldados de la fe, la abadesa murió, y como no tenía herederos dejó todo lo que poseía á doña Magdalena. Es tan rica como vos, señor, y puesto que la amáis tanto...

—¿Hacia qué parte de la Alameda Vieja está la casa de doña Magdalena?

—Al principio, á la derecha, señor; como se va por las Siete Revueltas; no, no puede perderse, es una casa antigua, de piedra con un gran mirador calado sobre la puerta, y ésta de arco, y muy bien labrada. En el piso bajo hay grandes rejas y en el principal grandes balcones.

—¿Y qué nombre se da doña Magdalena?

—Ha tomado el apellido de la abadesa al tomar su herencia, y se llama doña Magdalena Zegri.

Don Juan se estremeció, porque el apellido Zegri era el que naturalmente correspondía á Magdalena, como hija de Ada.

—¿Y con quién vive doña Magdalena?

—Con dos dueñas, cuatro doncellas y seis lacayos.

—Dadme mi antigua espada—dijo don Juan—. Tú quédate aquí, Gabilán, como en otro tiempo.

—Pero, ¿sabéis señor, si yo puedo volver á mi antigua vida?—contestó Antón mientras José ceñía á su amo la espada de Lisardo el estudiante.

Aquella terrible espada que tan funesta había sido en las manos de don Juan.

—¿Y por qué no puedes volver á ser mi eterno acompañante, Gabilán?—dijo Tenorio.

—No es por nada—dijo Gabilán—, mi Esperanza ha muerto sin dejarme hijos; no tengo parientes, la hostería me cansa; los cuatro maravadises que tengo me aburren; lo de menos sería vender la casa á otro y entregar el dinero al señor José, que es muy hombre de bien, para que me le pusiese á ganancia. Pero miradme bien, señor, ¿creéis que yo soy á propósito para los aperreos de antaño? porque vuc-

tra señoría es el mismo; por vos no ha pasado día, cuando por el contrario, han pasado por mí siglos; flaco dolorido, entutada el alma, acorbadado, muriéndome...

—Bah, bah, Gabilán, yo te reanimaré. Por lo pronto, toma la espada que yo compré cuando salí de Sevilla, que guardé en el convento durante un año, que volví á ceñirme cuando me despojé de los hábitos, y que ya ha aprendido en más de una vez, cómo se entra en el corazón de un hombre. Busca por ahí una daga y vente conmigo.

—¡Pero señor! mirad que ya no sirvo.

—Los que empiezan á helarse, Gabilán, se les da una buena paliza para que vuelvan á entrar en calor. Con que no te me hieles, no sea que te aplique el remedio.

—Pues adelante—dijo Gabilán con una decisión desesperada.

Y de entre las ricas armas que había en el despacho adornando las paredes, tomó una daga de Milán, con guardamano cincelado.

—José—dijo don Juan—, cuida de doña Gabriela como si fuera mi hermana. Conmigo, Gabilán.

Y amo y criado salieron á la galería del patio y bajaron la escalera.

—¿Y mi buen caballo?—dijo deteniéndose don Juan.

—Con un año y algunos meses más, y bravo como un león, y ardiente como el fuego.

—Quiero verle—dijo don Juan.

Antón tiró hacia la caballeriza.

Entre más de cincuenta caballos, todos magníficos, había uno admirable.

Era el «Volador».

Antes de que don Juan llegase á él, el noble animal, se inquietó y quiso romper la cadena con que estaba atado al pesebre.

Había conocido á don Juan.

Este se acercó, le acarició y recibió las caricias del animal.

—¡Ah!—dijo don Juan—, ya estamos todos juntos «Volador», mi bravo compañero; yo no pensaba volverte á ver. Y tú te alegras tanto que no parece sino que habíais perdido la esperanza de verme. Vamos, vamos quieto, «Volador», y hasta otra vez.

Y se separó del caballo.

—Hay aquí bichos que no conozco—dijo don Juan.

—Son, señor, potros que han venido de la dehesa en el año y más que vuestra señoría ha estado ausente.

—¡Bah! José es un hombre como hay muy pocos. Vamos, Gabilán, echémonos fuera; vámonos por esas calles de Dios. Necesito tomar otra vez posesión de mi Sevilla, y para des-pavorizarte, para que vuelvas á ser lo que has sido, voy á armar canorra con el primero que me dé ocasión, por ligera que sea, para ello.

—Dios nos asista, señor; pero no importa,

es convenceréis de que no sirvo para nada, y me despediréis.

En esto salieron de la casa.

El bulto que había seguido hasta allí á don Juan, y que aun esperaba, le siguió.

—¿Y adónde vamos, señor?—dijo Gabilán.

—A andar por Sevilla. A recordar, á endurcerme con los dolores pasados, á volver á ser lo que he sido.

—Pues qué, señor, ¿habéis dejado de ser el que erais?

—He pasado un año de martirio en el convento; tres meses después en Portugal fastidiado con aventuras pequeñas; porque los portugueses no sirven.

—¿Y las portuguesas, señor?

—¡Ah! ¡las portuguesas, las portuguesas!

—La que traéis, ¿es portuguesa también?

—Sí, y no menos que hermana del rey don Juan.

—¡Diablo! señor, y ¿decís que las aventuras que habéis tenido en Portugal han sido pequeñas?

—Dígame porque me han costado muy poco trabajo.

—¿Y qué es lo que cuesta trabajo á vuestra señoría? porque yo no lo sé.

—Vencer el imposible.

—¿Y cómo habéis de vencerle, si siempre le estáis buscando?

—En Portugal, encerrada en un convento, Gabilán, se me ha quedado la mujer que he amado más en el mundo.

—¿Por qué no dejáis en paz á las monjas, señor? Mirad que Dios puede ofenderse y costaros caro.

—No es monja, es un ser divino, á quien su padre ha encerrado para vengarse de mí.

—¿Tendremos otro comendador?

—¡Ah, no! le he tenido entre mis manos, y le he respetado, porque es hermano de la emperatriz, mi señora.

—¡El rey de Portugal! he aquí otra de las pequeñas aventuras de Lisboa.

—Hija natural del rey, y reconocida infanta.

—¿Y ella os ama, señor?

—Como á su vida, como á su alma. ¡Ay, Gabilán! ¡gracias á Dios que puedo quejarme con alguien que me entienda y que me ame, respirando el aire bendito de esta ciudad, tan hermosa, tan querida y tan terrible á un tiempo para mí! Estas calles envueltas en la sombra, me hablan con la voz muda de los recuerdos; hemos pasado ya junto á muchas rejas, en las cuales una mujer enamorada, una mujer de fuego, ha enloquecido de amor entre mis brazos. Hemos pasado por algunos lugares, donde un loco ó un provocador ha sentido el frío de la punta de mi espada. Pero ¿qué masa es esa negra que se levanta delante de nos-

otros? ¿Qué tapia es esa sombría que se extiende á nuestra izquierda?

—El convento de Santa Clara, su cementerio—dijo con voz medrosa Gabilán.

—¿Sí? —dijo don Juan— pues mira, voy á entrar, por este sitio la tapia no es muy alta; sírveme de escalera.

—¿Pero estáis loco, señor?—dijo Gabilán—¡queréis tentar á Dios! y luego, yo creía que habiendo escapado de un convento, no os quedarían ganas de entrar en otro.

—Gabilán, cuando se vuelve, después de quince meses de ausencia, á una ciudad donde hemos dejado amigos, es una descortesía no visitarlos. Ahí dentro vive un grande amigo mío.

—¡Don Gonzalo de Ulloa!—dijo con voz de escalofrío Gabilán.

—¡Sí! ¡el comendador!—contestó con voz ronca don Juan—. Además de eso, quiero visitar á Inés. Hay además otras dos personas que me conocen mucho. Lind-Arahj y la última abadesa. Vamos, arrima á la tapia y pon la espalda, Antón.

Antón se arrepintió, como de haber nacido, de haberse alegrado de la vuelta de su amo.

Sin embargo, como en otras mil ocasiones en que había obedecido, rabiando, á su amo, sin demostrar su rabia, se acercó á la pared, se encorvó y sintió á don Juan que trepaba sobre él.

Tenorio, agarrándose á las salientes del muro, puso sus pies sobre los hombros de Gabilán, y luego sus manos en el revellín de la tapia, se izó y se montó sobre el caballete. Se quitó la capa y echó la punta á Gabilán.

—Agárrate y sube—le dijo—, por la parte de adentro te necesitaré después para que me sirvas de escalera.

—Ved, señor, que tengo menos fuerzas que un colorín; las he gastado todas llorando por mi Esperanza.

—Vamos, sube, ó te suelto un pistoletazo.

Gabilán se asió á la capa y trepó apoyando sus pies en el muro, ayudado por don Juan que tiraba de él como de un peso harto ligero para sus gigantescas fuerzas.

A poco, Gabilán estuvo también montado sobre el caballete.

Don Juan saltó dentro y Gabilán saltó también.

—Junto á la tapia no hay tumbas—dijo don Juan—, no hay más que hierba; las noches aun no son frías, líate en la capa, échate y duerme.

—Como si un vivo como yo pudiera dormir entre los muertos. Lo que va á sucederme aquí es que me voy á morir de miedo, señor; todo lo de aquí me espanta; esa cruz grande, con ese farol que agoniza, en medio de esas cruces pequeñas, esos arcos oscuros, esas altas ventanas y ese campanario. Cuando os digo,

señor, que yo voy á perecer aquí de espanto.

—Lo que va á suceder es que aquí te vas á curar de espanto; á ser lo que en otro tiempo eras. Ea, adiós, y hasta luego.

Y don Juan se alejó por entre las tumbas en dirección á los arcos por donde se pasaba al interior del convento, y Gabilán bruscamente convertido de hostelero pacífico en lacayo del señor más tremendo que Dios había echado al mundo, se quedó pegado á la tapia, tapándose el rostro para no ver, y encogido y temblando de miedo.

Entretanto, el bulto que los seguía se detuvo en la calle junto á la tapia, por el sitio en que habían asaltado el convento don Juan y su lacayo.

—¡Ah!—dijo con una voz que tanto podía pasar por de niño como por de mujer—te me encierras, don Juan, me brindas con una ocasión de venganza; venguémonos. Rondas habrá por Sevilla; yo traeré aquí una ronda para que cuando quieras salir te ayude á bajar.

Y aquel joven ó aquella mujer, se deslizó rápidamente á lo largo de la tapia, y desapareció.

X

Don Juan amaba el horror; provocaba lo fantástico, lo terrible, lo sobrenatural.

Cuando penetró bajo los árboles sombríos adelantando hacia los arcos que daban al cementerio, determinando sobre él un lado del claustro, aspiró con delicia todo el fantástico y sombrío aspecto de aquella arcada envuelta en una sombra que apenas desvanecía en su extremo una lámpara agonizante.

Entonces sí que le pareció que todo lo que había pasado por él, desde aquella otra noche en que entró en aquel mismo convento por la portería, como familiar del Santo Oficio de la general Inquisición, tomando falsamente su nombre había sido un sueño. Sus ideas de ambición se desvanecieron, cediendo á su instinto que le impulsaba á la aventura tremenda.

Delante de sí tenía la entrada de una larga crujía, alumbrada por una sola lámpara y cerrada por una verja de hierro. Esto contrario á don Juan.

Al fin de aquella galería, por la cual se iba al claustro había algo que le atraía, que le arrastraba, á lo que le impedía llegar aquella verja.

Don Juan probó á ver si estaba cerrada, y en efecto, estaba corrido el cerrojo. Don Juan probó á ver si el cerrojo estaba simplemente

corrido, sin echar la llave, y metió el brazo por la verja.

La llave no estaba echada.

Don Juan descorrió el cerrojo, abrió la verja y pasó.

Cuando se vió en el claustro, miró en torno suyo, aspirando el efecto sombrío, fantástico y medroso de aquellos santos pintados en tabla, severos, místicos, que parecían mirarle, envueltos casi en su penumbra, de una manera amenazadora.

Don Juan creía escuchar un eco perdido, allá en lo infinito, que repetía la palabra, ¡sacrilego!

—Y bien—dijo don Juan como contestando á aquella palabra—; ¿no estoy yo maldito? ¿Qué otra maldición más terrible puede caer sobre mí que la que ya pesa sobre mi cabeza? Si al pasar junto á las tapias de este convento, he sentido el deseo de visitar á mis antiguos conocidos y he podido realizarle, ¿por qué no cumplir ese deseo? ¿No oís, imágenes terribles, que me miráis, que Inés y Lind-Arahj, el comendador y Ada me llaman desde sus tumbas?

Y don Juan, sereno, altivo, magnífico, tomó adelante un costado del claustro, y llegó á una capilla situada en un ángulo.

Entró y se encontró delante del sarcófago de Inés, sobre cuyo hermosísimo semblante de piedra derramaba una luz sombría la lámpara de la capilla.

El corazón de don Juan se oprimió. Le pareció que la estatua arrodillada sobre el sarcófago, le miraba; que dos lágrimas surcaban sus mejillas de piedra; que un gemido hervía bajo aquel seno tan bien retratado, que tanto había adorado á don Juan.

Sintió una especie de vértigo y extendió su mano hacia la estatua.

Parecióle que la estatua se agitaba.

—Sí, esto es un sueño—dijo—, un sueño de amor tan dulce como fué terrible el que me inspiró tu padre, Inés; tu estatua abandonada en buen hora la piedra sepulcral en que se arrodilla.

Y don Juan fijó intensamente su mirada en la estatua. No se movía.

Estaba menos preocupado que quince meses antes, y no podía efectuarse la fascinación.

Se acercó al sarcófago y llamó á él con la mano, como pudiera haber llamado á una puerta cerrada.

—¡Inés! ¡Inés!—exclamó—¿me oyes? En medio del sueño de la muerte, ¿hay oídos para el ser amado que sobre el camino de la vida aún, viene á llamar á nuestra tumba? Contéstame, Inés. ¡Yo soy don Juan Tenorio! ¡Tu don Juan Tenorio!

Sonó entonces clara y distintamente, de una manera real, un gemido que provenía como del interior de la tumba.

Don Juan irradió en sus ojos una mirada in-

mensa; su boca sonrió; no podía dudar de aquel gemido.

Su imaginación calenturienta, no encontraba absurdo el que saliese un gemido de una tumba.

—¡Gracias, Inés!—dijo don Juan—. He pasado junto al lugar donde reposas y no he querido dejar de venir á saludarte. Si hubiera solicitado licencia para ello me la hubieran negado, y he llegado hasta ti, como llega un salteador. Perdóname si al leer en mi corazón, conoces que no te amo como en otros días en que tú eras para mí el universo entero; tú sabes que por tu amor olvidé el amor de otra mujer; el amor de Magdalena; y que ahora mi alma no está aquí, ni en Sevilla, sino en Lisboa, en otro convento donde vive otra mujer; otra mujer que es mi espíritu duplicado; que es otro yo; que ha nacido mi esposa. Tal vez, cuando venza este nuevo deseo, iré en pos de otro.

Sonó un segundo gemido.

Don Juan, en vez de aterrarse, sonrió de nuevo.

—O la mujer—dijo—vale más que el hombre, ó vale tan poco que ha nacido para ser esclava de una sola idea. Yo he sido tu único amor, Inés, y aun sigues amándome en la tumba. ¿Es que un solo amor es para la mujer su eternidad? ¡Ay, Inés, Inés! el amor no se satisface con una sola parte del ser divino que se sueña. Una mujer no puede tener, cuando más, otra cosa que un solo rasgo de ese ángel soñado. Ese ángel se divide en infinitas mujeres: yo vi en tus ojos y en tu pureza la mirada y la pureza de mi ángel: en Magdalena había visto su indolente y tentadora hermosura: he visto en otras su sonrisa, su suspiro, su acento, sus lágrimas; en ninguna su alma entera; porque yo necesito que el alma de mi ángel sea terrible; un alma gemela de la mía, un alma audaz, valiente, dispuesta al combate y al martirio, resistente, tenaz, sombría, poderosa; y ni Magdalena ni tú, tenéis ese alma: sois mujeres; no sois esos ángeles caídos. ¡Ah! yo no podía satisfacerme con vuestro amor; pero Magdalena me estremece, y tú me deshacéis el corazón en lágrimas. ¡Ah, Inés, Inés! no gimas por mí, porque tu recuerdo es para mí un recuerdo dulce y triste, no una desesperación. ¡Adiós, Inés! duermes en paz. Estoy sintiendo en mi espalda la mirada irritada de tu padre, y necesito conversar con él.

Don Juan se volvió quedando de espaldas á la estatua de doña Inés, y dando frente á la del comendador.

Su estatua era la misma, de apariencia oscura, sombría y terrible, que don Juan había visto en otra ocasión.

—¡Ah!—dijo don Juan—¿qué tal, comendador? El sueño de la muerte debe ser muy profundo y muy dulce; eso es si en la tumba no se tienen sueños tan sombríos como aquél que yo tuve por tu causa. ¡Ah, comendador! no extraño que aun en la tumba me aborrezcas por-

que te he desesperado, porque te he hecho apurar el cáliz amargo, aunque sin voluntad, ciego, arrastrado por mi destino. ¡Ah! ¿Quién te inspiró oponerte á mis amores? ¿Quién te puso delante de mí? Yo te aborrezco también. Hay algo en tu ser maldito, que me enfurece. Me pareces reptil venenoso, que después de haberle exterminado, deja impresos en la imaginación sus repugnantes recuerdos. ¡Ah! tú me haces probar la rabia de la impotencia. Yo quisiera poder volverte á la vida para exterminarte otra vez, y mil y mil veces maldito. Inés, que tienes delante de ti, debe ser tu infierno. Al tocar yo tu sarcófago, tus huesos deben estremecerse de cólera y de rabia al sentir que no pueden levantarse para ahogarme con sus manos áridas. ¡Ah, yo también me estremezco de furor, porque de mí te defiende la tumba!

En aquel momento resonó un grito ahogado de mujer, detrás de don Juan.

Volvióse éste, y creyó ver delante de sí á Inés, que había bajado de su mausoleo.

Era una figura blanca, esbelta, que parecía no pisar sobre la tierra, pero don Juan no pudo permanecer mucho tiempo en su error. La estatua de doña Inés permanecía inmóvil sobre su sarcófago. La figura que estaba de pie, delante de don Juan, era un ser vivo; una novicia, á juzgar por su hábito; una niña, una criatura bellísima.

Un instante después de haber fijado don Juan su mirada en aquella aparición hechicera, los ojos de ésta se nublaron, vaciló, y hubiera caído al suelo á no sostenerla en sus brazos don Juan.

Se había desmayado.

XI

—¡Ah!—exclamó Tenorio—de ésta eran los gemidos que oí. ¡Sí! el que muere ha terminado completamente. Todo lo demás es mentira. ¿Quién será esta niña? ¿por qué habrá gemido cuando ha oído mis insensatas palabras á un recuerdo? porque Inés no es más que un recuerdo.

Don Juan miraba con una fruición deliciosa, pero tranquila y pura, el semblante de la niña desmayada.

Es necesario socorrerla, sacarla de aquí, donde respire un aire más libre.

Y don Juan la levantó, partió con ella y la sacó del cementerio.

Una vez allí buscó un sitio, desde el cual no se viesen las tumbas.

Había á un extremo del cementerio una pequeña y ruidosa fuente que dejaba caer su cau-

dal por un caño puesto en la boca de un fauno, sobre una concha de mármol.

A los dos lados de aquella fuente había dos bancos de piedra. Un bosquecillo de tilos rodeaba el espacio cubierto de césped, en que se comprendían la fuente y los dos bancos de piedra.

Desde allí no se veían las tumbas ni la gran cruz del cementerio.

Gabilán había visto pasar con estremecimiento, á su amo, llevando á una novicia en brazos y se había puesto á rezar con toda su alma para que Dios le sacase con bien de aquella aventura diabólica de don Juan.

La noche, aunque no hacía luna, era bastante clara, y la hermosura de la joven, aumentaba en efecto, envuelta por aquella vaga luz.

Don Juan roció con agua de la fuente el semblante de la joven: ésta volvió en sí.

Al sentirse en los brazos de don Juan, se estremeció violentamente, pero con un estremecimiento de pudor, y se separó de él.

—¡Ah!—dijo—, yo no comprendo esto; ¿quién sois?

—Don Juan Tenorio—contestó éste.

—¡Ah! ¿sois vos don Juan Tenorio, de cuya mala historia está lleno el mundo?

—Yo soy ese de la historia mala, señora. ¿Quién os ha contado esa historia?

—La he oído en la corte.

—¡Ah! ¿vos habéis estado en la corte?

—Hace quince días, aun estaba en ella.

—¿Quince días, no más?

—No más que quince días.

—¿Sois alguna víctima sacrificada al interés de vuestra familia?

—¡Yo no tengo familia, don Juan!—dijo la niña—. Mi padre murió á mano airada, hace tres meses, cuando en mal hora fué á llevaros una carta del emperador al convento de San Jerónimo de Yuste, en donde os encontrabais.

Se estremeció don Juan.

Aquella niña á no dudarlo, por lo que, había dicho, era la hija del pobre capitán Fernán Pérez.

—Por eso, cuando os nombrasteis junto á la tumba de la desdichada Inés de Ulloa, gemí yo, y vos creísteis que era Inés quien gemía en el fondo de su tumba. ¡Ah, no! no señor, ¡los muertos no gimen! Cuando yo muera, desesperada, como murió Inés de Ulloa, no gemiré aunque venga á poner su mano sobre mi tumba el hombre á quien amo.

—¡El hombre á quien amáis! ¡jamás ya! ¿qué edad tenéis?

—Quince años. ¿Qué, os parecen pocos para amar?

—No, hija mía, no; y sin embargo, yo no amé hasta los veinte; en cambio, yo no he olvidado mi primer amor.

—Yo no tendré otro.

—¿A quién amáis?

—¡Ah! perdonad: sobrecogida al verme aquí sola con vos he querido defenderme de vos diciendo que amo; porque los que os conocen, dicen que á pesar de todo, sois un gran caballero, altivo y noble, á quien humilla no ser amado, y que respeta á la mujer que no puede amarle.

—Nunca me he visto en el caso de respetar por ese motivo—dijo un tanto ofendido en su amor propio don Juan.

—¿Pretendéis ser amado por todas las mujeres?—preguntó la joven.

—No he querido decir eso—se apresuró á responder don Juan—; quisiera Dios que ninguna me hubiera amado; no hubierais tenido ocasión de verme como me habéis visto conmovido al pie de una tumba.

—Esa tumba me atrae, don Juan—dijo la niña—; es la de una desdichada muerta por unos amores imposibles como los míos; hace tres noches, que con licencia de la superiora recorro sola el «vía crucis»; como estoy desesperada, las sombras pavorosas del convento me consuelan en vez de aterrarme; vengo al pie de la tumba de Inés de Ulloa, y contemplo su estatua y hablo con ella como si pudiera oirme: hace poco sentí pasos en el claustro, pasos de hombre que se encaminaban á la capilla que sirve de enterramiento á Inés de Ulloa y á su padre; tuve miedo, no podía salir sin ser vista, y me escondí detrás de la tumba de Inés: he ahí porqué los gemidos que se han escapado de mi alma al saber que erais la causa de la muerte de mi padre, os han hecho creer que Inés os contestaba desde su tumba; luego, cuando os pusisteis á hablar con el comendador, un poder invencible me atrajo á vos; salí de detrás de la tumba, y cuando vos os volvisteis, me encontrásteis delante; teníais un aspecto terrible, don Juan; estabais desenchajado, y al ver vuestra mirada me aterré y me desmayé.

—Es decir, que estáis contra vuestra voluntad en el convento—dijo don Juan.

—A él me ha enviado la emperatriz.

—¿Por vuestros amores?

—Por mis amores.

—¿Y qué tiene que ver con vuestros amores la emperatriz.

—Tiene celos.

—¡Celos! ¿pues quién os ama? ¿á quién amáis?

—Quien me ama y á quien amo, don Juan, es vuestro hermano.

—¡Mi hermano!

—Así os llama don Carlos.

—¡Cómo! ¡el emperador!

—Sí, el emperador.

—¡Ah! pues si amáis á mi hermano el emperador, comprendo que no me améis, que no podáis amarme; él vale tanto como yo, y es más grande que yo; nacimos en un mismo día;

nos diferenciamos sólo, en que él nació de una reina, y yo de una dama; en que él tiene por espada y por escabel un reino de reinos; y yo no soy más que un caballero; pero él será más funesto al mundo que yo: el día de su juicio, le cercarán más sombras rojas que á mí; ¡ah! ¡él también está maldito de Dios!

—¡Ah, no no! es generoso, es noble, es grande.

—¿Creéis acaso, que yo soy miserable, villano, pequeño?

—¡Vos sois terrible!

—Si es terrible ó no el emperador, que lo digan sus campañas, que lo declare Italia, que respondan el rey de Francia preso, Roma saqueada, el Papa cautivo, el mundo aterrado; ¡ah, no, no! entre Carlos y yo, no hay otra diferencia, sino que él mata con todas las espadas de sus reinos, y yo con una sola espada; por algo me llama el emperador hermano: ¿y vos, cómo, os llamáis?

—Estrella Fernán-Pérez.

Se estremeció don Juan Tenorio; recordó al capitán á quien por un ultraje casual había matado, y que le recomendaba expirante amparase á su hija que había quedado huérfana.

—¿Sabéis quién maló á vuestro padre?—dijo don Juan cediendo á su pensamiento.

—No; si lo supeira me vengaría.

—¿Y cómo le vengaríais encerrada en este convento?

—¡Ah! es que ya no estaré encerrada, porque vos me sacaréis.

—¡Yo!

—Sí, ¿no habéis sacado nunca de un convento á una monja? se cuentan de vos aventuras semejantes.

—De mí se cuenta mucha mentira; los que por desgracia llegan á ser famosos, tienen que cargar, mal que les pese, con lo que quieren atribuirle, la necedad, la envidia ó la infamia; entré una vez en este convento, pero salí solo; he vuelto á entrar, y por lo que hace, por esta noche, solo saldré.

—No importa; vos sabéis que estoy yo aquí, y el emperador lo sabrá.

—Para buen oficio me guardáis, Estrella.

—¡Qué! ¿no es el emperador vuestro hermano?

—¿Y creéis que el emperador se cuida mucho de vos?

—¡Oh, sí! oid: Yo era menina de la emperatriz.

—Lo sé.

—¿Qué lo sabéis?

—Sí; vuestro padre murió cerca del monasterio de San Jerónimo de Yuste, entre las huertas, al lado de una fuente ruidosa y humilde como esta; yo volvía de un largo paseo; al día siguiente debía profesar; encontré á vuestro padre; porque yo voy siempre allí donde acude la muerte; me lleva á ella mi destino terrible; vuestro padre me dijo:

—Traigo una carta del emperador para don Juan Tenorio.

—Don Juan Tenorio soy yo.

—El emperador os ama; tengo una hija que se queda huérfana, ¡protegedla, don Juan!

Vuestro padre murió.

Yo volví al convento, entré en mi celda, leí la carta en que el emperador me llamaba; el mundo ardió delante de mí, y á su luz vi con horror la sombra del claustro; me despojé de mis hábitos de novicio como vos, Estrella, os despojaréis de los vuestros, yo os lo juro; tomé mis ropas y mis armas que había guardado, me despedí del prior mostrándole la carta del emperador, monté en mi caballo, que se me había conservado en las cuadras del monasterio, y partí dirigiéndome á Portugal.

—¡Y mi padre! ¡mi pobre padre!—dijo Estrella.

—Consolaos, hija mía; nada habrá faltado al cadáver; ni suntuoso entierro, ni buena sepultura; los monjes de San Jerónimo de Yuste no son mezquinos cuando se trata de oraciones y salmos.

—Sí—contestó doña Estrella—; el emperador me dijo, cuando ya no me pudo ocultar la muerte de mi padre, que los monjes de San Jerónimo le habían hecho un ostentoso funeral.—Pero ¿á qué fué mi padre á San Jerónimo de Yuste?—pregunté al emperador.

—A sacar de él, con una caria mía, un alma condenada, me respondió don Carlos, un hombre que no ha nacido para ahogar entre el frío y el silencio del claustro su corazón de fuego; un hermano mío del corazón, con el cual me he criado, y al cual amo como si fuera de mi familia; don Juan Tenorio.

Desde entonces, yo he pensado en vos con horror, don Juan—añadió Estrella.

—¡Con horror!—dijo con la voz insegura don Juan—¿Y por qué?

—Porque sin vos, mi padre existiría.

Don Juan volvió á estremecerse.

—¡Su destino!—dijo—¡su destino es quien le ha matado!

—Pero vos habéis sido la causa de que se ha valido el destino.

Don Juan creyó oír una acusación en estas palabras de Estrella, y tembló por tercera vez.

—Yo también, desde el día en que habló de vos vuestro padre, he pensado en vos con miedo.

—¡Con miedo! ¿Y por qué?

—Por un presentimiento tal vez; parecía que una voz secreta me decía en el alma que ibais á ser para mí muy dolorosa.

—¡Ah! ved don Juan que el emperador me ama, y que yo le amo.

—Sois, ¡vive Dios! el imposible mayor que se ha puesto á mi paso, y he de vencerle ó morir.

—¿Y qué os importo yo?—dijo con altivez la niña—¿qué valor tiene para vos una pobre huérfana menos hermosa que doña Inés de Ulloa,



ante cuya tumba os habéis atrevido á decir, que vuestro amor hacia ella ha pasado envuelto en el torbellino de vuestros amores, que para vos no existe el amor, sino el empeño?

—Pues ese es el valor que tenéis para mí, Estrella; el del empeño más grave que he contraído en toda mi vida.

—O me lleváis con vos—dijo Estrella—, ó tenemos que separarnos.

—¿Y por qué?

—Oíd: están dando las ánimas; á esta hora debo volver á mi celda, al lado de la horrible monja con quien vivo; sino vuelvo, me buscarán: decidíds, pues yo estoy dispuesta á todo; si podéis sacarme por donde vos habéis entrado, salgamos; llevadme á un lugar seguro, y avisad al emperador.

—Nada hay dispuesto—dijo don Juan—; por donde he entrado yo con mi lacayo, no podéis salir vos; pero no tardaréis en salir, os lo juro; emplearé para con vos el medio que empleé para entrar hace quince meses en busca de una mujer que no llevé conmigo, por quien sufrí un año de locura, de dolor, de terror; id, id, que no os echen de menos, no lloréis, confiad en mí; tal vez esta misma noche habréis salido del convento.

—¡Oh, don Juan! si eso hacéis, os amaré como una hermana; no puedo detenerme, adiós.

Estrella se apartó de don Juan, se deslizó por entre las tumbas, y se perdió en la sombra.

Don Juan permaneció profundamente pensativo por algunos segundos.

—Y bien—dijo—: el torbellino empieza á arrastrarme consigo, violento, terrible, incontrastable. ¿Por qué he respetado yo á esa niña? ¿por qué se aleja de mí sin llevar consigo un candente recuerdo de don Juan? ¡ah! es que al fin amo; es que mi alma se ha quedado en Lisboa con Isabel.

Y esta niña tan bella, tan pura, ¡oh, sí! yo he sentido el perfume de pureza que de ella se desprende.

¿La amaré el emperador? ¿será este un vago deseo que pasa borrado por otros empeños mayores? ¡ah, lo veremos!

Y saliendo de su meditación, se encaminó al sitio donde había dejado á Gabilán.

Permanecía éste encogido y temblando con mucha más fuerza que antes.

—Elo era preciso—dijo—: Dios no podía dejar sin castigo estas locuras, estos sacrilegios.

—¿Qué diablos estás ahí rezando entre dientes, imbécil?—dijo don Juan.

—Aunque rezara el Trisagio, no era mucho, señor.

—¿Qué dices?

—Digo, que mientras vos habéis estado allá ofendiendo á Dios, yo he sentido los pasos de muchos hombres que se han detenido junto á la tapia por la parte de afuera, y no han vuelto á moverse.

—Pues mejor para nosotros, y peor para ellos; vamos, hazme escala.

—¿Pero vais á salir, señor, por donde nos están esperando? ¡Eso es tentar al diablo!

—Esta es el sitio más bajo de la tapia; haz la escalera y silencio.

Gabilán gimiendo de miedo, se encorvó, apoyó las manos contra la tapia, subió don Juan sobre él, le puso los pies en el hombro, y trepó silenciosamente al caballete.

Desde allí miró á la parte de afuera.

Un largo cordón de hombres estaba pegado á la tapia.

Don Juan soltó el extremo de su capa á Gabilán, que trepó.

—No nos han sentido—dijo en voz baja don Juan—; saltemos afuera de golpe antes que nos vean.

Y tras estas palabras don Juan saltó.

Gabilán no perdió un instante, y saltó también.

—¡Ah! ¡Helos ahí!—exclamó una voz de joven ó mujer, en la cual creyó reconocer don Juan la voz de doña Leonor; ¡sobre ellos, y que no se os escapen!

Pero era ya tarde; don Juan y Gabilán habían echado al aire los hierros, y se abrían paso á cuchilladas.

—¡Dénse á la ronda del rey!—gritó un alcalde.

A aquella intimación sucedieron dos ó tres gritos de dolor, como de hombres que hubiesen sido heridos gravemente.

Un momento después, ningún alguacil parecía en diez leguas á la redonda.

Don Juan y Gabilán se habían quedado solos.

—A la Alameda Vieja—dijo don Juan—; una mujer acaba de amargarme el alma, otra me ha vendido (don Juan se refería á Leonor, á quien había reconocido por la voz), y necesito ir á apurar la amargura al lado de otra mujer.

La verdad es que don Juan había dado un rodeo por la ciudad al llegar al convento de Santa Clara, había sentido la tentación de entrar en él, al salir de él había recaído en el deseo que le había sacado de su casa: esto es, quería ver á Magdalena, á quien hacía tantos años no había visto; á la mujer de su primer amor.

Amo y criado llegaron algún tiempo después á la Alameda vieja, que hoy debería llamarse

viejésima, puesto que vieja se llamaba hace más de trescientos años.

Gabilán, como quien bien conocía la casa de Magdalena, llegó á su puerta y llamó á grandes golpes.

—¿Qué queréis?—dijo una voz de hombre desde dentro.

—Decid á la señora—contestó Gabilán—, que yo estoy aquí acompañado de un grande amigo suyo.

—Señor Antón Gabilán—dijo el de adentro—, no puedo dar vuestro recado á mi señora, como no salga y vaya á dárselo al alcázar.

—¡Ah! ¿la señora está de servicio?

—No, señor Antón Gabilán; pero es lo mismo: la ha llamado la emperatriz.

—Pues quedad con Dios, señor Pontejes, que ya iremos á buscar á la señora al alcázar.

Y se separó de la puerta.

—¿Por que has preguntado si Magdalena estaba de servicio?—dijo don Juan.

—¡Ah, sí! se me había olvidado deciros que doña Magdalena es dama de honor de la emperatriz.

—¡Oh!—dijo don Juan—, pues con su hermosura tendrá revuelta á la corte.

—Llueven sobre ella pretendientes, señor, como sobre mí desdichas; pero quien más la persigue, y de quien tiene que guardarse como de un gran peligro la señora, es del marqués de Astorga, caballero del emperador.

—¡Un viejo libertino!—dijo don Juan.

—¡De libertinos habláis vos, señor!

—Yo no soy libertino; yo soy enamorado: yo soy joven y aceptable, y el marqués es repugnante y viejo.

—Pues la echa muy de muchacho, y cree que todavía puede aspirar al amor de la mujer, porque alguna bribona se finge enamorada de él, por los doblones que le saca; pero la verdad es que persigue de muerte á doña Magdalena, y noches pasadas, si no es por los perros y por el señor Gaspar Pontejes, que se agarró á una capa y á una espada mientras acudieron los otros criados, algunos hombres que habían entrado en la casa por los sótanos, se la llevan.

—Anda, anda deprisa, Antón, que estoy impaciente por llegar al alcázar y verla.

Poco después pasaban entre los centinelas suizos que daban la guardia á la puerta del alcázar.

Delante de la puerta había una carroza, y en el vestíbulo del alcázar, formados en dos filas, veinte soldados de la guardia española, con los coletos encarnados, y sus grandes albardas, al frente de las cuales había un alférez.

Al ir á pasar don Juan, este alférez se puso

delante, quitándose el sombrero é inclinándose profundamente.

—Perdonad, mi general; pero vuecencia no puede pasar adelante.

—¿Sabéis con quién habláis, hidalgo?

—Al veros os he reconocido, porque tenéis cara de ser la persona de quien tan grandes cosas se cuentan: vos sois, sin duda, el excelentísimo señor don Juan Tenorio, capitán general de la guardia española de su majestad.

—Cierto que soy don Juan Tenorio—dijo éste—, ¿pero si soy también capitán general de la guardia española, cosa que yo ignoraba, y teniendo como tengo mi llave dorada, por qué se me detiene á la puerta del alcázar?

—Sólo puedo contestaros, mi general, que el emperador lo manda.

—Entonces, hidalgo, ofreced á su majestad mis respetos, y decidle que volveré dentro de poco á probar si no se me impide la entrada.

—Es que vuecencia tampoco se puede ir—dijo el alférez.

—¿Cómo es eso, hidalgo?—contestó un tanto contrariado don Juan.

—Perdóneme vuecencia, pero vuecencia está preso de orden del emperador: como que yo salía para ir á buscarle.

—Pues entonces, alférez, tomad la espada y llevadme á la torre donde me han de encerrar.

—No tengo orden de desarmar á vuecencia, sino de llevarle á la antecámara de su majestad y avisar su llegada.

—¡Ah! pues entonces, señor alférez, adelante: Gabilán, quédate por ahí y espérame.

—¡Todo sea por Dios!—dijo murmurando entre dientes Gabilán.

Atravesaron el vestíbulo, el patio de las Muñecas, y llegaron á la antecámara del salón de embajadores, en la cual estaban los gentiles hombres, los camareros y los continuos de la casa del emperador, que llenaban su servicio.

—Micer Guillermo de la Maine—dijo el alférez al chambelán de servicio, que era un tudesco obeso y coloradote—, decid á su majestad que el alférez Mazarredo le anuncia la presencia en el alcázar del excelentísimo señor capitán general de la guardia española, don Juan Tenorio.

—Eh bien, señor; vuestra excelencia poder pasar sin ser anunsiado.

Y el chambelán levantó la gran cortina de la puerta, y se inclinó.

Sólo entonces don Juan se quitó el sombrero porque era grande de España cubierto ante el rey.

Entró, y encontró á Carlos V engolfado en la lectura de algunos papeles.

Al ruido de los pasos de don Juan, el emperador alzó la cabeza y le vió.

Al verle, ardió en sus ojos, en sus poderosos ojos azules, una llamarada de alegría.

Se levantó, y sin dejar arrodillarse á don Juan, le levantó, asiéndole por ambas manos, y luego le abrazó como un emperador abraza á un vasallo, dejando siempre establecida la distancia.

—¡Ah! ¡Cuerpo de Baco!—exclamó con alegría—; me hacéis jurar como un napolitano: ya era tiempo, don Juan: desde que nos separamos en Gante, hasta ahora, han pasado diez y seis años sin que se os haya podido echar la vista encima.

—Señor—dijo don Juan con respeto, pero con una gran dignidad—; empresas gigantescas han tenido á vuestra majestad por esos mundos; y á mí, por otras partes, las aventuras, ó más bien las desventuras mías.

—Vamos, vamos—dijo el emperador—: de la gente ociosa que está en la antecámara sólo nos separa una cortina, y no podemos hablar con libertad; venid conmigo.

El emperador salió por una puerta seguido de don Juan, atravesó un retrete y entró en una recámara, cuya puerta cerró.

Aquella recámara era una joya de la arquitectura árabe.

De su techo ensamblado, labrado con entrelazos, estrellas y escudos, matizado y dorado, de tal manera que parecía de maderas y metales preciosos, nácar y marfil, pendía una lámpara de seda, que iluminaba blandamente las paredes, labradas con arabescos dorados sobre fondos de colores.

Sobre el pavimento de mármol había una mesa con pies de bronce y tablero de mosaico, y junto á ella un sillón dorado, único asiento que había en la regia estancia.

El emperador tenía un sencillísimo traje negro de seda; y á la cintura un pequeño puñal de oro. En la cabeza un birretito de terciopelo negro con una pequeña pluma blanca de cisne.

Sus ojos celestes y poderosos, su nariz aguileña y su boca, cuyo labio inferior estaba lleno de una terrible expresión de imperio, eran majestuosos sobremanera.

Don Carlos estaba en el vigor de su edad, y era hermoso, altivo, audaz: su manera de estar de pie; ligeramente apoyado en la mesa, y la actitud de su cabeza, marcaban al emperador, nacido para serlo, al nieto de los poderosos Reyes Católicos; al señor de la más extensa monarquía de los tiempos modernos.

El emperador no se sentó; no quería que don Juan estuviere de pie mientras él sentado, ni quería tampoco que don Juan se sentase: esto hubiera sido igualarse con el vasallo; y don Carlos podía estimar mucho á don Juan, pero no hasta el punto de ponerse, ni por un solo instante, á su nivel. Don Juan, por su parte, estaba por la primera vez sin arrogancia delante de un hombre. Estimaba al emperador, como el emperador le estimaba á él.

Se habían criado juntos y se consideraban casi como hermanos; pero de la manera que pueden considerarse hermanos un emperador y un súbdito: de una manera excepcional, sujeta á la fórmula, á la etiqueta, por un sentimiento mudo que jamás podía expresarse con palabras, pero comprendido, aunque no expresado.

Y don Juan se hubiera hecho matar por el emperador, y el emperador hubiera apurado todo su poder para proteger á don Juan.

—Y bien, caballero—dijo el emperador á don Juan, apenas hubieron llegado al morisco retrete donde se encontraban—. Creo que si no os prendo, no os vos sabe Dios en cuanto tiempo. La galera que mandáis ha llegado á Sevilla, según me han dicho, al obscurecer, y son muy bien ya las diez de la noche cuando os tengo delante; y eso gracias al alférez que os ha preso.

—Permitame vuestra majestad, señor, que le diga que he sido preso á la puerta del alcázar, cuando venía...

—¿A buscarme?

—En verdad, señor, porque no puedo mentir; yo no pensaba ver esta noche á vuestra majestad; me parecía tarde, he perdido algún tiempo acomodando á una dama que traigo conmigo, de Portugal; á una parienta vuestra, señor.

—¿Parienta mía?—dijo el emperador, cuyo rostro se nubló levemente.

—Perdonad otra vez, señor, pero yo no puedo encubrir nada á vuestra majestad.

—Es decir que vuestras tremendas aventuras han llegado hasta mi familia, ¿habéis encontrado recuerdo vivo de mi padre, don Juan? Aunque no comprendo cómo podéis haberle encontrado en Lisboa, ni cómo en fin hayáis podido atreveros por lo leal que me sois, á una parienta mía, sabiéndolo vos:

—Voy á explicarme, señor.

—¿Va á ser muy larga la explicación, don Juan?

—Necesariamente.

—Pues entonces, paseemos; porque me canso de estar de pie é inmóvil.

Y el emperador se asió del brazo de don Juan.

No había más señal de dominio entre los dos para el que sin conocerlos los hubiera visto asidos del brazo y paseando, sino que el emperador estaba cubierto y descubierto don Juan.

con el sombrero en la mano. La capa la había dejado en la antecámara, y tenía un traje mucho más vistoso que el del emperador. Llevaba además espada y el emperador no.

Eran de la misma estatura, y en cuanto á majestad y altivez, no se sabía cuál era el rey y cuál el vasallo, ni se aventajaban en hermosura.

El emperador, rubio, blanco y con magníficos ojos azules, era extremadamente simpático, don Juan, con sus espesos cabellos negros, su tez de un blanco marfil y sus ojos negros relucientes, terribles, era fuertemente atractivo; había algo de común entre aquellos dos gigantes: tal vez su destino era relativamente igual: la lucha eterna con lo imposible, cada cual en su posición.

—Empezad, don Juan, empezad—dijo el emperador—; todo se reduce á que esta noche me acueste un poco más tarde: no importa, empezad.

—La víspera del día en que debí profesar, señor, estaba yo en el campo, desesperado. Si un acontecimiento no hubiera venido á arrojar-me del claustro, á estas horas sería sacerdote y monje.

—No sé si he hecho bien ó mal en escribiros don Juan, porque supongo que mi carta fué el acontecimiento que impidió vuestra profesión.

—En efecto, señor, la carta con que me lo iró vuestra majestad ha sido la causa de que yo no profesase; porque si el capitán Fernán Pérez no hubiera llevado aquella carta á San Jerónimo de Yuste, no hubiera muerto.

—¿Y qué tenéis vos que ver con la muerte de ese pobre capitán?—dijo el emperador deteniéndose y mirando de una manera profunda á Tenorio.

—El capitán iba muy mal montado; llevaba uno de esos caballos llenos de resabios, asombradizos, que son siempre un peligro para un jinete. El caballo me vió de improviso, le asombraron sin duda mis hábitos blancos, se puso de manos, descompuso al capitán, intentó el bote, mordió el freno, y yo me lancé á sujetar al caballo para que no estrellase al jinete. Sentí un latigazo en la cara: he aquí señor el acontecimiento que me sacó del claustro; porque maté al capitán.

El emperador bajó la cabeza y no dijo una sola palabra.

—El pobre capitán me dió la carta de vuestra majestad y me dejó oír su testamento, en estas solas palabras:—Don Juan, tengo una hija, que se queda pobre y huérfana; es menina de la emperatriz; se llama Estrella; el emperador os estima mucho; proteged á mi hija, don Juan.

Tenorio sintió que el brazo que el emperador apoyaba en el suyo, se estremecía.

—Seguid, seguid—dijo el emperador.

—Dos horas después partí á caballo, del convento, habiéndome despedido del prior. Yo, por

lo que pudiera suceder, había tomado el camino de la frontera de Portugal. Durante tres días no me aconteció otra aventura que comer mal y dormir peor, en las posadas. Ya cerca de Somorinos, á poca distancia de la frontera, tropecé con dos damas, de noche ya, que tenían miedo, porque las habían dicho que en el camino había bandidos, y rogado por ellas, las acompañé, y de los bandidos con los cuales tropecé, maté á tres; los restantes huyeron, y los dos criados que habían acompañado á Fernán Pérez, y que por encargo del mismo habían pasado á mi servicio, murieron en la refriega. He aquí que nadie sabe, más que vuestra majestad y el prior de San Jerónimo de Yuste, que yo he sido involuntariamente y por necesidad, el homicida del capitán Fernán Pérez.

—Lo sé yo solo—dijo el emperador con el acento un tanto sombrío—, porque el buen prior de San Jerónimo de Yuste, ha muerto hace algunos días.

—Vuestra majestad puede ejercer en mi justicia—dijo don Juan.

—La ejerzo manifestando que hicisteis bien; quien cruza el rostro de un caballero, merece morir.

—Después, por necesidad también, señor, he matado dos hombres en Lisboa.

—Adelante, don Juan, adelante: yo no soy vuestro confesor.

—Y hubiera matado mucha más gente, si los asuntos de doña Leonor de Sese, no se hubieran torcido.

—Seguid, seguid don Juan: vengamos á mi parienta, á esa parienta que no comprendo quien pueda ser.

—Dadme licencia, señor, para que yo presente á vuestra majestad las pruebas de que es hija del rey don Manuel, padre de la emperatriz, mi señora, la dama que he traído de Portugal.

—¡Ah, es una cuñada mía!—dijo el emperador—. ¿Tenéis con vos esas pruebas, don Juan?

—Sobre mi pecho, bajo mi ropilla.

—Dádmelas.

Don Juan se abrió la ropilla, sacó de ella la cartera que se había encontrado en el armario de Lope Pereira en Lisboa, y la entregó al emperador.

Don Carlos leyó con avidez aquellos papeles.

Los volvió á leer y luego dijo á don Juan.

—¿Queréis ser infante de Portugal y mi conuñado?

—Infante de Portugal, sí; sobrino político de vuestra majestad, si, es más, cuento con vuestra majestad para obtener la mujer á quien más he amado en el mundo, doña Isabel, hija natural del rey don Juan III, á quien su padre ha encerrado en un convento.

—¿Pero, cómo diablos, don Juan, habéis encontrado á todas estas princesas bastardas? vues-

tra l
un li
cemer
téis,
Viseo
mana
de P
—
gar
que
acom
nía

fué
vuest
tuvo
por
do á
é ign
—
—
ción
—
me
los

Do
había
le co

tra historia, á lo que más se parece es á un libro de caballerías. Os encontráis en el cementerio de un pueblo, según me escribisteis, una nieta bastarda del traidor duque de Viseo, y habéis tropezado después con una hermana bastarda y con una hija natural del rey de Portugal, ¿cómo habéis dado con ellas?

—A doña Isabel, en el camino, antes de llegar á Portugal: era una de las dos damas que por temor á los bandidos me pidieron las acompañase. La otra dama era doña Estefanía de Silva Carvalho y Meneses, favorita que

del rey de Portugal, y la última conversación que tuvieron en la lancha, donde le salvó don Juan.

—Ya veis, señor—dijo éste cuando hubo acabado su relato, que yo, antes que todo, necesitaba aposentar á vuestra parienta: he aquí por qué he tardado en presentarme á vuestra majestad. Además me ha acontecido una extraña aventura que me ha entretenido mucho. Me he entrado escalando las tapias del cementerio, en el convento de Santa Clara.

—¡Don Juan, don Juan!—dijo el empera-



Hubiera caído al suelo á no sostenerla en sus brazos don Juan. (pág. 34.)

fué del rey don Manuel, y en quien éste, como vuestra majestad habrá visto en esos papeles, tuvo á doña Gabriela de Portugal. A esta y por causa de doña Isabel, la encontré sirviendo á un platero que se llamaba Lope Pereira é ignorante de su origen.

—Contadme, contadme eso—dijo el emperador.

—Es muy largo, señor, y temo fatigar la atención de vuestra majestad.

—No, don Juan, no; todo se reducirá á que me recoja más tarde y á que velen algo más los de mi cámara.

—¿es franqueza ó audacia la vuestra? ¿No sabéis que yo soy el rey católico, y á más de esto, emperador de romanos y protector de la iglesia?

—Vuestra majestad puede castigarme—dijo don Juan—, pero yo no puedo tener sacretos para vuestra majestad.

—¿Pero á qué entrásteis en ese convento?

—¿No ha oído vuestra majestad contar lo que se dice de mis amores con Inés de Ulloa? y de mis aventuras con su padre el comendador don Gonzalo? Pues bien; don Gonzalo y doña Inés, están sepultados en el claustro de Santa Clara. Al pasar por allí, sus tumbas me atrajeron; salté la tapia, entré y junto á la tumba de Inés encontré á una muejr, á una niña, cuya protección me encargó su padre moribundo.

Don Juan contó al emperador todo lo que le había acontecido en Lisboa, hasta su combate contra las galeras portuguesas, el naufragio

—¿Quién?—dijo el emperador pudéndose apenas contener.

—Doña Estrella Fernán Pérez—contestó Tenorio de la manera más natural del mundo.

—Sí, es cierto; la emperatriz creo que separó de su servicio á esa menina, pero yo no sabía adónde la había enviado. Y... ¿la habéis hecho presa vuestra como á otras tantas mujeres?

—En la voz del emperador se notaba un acento extraño y un temblor casi imperceptible.

—Es la primera mujer joven y hermosa—dijo don Juan—, que he tenido en mi poder y á la que he respetado. Al verme se desmayó; yo la hice volver de su desmayo, me dijo su nombre; yo la dije el mío; dieron las ánimas, se fué á la celda de la monja con quien vive; yo salté la tapia; me encontré en la calle con la justicia, que me esperaba, y para llegar hasta el alcázar me he visto obligado, señor, á des- embarazarme á cuchilladas de la justicia.

—Y ¿á quién veníais á ver á estas horas al alcázar, puesto que me habéis confesado que no veníais á verme á mi?

—Venía á ver á doña Magdalena Zegri, hija natural de doña Ana Zegri, difunda abadesa de Santa Clara, que en la actualidad es dama de honor de su majestad la emperatriz.

—¡Ah! ¿quién os entiende, don Juan? ¿No decís que amáis como no habéis amado nunca, á la sobrina bastarda de la emperatriz, doña Isabel de Portugal?

—Es, señor, que en el corazón humano hay muchos amores. Amo á doña Magdalena Zegri, como se ama á una hermana. A doña Isabel de Portugal, como amamos á la mujer que es nuestra alma, como amamos una sola vez en toda nuestra vida.

—Pues mirad que creo que la doña Magdalena os cuenta por suyo, y que os metéis en una guerra mujeril, que tal vez no podáis vencer; porque las mujeres son el diablo, primo don Juan.

—¿Primo de vuestra majestad?—dijo don Juan deteniéndose y mirando fijamente al emperador.

—¡Oh, sí! ¿Cómo os ha nombrado al prenderos de orden mía el alférez Mazarredo?

—Me ha dado tratamiento de excelencia, y cuando le he preguntado la razón de ese tratamiento, me ha dicho que vuestra majestad me ha nombrado general de la guardia española.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿No os ha saludado con el nombre de marqués de Marana?

—No señor.

—Pues ha sido un olvido del alférez Mazarredo, que le va á costar estar encerrado un mes en una torre: decídselo vos cuando salgais, como capitán suyo que sois.

—Lo que diré, señor, con licencia de vuestra majestad, es que se vaya á elegir á mis cuadras un caballo para que recuerde que es

el primero que ha debido saludarme con el título que vuestra majestad se ha dignado concederme.

—Sea lo que queráis, don Juan; después de diez y seis años que hace que no nos vemos, ni he de ser severo con vos, ni he de dejar de complaceros en lo que queráis.

—Vuestra majestad me obligaría si pudiera obliigarme más de lo que estoy, á servirle hasta perder mi vida.

—Yo quiero obligaros á que cambiéis de vida, poniéndoos tan alto, que vuestra altura os impida andar de la manera aventurera que habéis andado hasta ahora; además, don Juan, hemos llegado entrambos á una edad en que las locuras de la juventud no sientan bien; hay algo que está más alto que los amos y las cuchilladas á obscuras por la calle; la fama, nuestro recuerdo dejado en la historia.

—Yo no dejaré mi nombre á la historia, señor; para ello me falta una corona.

—¡Conquistadla, vive Dios! ¡Ahí tenéis el África bárbara! arrancadla una extensión bastante para fundar un reino, y sed lo que debéis ser: vuestra cabeza tiene fuerza bastante para sostener una corona real; yo he puesto sobre ella una corona de marqués, os he creado grande de España de primera clase, en lo que no os he dado mucho, porque ya vuestra familia tenía el privilegio de cubrirse ante el rey; he averiguado para titularos, cómo se llamaba el solar donde habéis nacido.

—Entonces, señor, debo llamarme marqués del Diablo; porque el solar donde he nacido se llama el castillo del Diablo.

—Ese nombre se le ha dado la fama, por los prodigios que han pasado en ese castillo, que dicen han sido verdaderamente infernales; pero el doctor Carvajal, de mi consejo, que es un hombre muy docto, que sabe lo temporal y lo eterno, y que busca como un hurón lo que por milagro no sabe, ha descubierto, no sé si evocando espíritu, ó por la magia blanca ó por la magia negra, que el tal castillo se llamaba allá por los tiempos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, casa de María y de Ana, dos santas mujeres, que huyendo del furor de Diocleciano fueron á esconderse en Sierra-Nevada de donde el castillo se llamó de Mariana, y por corrupción vino á parar en Marana; así lo declara y lo afirma el doctor Carvajal, y no hay más remedio que creerlo, don Juan, porque echarlo á buscar, sería cosa superior, no digo yo para mi poder, sino para cualquiera otro que fuese un punto menos poderoso que Dios; ya, ya veréis el volumen que ha escrito el doctor Carvajal para probar que el solar donde nacisteis se llamaba el castillo de Marana; ochocientas fojas de letra metida con textos griegos y latinos, y tan á macha martillo, que no hay quien se atreva á meterlas el diente; de lo que resulta, que no pudiéndose probar lo contrario de lo que dice el doctor Carvajal

en s
que
porqu
cread
dado
gas c
vinc
que v
vuest
—F
no ha
han e
tengo,
renta.
—L
Juan,
no es
ha m
cante
ferido
—T
el col
ler m
más
Tenor
—O
preció
la gr
y vos
pañer
parece
y cor
mano
el em
suyo.

Don
brirse
—A
Aqu
un mí
un es
bición
un co
viven
la tra
tan la
se ab
dos h
Cadi
violent
Desp
quitó
en el
su hin

—Al
mano;
siente;

en su mamotreto, señor de Marana sois, aunque al diablo le pese, marqués de Marana; porque yo no puedo hacer príncipes, os he creado marqués y grande de España, y os he dado todas las montañas, valles y dehesas realengas que eran mías en aquella región, para que vinculéis vuestro título; porque creo, don Juan, que vos al meteros fraile, hicisteis renuncia de vuestros bienes.

—Pero como no he profesado, mis albaceas no han dado ejecución al testamento, y me le han entregado cerrado; de lo que resulta, que tengo, como tenía, tres millones de ducados de renta.

—Lo que os hace tan rico como el rey, don Juan, y el grande más grande de mi imperio; no es eso sólo: el elector de Hesse Cassel, ha muerto, y un toisón de oro ha quedado vacante; vacante no, porque yo os le he conferido.

—Todo esto me fatiga, señor; me agobia; el collar de la orden teutónica no me hará valer más, ni la grandeza de España me hará más grande; á mí me basta con ser don Juan Tenorio.

—Os doy lo que tengo, primo; no me lo despreciéis; yo no pretendo engrandeceros; sé que la grandeza del alma es la primer grandeza, y vos la tenéis grande; pero adorno á mi compañero de infancia; al hombre que más se parece—añadió el emperador, bajando la voz, y con acento sumamente afectuoso—á mi hermano; cubrios, marqués de Marana; cubrios, el emperador quiere un momentoaros al par suyo.

Don Juan se cubrió como hubiera podido cubrirse delante de Carlos V un igual suyo.

—Abrazadme ahora—dijo el emperador.

Aquellos dos hombres que habían nacido en un mismo día y á una misma hora, que tenían un espíritu común, una audacia igual, una ambición semejante, un valor á toda prueba y un corazón inmenso, aquellas dos grandezas que viven aún; la una en la historia, la otra en la tradición, aquellos dos gigantes que representan la época más gloriosa y grande de España, se abrazaron como hubieran podido abrazarse dos hermanos.

Cada uno de ellos sintió en aquel abrazo el violento latido del corazón del otro.

Después de esto, se separaron, don Juan se quitó el sombrero, y el emperador se sentó en el sillón, quitándose, como por comodidad, su birrete, y quedando don Juan de pie.

de vos; sois un verdadero escándalo en mis reinos, y aun en los extraños; vais dejando por todas partes escrito vuestro terrible nombre con lágrimas y con sangre; vuestra ambición amorosa no deja de hacer víctimas, ni vuestra espada de matar; pero no en defensa de Dios, del rey y de la patria, sino en lances oscuros, en aventuras locas; es necesario que esto se acabe, don Juan, es necesario que os caséis; y no solamente que os caséis, sino que seáis buen casado; habládme con franqueza: ¿jamás á esa doña Isabel de Portugal, bastarda hija de mi hermano el rey don Juan, como yo amo á la emperatriz doña Isabel de Portugal, hija legítima del difunto rey don Manuel?

—La amo algo más, señor—dijo con indomable audacia don Juan—: porque la amo como amante y como esposo.

—Y decidme, don Juan, porque me lo podéis decir todo, ¿habéis adelantado vuestro dominio sobre mi sobrina?

—Pura como el pensamiento de un ángel está doña Isabel, y el fuego que por ella me devora es puro como la luz de los cielos.

—Es el caso, que habéis quedado muy mal con su padre, y me temo mucho que no bastó mi poder para hacer que el rey de Portugal consienta en esas bodas.

—Muy mal hemos quedado ambos, señor, con el rey don Juan III; pero si no consiente en darme por esposa á su hija, con vuestra licencia, señor, yo me la tomaré.

—Me he propuesto no enojarme hoy con vos.

—No debe enojarse conmigo vuestra majestad: no hay poder humano que me obligue á seros desleal, ni á encubriros lo que siento, ni á evitar que yo alcance, por cualquier medio que sea, la posesión del ángel que me ama, y á quien adoro.

—¿Y si yo, don Juan, os prohibiese un día acercaros á doña Isabel?

—Me acercaría, señor: la obtendría, me casaría con ella, y vendría después á entregaros mi cabeza.

—¡Indomable como yo!—murmuró para sí el emperador—yo tampoco me he detenido en nada, ni me detendré: si por lo de Margarita y por lo del Papa está suspendido sobre mi cabeza el rayo del Señor, que caiga sobre ella.

Estas palabras no las oyó don Juan.

El emperador se puso el birrete, se levantó y dijo:

—Venid conmigo, don Juan; voy á presentáros á la emperatriz.

Don Juan siguió al emperador.

XIII

—Ahora, don Juan, el rey reemplaza al hermano; es necesario que el rey os diga lo que siente; el rey como rey, está muy disgustado

Cuando el emperador, sin anunciarse, entró en la cámara de la emperatriz, ésta charlaba lar-

gamente con una dama que estaba sentada en el escabel del sillón que la emperatriz ocupaba.

La emperatriz y su dama formaban un grupo encantador.

Doña Isabel de Portugal era rubia, blanca, hermosa; pero con una hermosura dulce, modesta y un tanto fría, cubierta por una expresión de altivez y de dignidad, hijas de su alta posición.

Se notaba que era reservada y prudente; de corazón grande, á propósito para compartir, como había compartido con el emperador, los cuidados del gobierno.

Tenia algo de común en el color de los ricos cabellos, de los ojos y de la tez, en lo sencillo y al par majestuoso de su aspecto, y en la pureza inmaculada del alma que de ella emanaba, con la grande, con la incomparable, con la santa Isabel la Católica, abuela del emperador é hija de la otra doña Isabel de Portugal, hija de don Juan II de Portugal y esposa de don Juan II de Castilla.

La esposa de Carlos V tenía en sus venas la misma sangre que por parte de su madre había tenido doña Isabel la Católica.

Por esta razón se explicaba su gran parecido físico y moral, y lo que tenía de común la emperatriz con el emperador, puesto que, aunque lejanos, eran parientes.

La emperatriz sufría visiblemente cuando entraron el emperador y don Juan.

Lo que sin duda la hacía sufrir era su conversación con la dama que estaba sentada á sus pies.

Era esta dama Magdalena, que sin duda hablaba á la emperatriz de sus amores, de sus dolores, de sus esperanzas.

Magdalena estaba fuertemente sobreexcitada; su palidez aumentaba su blancura, y el contraste sobre ella de sus cabellos, de sus cejas, de sus pestañas y de sus ojos negrísimo.

Magdalena nada había perdido, ni de la riqueza de sus cabellos, ni de lo fresco de su tez, ni de lo mórbido de sus formas, ni de la admirable armonía de su hermosura, ni del fulgor de su juventud; y, sin embargo, contaba ya treinta y ocho años.

Su belleza se había espiritualizado á impulsos del sufrimiento.

Resplandecía; había llegado á ser casi ideal. Sus ojos habían adquirido una fuerza infinita, una magia incontrastable.

Había en ellos una vida inmensa que parecía alimentarse en un solo pensamiento: en el amor.

Al ver Magdalena á don Juan, ahogó un grito, tembló, su palidez creció hasta convertirse

en la palidez del cadáver; se alzó de una manera magnética, se separó de la emperatriz y permaneció inmóvil junto á la mesa, fijando una mirada hambrienta, lúcida, febril, en don Juan.

Don Juan, por su parte, miraba de una manera inmensa á Magdalena.

En aquella mirada había una desesperación profunda, una agonía cruel.

Aquellos dos seres no vivían en aquel momento más que el uno para el otro.

El pensamiento de los dos era un infierno de sensaciones punzantes, desgarradoras.

Don Juan se había creído más valiente para resistir la vista de Magdalena.

Estaba tan pálido como ella, y tan convulso.

Magdalena y don Juan parecían entonces un solo ser partido en dos seres de distinto sexo.

El emperador y la emperatriz, cada cual por su parte, los abarcaban en una mirada semejante entre sí.

Hubo un momento de solemne silencio, en que la situación lo dominó todo.

Al fin, el emperador cortó aquella situación.

—Os presento, señora—dijo á la emperatriz—, nuestro rebelde don Juan, á quien no conocéis, y de quien me habéis oído hablar tantas veces: ya le tenemos en casa; no sé si convertido como el Hijo Pródigo; pero os aseguro que haré cuanto esté en mi poder para que no se nos vuelva á escapar.

—Bien venido seáis á nuestra corte, caballero—dijo la emperatriz—; yo os prometo la misma protección que debéis al emperador, mi señor.

—Y yo, señora—respondió don Juan adelantando hasta la emperatriz y doblando la rodilla—, pongo á los pies de vuestra majestad mi espada, cuanto soy y cuanto valgo.

La emperatriz extendió la mano á don Juan, que la besó con respeto.

—Alzad—dijo la emperatriz.

—Ahora bien, don Juan—dijo el emperador—, retiraos á descansar; mañana os esperamos en nuestro alcázar á la hora de audiencia.

Don Juan dobló la rodilla, besó la mano al emperador, se alzó y salió por la antecámara de la emperatriz.

—Doña Magdalena—dijo el emperador—, podéis retiraros.

—Para volver á vuestra casa—añadió la emperatriz.

Magdalena se inclinó profundamente, y salió con más rapidez que la que permitía la etiqueta.

—¡Desgraciada!—dijo la emperatriz.

—Más desgraciada de lo que podéis creer—repuso el emperador.

Magdalena había temido que don Juan no esperase, porque el amor teme todo lo que le es contrario.

Pero encontró á don Juan inmóvil como una estatua en medio de la antecámara, y sin ver, á lo que parecía, á la alta servidumbre que hacía su servicio en la antecámara de la emperatriz.

—Sígueme—dijo Magdalena en voz baja, rápida y anhelante, á don Juan, al pasar junto á él.

Y siguió adelante.

Don Juan salió tras ella.

XIV

Magdalena atravesó el patio de las Muñecas, y detrás de ella, don Juan.

Un escudero de Magdalena la había adelantado y llegado al vestibulo del alcázar, donde había habitado.

—¡Eh, Sebastián, Agustín, las sillas de manos!

Detrás de Magdalena, y de don Juan iban dos escuderos, dos dueñas y dos damas de Magdalena; porque Magdalena, heredera de Ada, poseía sus inmensas riquezas, y como dama de honor de la emperatriz, mantenía una grande y noble servidumbre.

Gabilán, maldiciendo de su fortuna, que le hacía partícipe de nuevo en las tremendas aventuras de su amo, estaba echado contra la pared, desalentado y aburrido, esperando á que su amo saliese.

Cuando llegó Magdalena á la puerta del alcázar, dijo á sus dueñas, á sus damas y á sus pajes:

—Volveos á casa; yo iré luego; este caballero me acompañará.

Y señalaba á don Juan.

A Magdalena le importaba muy poco lo que pudiera decir de ella su servidumbre, al ver que se quedaba sola con un caballero tal como Tenorio.

Lo que quería era explicarse con Tenorio libremente, donde nadie les oyese.

Las dueñas y las damas de Magdalena entraron en sus sillas de mano, que se pusieron en movimiento, seguidas por el escudero y por los pajes.

Magdalena se asió al brazo de don Juan, sin cuidar de encubrirse con el manto, á pesar de que iba vestida de corte y llevaba piedras en el peinado y perlas en la garganta.

Gabilán, á quien nada se había dicho, echó silencioso y cabizbajo tras de su amo, y á una respetable distancia.

dijo don Juan—¡me parece un sueño que te tengo á mi lado, que te veo! ¿Adónde vamos, mi amor?

—Fuera, fuera de Sevilla, donde no nos ahoguen las casas, donde respiremos todo el aire que Dios envía al campo. ¡Oh, don Juan! ¡á mí sí que me parece un sueño el verte junto á mí, el sentirte, el apoyarme en tu brazo, en tu brazo que tiembla como tiembla el mío; y ver tu hermosura que me enloquece, ver tu mirada que es todavía para mí, la mirada tímida de aquel niño que no había amado hasta que me amó! ¡Oh, don Juan, yo estoy muriendo de felicidad, de inquietud y de celos, no sé por qué! Sigue, sigue; todavía pasan gentes junto á nosotros y yo necesito la noche, la soledad, la inmensidad, contigo.

Y Magdalena marchaba rápidamente.

Gabilán seguía también con rapidez y murmurando: tras Gabilán iba otra persona; la mis- que había seguido á don Juan y á su lacayo hasta las tapias del cementerio del convento de Santa Clara, y que había avisado á la justicia, de la cual se había librado á cuchilladas don Juan. La justicia había huido, pero aquella persona no.

Había seguido á don Juan desde lejos y recatándose siempre, hasta la casa de Magdalena; y desde allí hasta el alcázar. Había esperado pegada á los muros de la vecina catedral, y le había seguido cuando había salido del alcázar con Magdalena.

El postigo del Carbón está cerca del alcázar.

A él, pues, se encaminaron don Juan y Magdalena.

Eran más de las once de la noche y el postigo estaba cerrado.

Don Juan se dirigió á los guardas, y les dijo:

Abrid al marqués de Marana, capitán general de la guardia española, y de la cámara del emperador.

Esto, junto con un doblón de á ocho que puso en las manos de un guarda, y más que todo el aspecto dominador de don Juan, y al gran sabor aristocrático que se desprendía de Magdalena, hicieron que el postigo se abriese.

—Esperad atentos á que volvamos y llame- mos, para abrimos—dijo don Juan.

—Descuidad, excelentísimo señor—contestó uno de los guardas.

Magdalena y don Juan salieron, y el postigo volvió á cerrarse.

Llegó á su vez al postigo Gabilán y le encontró cerrado.

—¿Quién abre aquí?—dijo con la insolencia peculiar á todo lacayo de señor rico y poderoso, y con muy mal tono, porque, como sabemos, estaba muy de mal humor.

—¡Oh, Magdalena, Magdalena de mi alma!—

—¡Eh, don Pelaire!—dijo uno de los guardas—; á largarse pronto, no sea que le hundamos las costillas; pues pocos fueros que gasta don Perdidó!

—Por donde salió mi amo, salgo yo, ó hay la de Dios es Cristo—dijo Gabilán que iba volviéndose el tremendo lacayo de otros tiempos.

—¡Ah! ¿sois vos el criado de su excelencia?—dijo el mismo guarda, ya con estremada moderación.

—Yo soy, por mis pecados y por los de tu abuela, tunante—dijo Gabilán creciendo en descomedimiento—, lacayo de don Juan Tenorio.

—A aquel nombre el postigo se abrió, dió paso á Gabilán que salió de una manera violenta, y volvió á cerrarse.

Poco después llegó la persona que seguía á don Juan.

—Abrid—dijo imperativamente á los guardas, con una voz que tanto podía ser la de un niño como la de una mujer, á juzgar por su timbre.

—Y ¿por qué hemos de abrir?—dijo el guarda.

—Porque habéis abierto á don Juan Tenorio y á su lacayo.

—Y qué os importa á vos eso.

—Que yo soy paje de don Juan Tenorio.

Volvióse á subir al postigo, y cuando estuvo fuera el que se había nombrado paje de don Juan, volvió á cerrarse.

El supuesto paje de don Juan se encontró á poco que anduvo, al pie del muro que unía en aquellos tiempos el alcázar con la torre del Oro, y bajo la sombra de unos espesos y cogidos álamos negros.

Desde allí partían algunas sendas.

Nada se veía, nada se oía.

Era difícil saber por qué senda habían tomado don Juan Tenorio y su compañera.

La luna había salido, y penetrando por entre algunos árboles, iluminaba de lleno á aquella persona.

Mucho debía interesarla el seguir á don Juan, porque desesperada al ver que le había perdido, levantó los ojos al cielo enviándole una muda blasfemia.

En aquel momento la luna iluminó su semblante.

Quien la hubiera conocido hubiera reconocido en ella á doña Leonor de Sese, con traje de estudiante de la época.

Se comprende cómo estaba doña Leonor en Sevilla, atendiendo á que en Sevilla estaba la corte, y que debía suponer que una vez fuera de Portugal don Juan, debía encaminarse á la corte del emperador.

Lo joven había previsto que podía ser retenida en Lisboa, contra su voluntad, por el rey don Juan III que estaba locamente enamorado de ella; se había confiado al genovés Leonardo Lorenzo, y éste la había procurado los medios de salir con seguridad de Lisboa, acompañada

de un criado viejo que había militado algunos años en los ejércitos de Fernando V, hablaba correctamente el castellano, y era valiente, experimentado y fiel á toda prueba.

Doña Leonor hablaba también perfectamente el castellano, merced á los cinco años que había estado en Somorinos, y sólo tenía un ligero acento portugués, que podía muy bien confundirse con el acento gallego.

Doña Leonor, pues, se proveyó de bayetas de estudiantes y de pretextos de salud para justificar que había ido á Sevilla, desde Salamanca, por haberle mandado los médicos respirar los aires del Mediodía.

Una vez en Sevilla, pidió noticias de don Juan; la contaron una multitud de aventuras que hicieron estremecer á doña Leonor, porque la probaban que don Juan era un burlador impenitente, que una vez abandonada una mujer no volvía á acordarse de ella; y la dijeron que si quería saber más permanentes, se fuese á Triana, á la hostería de la «Sardina Verde», cuyo dueño había sido mucho tiempo lacayo de don Juan, y su acompañante en la mayor parte de sus aventuras.

Doña Leonor, con su escudero Cristóbal del Saltillo, se fué á la hostería de Gabilán, y se aposentó en ella esperando que don Juan apareciera indudablemente por allí, puesto que allí vivía quien tanto tiempo había sido su lacayo, ó que por lo menos allí podía tener noticias exactas de él.

En efecto; á las veinticuatro horas de haberse instalado en la «Sardina Verde» doña Leonor, llegó don Juan con Gabriela; y doña Leonor le siguió sola, sin permitir á Cristóbal que la acompañase, cuando don Juan salió con Gabriela de la hostería.

Y era ciertamente desesperado haber seguido con tal tenacidad á don Juan; haber esperado en cuatro lugares distintos, y haberle por último perdido.

Esto se avenía mal con la enérgica voluntad de doña Leonor.

Era sin embargo, necesario, seguir, buscarle, era de suponer que don Juan y su compañera no se hubiesen retirado mucho.

Doña Leonor tomó á la ventura hacia la ribera y llegó al fin al malecón situado delante de la torre del Oro, sin haber encontrado una sola persona.

Como hacía un gran calor, la guardia de la torre donde se guardaban los caudales que venían de América, por cuya razón se la llamaba del Oro, estaban tendidos fuera de ella, y un centinela, con el arcabuz al hombro, se paseaba soñoliento por delante de la puerta.

—Decidme, amigo, y os daré para beber—dijo doña Leonor al centinela—, habéis visto pasar á una dama, á su caballero.

—De modo que—dijo el centinela—, aunque no me diérais nada, yo no tengo por qué callar que un caballero y una dama, que parecían personas muy principales, han pasado, han llegado, un poco más allá, á las chozas de los marineros, y poco después han entrado en una lancha y se han ido por el río arriba.

—Tomad, y gracias, y adiós—dijo doña Leonor, dando un real de á ocho al centinela.

—Cuidado con lo que hacéis, mancebito—dijo el centinela—, si vais tras de la dama, porque el caballero que la acompaña tiene cara de no ser muy sufrido. ¡Y poco enamorados que iban! ¡Cuerpo del Diablo!

Doña Leonor no oyó estas últimas palabras. Se había dirigido rápidamente á las chozas de los pescadores, que estaban en la ribera. Dormían éstos, también á causa del calor, fuera de las chozas, entre las lanchas que estaban barradas á la orilla.

—¡Hola! ¡eh! ¡uno!—dijo doña Leonor.

—¿Quién anda ahí?—dijo uno de los pescadores, despertando.

—¿Habéis servido una lancha á un caballero y una dama?—dijo doña Leonor.

—Ta, ta, ta; en estas noches de verano son muchos los enamorados á quienes place pasear por el río á la luz de la luna.

—Pues yo quiero pasear también—dijo doña Leonor.

—No hay por qué no; ¡o! vuestro dinero.

—Se entiende. Una lancha al momento.

—Os costará dos ducados.

—Tomad cuatro.

El marinero se guardó las cuatro monedas, despertó á otro, lanzaron una lancha al río, entró en ella doña Leonor, tomó el uno de los remos, se puso el otro al timón, y la barca se deslizó entre la multitud de buques que estaban anclados á lo largo de la ribera, tomando el centro del río.

Al pasar por delante del malecón de la torre del Oro, doña Leonor vió un hombre que, de pie é inmóvil, parecía una estatua del fastidio, y le reconoció.

Era Gabilán que se había puesto allí de atalaya á esperar á su amo que volviese.

Muy pronto la barca se deslizó por debajo del puente de Triana, y chocó contra otra lancha que enfilaba el claro del puente por donde había pasado la barca que conducía á doña Leonor.

La que había chocado contra ella era una lancha larga, negra, estrecha, tripulada por cuatro remeros, y en medio de la cual se veía de pie un hombre vestido de negro é inmóvil. Sobre los puentes de la barca había una caja larga, estrecha y negra; junto á la popa, en

un puente había un hombre sentado con una gran farol en la mano; al timón un marinero.

Al chocar esta lancha con aquella en que iba doña Leonor, la pasó por ojo.

—¡Al agua, hermanos!—dijo con voz severa y grave el hombre que iba de pie en la gran lancha negra—; que no se ahogue ninguno de esos que, sin querer, hemos echado á pique.

Respecto á los dos marineros, esta caritativa intención había sido inútil; habían salido á nado, como dos delfines de debajo de la lancha y se aproximaban rápidamente á la orilla.

Pero doña Leonor había sido otra cosa. No sabía nadar, había flotado un momento, y había vuelto á sumergirse.

De los dos marineros de la gran lancha lúgubre que se habían tirado al agua, el uno la había sacado, pero no tan pronto que doña Leonor no hubiese tragado mucha agua, y se hubiese desvanecido.

El hombre alto, vestido de negro, que hemos visto de pie en la lancha, la asió, y viéndola en el estado en que estaba, la sujetó por la cintura, y la puso la mano en el pecho para inclinarla, á fin de que, puesta boca abajo, pudiese arrojar el agua que había bebido.

Aquel hombre se estremeció.

—¡Oh Señor!—dijo, al sentir sobre su mano el mórbido seno de doña Leonor.—Esta desdichada es mujer.

Y retiró vivamente su mano.

Doña Leonor arrojó mucha agua y volvió en sí.

—Gracias—dijo incorporándose—; aunque no sé si debo agradeceros el que me hayáis salvado. Tal vez hubiera sido para mí una ventura el perecer sin haber querido quitarme la vida.

—¿Tan desesperada estáis, señora?—dijo, con la voz siempre grave y lúgubre, aquel hombre.

—¿Quién os ha dicho que yo sea una mujer?—dijo doña Leonor.

—Lo he notado al asiros.—contestó aquel hombre.

—¡Oh, Dios mío!—dijo doña Leonor—; ¡aquí hay un ataúd!

—Sí; en ese ataúd va el cuerpo de una pobre joven, que no sabemos aún si se le podrá volver á la vida.

—¿Quién sois señor?

—Un hermano de la cofradía de la Caridad, que se consagra á sacar los ahogados del río. No podemos detenernos, señora; tal vez un momento que nos detengamos es la vida ó la muerte de esa desdichada. Vos misma necesitáis auxilio. Remad, hermanos.

Los remeros que eran también hermanos de la Caridad, cogieron los remos y bogaron con gran vigor.

—¡Ah! otra vez la fatalidad me le roba—dijo doña Leonor—; otra vez no puedo cumplir mi venganza. ¡Oh! le hubiera encontrado ebrio de amor, descuidado, entre los brazos de esa mujer; nada le hubiera podido defender de mí, cuando me hubiera reconocido, hubiera visto, con una rabia impotente, que ya no podía evitar mi venganza.

—¡Qué decís, hermana!—exclamó aquel hombre sombrío—. ¿De venganza habláis, cuando Dios, por su divina misericordia os ha librado de morir sin confesión, y tal vez en pecado mortal?

—¡Y qué me importa á mi todo, si él me ha hecho traición; si por él me veo perdida, desesperada, abandonada!

—Volveos á Dios, que no abandona, que no desespera, que no pierde á sus criaturas.

—No me habléis de Dios mientras él dice amores á otra mujer. ¿No habéis visto pasar una lancha, en que iban una dama y un caballero.

—Sí.

—¿No le habéis conocido? Dicen que todo el mundo en Sevilla le conoce á don Juan Tenorio.

—¡Don Juan Tenorio!—dijo roncamente el hombre negro—. ¿Queréis matarle, sorprendiéndole en medio del impuro sueño de amor, para que su alma se pierda? Dejad, dejad que Dios toque su corazón y sus ojos, como tocó los ojos y el corazón de don Luis de Espino.

—Algún miserable, tan infame como don Juan; algún maldito que habrá tenido miedo; que creará que Dios puede perdonarle, desoyendo los gritos de venganza de sus víctimas.

—¡Callad, señora, callad!—dijo con voz trémula aquel hombre—, y no perturbéis mi conciencia: callad, porque yo he sido también un gran pecador, y necesito de toda mi fe para creer que Dios me perdonará.

Doña Leonor se levantó rápidamente y echó atrás el capuz negro del ropón talar que cubría á aquel hombre. Quedó descubierto un semblante pálido, joven, hermoso, que fijó una mirada profunda en el semblante de doña Leonor, embellecido, por la palidez, por la excitación, por la fiebre.

—¡Ah! ¡vos sois la tentación de Satanás!—dijo aquel hombre obligando á sentarse á doña Leonor, y cubriéndose de nuevo la cabeza con el capuz.

—Bogad, bogad de prisa, hermanos—añadió dirigiéndose á los remeros—; procuremos llegar cuanto antes al hospital.

Los remeros bogaban; bogaban, desatendiendo á su fatiga, violentando sus fuerzas.

El hombre que estaba sentado cerca de la popa, con el farol sobre las rodillas, parecía un espectro. La Caridad, vista bajo aquella faz, era, en su forma externa, horriblemente fea; más que fea, espantosa.

Aquella larga barca; aquellos mudos remeros; aquel hombre de pie, lúgubre, sombrío; aquel ataúd negro; aquel espectro del farol, sentado inmediatamente cerca de la parte superior del ataúd, con su farol de vidrios empañados y de luz turbia sobre las rodillas; aquel otro hombre inmóvil puesto al timón; todo esto, que recibía de la luz de la luna un tono cárdeno, era espantoso.

Aquella barca tenía algo de común con la barca de Aqueronte; y sin embargo, aquello era la dulce y expansiva caridad en práctica; lo más hermoso, lo más puro, lo más infinito que siente el corazón humano.

La barca se acercó, al fin, á la orilla, frente por frente del Postigo del Carbón, junto al que está el hospital de la Caridad.

Los remeros amarraron la barca á una argolla del muelle, y á seguida cogieron el ataúd; se le pusieron sobre los hombros y subieron la escalinata.

El hombre del ropón negro siguió asiendo de una mano á doña Leonor y arrastrándola consigo; después se estiró, poniéndose de pie, el hombre del farol y siguió á los anteriores.

El que estaba al timón permaneció en la lancha.

El del farol tomó la vanguardia.

Después seguían marchando á compás los que llevaban el ataúd.

Inmediatamente, el hombre que había hablado con doña Leonor, llevándola consigo, fascinada, trémula, enferma.

La mano del hombre que la conducía ardía y temblaba.

Al poco tiempo el del farol llegó á la puerta del hospital, que se abrió en silencio, como puede suponerse se abre la puerta de la eternidad.

El portal lóbrego, turbiamente iluminado por una lámpara, tragó, por decirlo así, al farol, á los cuatro hombres que conducían el ataúd, y á doña Leonor, con el hombre que la arrastraba consigo.

La puerta del hospital volvió á cerrarse con el mismo silencio con que se había abierto, y como por sí misma.

XV.

Doña Leonor calló, dominada por el efecto que le había producido la vista del terrible semblante de aquel hombre, que temblaba bajo su ropón.

En efecto, don Juan y Magdalena habían tomado una lancha que se había ido Guadalquivir arriba, hacia San Juan de Aznalfarache.

A don Juan este viaje le era muy poco incómodo, porque le recordaba á Inés de Ulloa.

Sin embargo, Magdalena había querido esparcir su alma entre la soledad y el silencio, bajo la luz de la luna, al lado de don Juan, y la había parecido encantador un paseo con él por el Guadalquivir.

Corriente arriba, y más allá de Triana, había lugares amenísimos, solitarios, frescos.

Ninguno de los dos hablaba, porque lo que hubieran podido hablar, era demasiado enano para que pudiesen, ó mejor dicho, para que debiesen oírlo los remeros.

Estos, excitados por don Juan, bogaban con ardor.

Pasaron el puente de Barcas y siguieron adelante con gran rapidez, porque la lancha era muy ligera y los remeros muy fuertes.

Se deslizaron á lo largo de Triana, y al pasar por ella, vieron á una mujer que estaba en la orilla, izquierda, se arrojaba al río, al mismo tiempo que una lancha negra, la misma que tropezó con aquella que conducía á doña Leonor, llegaba mucho más á tiempo de salvar á la suicida, que hubiera podido llegar la de don Juan.

En aquel lugar había un remolino muy peligroso, y entre el remolino había desaparecido la infeliz que se había arrojado al agua. Todos los marineros de la lancha de la Caridad, se habían arrojado á socorrerla; pero tardaban en salir. Se temió que hubiesen perecido también.

Don Juan hizo acercar su lancha, descien- dose entre tanto la daga y la espada, y se arrojó á tiempo que los marineros de la Caridad, salían sin haber encontrado á la suicida.

Magdalena, que no esperaba aquel generoso arranque de don Juan, lanzó un grito horrible.

—¡Socorredle!—gritó ¡se va á ahogar también por salvar á esa mujer!

El hombre del ropón negro, que después habló con doña Leonor, se preparó á arrojar al agua, empezando por despojarse del ropón, cuando se oyó la voz de don Juan que gritaba cincuenta pasos más abajo, junto á la ribera.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Pronto una lancha! Es una pobre joven que no sé si está muerta ó viva.

Las dos lanchas partieron como dos flechas.

Don Juan estaba ya en tierra con una mujer entre los brazos.

—Es una gitana, lo más bonito del mundo—dijo don Juan, con la voz tan reposada como si nada hubiera hecho—; ¿qué diablos habrá obligado á esta criatura á arrojarse al río?

En este momento llegó la lancha de la Caridad, y atracó á la orilla.

—Dios os lo pague, caballero—dijo el hombre sombrío dirigiéndose á don Juan, mientras los marineros, mojados y todavía algo atur-

didos, saltaban en tierra para recoger á la suicida.

—¿Cómo os llamáis, á fin de que podamos nombraros en nuestras oraciones?

—Haced cuanto queráis por mí, amigos míos—dijo don Juan—; pero sin decir á Dios mi nombre; Dios lo sabe; digo, si es que hay algo más allá de esa inmensidad azul. Si hubiera matado á un hombre y me hubierais preguntado cómo me llamaba, os lo hubiera dicho; pero sacar del agua á una pobre niña, no merece la pena de que se sepa el nombre de quien lo ha hecho.

—Dios os lo pague y despierte la fe en vuestra alma—dijo el hombre sombrío, recibiendo á bordo el cuerpo de la suicida.

—Buenas noches, señores—dijo don Juan, saltando en su lancha, que había atracado un poco más allá—; mañana sabremos si esa desdichada ha vuelto á la vida ó no. ¡Ah! me olvidaba; tomad para que se consuele si vuelve á la vida, ó sino, para enterrarla.

Y arrojó dentro de la lancha de la Caridad un bolsillo lleno de oro.

—Vos os salvaréis, hermano, porque sois caritativo y generoso—dijo el hombre negro.

—Que Dios os oiga, y quedad con El—respondió don Juan, y luego añadió dirigiéndose á los remeros:

—Sigamos nuestra vía, muchachos.

—¡Oh! cuán generoso y cuán noble eres—dijo Magdalena, asiéndole las manos con fuerza y arrasados los ojos en lágrimas.

La lancha había tomado de nuevo el centro del río, corriente arriba.

—Decidme, muchachos—, ¿cómo es que apenas se tiró al agua esa muchacha, apareció la barca de la Caridad? ¿Sabéis si la Caridad de Sevilla está en todas partes?

—Es, señor, que la barca de la Caridad recorre todas las noches el río para casos como éste; porque los que quieren quitarse la vida, ahogándose, esperan á que sea de noche para que nadie los vea. Ha sido una buena fortuna para esa infeliz que hayamos llegado tan á tiempo la Caridad y nosotros.

—Pues creo—dijo don Juan—que de poco le sirve á esa la Caridad; los tales sacadores de ahogados, nadan como si fueran de plomo.

—¡Ah! no, no señor; el sitio por donde se han tirado los hermanos de la Caridad—dijo uno de los marineros—es muy malo, muy peligroso, y si no han perecido, es porque Dios les ayuda; vuesa merced se ha salvado por un milagro.

—Porque nado mejor que ellos, simplemente, y porque no tengo miedo; como que estoy seguro de que en muchos años no puedo morir.

Los remeros callaron más que convencidos, asombrados.

—Atracad á la izquierda—dijo don Juan, viendo un sotillo delicioso.

Los remeros dejaron el centro de la corriente, y poco después embestían en la orilla.

—Esperad aquí—les dijo don Juan, saltando en tierra con Magdalena.

—Debe incomodarte mucho el vestido—dijo Magdalena.

—¡Ah, no!—contestó don Juan—hace demasiado calor para que el estar mojados mis vestidos me incomoden. Y yo no sé lo que siento, Magdalena, soy casi, casi feliz; casi, casi creo que estoy loco, dudando de Dios. ¿Crearás que gozo, á mi pesar, por lo que he hecho en favor de esa desgraciada?

—¡Oh! la caridad es una divina virtud, que lleva en sí misma una divina recompensa.

—¡La caridad! si es caridad sentir oprimido el corazón por los dolores ajenos, yo siempre he sido caritativo.

—Pues te salvarás, don Juan, te salvarás; porque quien tiene caridad, no puede condenarse.

—¿Y me dices tú eso, Magdalena? ¿Me dices tú eso, cuando eres tal vez la causa de mi perdición? Cuando tú eres para mí la prueba de que estoy maldito de Dios, porque si yo no hubiera tenido sobre mí una maldición terrible, tú no hubieras sido mi amante.

—¡Ah! me desgarras el alma, don Juan; sin duda es para ti una maldición el no haberme encontrado pura. ¡Oh! ¡qué culpa tengo yo, don Juan! ¿No me he convertido por tu amor? ¿No he vuelto por tu amor á la dignidad y á la virtud? ¿No he sufrido doce años de martirio encerrada en un convento esperándote en vano, viendo todos los días una víctima tuya, una mujer á quien amaste después de haberme amado?

—¡Inés de Ulloa!—exclamó don Juan.

—Sí, Inés; yo he pasado largas horas delante de una estatua sepulcral envidiando su reposo, su insensibilidad: ella murió, y yo no he podido morir, á pesar de que han desgarrado mi alma la desesperación y los celos: la desesperación porque no te veía; los celos porque estaba segura de que amarías á otra, y á otra y á otra, ó tal vez habías encontrado una mujer que había tenido poder bastante para hacerte su esclavo. ¡Oh, cuánto he sufrido! ¡Cuánto!

Magdalena se desasí del brazo de don Juan, y se sentó en un ribazo al pie de unos árboles negros bajo la luz de la luna.

Don Juan permaneció de pie, inmóvil, meditando, abstraído.

—Siéntate, siéntate junto á mí, don Juan, como en otro tiempo, si no es que ya no soy para ti lo que era, cuando ibas á visitarme al cortijo de Vivero.

Don Juan se estremeció, y se sentó en el ribazo al lado de Magdalena.

—Sólo nos oyen Dios, la noche y el silencio—dijo ella—: respóndeme, don Juan; ¿te parece tan hermosa como en aquellos tiempos en que sentado á mis pies, inclinada yo sobre ti, con mis manos entre las tuyas te mirabas en mis ojos? ¡Ah, don Juan! Tú me pareces más hermoso y más joven; pero debes haber sufrido mucho, alma mía; me estás mirando de una manera que me hace un daño horrible en el corazón; hay en tus ojos algo que me espanta.

—¡Mi desventura, Magdalena!—exclamó con voz opaca don Juan—¡mi destino! ¡La maldición que pesa sobre mi cabeza me lanza incesantemente allí donde sólo puedo recoger amargura, lágrimas ó sangre!

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Magdalena—¡el mundo te me devuelve fatigado, ensangrentado, desesperado!

—¡Desesperado, si! te estoy viendo hermosa como un arcángel de fuego, joven y ardiente como una niña, á pesar de tus treinta y ocho años, enamorada, loca, feliz, porque me ves, porque esperas, porque me amas, y yo sufro, sufro mucho, Magdalena; me parece que fué ayer la noche en que fuiste mía; aquella noche de delirio y de felicidad inmensa; entre esta noche y aquella sólo ha pasado un sueño horrible, un sueño del infierno, largo y sombrío como la eternidad.

—¡Oh, sí! á mí me acontece lo mismo; tú no sabes...

—¿Cómo estás al servicio de la emperatriz, Magdalena?—dijo don Juan atajando aquella conversación que le embriagaba y que se iba haciendo para él excesivamente peligrosa.

—Mi historia, desde que fuimos violentamente separados, ha sido muy sencilla; así lo fuera la tuya durante ese tiempo; no quiero saberla, don Juan; lo supongo todo; pero tú puedes y debes saber la mía; escucha.

Magdalena se recogió por un momento en sí misma, como para coordinar una relación.

—En el cortijo del Vivero se nos espiaba—dijo al fin—; no hablábamos una palabra que no fuese oída; nada hacíamos que no fuese visto.

Quien nos espiaba, era Andrés Ceballos, que estaba vendido en cuerpo y alma á fray Tomás de la Santísima Trinidad, y de quien nada recataba el tremendo inquisidor.

—Te engañas, Magdalena—dijo don Juan—: Andrés Ceballos no pudo, después de muerto fray Tomás, revelarme el lugar dónde aquel horrible fraile, aquel espíritu condenado te había escondido; no sabíamos si eras muerta ó viva; fray Tomás quiso revelármelo en su agonía, en su tremenda agonía, y la muerte heló su len-

gua; su secreto murió con él; tú quedaste perdida para mí.

—Fray Tomás se había valido de la Inquisición para enviarme secretamente al convento de Santa Clara de Sevilla; se me había hecho variar de nombre bajo terribles amenazas si revelaba el mío.

Bajo el nombre de doña Sol fui recibida en el convento como reclusa por el Santo Oficio, sin expresar las causas de mi reclusión, y encomendando se me tratase bien, como una pensionista cualquiera; y para atender á los gastos de mi pensión, se entregó una fuerte cantidad á la abadesa.

Muy pronto me unió con aquella noble señora un cariño instintivo.

Ella y yo estábamos muy lejos de sospechar, que ella era mi madre; que yo era su hija.

Yo había guardado en mi corazón el secreto de mis amores, pero sin olvidarlos, sintiéndolos cada día más ayasalladores, más terribles.

Diez años pasaron así, don Juan.

La única noticia que tuve de ti, la tuve en el convento, cuando entraron en él, uno después de otro, los cadáveres de Inés y de su padre el comendador don Gonzalo de Ulloa.

Hasta dentro del claustro llegó la noticia de que aquellos dos cadáveres habían sido víctimas tuyas.

Sentí mi corazón desgarrado, y tuve celos de Inés, que había muerto por ti.

Mi vida dentro del claustro tuvo una ocupación más; la de ir todas las noches á contemplar la imagen de piedra de aquella mujer, víctima de tu amor.

Yo amaba como á una hermana á aquella estatua inmóvil y fría, y si se reunieran todas las lágrimas que he vertido al pie del sepulcro de Inés, formarían un mar.

Pero te estoy afligiendo con ese recuerdo.

Tu semblante se torna más y más sombrío.

Perdóname, don Juan; pero he sufrido tanto, me he desesperado tanto al pie de aquella tumba, han pesado sobre mí de tal modo las bóvedas de aquel claustro, que no puedo olvidar nada de aquello; y luego, ¿no está allí mi madre en el mismo panteón en que reposa el comendador, doña Inés y doña Elvira de Córdoba y de Valor?

Don Juan se estremeció.

—Y dime, ¿no causaste tú también la muerte de mi madre?

—¡Yo!—exclamó don Juan.

—Sí, tú; por una inadvertencia mía, mi madre supo que tú debías penetrar en el convento para robarme, y te encontraste con ella en vez de encontrarte conmigo; yo no supe lo que había sucedido entre vosotros; pero escucha, don Juan.

Mi madre y yo nos habíamos reconocido al

unos años antes, cuando entró loca por tu causa en el convento doña Elvira de Córdoba y de Valor.

Yo supe que habías sido amante de aquella desdichada, por la carta con que la envié al convento el comendador don Gonzalo de Ulloa; carta que yo había podido leer por un descuido de la abadesa.

La lectura de aquella carta me revelaba, no sólo tus amores con doña Elvira, sino también con doña Inés de Ulloa; fué para mí tan terrible, que me desmayé.

Cuando volvió la abadesa me encontró desmayada, y al desajustarme vió sobre mí la cruz de diamantes que, desde la noche en que nos vimos por la última vez, llevo constantemente sobre mí.

La abadesa me reconoció por aquella prenda: era mi madre.

Supo que yo te amaba, y me prohibió ni aun pensar en ti.

Yo había sido muy feliz encontrando á mi madre cuando era desgraciada por el motivo que había dado ocasión para que nos reconociésemos.

Guardado quedó entre nosotros nuestro secreto.

Nadie supo que éramos madre é hija.

Yo, por mi parte, guardé también, en lo profundo de mi alma, el secreto de mi amor.

Mi madre creyó que yo te había olvidado horrorizada de ti, por lo que de ti había visto aún dentro del claustro.

Pero mi madre se engañaba.

Yo te amaba más, porque estaba desesperada y celosa.

Y sin embargo, mi madre era feliz.

Me creía tranquila.

Yo no la había confesado nuestra unión; no podía confesarse; porque nuestra unión sólo existía ante Dios.

Tampoco la había confesado la impureza de mi vida pasada.

Mi madre me creía pura.

Tampoco mi madre me había revelado el nombre de mi padre.

Yo había respetado su secreto.

Ese secreto ha bajado con ella á la tumba.

Todo cuanto he hecho para averiguar el nombre de mi padre ha sido inútil.

Don Juan sintió frío en el alma.

Magdalena ignoraba de todo punto el secreto de su nacimiento.

Don Juan no podía revelárselo.

Magdalena le adoraba.

Magdalena debía exigirle la tomase por esposa.

Don Juan abarcó en toda su extensión, en toda su gravedad, en todas sus terribles consecuencias la situación en que se encontraba

respecto á Magdalena, y lanzó una nueva mirada de reto al cielo, como pidiéndole cuenta de aquella injusticia, y creyó oír en el fondo de su alma la voz del cielo que le contestaba:

—Eres hijo del fratricidio y del incesto; estás maldito en tu raza, y la maldición se cumple.

Don Juan soltó una carcajada hueca, dolorosa, horrible; una carcajada de loco que aterró á Magdalena.

—¡Ah! ¡no, no!—dijo ella—todo eso ha pasado; todo eso ha sido un sueño! Lo que no ha pasado, lo que no ha sido un sueño es nuestro amor: perdóname si te he dicho que mataste á mi madre; no tuviste tú la culpa; era ya anciana; tenía de ti una idea terrible, é impidió que me robases del convento; pero al verme desesperada me interrogó.

—¿Por qué—me dijo—sientes de tal manera tu separación de ese hombre?

—¿No os ha dicho él nada, señora?—la contesté fuera de mí—. ¿No os ha dicho que soy su esposa ante Dios, que he sido suya? si no os lo ha dicho, sabedlo: ¿por qué me habéis separado de él?

Mi madre dió un grito y cayó mortal.

—¡Eso es, que tú y yo, Magdalena—exclamó desesperado don Juan—, estamos malditos de Dios! ¡Es que hijos de víbora, hemos devorado á nuestras madres!

—¡Ah, no! yo soy inocente—dijo Magdalena—, de nada de lo que me ha acontecido es mía la culpa; yo puedo levantar tranquila la frente al cielo, porque nunca mi corazón ha sido perverso ni se ha gozado en la maldad.

Lloré á mi madre, la acompañé hasta su tumba, y salí del convento.

Mi madre me había reconocido; había heredado sus inmensos bienes, y me había dado una carta cerrada para el emperador.

Yo salí al mundo ansiosa, en busca tuya, y supe con un profundo dolor, que te habías retirado al claustro, que eras novicio en San Jerónimo de Yuste.

—Si tú buscabas en la penitencia el perdón de tus culpas, yo no debía turbar tu resolución; yo debía sacrificarme por ti, y no te busqué, ni aun te escribí.

—Si él profesa—dije—yo profesaré también.

Entretanto, permanecí en la corte como dama de la emperatriz, que me admitió en su cámara con el nombre de Magdalena de Córdoba y de Valor como hija legítima, don Juan, del infante de Granada Sidy Atmet Elomeya, bautizado con el nombre de don Pedro de Córdoba y de Valor como hija legítima, don Juan, del de su esposa Ada, bautizada también con el nombre de doña Ana Zegrí.

Don Juan se puso en pie de un salto.

La revelación de Magdalena le había sorprendido.

—¿Le habría engañado en el cementerio de Santa Clara la abadesa, para evitar su casamiento con Magdalena?

Don Juan sintió un vértigo indescriptible; parecióle que había llegado al fin á una felicidad que tanto había anhelado; á la felicidad por la mujer.

Lo olvidó todo, y le pareció que era todavía el adolescente, que había apurado su primer amor en Magdalena.

—¡La prueba! ¡la prueba de que eres hija legítima de don Pedro de Valor y de doña Ana Zegrí—exclamó.

—¿Y qué más pruebas que la partida de desposorios de mis padres, mi partida de bautismo, mi ejecutoria y mi señorío de Valor no disputado por nadie?

—¡Ah, Magdalena, Magdalena!—exclamó don Juan—soy el más feliz de los hombres; yo estaba fascinado; tú eres mi amor, mi dicha; ocultemos en el olvido nuestros recuerdos de lo pasado; renazcamos hoy; dentro de muy poco tiempo, apadrinados por nuestros señores, seremos esposos; pero volvamos; me siento enfermo; mi cabeza arde; mi corazón se rompe.

Y asiendo de Magdalena y apoyándose en su brazo, volvió á la ribera, entró en la lancha y dijo á los remeros:

—A la Torre del Oro.

XVI

Don Juan estuvo enfermo tres días; pero como sucedieron muchas cosas durante aquellos tres días, vamos á relatarlas á nuestros lectores.

Volvamos al hospital de la Caridad.

Atravesemos el ingreso; nos encontramos en una especie de claustro, sostenido en arcos de columnas del Renacimiento; encontraremos una ancha escalera; después el claustro alto; aventurémonos por una galería y al fin de ella abramos una puerta: tras ella encontramos, en una habitación modesta, un hombre como de veintiséis á treinta años, hermoso, pero con una hermosura sombría, y pálido con la palidez que puede suponerse en un espectro: aquel hombre viste completamente de negro con el traje de los caballeros de la época; tiene el cabello rígidamente cortado, muy negro y muy espeso; todo en él indica una gran vida, una gran fuerza, un gran valor.

Junto á él, en una silla, hay un gran ropón; negro; en otra silla una capa y un sombrero; sobre una mesa de pino, en que hay un crucifijo de marfil, una pequeña calavera de la misma batería, un reloj de arena, un gran tintero de piedra con dos plumas, y un libro

de horas: hay también una espada de gavi-
lanes, y una daga con guardamano.

Este hombre no está solo; le acompaña un
anciano sacerdote que tiene pendiente de su
cuello, de una cinta verde, una medalla blanca
con la cruz de Santo Domingo, y que á verse
su reverso, presentaría una cruz verde, y cru-
zadas sobre ella una palma y una espada, dis-
tintivos del Santo Oficio de la general Inqui-
sición; lo que demostraba que aquel anciano
era inquisidor.

Llevaba además en el costado derecho de su
manto una cruz blanca formada por dos can-
tillitas, lo que patentizaba que era freire de la
orden militar y religiosa de San Juan de Je-
rusalén.

Se nos olvidaba decir, que el otro hombre
que ya hemos descrito someramente, llevaba pen-
diente del cuello una placa blanca en que es-
taba esmaltada una cruz roja en forma de rosa;
lo que significaba que aquel caballero era co-
mendador de la orden militar de Calatrava.

El comendador estaba apoyado en el respaldo
de la silla en que se veía el ropón negro,
cabizbajo, sombrío y silencioso.

—Con que es decir, señor don Luis—dijo el
eclesiástico—, que vuestra fe vacila; que el de-
monio ó que el mundo aun no ha dejado de
clavar en vos sus garras; que se os hace pe-
noso el renunciar completamente á las vani-
dades del mundo, fantasmas que llevan enga-
ñados á los hombres por el camino del in-
fierno.

—Don frey Miguel—dijo don Luis levantando
su sombrío semblante y mirando de una ma-
nera profunda al fraile inquisidor—, yo no me
vuelvo al mundo porque torne á él otra vez; yo
me veo obligado á consagrarme á la vida; yo
había contado con que los sucesos no me perse-
guirían; pero toda mala vida produce resulta-
dos, y esos resultados son generalmente de-
beres.

—Siempre inspira Satanás disculpas á los que
no quieren apartarse de él; sólo mi fe en la
misericordia de Dios, pudo hacerme creer que
el extraviado don Luis del Espino buscarse al
Señor, consagrándose exclusivamente á la ca-
ridad, dedicando á ella toda su alma, no te-
niendo otro pensamiento que consolar y soco-
rrer á los desgraciados, aliviar las dolencias de
los enfermos, sacar de las ondas á los aho-
gados, fortalecer á los que la justicia humana
condena, sepultar los cadáveres de estos in-
felices; vos sois soberbio y la caridad es humilde;
para que lleguéis á ser verdaderamente cari-
tativo es necesario que matéis vuestra sober-
bia, que ahogéis el grito de vuestras pasiones.

—Señor don Miguel—dijo don Luis—, un día
llegué á vos, rector de esta santa casa, y os

dije—: Yo no soy don Luis del Espino, ese
hombre formidable que hace seis años es ob-
jeto continuo de las conversaciones de Sevi-
lla por sus terribles aventuras; el mundo em-
pieza á ahogarme, necesito consuelo, porque soy
muy desgraciado, y vengo á buscarle en la ca-
ridad; admitidme en la cofradía de que sois
teniente hermano mayor; destinadme al cuida-
do de los enfermos y al socorro de los que se
ahogan en el río; soy rico, tomad diez mil
ducados para el hospital, y el día que la mi-
sericordia de Dios me haya convertido comple-
tamente, mis bienes, que son inmensos, serán
de los pobres. Vos nada me preguntasteis; me
disteis este ropón y me destinasteis de día al
cuidado de seis lechos del hospital; de noche
á la ronda del río: de esto hace cuatro meses:
¿he cumplido bien con mi deber?

—Completamente, hermano—dijo don Miguel.

—Vos ignorábais por qué había venido yo
á esta santa casa.

—Me bastaba con saber que queriais consagra-
ros á la caridad.

—Pues bien, una mañana del mes de Mayo,
al amanecer, salía yo de Triana, donde había
pasado la noche desordenadamente entre hom-
bres de mal vivir y mujeres perdidas.

—¡Oh!—dijo el fraile.

—Estaba yo avergonzado de mí mismo: los
hombres que me acompañaban eran dignos todos
de estar amarrados con un grillete en un banco
junto á un remo; aquellas mujeres sólo podían
vivir dignamente en un lupanar.

La embriaguez no había oscurecido por com-
pleto mi razón; el fresco de la mañana ha-
bía enfriado mi frente calenturienta.

Sufría el cansancio del cuerpo, y el hastío y la
vergüenza del alma.

Estaba predispuesto á recibir una impresión
fuerte.

Aquella impresión apareció.

Una barca de la Caridad se acercó y pasó
bajo el puente.

—Es que esos tontos van á sacar un aho-
gado—dijo una de las mujerzuelas entre las cua-
les caminaba yo—: miren que trabajo tan inú-
til; qué más da que se coman los peces al
difunto.

—Vamos á ver si es hombre ó mujer—dijo otra
de las rameras.

—Siempre será algún enamorado—observó uno
de los rufianes.

—Vamos, vamos allá—dijeron todos.

Y saliendo del puente, corrieron para alcan-
zar á la lancha, que forzaba los remos, y yo
corrí con ellos.

Cerca de la barqueta, la lancha de la Ca-
ridad se detuvo frente á un lugar de la ri-
bera, en que había reunida mucha gente.

Los que me acompañaban y yo aumentamos el
número de los curiosos.

Los hermanos de la Caridad se arrojaron al

agua y se sumergieron, volviendo á aparecer instantáneamente, sin haber encontrado nada.

Entretanto los hermanos se sumergían por distintos lugares, algunos de los curiosos decían:

—Es una dama que se ha tirado al río hace dos horas; se la ha buscado antes y no se la ha encontrado: se la habrá llevado la corriente, y sabe Dios donde estará.

—¿Y por qué se ha tirado esa dama al río? ¡buena tonta!—dijo una de las mujerzuelas que me acompañaban—; si la había abandonado su amante, con poner otro en su lugar, santas pascuas.

—Quien sabe el aprieto en que se habrá visto esa señora—dijo uno de los que allí estaban.

—Los de la barqueta dicen que á las dos de la mañana vieron á la luz de la luna una mujer bien vestida, y muy gentil en su andar, que recorría la ribera como desatentada; que se detenía, miraba al río y volvía á ponerse en marcha, á detenerse y á mirar: temieron que aquella dama intentase lo que, en efecto, hizo, y se dirigieron á ella; pero la dama los vió y se arrojó al río cuando los que iban en su busca estaban todavía lejos.

—¿Y no la pudieron sacar?—dijo otro.

—Buscaron mucho y no la encontraron, como sucede ahora á esos buenos hermanos de la Caridad: perdieron mucho tiempo buscándola, y al fin fueron á avisar al hospital, que ha enviado á esos hermanos.

—A buena hora—dijo otra de las mozuelas—; puede ser que la tal señora vaya dando tumbos en este momento por la barra de Sanlúcar.

—¡Aquí está! ¡aquí está!—dijeron algunos, situados más allá, viendo á los hermanos de la Caridad que salían del río trayendo consigo el cuerpo de una mujer.

Todos fueron allá.

También yo.

Cuando llegué, vi tendida sobre la ribera una mujer, á quien reconocí, á pesar de que estaba horriblemente desfigurada.

La reconocí por una esmeralda que tenía en la mano y por una pequeña y antigua cicatriz que señalaba su frente, sobre la sien izquierda.

¡Oh Dios mío! aquella mujer era el día antes la más hermosa de Sevilla; el orgullo y el amor de sus padres; era, en una palabra, doña Violante de Salcedo.

—¡Ah!—exclamó don frey Miguel—¡pobre marqués del Herrumblar! la falta de temor de Dios de su hija, que la llevó á buscar su muerte, tiene con un pie en la sepultura á su infeliz padre.

—Yo había amado á doña Violante—dijo roncamente don Luis—; yo la había amado con tanto más empeño, con tanto más ardor, cuanto había sido un imposible para mí doña Violante.

Me había concedido su amistad; ¡su cruel amistad! se dejaba galantear por mí, admitía

mi acompañamiento, y pequeños regalos míos.

Aquella sortija, aquella esmeralda que tenía en el dedo pequeño de la mano izquierda, se la había regalado yo algunos días antes.

Yo estaba loco por ella; no vivía más que para ella; ella era toda mi ambición.

Su hermosura y su juventud me habían embriagado.

Por embotar la desesperación que su desdén me causaba, había pasado yo aquella noche de desorden entre rufianes y ramera.

Y oid, don frey Miguel: aquella hermosura, que me había puesto á punto de desear la muerte, había desaparecido; se había convertido en un cadáver horrible: sus hermosos cabellos castaños estaban enlodados; enlodado su rico traje; y en vez de los ojos, de aquellos ojos que me habían abrasado de amor el alma, sólo había dos huecos horribles: los peces se habían comido aquellos ojos.

Dí un grito; me así con ambas manos la cabeza, que creí iba á escapármese; abandoné aquel lugar, y, loco, frenético, me volví á mi casa, y allí, donde quiera que miraba, veía aquellos sangrientos huecos; aquella boca lívida, contraída por la agonía; aquel despojo miserable, tras el cual se levantaba en mi cabeza calenturienta el recuerdo de doña Violante, con sus diez y siete años, su mirada de fuego y su hermosura irresistible: se me partía el corazón; me ahogaba.

Quería llorar, y no podía.

Quería rezar, y no me acordaba de ninguna oración.

Quería vengar á doña Violante, y no tenía de quien vengarla.

Entonces un rayo de la luz divina alumbró mi alma.

Comprendí que la hermosura es un relámpago que se pierde en las sombras del tiempo y de la muerte.

Ví frente á frente las vanidades humanas, y sobre ellas Dios, como la sola verdad.

Recordé aquellos nobles hermanos de la Caridad, que se exponían á morir por salvar un cadáver, y junto á ellos vi á Dios.

Entonces escribí una obligación, pagadera á la vista, de diez mil ducados, en favor del hospital de la Caridad, y vine á pedirlos un lugar entre sus hermanos.

—Lugar que habéis llenado con mucha caridad y mucho celo, don Luis.

—Y, sin embargo, la calentura que me había traído al hospital pasó, don frey Miguel, pasó; pero yo no soy hombre que deshaga, sin causa legítima, una obligación voluntariamente contraída: yo he procurado convencerme, cumplir con mi deber como se busca un placer, y no me ha sido posible: el hábito de hermano de la Caridad, siervo del hospital, pesaba demasiado sobre mis hombros; infinitamente más que lo que ha pesado sobre ellos mi arnés de batalla

que
empe
al of
conci
decía
prent
—¡
guel.
—¡
verd
podí
soco
á Di
dura
los l
Cu
amor
paso
en
altiv
no l
cho
—
¡Dio
deís
hum
—
de
tal,
la p
A
cuar
caus
Viol
podí
mon
Ll
que
aver
que
A
[os]
—
neg
D
U
ras
nido
en
de
E
rag
her
vir
E
llev
es
sed
E
a
por
E

que he llevado en las gloriosas campañas del emperador en Italia: no podía reducirme bien al oficio de doméstico, por más que fuese para concuelo de pobres enfermos; yo los compadecía, los amaba con toda mi alma, pero comprendía que podía auxiliarlos sin servirlos.

—¡Hermano! ¡hermano!—exclamó don frey Miguel.

—Qué queréis—repuso don Luis—, os digo la verdad: yo he sido siempre compasivo; no he podido ver una desdicha sin conmovirme y sin socorrerla: cuando he matado en batalla, sirviendo á Dios, al rey y á la patria, he conservado durante mucho tiempo un doloroso recuerdo de los hombres muertos por mi mano.

Cuando á consecuencia de una aventura de amores he reñido y mi espada se ha abierto paso en el cuerpo de un hombre, he sentido frío en el corazón; pero no he podido domar mi altivez, que me obligaba á desnudar la espada; no he podido readir esa altivez al pie del lecho del enfermo.

—¡Ah, don Luis, don Luis!—dijo el fraile— ¡Dios quiere probaros más todavía, no lo dudéis; Dios quiere volveros aquí completamente humilde, completamente convertido.

—Don frey Miguel—dijo don Luis—, á pesar de mi altivez, yo permanecería en el hospital, á no ser por dos razones: voy á deciros la primera.

Á los pocos días de estar en el hospital, cuando fué pasando el dolor agudo que había causado en mí la espantosa muerte de doña Violante, pensé en que aquella desdichada no podía haber atentado á su vida sino en un momento de desesperación.

Llamé á mi lacayo Relámpago y le encargué que fuese á ver á mis amigos, y procurase averiguar por ellos qué causas habían motivado que doña Violante se quitase la vida.

Á los tres días, Relámpago vino á verme al hospital, y paseando por el claustro me dijo:

—Ya sabemos por qué, señor, doña Violante se negaba á vuestros amores.

Doña Violante estaba enamorada.

Un soldado aventurero de la corneta de lanzas de don Hugo de Moncada, que había venido á restablecerse á Sevilla, sano ya, vivió en un sarao á doña Violante y se enamoró de ella.

Este hombre se llama don Sebastián de Arizaga, hidalgo vizcaíno, que habiendo perdido la herencia de sus padres, se ve obligado á servir al rey á sueldo para no morir de hambre.

Es buen mozo, galán, decidior, valiente, joven, lleva con gallardía sus galas de soldado, y no es doña Violante la única mujer á quien ha seducido en Sevilla.

Este hombre, que ha perdido de todo punto la vergüenza, no dijo amores á doña Violante porque la amase, sino porque era rica.

Pero conocía demasiado que su padre no había

de darla á un aventurero sin haciendas, por más que fuese un noble vizcaíno; conoció esto mismo doña Violante, y los dos convinieron en obligar al marqués al casamiento por causas de honra.

Esto sucedía un mes antes de que vos os hubieseis enamorado de la hija del marqués.

Ved si había razón bastante para que ella no respondiese á vuestros amores.

El soldado se volvió á Italia un mes después de haber empezado vos vuestro empeño con doña Violante, y se fué con la seguridad de que pasados algunos meses, el marqués se vería obligado á darle su hija y aun á agradecerle el que la tomase por esposa.

Quince días hace, volvió don Gabriel de Arizaga, pero no fué á ver á doña Violante.

Esto consistía en que le habían llamado de Italia para casarle con otra más rica á quien por exceso de precaución, había comprometido del mismo modo.

Si ese casamiento no se ha efectuado, es porque doña Clara de Sástago, hija del conde de la Membrilla, está en un pueblo y no volverá por conveniencia, hasta pasados cuatro meses.

Doña Violante escribió primero y buscó después á su seductor.

Este la dijo friamente que no la conocía; que para casarse ya tenía con quien hacerlo, y que la aconsejaba se curase de aquella locura que se la había metido en la cabeza.

Doña Violante, desesperada, en vez de buscaros, como debía haberlo hecho, para castigar al miserable, que la había perdido, puesto que su padre anciano no podía hacerlo, loca, fuera de sí, huyó, se salió de Sevilla: la echaron de menos, la buscaron y sólo la encontraron al otro día ahogada, en el hospital.

Que don Sebastián de Arizaga ha sido la causa de esta desdicha, se sabe por él mismo, que hace gala de haber desesperado á doña Violante.

—Calló mi lacayo y yo juré á Dios sobre mi alma, don frey Miguel, castigar al miserable que había causado la horrible desventura de la mujer á quien más he querido en el mundo, y á la que no olvidaré jamás.

Tronaba ronca como una tempestad lejana la voz de don Luis del Espino al pronunciar estas palabras.

El relato anterior á ellas lo había hecho con la voz conmovida y trémula, y con las lágrimas en los ojos.

—Dejad á Dios el castigo de ese horrible crimen, comendador—dijo con severa firmeza, pero con acento contenido el fraile de San Juan de Jerusalén—; no os antepongáis á la justicia de Dios; ved que vos no lo hacéis por la infamia de ese hombre, sino porque esa infamia os ha

tocado al corazón; ved que en causa propia no podéis ser ni juez ni verdugo, lo que intentáis no es una justicia, sino una venganza, y en la casa de la Caridad la palabra venganza es una palabra maldita, que no encuentra eco.

—Justicia ó venganza, aunque Dios me condene por ello, será—dijo don Luis del Espino—: ya veis, don frey Miguel, han pasado tres meses y medio desde que juré castigar á ese miserable, y he permanecido en el hospital; pero ese miserable estaba bajo la vigilancia de mis criados; aun no había vuelto de Chiclana la otra víctima, doña Clara de Sástago; pero ha vuelto ya; mañana son las bodas, y...

Don Luis se detuvo.

Después continuó.

—Cuando esta noche fui á rondar en la lancha por el río, estaba ya resuelto á salir mañana del hospital; aunque no lo hubiera estado, lo que ha sucedido esta noche me hubiera obligado á salir.

—Y ¿qué ha sucedido esta noche que es para vos una obligación más, como decís, de abandonar este santo albergue?

—He sacado del río una joven de quince años; esa joven es una víctima de mis galanteos; Rosaura la gitana; yo la había abandonado para entrar en la Caridad; esa joven no ha muerto; está encinta y debo protegerla.

—¡Oh! ¡El infierno os tiene asido aún!

—¡No! mi vida pasada; los sucesos, las consecuencias, don frey Miguel; la revelación que os he hecho no ha sido al hombre sino al sacerdote; guardad don frey Miguel, el sigilo de la confesión, y rogad á Dios por mí.

—Dios os conceda su amparo, porque bien habéis menester de él.

—Y ahora, señor, no procuréis detenerme; sería inútil—dijo don Luis, ciñéndose la daga y la espada y tomando su capa y su sombrero—: mi corazón es la mitad de Dios y la otra mitad del mundo; dejad que Dios se apodere enteramente de él; yo lo espero, porque estoy cansado, desalentado; cuando eso suceda, volveré á esta casa para no volver á salir de ella.

—Quiera Dios que eso suceda pronto, don Luis.

—¡Adiós! y hasta entonces, don frey Miguel. Don Luis del Espino salió.

Al llegar al claustro bajo entró en una habitación, donde se paseaba uno, al parecer manco.

Era doña Leonor.

—Ya no soy hermano de la Caridad, señora—la dijo—, y puedo acompañaros.

—Vamos—dijo doña Leonor.

Poco después el portero del hospital daba salida á los dos.

XVII

Mientras estuvieron cerca del hospital, don Luis no habló ni una sola palabra con su joven compañera; pero antes de llegar al próximo postigo del Carbón, se detuvo y la dijo:

—Hasta ahora sólo os he dicho que me esperaseis, á fin de sacaros del hospital; ya estáis fuera, y es de mi obligación deciros que adónde queréis que os acompañe.

—El objeto que yo tenía esta noche, está ya fuera de mi alcance; vuestra negra lancha me cortó el paso; hasta que sea de día me es indiferente el lugar donde me encuentre.

—Seguidme, si queréis, adonde voy.

—¿Y adónde vais?

—Mirad: son las doce de la noche; no amanece hasta las cuatro; hay tiempo, pues, de seguir la ribera del río, hasta dejar atrás á Sevilla y llegar un tiro de arcabuz más allá, al aduar de los gitanos; si no queréis tomar esa larga caminata, esperaremos sentados bajo un árbol á que amanezca.

—Puesto que habéis dicho que podemos ir al aduar, tendréis necesidad de ir á él; vamos pues.

—Como queráis—dijo don Luis.

Y emprendió la marcha en silencio.

Doña Leonor le seguía, separada notablemente de él.

Don Luis del Espino marchaba con la cabeza inclinada. Tal vez era doña Leonor en lo que más pensaba don Luis.

Le parecía, sin embargo, inoportuno preguntarla, y callaba, no por timidez, sino por discreción.

Doña Leonor callaba también, simplemente porque nada tenía que decir á don Luis; pero esta situación era embarazosa y no podía prolongarse por más tiempo.

Entrambos buscaban un medio de entablar conversación, sólo porque aquel estado difícil pasase.

Doña Leonor hizo como que tropezaba, y lanzó un leve grito.

—¿Os habéis hecho daño, señora?—dijo don Luis.

—No, no señor—dijo la joven—; muchas gracias.

—Eso, de seguro no hubiera sucedido—dijo don Luis—si hubierais ido asida á mi brazo; pero yo no me he atrevido á ofrecérosle, y he faltado involuntariamente, os lo aseguro, á la cortesía que se debe á una dama.

—¿Dama decís? ¿Por qué me creéis dama cuando me habéis encontrado en un traje impropio de mi sexo y en una situación excesivamente extraña?

—Libreme Dios de entrometarme en si lleváis el traje que os corresponde ó no, ni en pretender averiguar la situación en que os encon-

traís; pero para calificaros de dama, basta, señora, vuestra delicada hermosura.

Al oír estas palabras doña Leonor, y sobre todo el acento insinuante con que las pronunció don Luis, doña Leonor se detuvo.

—¿Sabéis que me habéis ofendido, caballero?—dijo—y os llamo caballero porque veo sobre vuestra capa una encomienda.

—Perdonadme si os he ofendido — dijo don Luis —; porque os juro por esta cruz que llevo al pecho, que no he tenido intención de ofenderos.

—Pero comprended que hay ofensa en requebrar á una mujer, cuando esa mujer no ha dado motivo para que se piense mal de ella, y por estar á solas con un caballero, en la situación en que yo me encuentro, bajo su amparo.

—¿Creéis, señora, en los golpes que hieren de muerte instantáneamente? — dijo don Luis.

—Explicaos mejor para que yo pueda responderos.

—Voy á explicarme: ¿creéis que un hombre puede enamorarse á la primera vista de una mujer?

—¿Aun cuando ese hombre sea hermano de la Caridad, dedicado á sacar cadáveres del río?

—Bajo el hábito de un hermano del hospital de la Caridad, puede latir violentamente un corazón rebelde, acostumbrado á vivir del amor.

—¿Cómo os llamáis, caballero?—dijo de una manera punzante doña Leonor.

—Vuestro humilde criado, señora, se llama don Luis del Espino—dijo éste con la altivez de quien sabe que su nombre es famoso.

—Pues es la primera vez que oigo vuestro nombre—dijo doña Leonor, contestando fríamente á la allivez de don Luis.

—¿Cuándo habéis venido á Sevilla, señora?—dijo don Luis.

—Hace tres días—contestó acreciendo en frialdad doña Leonor.

—¡Ah! pues lo comprendo entonces: hace cuatro meses, al verme entrar en el hospital de la Caridad, los sevillanos me han dado por muerto.

—Pues mirad: ha mucho más tiempo que entré en un monasterio de monjes don Juan Tenorio; y aun no le han dado los sevillanos por difunto.

—No estaba yo en Sevilla cuando andaba por ella don Juan Tenorio — dijo con desdén don Luis.

—Cuán diferente sois, bajo los vestidos de hidalgo, de lo que parecíais bajo los hábitos de hermano de la Caridad—dijo doña Leonor—: entonces hablabais de Dios, de las tentaciones del demonio, y teníais una cara de condenado; ahora parecíais un galanteador de oficio y respiráis vanidad, hasta por la punta de los dedos.

—El hermano timorato, se ha quedado en el hospital; quien ha salido de él es don Luis del Espino.

—Vamos; una transformación.

—Estáis siendo cruel y dura conmigo, y entretanto, aun no me habéis contestado á la pregunta que os he hecho.

—¡Ah, sí! ¿queríais saber si yo creo posible que un hombre se enamore de una mujer á primera vista? pues no he de creerlo, comendador, cuando sé por mí misma, que una mujer puede enamorarse mortalmente de un hombre con sólo haber visto una mirada suya; ¿por qué creéis que yo me encuentro aquí con hábitos de estudiante, sola con vos, como una aventurera, sino porque la primera mirada de un hombre me hizo su esclava?

—Y ¿podré saber, señora—dijo vivamente contrariado Mañara—, quién es el hombre que ha tenido la fortuna de volveros loca hasta el punto de lanzaros á las aventuras?

—Ese hombre es el hombre que Sevilla no olvida; ese hombre es el hombre nacido para luchar, vencer y despreciar; ese hombre es Satanás, que pasa sobre la tierra dejando tras de su paso un rastro de fuego; ese hombre es el terrible amante de doña Inés de Ulloa, el terrible invitador del Convidado de Piedra.

—¡Don Juan Tenorio! — dijo Mañara con acento opaco.

—Y ¿queréis saber quién soy yo? yo soy... Gonzalo de Araújo, portugués, paje de don Juan Tenorio, y ahora estudiante de Salamanca, en donde no he estado en mi vida; hechas estas explicaciones, caballero, sabiendo que yo, sin ofenderos, no he de olvidar á un Tenorio para escuchar á un Espino, sigamos nuestro camino, ó mejor dicho, el vuestro hacia el aduar de los gitanos.

—¡Vive Dios, que yo os pruebe—dijo el comendador—, que vale tanto un Espino como un Tenorio!

—Empezad á probarlo, respetando á una mujer como sabe respetar á las mujeres don Juan Tenorio.

—El Burlador le llaman.

—Burla enamorando, no atreviéndose á violencia alguna, ni aun de pensamiento: y ved que mucho valdrá cuando yo que de tanto amarle le aborrezco, desfiendo su nombre en su ausencia.

Tras esto callo doña Leonor, y don Luis, contrariado, calló también.

Así continuaron andando entre el río y las murallas de Sevilla, hacia la Tablada.

Doña Leonor mantenía la distancia en que se había colocado desde el principio, respecto á don Luis.

Este marchaba con rapidez.

Ni una sola palabra hablaron entrambos que

al fin dejaron atrás la ciudad y se acercaron á la Tablada.

Entre este campo y el Gualquivir había algunas tiendas de cuero.

Entre las tiendas, asnos, mulos, caballos.

Algunos hombres se veían tendidos al aire libre, pero con las cabezas apoyadas en las tiendas.

Mucho antes de que Espino y doña Leonor llegasen, ladró un perro, luego otro y otro, hasta ser infinitos los que ladraban.

Doña Leonor se detuvo.

—¿Tenéis miedo á esos animales? — dijo don Luis.

—Me desplacería mucho, os lo aseguro, ser atarazada por ellos.

—Esperad—dijo don Luis.

Y lanzó un largo silbido.

Poco después respondió otro silbido desde el aduar y algunos hombres llamaron á los perros que corrían ya hacia don Luis y doña Leonor.

Los perros se retiraron al aduar y callaron.

Poco después se vió acercarse un hombre alto que adelantó en paso rápido y llegó hasta don Luis del Espino.

Aquel hombre era un magnífico tipo: su cabeza, por su forma y por su estilo, parecía rodada á una caríatide, y la toca que tenía rodada á la cabeza con los dos extremos colgando por delante hasta la mitad del pecho, completaban el efecto: llevaba una especie de colete abierto y ancho, de paño encarnado y manga estrecha, con ribetes negros, y debajo de este colete, otro de ante ceñido por un cinturón de cuero, con ancha hebilla de hierro bruñido: en aquel cinturón no se aseguraba otra arma que una larga daga con guardamano, colocada á la espalda.

Este hombre llevaba dobles calzones anchos y cortos; el de encima de terciopelo negro con botones afiligranados, y abierto hasta dejar ver el calzón interior, que era de lienzo blanco; en las piernas llevaba medias rayadas horizontalmente de azul y blanco, botines moriscos, calzaba zapatos de ante, y tenía los pies armados con grandes espuelas.

Este hombre, egipcio por su fisonomía, transcendía á morisco por su traje; tenía unos cuarenta años; era hermoso, fiero é inquieta la mirada, afeitada la cara, la nariz aguileña, la boca enérgica, la frente ancha y despejada, y el contorno del semblante oval.

Al llegar junto á don Luis, el gitano le dijo:

—Después de lo que ha sucedido, te esperaba: si no hubieras venido á buscarme, yo te hubiera ido á buscar al hospital de la Cari-

dad. En el punto á que han llegado las cosas, es necesario que nos entendamos de la única manera que nos es posible entenderlos; ese que viene contigo puede irse, porque tú no volverás con él.

—Rafael—dijo don Luis—, las cosas no están en el punto desesperado que tú crees; Rosaura no ha muerto.

—Pero Rosaura está deshonrada, ¡deshonrada! ¿lo entiendes? Y si se ha arrojado al río para ocultar su vergüenza, era porque de todos modos le esperaba la muerte.

—¡La muerte!—dijo don Luis—¿y con qué derecho te atreverías tú á matar á Rosaura?

—¿Con el derecho de mi honra ofendida—dijo Rafael.

—Ven, ven—repitió don Luis—, ven entre aquellos árboles junto á la ribera; nos explicaremos, y después veremos si podemos entendernos tú y yo.

—Vamos pues—dijo el gitano.

—Señor Gonzalo—dijo don Luis, dirigiéndose á doña Leonor—; podéis entrar tranquilamente en el aduar y esperarme en él si gustáis.

—Esperaré—dijo doña Leonor.

Tras esto, Rafael y don Luis se alejaron hacia unos árboles que más allá orlaban la ribera.

Llegaron y se internaron en la arboleda.

Allí apenas había luz.

Las copas cruzadas de los árboles impedían el paso á la luz de la luna.

—Sentémonos—dijo don Luis.

—¿Y para qué, para perder tiempo? necesito matarte, comendador.

—Siéntate—repitió don Luis.

—¿No ves que estoy tranquilo, á pesar de que sé que Rosaura se había arrojado al río, que la creía muerta y que ahora sé que vive? ¿No te dice esta tranquilidad mía que anheló matarte, y que no me entregaré al dolor por Rosaura sino cuando me haya hartado de beber tu sangre? Tú como yo tienes una daga; ¡ea! defiéndete ó te mato.

—Te sería eso imposible, Rafael; te mataría yo en cuanto empuñase contra ti un hierro; no tienes razón para irritarte; Rosaura no es tu hija.

—¡Que no es mi hija Rosaura!—exclamó retrocediendo Rafael—¿quién te lo ha dicho?

—Ella.

—¡Ella! y ella ¿qué sabe?

—Tú te has olvidado de que vivía junto á ti una mujer que te aborrecía, que te ocultaba su aborrecimiento por miedo; tu esposa, Dolores, era hija de Juan el Manco.

Dió otro paso atrás Rafael.

—Pues bien, Dolores fué quien reveló este secreto á Rosaura; se lo reveló porque estaba enferma y se sentía morir; de otro modo sin confiar en la ya cercana protección de la tumba, Dolores no se hubiera atrevido á decir á Rosaura que no era ni hija tuya ni suya; te revelo

yo también esto, porque no volverás á ver á Rosaura; porque vivirá en lugar donde no podrás acercarte á ella.

—¿Y lo sabes todo?

—Todo.

—¿Cómo se llama el padre de Rosaura?

—El padre de Rosaura se llama... ¿lo ignoras acaso? temo que haya entre estos árboles alguien que nos escuche; se os tiene por ladrones y moatrosos y se os espía; voy á decirte, sin embargo, algo que te probará que conozco completamente el secreto: Hay lejos de España una ciudad que se llama Gante; en aquella ciudad hay un magnífico palacio episcopal; junto al palacio y separada de él por una estrecha calleja, hay una gran casa de piedra; esta casa tiene la puerta principal adornada con grandes blasones, en un extremo de la calleja; en el otro extremo un estrechísimo postigo, situado al pie de una torrecilla adherida al ángulo de la casa de piedra; en lo alto de esta torrecilla hay una ventana calada que en otro tiempo dejaba ver á la una de la noche, el reflejo de una luz, en sus cristales de colores; aquella ventana correspondía á un retrete circular, al que se entraba desde una cámara por medio de una puerta secreta. En aquel retrete había una cuna y en la cuna una niña; junto á la niña, una joven rubia y pálida, vestida de blanco.

Aquella joven tenía un pequeño lunar rojo en la mejilla izquierda junto á la nariz, cerca del labio. ¿Será necesario que te diga ahora el nombre del padre de Rosaura? ¿No sabes que del palacio á la casa de piedra había una comunicación por medio de un arco, y cerca de la torrecilla? ¿Ignoras que con mucha frecuencia un nobilísimo caballero de diez y ocho años, habitaba en el palacio arzobispal de Gante?

—Y si sabías eso, ¿por qué has venido á buscarme?—dijo Rafael.

—Porque quiero evitar ferocidades tuyas, Rafael; porque quiero que respetes á Rosaura, que no es tu hija.

—Pero hija mía la creen todos; yo no puedo revelar á nadie ese secreto más que á un solo hombre; al padre de Rosaura y ya no puedo, porque está deshonrada por tí: ¡por Dios vivo, jamás vinieras á comprar caballos á mi aduar; has sido un miserable, comendador! ¿Por qué fingiste amistad á la gitana que te amó? ¿Por qué la obligaste con tu cariño, si tu amistad no era otra cosa que una trampa de lobo en que se han quedado perdidas la honra y la felicidad de Rosaura? ¡Ea! ¡defiéndetel tú y yo no cabemos juntos en la tierra.

—No quiero matarte, Rafael; será inútil cuanto hagas para irritarme; ya ves, he tenido paciencia para ser cuatro meses hermano de la Caridad.

—Pues al que no quiere defenderse—dijo Ra-

fael desnudando rápidamente su daga—, y se tiene necesidad de matarla, se le mata.

Y tiró un tremendo golpe á don Luis, que le paró con el brazo izquierdo, y con la mano derecha asió la de Rafael y le desarmó como si hubiese sido la mano de don Luis una tenaza de hierro.

—Inútilmente—dijo Rafael—: mátame, ó llamo y tienes encima á todo el aduar.

—Cuando lleguen, ya estaré yo lejos.

—¡Ah! ¡lo veremos!—exclamó Rafael lanzando un grito semejante al aullido de un lobo.

—Rafael—dijo don Luis con voz terrible al gitano—: te perdono la vida; pero guárdate de no acudir adonde te se diga cuando yo te llame. Adiós.

Y don Luis del Espino se perdió por entre los árboles.

—¡Ah!—exclamó Rafael—tú quieres sin duda la prueba del nacimiento de Rosaura; tú crees que yo lo vendería; tú no sabes que yo la amo, y que me has herido en el corazón haciéndola tuya.

En aquel momento llegaron una multitud de gitanos armados con arcabuces.

—Nada, no es nada; es que creí que andaba por entre los árboles gente sospechosa—dijo Rafael á los gitanos—; volvámonos.

Al entrar en el aduar Rafael, vió á doña Leonor que se paseaba delante de él.

—¡Ah! el que venía con Espino—dijo Rafael—es necesario preguntar á este muchacho. ¡Eh! señor paje acercaos—añadió dirigiéndose á doña Leonor.

—Un poco más alto, amigo; ¿no ves que llevo bayetas de estudiante?—contestó doña Leonor.

—Estudiantes hay que sirven de pajes á caballeros que les costean los estudios.

—A mí me costea los estudios mi padre y siempre llevo en mi escarcela una docena de doblones de á ocho, y plata menuda larga para lo que se ofrezca.

—Perdonad, yo os creía paje del comendador.

—Es poca persona el comendador para tener pajes de mis humos.

—Y entonces ¿por qué veníais con don Luis?

—¡Diablo! porque me ha sacado del río.

—Pues no tenéis traza de estar desesperado, mancebo—dijo Rafael.

—¿Y quién os ha dicho que yo haya dado en el río por mi voluntad? iba yo muy bien en una lancha, cuando al pasar por debajo del puente de Triana, la barca de la Caridad echó á pique la mía, me sacaron del agua, me llevaron al hospital, y como no era necesario que permaneciese en él, cuando don Luis del Espino, que por lo visto ha ahorcado el hábito de hermano de la Caridad, salió, me sacó consigo.

—¿Y no os conocía don Luis del Espino?

—Ni más ni menos que me conocéis vos; ¿pero dónde le habéis dejado?

—Se ha ido.

—Vaya en paz; me molestaba ese hombre; es preguntón como el solo; y de cosas que no le importan; prefiero encontrarme en vuestra compañía: me parecéis un hombre de aliento y de corazón.

—Vaya en gracia por el muchacho—dijo Rafael—. Entrad, entrad acá entre las tiendas.

Doña Leonor siguió á Rafael, que se había internado en el aduar.

Rafael llegó al centro del aduar, y se detuvo, no delante de una tienda, sino de una gran barraca con paredes de tierra y techumbre de tejas.

Empujó la puerta y entró.

Doña Leonor entró tras él: se encontró en una habitación blanqueada, con el suelo terrizo, á la que daban algunas puertas cubiertas por cortinas.

En medio de aquella habitación había un hogar de piedra, cubierto con una gran campana circular de una chimenea sostenida por tirantes de madera que se unían al techo. Una cadena pendía de una barra de hierro, que servía como de diámetro á la campana de la chimenea, y de esta cadena una caldera puesta sobre un fuego de astillas de pino, conteniendo una gran cantidad de carne, que hervía.

A un lado había una mesa muy baja, y sobre la mesa, clavado por el gancho á la pared, un candilón, cuya humosa y turbia luz alumbraba, á más del fuego del hogar, aquel espacio.

En otro ángulo, en una mesa más ancha y más alta, había unos pellosos llenos de vino, y en tablas sostenidas por cuerdas en las paredes, formando vasares, se veían vasijas de vidriado ordinario, y vasos de vidrio.

Algunos arcabuces, algunas enormes espadas, y algunas monturas de caballo, se veían acá y allá colgadas de las paredes.

Por último, esparcidas en desorden, se veían algunas sillas de pino.

—¡Bah! pues descansad, señor estudiante; se os pondrá lecho en que durmáis. ¡Hola! Genoveva, ¿te has dormido, dejando á la vianda que se guise sola?—añadió Rafael, dirigiéndose á una puerta.

Un momento después apareció en aquella puerta una gitana muy joven, con todas las señales de haber dejado el sueño más hermoso del mundo.

—Ya sabes que la gente que ha de ir mañana á Marchena, necesita almorzar muy temprano.

—Estaba sola y me he dormido, Cuervo—dijo la niña—, ¿quién es ese mancebito que está aquí?—añadió fijando la atenta y escudriñadora mirada de sus enormes ojos negros en doña Leonor.

—Es un estudiante, á quien tenemos de huésped esta noche. Os permito que os enamoréis de ella; que os la llevéis, si quiere seguimos—añadió Rafael Cuervo, dirigiéndose á doña Leonor—: no tiene padre ni madre, ni perro que la ladre, y es holgazana como ella sola.

Doña Leonor escuchó con alegría esta salida intempestiva de Rafael, porque demostraba que la creía hombre.

—Pues mira, Cuervo—dijo Genoveva—, no me digas dos veces lo que acabas de decirme, porque no faltará quien me tenga á su lado con más gusto que tú.

—¡Eh! pronto, un jergón, un colchón para el señor estudiante—dijo Rafael, que se paseaba ceñudo y sombrío á lo largo de la cocina.

—¡Ah, no! no os incomodéis—dijo doña Leonor á Genoveva—, no tengo necesidad de dormir en cuanto descanse un poco, si vos, amigo, queréis acompañarme, me tornaré á Triana, á la posada de la «Sardina Verde», donde vivo.

—¡Ah! ¿vivís casa del señor Antón Gabilán?

—Sí; desde hace tres días que vine de Lisboa.

—¿Y á qué habéis venido á Sevilla? ¿No es buena ciudad Lisboa?

—Sí, pero eso no quita que Sevilla sea también una muy buena ciudad; y cuando se tiene padre rico, y este padre no tiene más hijo que uno, no hay miedo de gastar largamente el dinero.

—¿Cómo os llamáis?—dijo Rafael, que sostenía la conversación por sostenerla, porque estaba profundamente distraído.

—Gonzalo de Araujo, hijo de Sebastián de Araujo, hidalgo portugués.

—Y decidme, vientre de Belcebú, ¿qué ibais vos buscando por el río cuando os echó á pique la barca de la Caridad?

—Señor Cuervo—dijo doña Leonor—, eso es querer saber tanto como yo.

—Tenéis razón; perdonad—dijo Rafael.

Y siguió paseándose en silencio.

De improviso se detuvo delante de doña Leonor.

—¿Necesitáis algo?—dijo—: comida, bebida, leche.

—Nada de eso necesito.

—Pues entonces, podéis marcharos cuando queráis.

—Sí; pero vos sois muy buen hombre.

—¿Quién os ha dicho que yo sea un buen hombre?—contestó Rafael, mirando sombriamente á doña Leonor.

—Para mi sois el mejor hombre del mundo—respondió ésta—; y como habéis prometido acompañarme cuando quiera volver á mi posada, os

cojo la palabra, y os exijo en este instante su cumplimiento.

—Pues sobre la marcha—dijo Rafael, tomando de la pared una espada y poniéndola bajo el brazo.

—Vaya con Dios el señor estudiante—dijo Gemoveva.

—Adiós, hermosa—contestó doña Leonor—; ya nos volveremos á ver.

Y salió detrás de Rafael Cuervo, que había comprendido la marcha.

Cuando estuvieron fuera del aduar, y á alguna distancia, doña Leonor dijo al gitano.

—Os sucede algo; por más que pretendéis parecer sereno, se nota que estáis vivamente acongojado ó irritado á mas.

—¿Y qué os importa eso, niño?

—Puede suceder que me importe mucho, y que yo no sea niño como vos creéis; si he salido de la casa adonde me habíais llevado, no ha sido porque quiera volverme á la hostería de la «Sardina Verde», que no pienso volverme á ella hasta que sea bien de día, sino porque necesito hablar con vos.

—¿Y qué tenéis vos que hablar conmigo?

—En primer lugar preguntaros por qué ha desaparecido el comendador.

—Porque ha huído de mí.

—Entonces sois enemigo suyo.

—A muerte.

—¿Necesitáis vengaros de él?

—Sí.

—Pues yo os vengaré.

—¡Vos!

—Yo.

—Y sin embargo, decís que no habéis conocido hasta esta misma noche á don Luis del Espino.

—He dicho la verdad.

—¿Y cómo podéis vos vengarme de él?

—Eso no os importa.

—¿Qué es lo que os impulsa á ofrecermé esa venganza?

—Mirad, señor Rafael—, dijo doña Leonor—; yo tengo también mis asuntos, y asuntos endiablados.

—Pues temprano empezáis. ¿Qué edad tenéis?

—La que dice mi cara.

—¿Diez y seis años?

—Diez y siete.

—Tanto da.

—Pero con mis diez y siete años amo ya como un loco.

—¿Amáis?

—Y me roban mi amor.

—¿Quién?

—Un hombre terrible; un hombre con el cual no puedo ponerme frente á frente: don Juan Tenorio.

—¡Don Juan Tenorio! ¿y de qué os quejáis?

¿creéis que puede haber una mujer que haga caso de vos, niño, si la solicita don Juan Tenorio?

—Pues á matar esa mujer iba yo, cuando la barca de la Caridad volcó mi lancha.

—¡Diablo! ¡diablo, rapaz! ¿Y os hubiérais atrevido?...

—Aunque después me hubiera hecho pedazos don Juan.

—Me parecéis alentado, mancebo.

—Aún no me conocéis bien; pero, respondeme: á vos os acontece algo terrible.

—Sí; que importa que vos lo sepáis? lo sabe todo el mundo: he perdido mi hija, lo que más amaba; mi Rosaura; y no he llorado, no me he quejado, no la he buscado, á pesar de que había huído: cuando me han dicho que los hermanos de la Caridad la habían sacado ahogada del río, ni he rezado, ni he blasfemado: ya veis, he hablado con vos de cosas harto insignificantes, como si nada me hubiera sucedido, y aun no hace dos horas que mi Rosaura, mi pobre Rosaura, ha sido sacada del río ahogada, muerta.

—¿Es vuestra hija una gitana que conducía en un ataúd la barca de la Caridad que chocó con mi lancha?

—¡Sí! ¿La habéis visto?

—Sí, la he visto en un lecho del hospital de la Caridad, mientras á mi me daban no sé qué bebidas, para evitar las malas consecuencias del susto de haber caído al agua.

—Y ¿quién os ha dicho que era una gitana? ¿No habéis visto que era blanca y rubia como un oro?

—Lo he conocido por su traje.

—Y decid, ¿la habían comido los peces los ojos?—exclamó con voz conmovida Rafael—; el comendador me ha dicho que no había muerto; pero yo no he querido creerlo; ese hombre no dice nunca la verdad; y luego ¿qué más da que haya muerto ó que esté viva? ¿No me ha deshonrado? ¿No me ha desgarrado el corazón? Si está muerta no la perdono, si está viva, que no se ponga delante de mí, porque la mato.

—Los hermanos de la Caridad—dijo doña Leonor—, han logrado hacerla volver en sí y afirman que no morirá.

Rafael calló y dobló la cabeza sobre su pecho.

—Es muy natural que estéis afligido—dijo doña Leonor—; llorad, llorad, no maldigáis á vuestra hija; las faltas de las mujeres por el amor, merecen siempre más lástima que severidad; sobre todo, contad con que yo os vengaré del comendador.

—Lo decís con demasiada seguridad.

—¡Ah, sí! El comendador está enamorado de mí.

—¡Enamorado de vos!—exclamó Rafael mirando de una manera indescribible, á doña Leonor, y con acento de cólera—; ¿o: estáis burlando de mí, niño?

—Yo soy una mujer—dijo doña Leonor.

—¡Una mujer!

—Sí; ¿qué os extraña? ¿Tan raro os parece que una dama enamorada, engañada, vendida, puesta primero á una, luego á otra, se valga de todos los medios que estén en su mano para vengarse?

—¡Una mujer!—exclamó el gitano—: ¿y os habéis atrevido á manifestar vuestro secreto á un hombre á quien no conocéis?

—¡Ah, sí! Una mujer no os engaña respecto á lo que siente un hombre que se encuentra en la situación en que vos os encontráis; nada tengo que temer de vos, porque estáis enamorado, enloquecido por un amor funesto.

—¡Yo!

—Sí: vos amáis á una desdichada á quien los hermanos de la Caridad han sacado del río; la amáis como se ama al amante que llena el corazón, que es la única felicidad que anhelamos; la única esperanza que tenemos, nuestra vida entera.

—Rosaura es mi hija!

—No, mentís—exclamó con energía doña Leonor—; podéis haberla tenido á vuestro lado llamándola hija vuestra, pero no lo es; además, ahora que recuerdo bien, nada hay en ella en que se revele la raza gitana.

—¿Quién os ha dicho eso? ¿Acaso don Luis del Espino?

—No: don Luis del Espino ha hecho harto con decirme que me ama.

—¿Luego vos digisteis á don Luis que érais mujer?

—No, no por cierto; lo conoció él; al sacarme los hermanos de la caridad del agua, al tocarme, don Luis puso la mano en mi seno.

—¡Ah!—dijo Rafael—, yo creía que os conocía anteriormente el comendador.

—Ya veis que no.

—Que os había dicho que Rosaura era mi hija.

—Eso me lo habéis dicho vos; sí, vos: si Rosaura fuera vuestra hija, por mucho que os hubiera ofendido, al creerla muerta la hubierais perdonado, la hubierais llorado; hubierais ido á besar su cadáver: el dolor que sentís no es el que se siente por la muerte de una hija; lo que sentís, son celos, rabia, desesperación; ¿cómo queréis que yo no lo conozca si siento lo mismo?

—Bien, señora; ¿qué queréis de mí?—dijo Rafael.

—Ya sabía yo que nos entenderíamos—dijo doña Leonor—, guardad mi secreto, como yo guardaré el vuestro: sed leal conmigo y nada temáis.

—No sé por qué, señora, me inspiráis una gran confianza, no sé por qué, espero de vos

más de lo que me atrevo á esperar de mí. Voy á ser con vos tan franco, como si fuerais el ángel de mi guarda; venid; voy á llevaros á Triana; abrirán la hostería, porque yo la mandaré abrir y entraréis; en vuestro aposento podremos hablar: estamos ya cerca del puente de Barcas y dentro de un momento habremos llegado.

Y Rafael y doña Leonor siguieron, atravesaron el puente, entraron en Triana, llegaron á la hostería y Rafael llamó y se hizo abrir.

XVIII

—¿Quién es don Luis del Espino?—preguntó doña Leonor á Rafael cuando estuvieron cerrados en su aposento.

—Yo no sé la historia de ese hombre; sé que es noble, rico, valiente, comendador de Calatrava, y que se cuentan de él en Sevilla aventuras que parecen cuentos.

—¿Cuánto tiempo hace que le conocéis?

—Seis meses; es gran jinete aficionado á los buenos caballos; yo trato en ellos: un día vino á mi aduar el comendador, y me compró dos caballos, pero vió á Rosaura y Rosaura le vió á él: los dos disimularon porque un castellano sabe que los gitanos no han de consentir que enamoren á una de sus doncellas, y las gitanas, que no pueden querer á un castellano, sin exponerse á una desgracia.

Pero se había enamorado.

Don Luis volvió al aduar; es hombre que se trata con gente baja, á quien gustan las danzas y los cantares de los gitanos, y se hizo mi amigo.

Yo noté que á los pocos días de ser yo amigo del comendador, Rosaura salía sola con demasiada frecuencia del aduar.

Pero nuestras doncellas, nuestras mujeres, tienen gran libertad; se confía en ellas más de lo que se debiera, porque no se debe confiar en ninguna mujer.

Pasaron así dos meses, y el comendador empezó á ser menos frecuente en buscarme, en venir al aduar.

Rosaura empezó á palidecer, á ponerse triste.

Por último, un día supimos que el comendador Espino se había hecho hermano de la Caridad, y se había dedicado al servicio del hospital.

—Vamos—dijo yo—, el comendador se ha cansado del mundo y ha dado en la tontería de buscar á Dios haciéndose esclavo de sus semejantes: es lástima, porque era un señor muy alegre, muy generoso, y se vivía con él.

Desde el día en que se supo la retirada del mundo, del comendador, Rosaura se marchitó como se marchita una flor en la umbría.

Yo, sin embargo, nada sospechaba.

Han pasado cuatro meses, ciego yo, triste...
Esta tarde, por último, no pude tener duda: recibí de improviso una revelación espantosa. Cuando entré en mi casa, Genoveva me dió una carta.—Esto me han dado para tí—me dijo—Rosaura; después se ha ido.

Sentí frío en el corazón.
Sobre la carta estaba escrito de mano de Rosaura:—«A mi buen padre.»

Abrí temblando la carta.
¿Pero á qué deciros lo que la carta contenía, cuando la tengo aquí, cuando vos misma la podéis ver?

Y Rafael sacó de debajo de su colete de ante un papel arrugado que doña Leonor se vió obligada á extender para leerlo.

La carta decía así:
«No me busques, huyo.
La vergüenza me obliga á separarme de ti. Soy madre y estoy desesperada.

Tiemblo que conozcas mi estado; que ya no puedo ocultar; me matarías y luego el recuerdo de haberme matado te mataría á tí.

No me busques, Rafael, no me busques: déjame seguir mi destino.

Perdóname y no te olvides de mí.»
—Por esta carta no se sabe quien es el seductor de esta desdichada—dijo doña Leonor.

—Volved, volved la hoja, señora, y leed.
Doña Leonor leyó:

«Me había propuesto no revelarte el nombre del que me ha abandonado, del que me ha perdido.

Ese hombre se ha ido á esconder sus crímenes bajo la máscara del hermano de la Caridad.

Ese hombre es el comendador don Luis del Espino.

¡Véngame, Rafael! ¡Venga á mi hijo que no verá la luz!»

—¿no buscásteis á Rosaura?—dijo doña Leonor.

—No; vos lo habéis dicho, señora; si hubiera sido mi hija, la hubiera buscado; pero ella sabía que no lo era; estoy seguro de que lo sabía; de que conocía que yo la amaba con toda mi alma; que no me atrevía á decírla:—Yo no soy tu padre; aquí tienes la prueba: ámame, porque yo estoy loco por ti.—¡Ah! mi edad, el temor de que ella no pudiese amarme, de que se desvaneciese un ensueño mío... callé, guardé como un tesoro en mi corazón mi amor; si ella me hubiera dicho:—Amo á un hombre; sufro por él; necesito su amor para vivir.—¡Ah! yo hubiera sido generoso, sí; hubiera hecho callar mis celos; hubiera llegado á amar al hombre á quien ella hubiese amado;

pero engañarme; saber que me engañaba el comendador, y por último, escribirme esta horrible carta; decirme: «Soy madre por el amor de otro hombre; voy á morir y á matar á mi hijo por su amor». ¡Oh! ¡esto es miserable, es infame! las mujeres, cuando el amor las vuelve locas, se olvidan de todo; no sienten; no viven más que para su locura; yo no la busqué; yo no la he llorado; yo no la lloro, y si alguna vez la veo delante de mí, la mato.

—¿Y cómo es, Rafael, que no habéis muerto al comendador Espino?

—Satanás le protege; es un hombre terrible: le he acometido cuando no se defendía, y me ha desarmado; ha huido cuando yo he llamado á los míos, que sabía vendrían armados de arcabuces. ¡Ah! pero no se perderá don Luis como se pierde una gota de agua en el mar: no, no; yo le acecharé, y cuando se sienta herido, sólo tendrá lugar para morir.

—Dejadme á mí encomendada vuestra venganza; creo que ese hombre me ama.

—Pues tened cuidado, señora; tened cuidado, porque dicen que al comendador Espino le ayuda el diablo.

—Otro diablo más terrible que el comendador se ha apoderado de mí.

—¿Es acaso don Juan Tenorio ese diablo, señora.

—Sí.

—Cuentan de ese caballero grandes cosas.

—¿Querréis vos servirme contra ese caballero?

—Contra el infierno, si me vengáis del comendador.

—Pues bien, esperad á que yo os venga del comendador, y no busquéis entretanto vuestra venganza; no la toméis, aunque se ponga al alcance de vuestra mano; en cuanto á Rosaura, la amparo yo: ¿me prometéis ser dócil á lo que yo os aconseje?

—Sí.

—Pues bien; necesito descanso para prepararme á esta campaña; dejadme sola; yo os avisaré cuando necesite veros.

XIX

Doña Leonor se levantó muy tarde, como quien tan tarde se había acostado, y llamó á su escudero Cristóbal del Saltillo, que vivía en otro aposento de la hostería de la Sardina Verde.

Eran las diez de la mañana.

En aquellos tiempos, levantarse á aquella hora era levantarse muy tarde.

Cristóbal del Saltillo miró profundamente á doña Leonor.
—Buena ha estado de aventuras la noche—dijo:—vos vinisteis cerca del amanecer, y el señor Antón Gabilán no ha venido todavía; lo

que ha producido, cuando he pedido mi almuerzo, que he tenido que contentarme con cualquier cosa; porque me han dicho, con una gran seriedad, que no habiendo parecido el amo, y no habiendo dejado órdenes ni dinero; no se guisaba hoy en la hostería.

—Tomad pretexto de eso para despedirnos— dijo doña Leonor—; no quiero estar aquí ni un instante más; no quiero que don Juan Tenorio me vea hasta que sea oportuno: conquemos, señor Cristóbal, haced de modo que salgamos, y entre tanto las maletas.

Cristóbal dió tres palmadas á la puerta del aposento, á las cuales un doméstico se presentó.

—¿Qué me manda vuesa merced?—dijo con no muy buen talante.

—El almuerzo de mi amo—dijo Cristóbal, que estaba inclinado sobre una maleta.

—Huevos, leche, manteca y pan es lo único que hay—dijo el criado.

—¿Y es ese almuerzo para una persona rica y principal?—dijo Cristóbal del Saltillo—¿es esto hostería, ó casa de espíritus adonde se viene á morir de hambre.

—La Sardina Verde—dijo ofendido el criado—, es la mejor hostería de Sevilla, y de fuera de Sevilla; y al que no le convenga...

—Si me seguís levantando el gallo—dijo Cristóbal del Saltillo, estirándose—, de un sopapo os dejo sin habla, ¡tunante! á ver, pronto, al momento la cuenta, que mi amo y yo nos vamos de esta caverna.

Intimidado el mozo por el ademán fiero de Cristóbal del Saltillo, desapareció, y volvió á poco con una larga lista.

Sólo hacía tres días que doña Leonor estaba en la hostería, y la cuenta era enorme.

Antón Gabilán era el hostelero más ladrón de todos los hosteleros.

—¿Pero, señor, estamos aquí en la Calabria, ó en el barrio de Triana?—dijo Cristóbal del Saltillo—¿Cómo tenéis valor para poner por una perdiz cinco reales, y por una trucha asalmonada dos?

—Es tiempo de veda.

—Pero no de veda para los bolsillos de los huéspedes: y decid: ¿qué partida es esta? vino, ciento sesenta y cinco reales y treinta maravedís.

—Señor mío, vuesa merced se ha bebido no sé cuantas botellas de Palermo, y vuestro amo dos de Chipre, y esta es bebida de príncipes.

—Decís bien, si el uno hubiera sido Palermo, y Chipre el otro: ¡ah, ladrones sin penca! ¡ah, galeotes sin cadena!...

—Pagad, Cristóbal, y vámonos—dijo doña Leonor, que había acabado de hacer una pequeña maletilla.

—Es, señor—dijo Cristóbal—, que aun no se han cumplido tres días desde que estamos aquí, y ya sube la cuenta á trescientos cincuenta y tres reales y quince maravedís.

—Dadle trescientos sesenta reales: que guarde lo que sobra, y en marcha.

—Pues si guarda lo que sobra, ha de cargar con las maletas.

—Eso no importa—dijo el criado, así que vió que iban á quedarle siete reales de vellón; es decir, siete reales fuertes de á veintidós cuartos.

—Pues ahí están los trescientos sesenta reales: carga con las maletas, y en marcha.

—¿Y adónde?—dijo el mozo, cargando con dos maletones, y metiéndose bajo el brazo la pequeña maleta que había hecho doña Leonor, y que pesaba demasiado.

—¡Y es verdad!—dijo doña Leonor—¿adónde vamos? nosotros no conocemos á Sevilla.

—¿Quiere ir vuesa merced, señor estudiante, á una hostería donde, si lo paga bien, le tratarán como á un príncipe?—dijo el mozo.

—Sí que quiero.

—Pues á la «Rosa de Andalucía», junto á la Encarnación, en la calle de Dados: en la yema del huevo; en medio de Sevilla.

—Andando, pues—dijo Cristóbal.

Y salieron de la Sardina Verde, luego de Triana, atravesaron el puente, el espacio que media entre éste y la puerta del Arenal, y por las calles de la Mar, Vizcainos, la Sierpe y la Ballestilla, con algunas callejuelas intermedias; llegaron á la de Dados, y cerca ya de la plaza de la Encarnación, á una gran casa, sobre cuya puerta se leía en grandes letras. «Gran Hostería de la Rosa Andaluza».

Doña Leonor y Cristóbal fueron aposentados al momento; la primera en una gran estancia desde cuyos balcones se veía la plaza de la Encarnación; y el señor Cristóbal en un pequeño cuarto inmediato.

Doña Leonor se hizo servir de almorzar, y después de esto dijo á Cristóbal, que la había servido el almuerzo.

—Almorzad pronto.

—Yo ya he almorzado, señor—dijo Cristóbal del Saltillo, que aun á solas trataba como á hombre á doña Leonor, para no perder la costumbre y evitar equivocarse delante de gentes, y además, por si eran escuchados.

—Pues mejor—dijo ella—; tomad esta joya y vendedla, porque debemos estar mal de dinero.

—¿Cómo! tenemos trescientos doblones.

—No importa; necesito más.

—¿Y cuánto he de pedir por esta alhaja? Era una gran rosa de diamantes para el prendido de la cabeza.

—Yo no sé á punto fijo lo que esta joya vale—dijo doña Leonor.



—Lo menos, lo menos—dijo Cristóbal—doscientos doblones.

—Pues bien, vendédmela al momento: en seguida os iréis á la Alameda Vieja, y observaréis una gran casa de piedra, que tiene la puerta muy labrada y dos miradores caídos: ved si podéis haceros amigo de uno de los criados de aquella casa; de paso procuraréis saber donde vive don Juan Tenorio y don Luis del Espino; acordaos bien: cuando sepáis donde vive el segundo, meteos en su casa, preguntad por él, procurad hablarle, y decidle que la dama del río le espera esta noche en esta hostería; que pregunte por el señor Gonzalo de Araujo.

—Bien, muy bien; ¿pero vais á salir también vos?

—Sí, amigo mío, sí.

Y doña Leonor se dirigió á la puerta.

—¿Y cuándo habréis vuelto?—dijo Cristóbal.

—Lo más tarde al obscurecer; á la hora en que debe venir, si acude á la cita, don Luis del Espino.

Ambos salieron, y se despidieron á la puerta de la hostería.

Doña Leonor tomó por la plaza de la Encarnación, y preguntando acá y allá, llegó al alcázar, se entró por él, y adelantó hasta que en el patio de las Muñecas á la puerta de la antecámara del salón de embajadores la detuvo un suizo.

—Decidme—le preguntó doña Leonor—¿ha venido al alcázar don Juan Tenorio?

—¿Quién pregunta por don Juan Tenorio?—dijo una voz que doña Leonor creyó reconocer tras ella.

Se volvió, y vió al dueño de la hostería de la Sardina Verde.

Esto es, á Antón Gabilán.

Pesóle á doña Leonor que aquel hombre á cuya hostería había ido á parar don Juan, hubiera oído que ella preguntaba por él.

Pero doña Leonor estaba muy lejos de sospechar que el dueño de la Sardina Verde fuese una persona tan de la confianza de don Juan Tenorio.

Gabilán empezaba ya á ser la antigua ave de rapiña al servicio de don Juan Tenorio. Gabilán, á quien conocen demasiado nuestros lectores, y que era un tuno de primer orden, encontró muy extraño que un estudiantillo tan hermoso preguntase con tanto interés por don Juan.

—¿Qué hacéis aquí, señor Antón Gabilán?—le dijo doña Leonor.

—¿Qué he de hacer, vofo á tantos y cuantos!—le dijo Antón, apartándose con ella del suizo—,

sino venir á buscar como vos á don Juan Tenorio? á ese diablo de hombre, que aunque no hubiera vuelto á aparecer, nada se hubiera perdido, sino por el contrario, se hubiera ganado mucho.

—¿Conocéis vos á don Juan Tenorio de antes de ahora?—la preguntó doña Leonor.

—¡Bah, bah, bah, y qué pregunta, señor mío! ¿Pues hay en Sevilla algún dueño de hostería decente que no conozca á don Juan? El paga bien, eso sí, pero hace servir á las gentes de cabeza, y es muy fácil cojer sirviéndole un latigazo que le cruce á uno de parte á parte, ó una estocada que le envíe á uno sin necesidad de médico al otro mundo. ¡Qué hombre! ¡Qué torbellino! qué diablo! Vino, me agarró, me llevó consigo, y esta es la hora en que no he podido volver á mi casa; y lo siento por mis huéspedes, vive Dios; mis criados son tan cernicalos, que en faltando yo, todo anda manga por hombro; de seguro, señor estudiante, que vos habréis almorzado hoy muy mal; porque en mi casa se vende tanto, que no queda nada de un día para otro; á las diez de la noche, todo se ha concluido; por lo mismo, permitidme que os lleve adonde almorcéis bien.

Doña Leonor calló, porque le convenia explorar á Gabilán puesto que sabía que él era quien había acompañado á don Juan á su casa, á la Alameda Vieja, cuyo nombre sabía porque lo había preguntado á un transeunte, al convento de Santa Clara, en el que había penetrado con él por la tapia del cementerio, al alcázar, y luego fuera de Sevilla.

Gabilán murmuraba entretanto por su ropilla.

—Vaya un estudiante gordito, redondito, fino, bello, con unas manos que enamoran, y un poco abultadillo de pecho; me está dando el olor de dama desesperada que persigue á don Juan; y cuando á estas aventuras se arroja, persona! debe ser de su cuenta y de bríos, y peligrosilla; no pues á poco que hable yo con esta persona sospechosa, me convenzo de si es él ó si es ella; porque chiquillos hay que antes de que les apunte el bozo, parecen una dama; veremos cómo resiste el primer golpe que yo le tire; pero entretanto prudencia.

Doña Leonor, sin saberlo, había tropezado con uno de esos tunantes que se pierden de vista, que servía admirablemente á don Juan, por cariño, por costumbre, por soberbia, y sobre todo por la cuenta que le tenía, para evitar que don Juan le rajase de alto á bajo á la primera torpeza suya que le echase á perder un negocio.

—Aquí, á la vuelta del alcázar, en la calle de la Borceguinería, está la taberna de las Armas imperiales, donde después de mi casa, es donde mejor se da de comer en Sevilla; el señor Crispín Salmón, dueño de las Armas imperiales, es muy amigo mío; y nos servirá cosas delicadas, exquisitas; nos tratará á cuerpo de rey.

—Acepto, señor Gabilán—dijo doña Leonor—; pero con la condición de que he de pagar yo, y de que hemos de achisparnos.

—Tiene para pasto un vino del Priorato de padre y muy señor mío el amigo Crispín, que ya veréis; y para sobre comida un sorrento, que no lo bebe mejor el Papa, sino se va á mi casa á beberlo; porque como yo he andado por diversas partes del mundo, conozco bien la variedad de géneros que se necesitan para servir una mesa como Dios manda, y no me duele el bolsillo; es verdad que llevo caro, pero como ha de ser; no es posible que las cosas sean baratas y buenas; veamos, entre vuesa merced, señor estudiante; ya estamos en las Armas imperiales; ya veréis qué bien se nos trata.

Y se entró dentro y empezó á dar voces.

—¡Aquí, Crispín Salmón! ¡Crispín Salmón! aquí, so pena de excomunión mayor y una vuelta de cintarazos que te quieras chupar los dedos y no te los encuentres.

Acudió un doméstico de la taberna.

—¡Hola! ¿Qué es esto, señor Antón Gabilán, venís á hacernos gasto?—dijo el mozo—¿qué queréis que os sirva?

—Al amo, en seguida, en seguida; mira, dile que si no viene pronto, entro, le busco, le ensarto, le aso y me le como: una habitación aparte, muchacho.

—Al instante, señor Antón Gabilán—dijo el mozo abriendo una puerta—: entrad con vuestro amigo, voy á buscar al amo; vendrá, pero no le entretengáis mucho, porque tiene entre manos una comida de boda, que le ha encargado un hidalgo de los que más gasto hacen en su casa; don Sebastián de Arizaga, ya le conocéis, un vizcaíno perdonavidas.

—¡Calla! ¿y con quién se casa ese tunante?—dijo Gabilán.

—¡Pues ahí no es nada! con la hembra más rica y más hermosa del mundo; con doña Clara de Sástago, hija del conde de la Membrilla.

—En cuanto á eso de que doña Clara de Sástago sea la más hermosa del mundo y la más rica, lo dices tú, animal—dijo Gabilán—; sin más andar, ahí está doña Magdalena de Córdoba y de Valor, dama de la emperatriz, que vale por hermosa y por rica, así como cien veces más que doña Clara.

Gabilán notó que el estudiante se impacientaba.

—Eso va en gustos—dijo el mozo—; pero voy, voy á avisar al amo.

—¡Bah! qué comparación hay—dijo Gabilán cuando el mozo se hubo ido—, entre doña Magdalena y doña Clara; vos que como mancebo debéis ser aficionado á las buenas hembras, me daréis la razón: ¿cual os parece mejor de las dos damas, doña Clara ó doña Magdalena?

—Cuando las conozca os lo podré decir—dijo aumentando en impaciencia doña Leonor.

—¡Cómo! ¿no conocéis vos á esas señoras? Las dos son damas de la emperatriz, y las conoce todo el mundo en Sevilla.

—Pero advertid, señor Gabilán, que sólo hace tres días que estoy en Sevilla, y que es la primera vez que vengo á ella.

—¡Ah, es verdad!—dijo Gabilán—; sólo de ese modo se puede entender que no conozcáis á esas dos hermosuras.

—Aquí estoy todo entero—dijo presentándose á la puerta un hombre obeso y alegre que se acercó á Gabilán y le dió la mano apretándola fuertemente—¿á qué diablos vienes á mi casa, dejando abandonada la tuya, Antón?

—¡Qué quieres! he salido á enseñar la ciudad á este joven hidalgo que es mi huésped, y al salir de la catedral le he dicho: voy á llevaros á almorzar á casa de un amigo mío, donde se da de comer tan bien como en mi casa.

—Muchas gracias, Antón—dijo el señor Crispín—, y para que este señor estudiante no tenga que desmentirte, voy á mandar que traigan una sopa de galápagos que yo he inventado, y que es riquísima; una empanada de hidalgo, unas codornices á la imperial, y una ensalada de salmón.

—Por de contado con vino del Priorato—dijo Gabilán.

—Se entiende—contestó Crispín—; hay ciertos manjares que no pueden comerse sino con ciertos vinos; esto es lo que entendemos tú y yo, y lo que no entienden todos; pero me voy, no puedo detenerme; estoy sumamente comprometido, tengo comida de bodas.

—Si, sí, ya sé que se casa doña Clara de Sástago.

—¡Y con quién se casa!—dijo Crispín suspirando—con un cualquiera, con un buscavidas, con un bribón que tuvo la culpa de que muriese la pobre hija del marqués del Arrumblar; pero va á haber algo, Antón: yo mismo, cuando iba á esta mañana á la Encarnación á hacer la compra, he visto entrar en su casa, en la calle de Regina, á don Luis del Espino.

—¿Pues no estaba el comendador en la Caridad, Crispín?

—Allí estaba, es cierto; pero ya no está: iba con espada, capa y birrete, galán y altivo como antes de meterse en el hospital; y haber salido don Miguel el mismo día en que se casa don Sebastián, me da muy mala espina; por lo mismo, esta mañana, á pretexto de que andaba alcanzadillo, he ido á pedirle adelantado el dinero de la comida, no sea que me le maten y me quede sin cobrar.

—¿Y te lo ha dado?

—Si no me lo hubiera dado, hubiera tenido que encargár á otra parte la comida.

—¡Conque tiene dinero don Sebastián!

—¡Ya lo creo! el que le da doña Clara de Sástago, que está loca por él.

—¿Y qué dirá á esto la emperatriz? porque al fin y al cabo, doña Clara es dama suya, y casa mal casándose con un perdido; ¡si fuera como doña Magdalena de Córdoba!

—¡Calla! ¿se casa también doña Magdalena?

—¡Ya lo creo! y bien casada; nada menos que con su excelencia el capitán general de la guardia española, gentilhombre del emperador, marqués de Marana, y grande de España.

—No conozco á ese señor—dijo Crispín.

—¡Vaya si le conoces!—respondió Gabilán, que había notado que doña Leonor oía todo aquello con la mayor indiferencia—; pues si no conoces otra cosa, Crispín.

—Te digo que no le conozco.

—Vaya, pues el señor de Marana, no es otro que don Juan Tenorio.

Gabilán que estaba atento, aunque disimulando su atención, vió que el estudiante se ponía pálido como un muerto.

—¿Pero no decían—exclamó Crispín—que don Juan Tenorio se había metido fraile?

—¡Bah! ¡bah! don Juan Tenorio llegó anoche á Sevilla, ha buscado más enamorado que nunca á doña Magdalena, y se casan, Crispín, se casan, y muy pronto; pero anda, anda, vete á la cocina, y envíanos el almuerzo.

Crispín salió.

—¿Quién os ha dicho que don Juan Tenorio se casa con doña Magdalena de Córdoba?—dijo doña Leonor.

—Y vamos claros, señor estudiante, ¿y qué os importa á vos que don Juan Tenorio se case ó no se case?

—Tenéis razón; nada—dijo doña Leonor procurando disimular su inquietud y contener el temblor que la agitaba sin conseguirlo—; absolutamente nada; pero he oído hablar tanto de él, que naturalmente se me ha excitado la curiosidad.

—Dejad, dejad que nos cubran la mesa—dijo Gabilán viendo á un mozo que se acercaba con una gran bandeja, sobre la cual venía un servicio—, y yo os diré todo lo que queráis acerca de don Juan.

La mesa estuvo muy pronto cubierta, y servida sobre ella una tartera llena de una aromática sopa.

—Veamos esta sustancia de galápagos inventada por mi amigo Crispín, para introducirla yo en mi hostería, si merece esta honra; tomad y comed bien, porque debéis tener buen apetito.

Y Gabilán sirvió el plato á doña Leonor, que á cada momento estaba más conmovida.

Gabilán se sirvió, y probó la sopa como un cocinero prueba un manjar que no conoce.

—Viva mi amigo Crispín—exclamó—; esta sopa

es un verdadero plato de fraile cartujo; ¡exquisito! ¡exquisitísimo! Crispín se negará á decirme cómo se hace, pero ya lo sé, y aun me propongo mejorarla; un poco de canela y de jengibre harán este plato digno del emperador; sustituiré á la sopa de pan el buen macarrón, le coceré al horno, y tendremos el macarrón de galápagos; este plato se servirá con preferencia en la comida de boda de don Juan.

Doña Leonor dejó de comer.

—¿Estáis malo, señor estudiante?—dijo socarronamente Gabilán.

—No contestó sonriendo penosamente doña Leonor—; la verdad es, que he almorzado muy bien y no tengo apetito.

—Pues lo que es hoy, no habéis podido almorzar muy bien en mi casa, señor Gonzalo.

—Es que... perdonad, señor Antón Gabilán, pero ya no estoy en vuestra casa—dijo doña Leonor repitiendo su sonrisa.

—¡Ah, diablo! ¡me habéis abandonado!

—¿Y quién permanece en una hostería donde no hay qué comer?

—Tenéis razón; pero debíais haber considerado que esto no ha sido más que un accidente, una cosa pasajera; lo único que siento, es que no habréis encontrado tan buen hospedaje como en la Sardina Verde.

—Os equivocáis, señor Antón Gabilán; el almuerzo que me han servido en la Rosa Andaluza ha sido excelente.

—Vamos, pues si estáis en la Rosa Andaluza no estáis del todo mal, y vais á estar mejor, porque yo os recomendaré al dueño de esa hostería que también es mi amigo; pero probad de estas codornices, señor Gonzalo, que están rellenas de pasta de ángel, y dicen comedme: pues no, que este pastel de hígado es de despreciar, y esa ensalada de salmón y esas confituras; ayudad al apetito con estas ricas alcaparras y estas aceitunas, y sobre todo, echaos al colete un buen vaso de el del Priorato; imitadme.

Y Gabilán se tiró al cuerpo un vaso de á cuartillo.

Hay que advertir, que Gabilán podía beberse impunemente una bodega.

Doña Leonor probó apenas el vino.

—¿Cómo es eso? ¿despreciáis este néctar?

—Estoy un poco malo, señor Gabilán.

—En efecto, estáis muy pálido, y esto es ya distinto; he comido no todo lo que quería, pero sí lo que me basta, y voy á llevaros á la Rosa Andaluza.

—Sí, me haréis un favor; no sé en lo que consiste, pero se me va la cabeza.

—Pues vamos, vamos al momento, señor Gonzalo—dijo Gabilán levantándose.

—Llamad para pagar el gasto.

—¡Ca! entre sastres no corren hechuras; ¡pues estaría bien que un hostelero cobrase á otro hostelero! Ya está pagado.

—Sea como vos queráis—dijo doña Leonor poniéndose de pie.

Pero vaciló, y tuvo que apoyarse en la mesa.

—Vamos, asíos á mi brazo, y andando.

—No, no, gracias—dijo doña Leonor—; esto pasa; no hay para qué me agarre; ya veréis como ando bien.

Y echó á andar.

—Mujer y muy mujer—dijo Gabilán que marchaba detrás, para sí—: se ha puesto mala cuando ha sabido que don Juan se casa, y no ha querido asirse á mi brazo; ¡ya! si se agarra en seguida me dice á mí el codo lo que ya no necesito que me diga; pues bien, nos prevendremos y avisaremos á don Juan, porque esto me parece grave; ¡y vaya si es hermosa! como prenda de mi amo.

Cuando Gabilán acabó su monólogo, ya doña Leonor estaba fuera de la taberna de las Armas Imperiales.

—Dejadme que os guíe, que vos no sabéis por Sevilla—dijo Gabilán—, y hay tal tirada desde aquí á la Encarnación, y son tan intrincadas las calles, que os perderíais si fuéis solo.

Y Gabilán echó un poco delante.

Desde entonces hasta que llegaron á la calle de Dados y á la hostería de la Rosa Andaluza no hablaron una palabra.

Gabilán dejó en su cuarto á doña Leonor.

—Gracias, amigo mío—le dijo ésta—; sois muy bueno, y ya me pesa haber salido de vuestra casa: quedamos amigos, ¿no es verdad?

—¡Oh! ¡amiguísimos!—respondió Gabilán.

—Pues quedad con Dios; estoy verdaderamente malo, y voy á recogerme; ya os buscaré.

—Pues adiós, don Gonzalo; aliviaos, y hasta cuando queráis.

Doña Leonor cerró la puerta.

Gabilán se apejó lentamente de ella.

—¡Oh! — dijo — no se nos perderá, y don Juan sabrá quién es.

Y bajando las escaleras, dijo á un hombre que iba á subir por ellas:

—Harto ahí, Villagarcía.

—Harto aquí, Gabilán: ¿qué ocurre? — dijo el otro.

—Poca cosa: se ha venido de mi hostería á la tuya una persona que me interesa mucho.

—¿Un estudiante con un escudero?

—Sí.

—¿Te debe algo?

—No.

—¿Y entonces qué te importa á ti ese estudiante?

—Lo que á ti nada te importa saber; pero oye: se necesita que ese estudiante no se pierda.

—A la fuerza anda en ello alguna dama—dijo Villagarcía—, porque el estudiantejo es hermoso con ganas.

—Puede ser que la persona que por ese estudiante se interesa sea muy rica, muy generosa para dar, pero que también quiera dar algo que no se quisiera recibir.

Y Gabilán marcó con el dedo una estocada.

—Y bien, dime lo que hay que hacer—dijo Villagarcía.

—Que ese mozo no se pierda; que haya siempre una persona que vaya detrás de él; que se sepa lo que hace, y que se adivine lo que piense: dinero habrá por largo.

—¿Y adónde ha de avisarse si ocurre alguna novedad?

—A casa de don Juan Tenorio, donde yo vivo desde hoy.

—¿Y la hostería?

—La vendo.

—Pues si te pones en razón, te la compro.

—Ya hablaremos de eso; pero adiós, que estoy de prisa, hasta otra ocasión, y cuidado, mucho cuidado con el estudiante.

Gabilán salió, y se fué derecho á la casa de don Juan.

Tenorio estaba en la cama.

Se había acostado con fiebre, y la fiebre, que no había cedido del todo, le retenía en el lecho.

—¿Has llevado mi mensaje al alcázar?—dijo— ¿has anunciado al chambelán de servicio que yo no puedo presentarme al emperador, porque estoy enfermo?

—Sí señor. ¿Y cómo tenéis la cabeza? ¿Se os puede hablar?

—Aquí en el lecho estoy bien; pero he querido alzar me, y he sentido cierta vaguedad, cierto malestar, que me han obligado á acostarme de nuevo: ¿sucede algo?

Gabilán contó á su amo lo que le había ocurrido con doña Leonor, y se la describió parte por parte.

—¡Doña Leonor de Sese!—dijo Tenorio, que reconoció á la joven por la descripción que de ella le había hecho Gabilán—¡Doña Leonor de Sese! ¿Cómo ha venido esa mujer á Sevilla? Es necesario no perderla de vista, Gabilán: esa mujer se ha puesto á mi paso en Lisboa, y me ha obligado á salir de ella: que sepa yo siempre dónde está esa mujer.

—Ya he tomado mis precauciones, señor, y no se la perderá de vista—dijo Gabilán.

—Nada temo por mí; pero lo temo todo por ella, por Magdalena. ¡Oh, Gabilán, qué hermosa está! ¡qué poder tiene sobre mí! es mi primer amor; nunca la he olvidado.

—Mirad, señor, que vuestros amores con doña Magdalena os salieron muy mal: cuenta no os suceda en Sevilla lo que os sucedió en Madrid; es decir, que paséis un año en donde nadie sepa que estáis, ó cosa peor.

—No, Gabilán, decididamente me retiro; me caso, me pego al emperador, y voy con él adonde me lleve: se acabaron las aventuras, los devaneos: dentro de poco tendré hijos, porque creo que si me caso los tendré, y será otra cosa.

—Se echan muy buenas cuentas, señor; vos no pensáis en que lo pasado se vuelve contra los hombres como una serpiente: habéis empeñado prendas, y tenéis que ateneros á lo que resulte; condición y figura hasta la sepultura: si vos pudierais dominaros y pensar á sangre fría lo que os conviene, tal vez aun sería tiempo; pero como el peor enemigo que tenéis sois vos mismo, las cosas continuarán de la misma manera, con la diferencia de que vuestras aventuras os harán más daño si os casáis.

—Estoy decidido: ¿has estado en casa de doña Magdalena?

—Si señor antes de ir al alcázar: se puso muy pálida cuando la dije que estabais enfermo; y cuando añadí que lo estabais por su causa, se sonrió como un ángel: ¡oh, y cuánto os ama doña Magdalena, señor!

—¿Y nada te dijo para mí?

—Sí; me dijo que vendría á veros.

—¡Á verme! eso no puede ser: yo soy un hombre soltero; esto sería un escándalo.

—Las mujeres, cuando se enamoran, no piensan en nada.

—Puede encontrarse aquí con doña Gabriela; con doña Gabriela, que quiere también estar al lado de mi lecho, y á la que José apenas puede contener.

—¿Y qué pensáis hacer de doña Gabriela, señor?

—He aquí una cosa que no sé, Gabilán: es una mujer que me sobra, y á la que, por más que hago, no encuentro manera de colocar, como la emperatriz no me ayude: y es tan rígida en estas materias su majestad...

—Desesperadla, y que se meta monja.

—Eso no es posible, Gabilán; doña Gabriela no tiene vocación al claustro.

—Pues hacéis un viaje á Cádiz ó al Puerto, os metéis en un barco con ella, pretextando un viaje á Inglaterra ó al infierno, pagáis para que, durante la noche y mientras ella duerme, os dejen en la costa, el barco sigue su viaje, se encuentra sin vos, la desembarcan en tierra extraña, y pueden sobrevenirle aventuras que la impidan volver.

—Yo no puedo hacer bajezas, Gabilán.

—¿Sería acaso la primera mujer que habéis abandonado?

—Nunca, Gabilán, nunca: lo que me ha separado de las mujeres no ha sido mi voluntad, sino los sucesos.

—Pues entonces, dejad que los sucesos os separen de doña Gabriela.

Oyóse entonces de repente una agria riña en la antecámara de don Juan.

Poco después una mujer entró seguida de José. Era Gabriela.

creer que soy vuestra esposa, y ha pretendido impedirme que entre á veros, cuando sé que estáis enfermo.

—Yo no tengo la culpa, señor—dijo José—; tiene más fuerza que yo, y esto ha sido un verdadero atropello.

—Dejadnos solos—dijo don Juan,

Antón y José saheron.

Gabriela y don Juan quedaron solos.

XX

Gabriela se acercó anhelante, cuidadosa, enamorada, al lecho de don Juan.

—¿Qué tenéis, señor?—dijo—¿Por qué no me habéis llamado? Yo os hubiera cuidado mejor, mucho mejor que esos bribones que os sirven: ¡oh! han tenido atrevimiento para decirme que no se os podía ver; á mí, que os adoro, á mí que soy capaz de dar mi vida por vos.

—Señora infanta doña Gabriela de Portugal—dijo Tenorio sombríamente serio—: sentaos; vamos á tener una explicación muy grave.

—Señor don Juan Tenorio—dijo con acento frío Gabriela—: ¿qué me digisteis la primera vez que entrasteis en la tienda de Lope Pereira, en ocasión en que yo estaba sola en ella? Me digisteis:—De aquí se puede sacar por mucho ó poco dinero una joya; pero ¿qué habrá que hacer para teneros á vos?

Aquel día no os contesté, don Juan, porque me causaron tal angustia, tal impresión vuestra vista y vuestras palabras, que apenas si os hablé.

Pero pocos días después os dije:

—Lo que se necesita para tenerme, es amarme.

Vos me digisteis:—Yo os amo.

Pasaron muchos días y yo me creí amada por vos.

Llegó en fin una noche en que yo estaba sola en la casa: llamasteis, respondí, pretendisteis entrar, yo no tenía llave, y como no podíais entrar por la puerta, entrasteis por la ventana. ¿Qué me digisteis antes de que yo consintiese en ser vuestra? ¿No lo recordáis, don Juan?

—No te abandonaré nunca—os dije—; por tí haré cuanto sea necesario hacer.

—¿Me lo juráis, señor—os dije—, por el alma de vuestra madre?

—Sí — me contestasteis —; jamás te abandonaré.

Entonces yo no fui ya mía; ¡fui vuestra, don Juan! vuestra con toda la alegría de mi alma; vuestra, con todo mi deseo, con toda mi vida; y fui feliz porque soñé; porque creí que cumpliríais vuestro juramento; que no me abandonaríais jamás.

—¿Os he abandonado acaso? — contestó don Juan, ya harto impaciente.

—Tenéis los criados más insolentes del mundo, don Juan—dijo la niña—: este viejo no quiere

—Sí don Juan, sí; porque habéis dejado de amarme; porque para vos, desde que salimos de la casa de Lope Pereira, soy una extraña á quien se ampara por generosidad, no una mujer á quien se ama; no me habéis amado nunca: fué que encontrasteis delante de vos una niña pura é inocente, y no quisisteis pasar dejándola su inocencia y su pureza; y no hablo del corazón, don Juan, porque ¿para qué habla una mujer de su corazón á un hombre que no la ama? no; pero os hablaré de vuestro deber, os reclamaré mi honor, os lo reclamaré siempre: no tenéis el pretexto de decir: sois una pobre muchacha cuyos padres no se conocen; la criada de un platero; yo no puedo unirme á vos; no sois mi igual: no, no podéis decirme eso, don Juan; porque yo, aunque bastarda, soy hija y hermana de rey; no me digáis tampoco que no me podéis pagar con vuestra mano lo que me debéis, porque soy más que vos.

—Más que yo no es nadie—dijo don Juan, á quien incomodaba demasiado la pretensión de Gabriela.

—Pues bien: en todo caso—dijo ésta con altivez—, seremos iguales: ¿queréis ser mi esposo sí ó no, señor don Juan Tenorio.

—Sentáos, señora, sentáos—dijo don Juan—: lo que vais á oír será tal vez demasiado duro; pero es necesario que lo oigáis.

—Hablad—dijo Gabriela sentándose á cierta distancia del lecho.

Don Juan vaciló; lo que quería decir que necesitaba hacer un grande esfuerzo para hablar de una manera franca con Gabriela.

—¿Qué, dudáis, don Juan?—exclamó la joven—: ¿tan terrible es lo que tenéis que decirme que os espanta á vos, á quien nada espanta?

—Vos me obligáis, señora.

—Escucho, escucho con impaciencia.

—Yo no os he amado nunca.

Gabriela quiso hablar y no pudo: su semblante se contrajo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

La declaración que me obligáis á hacer, señora, es para mí tan violenta, cuanto dolorosa puede ser para vos; pero las circunstancias en que me encuentro me obligan á fijar la situación en que definitivamente debemos colocarnos: á más de eso, me habláis de deberes y voy á probaros que yo, respecto á vos, no he faltado á mi deber.

—Seguid, caballero, seguid—dijo haciendo un esfuerzo Gabriela—, lo que me digáis ya, no puede ser más doloroso que lo que me habéis dicho: yo sabía que no me amábais, pero no sabía cuán terrible era escucharlo de vuestros labios; seguid, no temáis ya nada, estoy preparada á todo.

—¿No seré, mejor, señora, que consintieseis

en vivir en vuestra casa, con una servidumbre digna de vos, presentada á la emperatriz mi señora, declarada por la mediación del emperador, infanta de Portugal, por vuestro hermano el rey don Juan III?

—¡No!—dijo Gabriela con energía—; hablad disculpáos; porque de no, seguiré acusándoos de que faltáis á vuestro deber, á vuestra honra, negándoos á ser mi esposo.

—Pues bien—dijo don Juan creciendo en impaciencia—; voy á probaros que no necesito ser vuestro esposo, para cumplir, respecto á vos, con mi honor y con mi deber.

—Deseo con ansia que os expliquéis.

—La primera vez que yo os hablé—dijo don Juan resuelto á decirlo todo, aunque se le rompiese el corazón á Gabriela—, no os hablé por vos misma; os hablé por acercarme á otra mujer.

—¿Qué mujer es esa?

—Vuestra sobrina doña Isabel de Portugal.

—¿A quién amáis?

—A quien amaba ayer; á quien creía ayer una mitad mía; el complemento de mi ser.

—Y esa pobre señora ¿ha caído también en desgracia vuestra don Juan?

—No me preguntéis, no pretendáis que yo os responda, porque yo no puedo responderme á mismo; porque estoy loco, poseído por un poder superior á mi razón; porque he encontrado á una mujer por quien latió por primera vez mi corazón; porque no me pertenezco, Gabriela; porque ni quiero apartarme de esa mujer, ni aunque quisiera podría apartarme: ¿sufiris con esto? No me importa; porque nada me importa en el mundo mas que ella: ¿me amáis? Olvidadme.

—¡Bien, don Juan! Pero aun no me habéis probado que obrando como obráis conmigo, no habéis faltado á vuestro deber.

—¿Por qué obligarme, Gabriela, á decir lo que es para mí más difícil que embestir espada en mano á un ejército entero?

—Nada temáis, después de haberme dicho, no te amo; todo lo demás importa poco.

—Me estáis haciendo sufrir.

—Suframos, pues: nunca sufriréis tanto como sufro yo.

—Nunca he rogado á nadie; por la primera vez de mi vida os ruego que no me preguntéis más: acusadme; maldicidme, pedid contra mí venganza al cielo; pero no hablemos; más: estoy decidido á casarme con la mujer á quien amo, ¿lo entendéis? ¿A qué más?

—¡No os casaréis, vive Dios—dijo Gabriela—, mientras no me probéis que podéis casaros!

—¿Cómo! ¿creéis que yo no soy libre?

—¡No, mientras yo viva!

—¿Os prometí yo casarme con vos?

—Sí.

—¡No! os dije que no os abandonaría jamás.

—No abandonar á una mujer, es darla todo lo que la corresponde: yo lo entendí así, por-

que así debía entenderlo, y al ser vuestra, fui le mi esposo, ante Dios y mi conciencia; de otro modo, don Juan, ni vuestra hermosura, ni vuestra audacia, ni ese poder infernal que os ha dado Satanás, hubieran sido bastantes para que yo me hiciese vuestra; ¡no! el que abandona á una mujer pura, que dejó de serlo fiando en su corazón y en su conciencia, es un ladrón: volvedme lo que me habéis robado, la honra, el corazón, el alma; reponedme en el estado en que yo estaba antes de la noche en que entrasteis en mi aposento, y yo saldré de esta casa amándoos, pero sin oponerme á vuestras bodas: ¡ah! ¿con qué mujeres habéis tratado, don Juan, que así tratáis á la mujer? ó ¿qué entendéis por honor, que así al desgarrar el ajeno, desgarráis el vuestro y le urrojáis al fango?

—Hablaís de mi audacia—dijo don Juan, coneniéndose á duras penas—, y os atrevéis á decirme lo que nadie en el mundo se ha atrevido á hacerme escuchar.

—¿Qué importa? ¿creéis que quien ha tenido valor para sufrir la herida del alma, no tendrá valor para sufrir la herida del cuerpo? ¿No oís que os amo, que os amo; que vuestro desamor es mi muerte, y que desamada por vos, nada hay que me espante, nada que yo no acometa?

Y Gabriela se levantó, se acercó al lecho y asió una mano de don Juan.

—Sois mi esposo—dijo—, ¡mi esposo! ¿lo entendéis? No me apartaré de vos: para libraros de mí tendréis que matarme; adonde vayáis iré yo; os perseguiré; diré al emperador, á la emperatriz: Yo soy vuestra hermana; un hombre me ha deshonrado, me ha burlado; no le obliguéis, no le matéis, porque yo no quiero que muera, pero deshonradle, quitadle todos sus honores, declaradle villano ante la faz del mundo, porque el que engaña á una mujer, y la deshona, y desgarrá su corazón, no puede, no debe llamarse caballero: ¿lo oyes don Juan? eres mío; la emperatriz es mi hermana; ella te obligará á humillar la soberbia cabeza, y yo estaré vengada, porque tu rabia al ser vencido por quien es más poderoso que tú, será igual á mi desesperación; ¡porque tú no me amas!

Y á pesar de los esfuerzos de don Juan por retirar su mano, Gabriela la asía con las suyas, y la retenía con la fuerza que la daba la locura de su dolor.

A don Juan le quemaban las manos de Gabriela como si hubieran sido de hierro candente.

—¡Ah!—exclamó—; ¿y cómo vas á probar que eres hija del rey don Manuel?

En aquel momento don Juan se acordó que había dejado las pruebas del nacimiento de Gabriela en poder del emperador; de que Gabriela tenía sobre sí las señales marcadas en aquellas pruebas.

—¡No!—exclamó Gabriela—; vos no sois tan

infame que destruyáis el nombre de una mujer; no: vos me daréis esos papeles; son míos: arrebatármelos, destruirlos, sería ser el más infame de los ladrones; Dios os castigaría: ¡dadme esos papeles!

—No los tengo—dijo don Juan.

—¡Que no los tenéis!

—No; los tiene el emperador.

—¡Mentira! es un pretexto de que os valéis para negarme esos papeles.

—Juro por mi nombre que esos papeles los tiene su majestad.

—¿Sí? pues lo veremos, lo veremos; y si es cierto, don Juan, contad con que doña Gabriela de Portugal se quedará junto á su hermana la emperatriz, y os hará la guerra desde las gradas del trono.

Y Gabriela salió, y antes de llegar á la puerta rompió á llorar.

Don Juan se quedó aturdido.

Lo que le acontecía era lo más natural del mundo.

Se había enredado de tal modo, que no encontraba medio para desenredarse.

Doña Leonor de Sese, Gabriela, Isabel, Magdalena, eran cuatro manos crispadas que asían su corazón y le desgarraban, procurando apoderarse de él.

Un infame hubiera apelado al crimen para librarse de aquellas complicaciones; pero don Juan no podía producir el crimen por voluntad propia: todo el mal que había causado provenía de su terrible destino, de su terrible corazón, que era más poderoso que su cabeza.

Don Juan acabó al fin, como siempre, por afrontar la situación, por desafiarla, por soñar la carcajada.

—Y bien—dijo—: el último paso del ser humano, es la muerte; más allá de la tumba no hay nada; ¿por qué he de tener yo miedo? suceda lo que quiera, estoy pronto; y si el emperador se vuelve contra mí, mejor; ¡o que la lucha tendrá grandeza.

En aquel momento entró José, y dijo todo sofocado, á don Juan:

—Señor, la dama con quien vinisteis anoche, doña Gabriela, me ha mandado terminantemente, con la misma energía con que pudiérais haberlo mandado vos, que se disponga una carroza mientras la visten las doncellas que han venido para servirla, y que le acompañen escuderos á caballo.

—¿Y bien? hazlo, mi buen José.

—Pero señor, esa dama no tiene traje conveniente para ir en una carroza de corte.

—Eso es cuenta suya, José.

—Si no tiene más que un hábito, que la

sienta muy bien, eso sí, y una toquilla blanca, que la cae á las mil maravillas, y un manto de jerga.

—Creerán que tiene hecho voto, mi buen José.

—Pero señor, si la carroza que tenemos en buen uso es la dorada, la de los grandes días, y es tan pesado ese mueble, que se necesita para tirar de él seis caballos, y será menester ponerles penachos, y yo no me acuerdo dónde están los penachos.

—Búscalos.

—Es decir, que vucencia autoriza.

—Mira, déjame en paz, y obedece lo que te mande doña Gabriela.

—Bien, señor, bien; yo no digo nada; ¿pero adónde, señor, adónde querrá ir en carroza esa bendida señora?—murmuró José, saliendo del cuarto de su amo.

—Este se volvió del otro lado, y se puso á pensar en Magdalena con su alma entera.

XXI

Aun no eran las doce del día cuando los centinelas de la puerta exterior del alcázar vieron asomar por gradas dos palafreneros á caballo con libreas rojas, con bordaduras de oro, que venían al trote.

Los caballos no podían ser mejores, ni más lujosas las libreas.

Los centinelas supusieron que se les echaba encima un grande de España, y llamaron á la guardia para hacerle los honores.

Poco después asomó una magnífica carroza tirada por seis caballos, llevando sobre sí un palafrenero los tres de la izquierda.

Detrás venían hasta diez lacayos.

Los palafreneros, el coche y los diez lacayos pasaron al trote por la gran puerta exterior y la guardia saludó á una dama que iba dentro de la carroza, como hubiera saludado á un grande.

Esta comitiva, después de atravesar la plaza de Armas, se detuvo delante del vestibulo del alcázar.

—Echóse de la delantera un lacayo, abrió la portezuela, y salió de la carroza Gabriela con manto, tocas y hábito.

Cuatro lacayos, que habían hechado pie á tierra, la acompañaron en el interior.

Al llegar á la antecámara de embajadores, el chambelán de servicio adelantó hacia Gabriela.

La antecámara estaba llena de prelados, de dignatarios y de caballeros, que esperaban la audiencia del emperador.

—¿A quién buscáis, señora?—dijo el chambelán.

—Decid á su majestad el emperador—dijo Gabriela en portugués, con algunas palabras cas-

tellanas—, que una infanta de Portugal, parienta suya, le pide licencia para besarle las manos.

Se levantó un murmullo sordo de admiración entre los que había en la antecámara, que habían oído perfectamente las palabras de Gabriela.

—¿Dice vucencia que es infanta de Portugal?—preguntó el chambelán.

—Eso digo—contestó con altivez la joven—. Doña Gabriela de Portugal, hija del rey don Manuel y hermana del rey don Juan.

—Pase, pase vucencia á la cámara—dijo el chambelán.

Y adelantó, levantó la cortina y dijo:

—Su excelencia la señora infanta de Portugal, doña Gabriela.

Gabriela pasó.

El emperador, que estaba despachando con el secretario Cobos, oyó aquellas palabras, levantó la vista, vió á Gabriela, y dijo, al secretario:

—Francisco, vete; ya te llamaré.

El secretario salió.

Gabriela adelantó y se arrodilló delante del emperador.

Don Carlos la asió las manos y la levantó. La contempló profundamente y la dijo:

—No tenéis los ojos de loca y debéis serlo.

—¿Por qué, señor?—dijo Gabriela mirando profundamente al emperador.

—Os habéis hecho anunciar en mi cámara como infanta de Portugal.

—O miente un hombre que blasona de caballero, ó vuestra majestad tiene la prueba de quién soy yo.

—No os entiendo—dijo el emperador.

—¿No os ha dado don Juan Tenorio unos papeles?

—¡Más valiera que se hubiera quedado para siempre en el convento el buen don Juan!—contestó nublando el gesto el emperador.

—No tengo yo la culpa—dijo Gabriela—, de ser hija del rey don Manuel.

—Vamos, vamos, hermana, yo no he dicho eso; lo que digo es, que quisiera que os hubierais presentado de otro modo y con menos ruido.

—¿Es cierto, pues, que don Juan ha entregado esos papeles á vuestra majestad?

—Sí.

—¡Ah!—dijo Gabriela sonriendo, con una expresión bellísima de consuelo—, él podrá ser terrible, pero no es miserable, no; no me ha engañado. Y ¿conserva vuestra majestad esos papeles?

—No; los tiene la emperatriz; ya se había pensado en vos; y si su enfermedad no hubiera impedido venir á presentarse al marqués de Marana, ya se hubiera resuelto.

—Perdonad, señor; pero ¿quién es el marqués de Marana?

—Don Juan Tenorio.

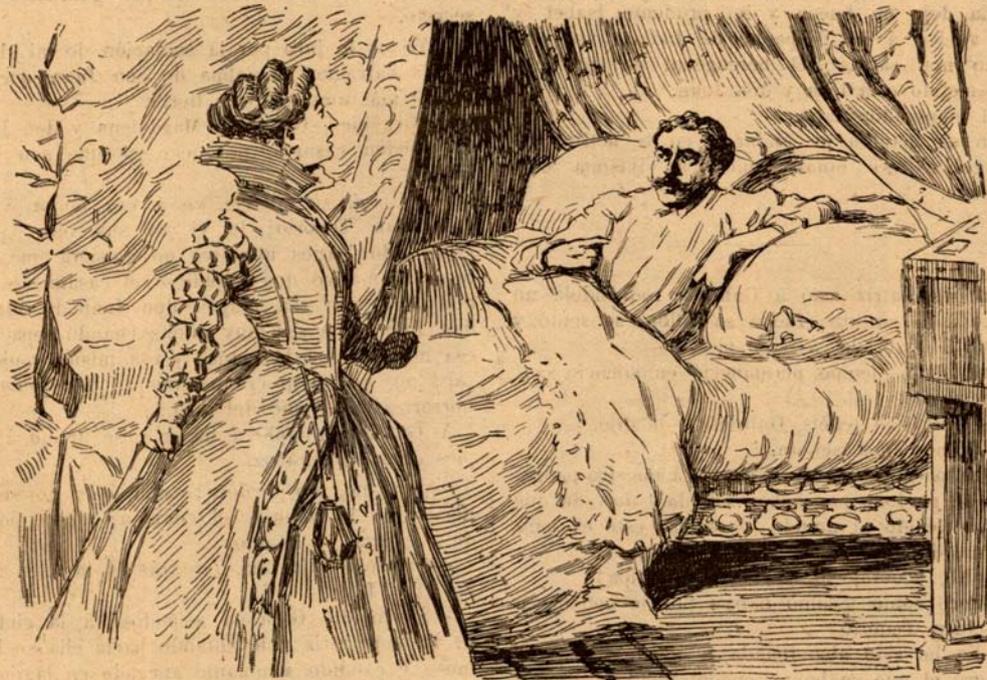
—¡Ah!

—Venid.

Y el emperador asió de una mano á Gabriela, y la llevó á la cámara de la emperatriz.

Doña Isabel estaba acompañada de su dama favorita Magdalena.

Esta se alzó del cojín en que estaba sentada al ver al emperador; se inclinó profundamente y lanzó una mirada involuntaria y profunda á Gabriela.



¡No os casaréis, vive Dios!—dijo Gabriela (pág. 70.)

Gabriela á su vez miró á Magdalena, palideció, retrocedió y lanzó un grito.

—¡Ah!—exclamó ignorante de la etiqueta—; esa mujer es parienta de don Juan Tenorio!

—Soy su prometida—dijo Magdalena, olvidándose de la etiqueta por un impulso instintivo—; pero inmediatamente añadió:—perdonad, señor, perdonad, señora; pero ha pasado por mí un vértigo horrible.

—Retiraos, retiraos, doña Magdalena.

Magdalena se inclinó, lanzó una mirada de amenaza á Gabriela, que tenía fija en ella una mirada de odio, y salió.

Gabriela se quedó dominada por un temblor violento.

—Ciertamente suceden cosas muy extrañas—

dijo el emperador—: don Juan Tenorio empieza á hacérsenos difícil; he aquí, señora—añadió dirigiéndose á la emperatriz—, una parienta nuestra que se nos viene encima como llovida.

—¿Acaso es esa la dama cuyo nacimiento se prueba en los papeles que á vuestra majestad entregó don Juan Tenorio, y que vuestra majestad me ha entregado á mí?—dijo la emperatriz palideciendo levemente, mirando de una manera intensa, pero dulce, á Gabriela.

—Sí—contestó el emperador, acentuando fuertemente aquel sí.

La emperatriz se levantó y asió las manos de Gabriela.

Estaba profundamente conmovida.

Por su parte, Gabriela la miraba de hito en hito, y gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Qué hermosa y qué noble sois, señora!—dijo Gabriela obedeciendo á su corazón y á su sencillez.

—¿Tenéis—dijo de una manera ardiente la emperatriz—, un lunar rojo en un hombro, y otro lunar rojo en un brazo?

—Sí, si señora—contestó Gabriela.

—¿Y á qué es preguntar?—dijo la emperatriz que miraba profundamente á Gabriela—; estoy viendo la mirada, el semblante de mi padre el rey don Manuel.

Y tras estas palabras atrajo á sí á Gabriela, la abrazó y la besó en la boca.

—¡Ah, don Juan!—exclamó con acento de triun-

to Gabriela, confestando con un beso al beso de la emperatriz.

—Esta separó de sí á Gabriela y la miró con más ternura.

—Por lo que veo—dijo el emperador—, vos no tenéis duda alguna, Isabel, ¿no es verdad?

—Ninguna, amigo mío, ninguna; es mi hermana.

—Pues bien; infanta doña Gabriela, venid y abrazadme.

—¡Ah, señor!—dijo Gabriela arrojándose en los brazos del emperador que la besó en la frente.

—Sin embargo—dijo don Carlos—, será prudente que hasta que se vea lo que conviene hacer seáis nuestra hermana en secreto; ahí os la dejo mi buena y mi prudente Isabel, y me vuelvo á mi despacho de Indias; ved vos como nos sacáis del berengenal en que nos han metido esta loca y don Juan.

El emperador salió.

En su manera de andar y en la actitud de su cabeza, se notaba que iba vivísima contrariado.

La emperatriz asió á Gabriela rodeándola un brazo á la cintura; fué á su sillón, se sentó y sentó á Gabriela á sus pies.

Por algún tiempo permaneció en silencio contemplándola.

—¿Qué edad tenéis, Gabriela?—la dijo.

—Quince años, señora.

—Entonces no podéis recordar á nuestro padre; Dios le perdone por haber sido la causa de que hayáis venido al mundo, bastarda; este es para mí un dolor que yo no esperaba.

—¡Ah, señora, yo no tengo la culpa!

—Pero cómo, ¿cómo habéis podido conocer á don Juan Tenorio?

—Yo he sido abandonada, y puede tenerse á milagro el que se hayan encontrado las pruebas de mi nacimiento; yo, señora, yo hija de un rey, he servido á un miserable.

—¡Oh! ya lo sé; hartó claro lo dicen los papeles que prueban quieh sois; y es que Dios puede humillar á los reyes, y los humilla.

Gabriela inclinó la cabeza y lloró en silencio.

—¡Ah! no lo digo por tí, hermana—añadió la emperatriz, levantando dulcemente la cabeza de Gabriela y besándola en la boca—¡qué culpa tienes tú de esto, pobre inocente! pero la situación en que nos encontramos es grave, muy grave.

—¡Oh, sí! ¡muy grave! es necesario que esa mujer que estaba aquí cuando yo entré, no sea esposa de don Juan Tenorio.

—¡Oh! ¡no lo será! ¡no puede serlo!

—Don Juan la ama, la adora.

—Don Juan se engaña; una sola palabra del emperador hará que renuncie á sus proyectos de enlace con doña Magdalena.

—Ya habéis oído, señora—dijo Gabriela con

ansiedad—, que esa mujer ha dicho bien claro: don Juan Tenorio es mi prometido.

—Es la primera vez que lo ha dicho delante de mí; si lo hubiere dicho estando á solas conmigo, yo la hubiera respondido:—Olividad eso, Magdalena, porque es imposible de todo punto que don Juan Tenorio sea vuestro esposo, y don Juan, cuando sepa la razón, se apartará de vos con horror.

—¿Y por qué? ¿por qué se apartará con horror don Juan de esa mujer?—dijo respirando apenas Gabriela.

—¿Por qué?...—dijo la emperatriz—, porque... no me atrevo á revelároslo sino me juráis por la salvación de vuestra alma que guardaréis el secreto.

—Yo os lo juro por la salvación de mi alma, por la salvación del alma de don Juan, que es lo que más amo sobre la tierra.

—Pues bien, Gabriela; Magdalena y don Juan no pueden casarse, porque... ¡porque son hermanos!

—¡Ah, sí, sí! al ver yo á esa mujer, vi á don Juan Tenorio; le vi en sus ojos; pero ¡Dios mío! ¡Dios mío! yo no quisiera que ese fuese el motivo que impidiese el casamiento de don Juan con esa mujer; don Juan la adora; don Juan va á ser muy infeliz cuando sepa que esa mujer es su hermana; y esa misma mujer... ¡ah! no, yo no quiero que mueran desesperados, horrorizados el uno del otro.

Y Gabriela rompió á llorar y se arrojó á los pies de la emperatriz.

—¡Ah, no, no, señora!—añadió—; no se lo digáis, no le rompáis el corazón; tened piedad de él, porque yo le amo.

—Gabriela, hija mía, ¿estarás tú también loca por don Juan?

—Sí—añadió Gabriela asiéndose á la cintura de la emperatriz y levantando hacia ella su hermoso y cándido semblante anegado en lágrimas.

—¡Oh!—exclamó la emperatriz con un acento semejante á un rugido—¿y don Juan no te ama?

—¡No! ¡no me ha amado nunca!—exclamó Gabriela, llorando de una manera histérica.

—¡Silencio, silencio, hermana! los reyes nunca están solos; detrás de esa cortina hay servidores que escuchan; no llores de ese modo; devora tu dolor; confía en mí; yo soy la esposa del gran Carlos V; del monarca más poderoso del mundo; tú, sea como quiera, eres mi hermana, hija de mi padre; ese amor es indigno de tí, Gabriela—añadió la emperatriz inclinado sobre la joven y hablando muy bajo—: arrójale de tu corazón; es imposible, como el casamiento de Magdalena y de don Juan; él sabe que eres mi hermana, y un vasallo, por grande que sea, no puede, no debe ser hermano del emperador; no lo será.

—Y ¿qué he hecho yo, señora, para sufrir la horrible desgracia de mi nacimiento?—dijo Gabriela fuera de sí.

La emperatriz bajó la cabeza al escuchar aquella réplica que no tenía contestación.

—Pero ¿tanto amas á ese hombre?—dijo por fin.

—¿No he de amarle, si es el único hombre á quien he amado? ¡y me ha deshonrado! ¡me ha perdido!

La emperatriz saltó de su sillón como un titán herido á un mismo tiempo en el corazón y en la cabeza.

—¡Ah!—exclamó—, las culpas de los padres caen sobre los hijos, y esta terrible sentencia del Señor, lo mismo cae sobre las cabezas coronadas, que sobre las cabezas humildes de los mendigos, ¡ah! ¡un convento, un convento para ti! para don Juan... ¡oh! ¡la fatalidad ha traído á ese hombre á poner su planta maldita sobre la púrpura del trono! ese hombre caerá.

—¡No, no Dios mío, no!—exclamó Gabriela—, él no sabía quien era yo; yo no lo sabía tampoco; ¡ah! si él ó yo lo hubiéramos sabido, él hubiera respetado á la hija de un rey, yo hubiera respetado el honor de mi familia; él es inocente, yo lo soy también, ¡no! yo no quiero ir á un convento, yo no quiero que matéis á don Juan; ¡tened piedad de nosotros dos! romped señora, esos papeles que prueban mi nacimiento, quemadlos; yo me olvidaré de que soy vuestra hermana; olvidadlo vos también; dejad á una pobre alma que muera libre con su amor.

Y Gabriela, no pudiendo resistir á la fuerza de tan terribles impresiones, cayó en tierra sin sentido.

La emperatriz la levantó; hizo un esfuerzo, la arrastró hasta su recámara, la puso en su mismo lecho, volvió á salir á la cámara, llamó y dijo al gentilhombre que apareció en la puerta.

—Decid á doña Magdalena de Córdoba y de Válor, que entre.

Un momento después entraba Magdalena en la cámara, pálida y sombría.

XXII

—Acercaos, Magdalena—dijo la emperatriz.

Magdalena se acercó, pero guardando todavía una respetuosa distancia.

—No, no; acercaos más—dijo la emperatriz—, sentaos á mis pies, como otras tantas veces.

Magdalena se acercó y se sentó en el escal del sillón de la emperatriz, pero permaneció rígida, inmóvil como una estatua.

—Ansiaba quedarme sola, Magdalena, porque me parecía un siglo cada momento que pasaba sin que os dijese lo que es en mí una sagrada obligación deciros; es una revelación para la cual os pido os arméis de valor, recurriendo á la grandeza de vuestro noble corazón.

—No comprendo á vuestra majestad, señora—

dijo Magdalena con un acento, cuya secatura no pudo templar el respeto.

—Se trata de don Juan Tenorio—dijo con la voz insegura la emperatriz.

—Permitame vuestra majestad que la pregunte por qué me habla de ese caballero.

—Porque os he oído decir que don Juan Tenorio es prometido vuestro—dijo con suma lentitud doña Isabel de Portugal, acentuando cada una de sus palabras.

—Es cierto, señora; don Juan y yo nos amamos hace mucho tiempo; hace más de doce años.

—Y debéis amaros, Magdalena; debéis amaros mucho.

—No se ama, señora, porque se deba amar; sino porque se ama; desde que vi á don Juan, le tengo en la memoria; nada he sufrido, nada he llorado durante esos doce años, que no haya sido por don Juan; y no sé, señora, no sé qué poder habría en el mundo que me impidiese ser esposa de don Juan.

—Sí—dijo con acento profundo la emperatriz—, hay un poder invencible que os lo impide.

—Y ¿qué poder es ese, señora?—dijo con acento en que se notaba una ligera rebeldía, Magdalena.

—No es, ciertamente, el poder del emperador—dijo con dignidad la emperatriz—; ni el emperador ni yo tenemos interés alguno en que os caséis ó dejéis de casaros con don Juan ó con otro cualquiera; ese es asunto vuestro; pero mi conciencia me manda haceros una revelación terrible, y os la haré: el poder que os impedirá casaros con don Juan, es un poder invencible, al que estamos sujetos por igual los que reinamos y los que obedecen al que reina; ese poder, Magdalena, es el poder de Dios, contra el cual no hay rebeldía posible, sin que tras la rebeldía venga la condenación.

Pintóse una vaga expresión de espanto en el semblante de Magdalena.

—¿Y por qué, señora, Dios ha de impedirme que me una á don Juan, cuando Dios ha permitido que le ame.

—¿No veis que sufro, Magdalena? debéis estar viendo en mí la palidez de la muerte, porque os amo; sois ahijada de la reina Isabel, de vuestra grande abuela, que amó mucho á vuestra madre; yo os amo, Magdalena, porque merecéis ser amada; porque vuestras desgracias son innecesarias, porque tenéis un corazón de ángel, y como un ángel sois hermosa; ¿queréis creer por su palabra, á vuestra amiga, no á vuestra señora?

—¿Cómo puedo yo dudar de la palabra de vuestra majestad?—dijo Magdalena conmovida por el tierno afecto que la dejaba conocer la emperatriz.

—Pues bien; si me creéis, respetad un consejo que voy á daros; ponedle por obra; creed que

son fundados y poderosos los motivos que tengo para aconsejaros que renunciéis á vuestro enlace con don Juan.

—¡Ah! ¡no! ¡imposible! imposible de todo punto, señora; aunque quisiera, no podría; me arrastra hacia don Juan con una fuerza invencible, un amor, no sé si de los cielos, ó del infierno; ¡no! don Juan es mi única esperanza, mi única vida, mi único deseo. ¿No os acordáis, señora, que cuando vuestra majestad me aconsejaba contraiese matrimonio con el caballero mayor de su majestad el emperador, don Pedro Valdés, marqués de Astorga, que me perseguía y me persigue con sus pretensiones, yo decía á vuestra majestad: no puedo, señora; amo á un hombre y no puedo amar á otro; si ese hombre á quien amo no puede ser mi esposo, volveré al claustro, de donde he salido. Vuestra majestad no me preguntó el nombre del que yo amaba, y si vuestra majestad me lo hubiera preguntado, yo la hubiera hecho la súplica respetuosa de que me permitiese guardar mi secreto, y yo le guardaba; porque aquel hombre era don Juan Tenorio; si él hubiera profesado, yo hubiera profesado también.

—Magdalena, os pregunta, una amiga, una hermana; no me engaños; ¿vuestros amores con don Juan, han dejado alguna vez de ser puros? Coloróse vivamente el semblante de Magdalena.

—Perdonad—dijo la emperatriz—; vuestro rubor es vuestra mejor respuesta; si yo os he hecho esta pregunta, es porque debía hacérsela; por última vez, Magdalena, os aconsejo que renunciéis á don Juan.

—¡No!—respondió con una firmeza bravia Magdalena.

—Pues bien; oid: Hace un año y tres meses recibí de la abadesa que sucedió á vuestra madre en la prelatura del convento de monjas de Santa Clara de Sevilla, un pliego cerrado que vuestra madre la había entregado bajo juramento de no abrirle y de enviarle con seguridad á mis manos.

Aquel pliego contenía una revelación muy importante: no he podido olvidar su contenido: oid.

Aquel pliego decía, con distintas palabras, porque yo no le aprendí de memoria, lo que vais á oír.

«Soy esposa del infante de Granada Sidy Atmet el Omeya: me llamo Ada.

Después de la conquista del reino de Granada por los señores reyes Católicos, mi marido y yo nos cristianamos y rendimos pleito homenaje como príncipes de la casa de Granada, á los Reyes Católicos.

Mi marido se llamó don Pedro de Córdoba y de Válor, y tuvo el señorío de la villa de Válor, en las Alpujarras, que, con grandeza de España, le concedieron los señores reyes Católicos.

Yo me llamo doña Ana de Zegrí.

El infante, mi marido, y yo, nos retiramos á vivir á las Alpujarras.

En las Alpujarras era alcaide de un castillo que se denominaba de la «Peña Roja», un hombre terrible que se llamaba don Jeofre Tenorio.»

—¿Qué queréis suponer, señora?—dijo Magdalena interrumpiendo bruscamente á la emperatriz.

—¡Ved lo que decís!—exclamó con imperio doña Isabel—. Yo no supongo: cuento el contenido de la carta que me escribió vuestra madre moribunda: oid, y puesto que no habéis querido mirar en mí á la amiga, guardad rígidamente el ciego respeto que debéis á la emperatriz.

Magdalena se estremeció y la salieron las lágrimas á los ojos.

La emperatriz continuó con acento severo pero inseguro.

—Según la confesión hecha á mi por vuestra madre, don Jeofre Tenorio, padre legítimo de don Juan Tenorio, sedujo á doña Ana Zegrí, esposa del infante de Granada, don Pedro de Córdoba y de Válor; el resultado de esa seducción fuisteis vos.

Magdalena dió un grito, se levantó, y encarándose con la emperatriz que se había levantado, exclamó.

—¡No! ¡Imposible! ¡Mintió mi madre! ¡Yo no soy hermana de don Juan!

—¡No os atrevéis á decirme que miento, y acusáis de mentira á vuestra madre!

Hubo un momento de silencio terrible.

—¡Esa prueba! ¡Esa carta!—exclamó al fin Magdalena en acento muy bajo, temerosa de que la oyesen.

Esto demostraba que no había perdido el juicio, ni aun siquiera la reflexión.

Y temblaba; temblaba como un reo de muerte á quien notifican su sentencia; estaba pálida, con una palidez sobrenatural: sus ojos ardían: su labio estaban cárdenos.

La emperatriz se estremeció también de compasión.

—¡Ah! ¡vos lo habéis querido!—exclamó.

—Pero ¡esa prueba! ¡esa prueba!—repitió doblemente agitada con doble agonía, Magdalena.

—La destruí yo; la quemé—dijo la emperatriz—; yo no había previsto el caso en que nos encontramos; yo no quería que nadie conociese la revelación de vuestra madre; y la abrasé.

—¡Ah!—dijo Magdalena—; pero no habéis quemado mi partida de bautismo, en que consta que soy hija legítima, de legítimo matrimonio, de don Pedro de Córdoba y de Válor y de doña Ana Zegrí.

—¡Desdichada! Lo que fué en el emperador compasión hacia vos, respecto á la voluntad de la reina Católica, de la cual tenía vuestra madre una recomendación á los reyes sus sucesores, para que amparasen y protegiesen como á ahijada suya, á vuestra madre, lo interpretáis

en favor de vuestro deseo, de vuestras pasiones.

—¡Acabad, acabad, señora! Yo os lo ruego, porque me estoy muriendo.

—Vuestra madre me suplicaba en su carta influyese para con el emperador, á fin de que os legitimara: vuestra madre no quería que os quedaseis en el mundo sin un nombre ilustre y sin una protección poderosa; vuestra madre nos pidió en su agonía y nosotros se lo concedimos, porque vuestra madre nos había enviado la recomendación en favor suyo, de la reina Católica; vuestra partida de bautismo, Magdalena, se hizo procediendo vuestra legitimación por el emperador; y como el señorío de Válór había pasado á la corona por carencia absoluta de herederos del infante don Pedro de Córdoba y de Válór, la corona se desprendió de su señorío para dároslo á vos; por eso os llamáis doña Magdalena de Córdoba y de Válór; tenéis el señorío, la jurisdicción y las tierras de esta villa, y sois grande de España; pero en realidad, Magdalena, sois hija de don Jeofre Tenorio; hija del adulterio.

—¡Pero la prueba no existe!—dijo con una calma horrible Magdalena: ¡la ha destruido vuestra majestad! ¡Gracias, señora!

—¡Qué decís, Magdalena! ¿Dudaréis acaso de mi testimonio?

—En los palacios, señora se oye todo; se ve todo.

—¡Hablad! explicaos, y explicaos claramente.

—Permitidme, señora, que me retire.

—¡Explicaos! Yo os lo mando.

—Señora, nada tengo que explicar: solamente me resta suplicar á vuestra majestad, me permita retirarme de su servicio.

—Bien; sí: yo tampoco podría teneros á mi lado, después de lo que veo; y bien, ¡qué me importa á mi perderos! Provocad á la justicia de Dios; rebelaros contra él, como os habéis rebelado contra mí; vuestra reina no os castiga ni os perdona, porque os desprecia: Dios no os perdonará: salid ahora de palacio; dentro de tres días, de la corte; y dentro de quince, del reino.

Magdalena se inclinó y salió.

—Y ahora, don Juan Tenorio, de general al ejército de Italia—dijo la emperatriz.

Después de esto, doña Isabel entró en su recámara; se acercó al lecho y miró.

Gabriela la miraba con sus grandes ojos azules bañados en lágrimas.

—¡Oh! gracias, señora, gracias—exclamó.

—¡Qué! ¿Habéis oído?

—Sí; he estado escuchando, muriéndome, horrorizándome: ¡ah! ¡pobre mujer! ¡Pobre don Juan!

—Y ¡pobre de ti!

—No, no señora; yo he aprovechado esta ter-

rible lección: yo renuncio á ese hombre: yo no puedo ser ya feliz: abrid para mí las puertas de un convento donde pueda morir en paz protegida por la misericordia de Dios.

La emperatriz abrazó á Gabriela, y lloró con el semblante unido al suyo.

XXIII

Los reales cónyuges tuvieron dos horas después, á solas, una larga entrevista.

De ella resultó que el emperador se volviese á su cámara y mandase llamar al marqués de Marana para que acudiese, sin excusa, á palacio, salvo el caso de que su enfermedad no le permitiese estar de pie.

Don Juan tenía una cualidad terrible: una vez dominada una situación, adquiría una tranquilidad inverosímil.

Desde el momento en que se resignó á todas las consecuencias del embrollo en que se hallaba metido, se durmió, soñó con Magdalena; y cuando recibió la orden del emperador, se encontró en tan completo estado de salud, que no le fué, ni en lo más leve, fatigoso el obedecer.

Mandó que le pusiesen un caballo, y con dos criados se fué al alcázar.

Inmediatamente fué introducido á la presencia del emperador.

Don Carlos estaba disgustado y serio.

—Está de Dios, primo don Juan—le dijo—, que yo no puedo teneros á mi lado: me habéis metido, apenas habéis llegado, en uno de vuestros embrollos: la guerra mujeril, que yo os había anunciado, se nos ha echado encima, y el general de esa guerra es no menos que su majestad la emperatriz.

—Pues entonces, señor, yo no desnudo la espada.

—Ni yo tampoco puedo desnudarla, don Juan: las mujeres, por lo visto, se vuelven locas por vos: doña Gabriela de Portugal se ha venido á verme, anunciándose como infanta, me he visto obligado á recibirla y á presentarla á la emperatriz, que la ha reconocido, que la ampara, que está irritada contra vos, y me ha dicho tales cosas, que yo, don Juan, me veo obligado á la prudente resolución de apartaros de la corte porque, si esto sigue así vamos á danzar todos de una manera que ciertamente no conviene á nuestra dignidad real.

El emperador estaba verdaderamente disgustado, lo que no alteró en lo más mínimo á don Juan.

Otro cualquiera se hubiera aterrado al ver que estaba en desgracia.

—Vuestra majestad es mi señor—contestó tranquilamente don Juan—, y puede disponer completamente de mi hacienda y de mi vida.

—No quiero yo—respondió vivamente el emperador—ni vuestra hacienda, ni vuestra vida, ni vuestra honra; os destierro, es verdad; pero nadie sabrá que salís de mi corte desterrado.

—El señor nunca ofende al vasallo—dijo don Juan—: no le ofende, porque es suyo, y puede hacer de él lo que más le plazca: en todo caso, si ha cometido una injusticia, Dios se lo demandará.

—Aunque yo os encerrase en una torre por todos los días de vuestra vida, no me lo demandaría Dios—dijo severamente el emperador—; pero no se trata de eso: de lo que se trata es de separaros de una mujer, de doña Magdalena, y de separar á otra mujer de vos, á doña Gabriela. Doña Magdalena saldrá desterrada del reino, y doña Gabriela, que renuncia voluntariamente á vos, entra voluntariamente en un convento.

—¡Desterrar á Magdalena! ¡Encerrar en un convento á Gabriela! Eso no puede ser, señor.

El emperador miró profundamente á don Juan.

—¿Qué es lo que no puede ser—dijo—cuando yo quiero que sea?

—Que incurráis en tiranía, señor, porque vos no querréis ser tirano.

—Me avengo en cuestionar con vos, don Juan, yo, que jamás cuestiono sobre lo que mando: ¿en que me veis tirano?

—En impedir mi casamiento con Magdalena.

—Vos, don Juan—dijo con una marcada impaciencia el emperador—, no podéis casaros con esa señora.

—¿Por qué?

—¿Por qué, don Juan? ¿Por qué entrasteis desesperado ha más de un año en un convento?

—Yo, señor, creía que me unían tales vínculos á Magdalena...

—¿Y creéis que esos vínculos se han roto, don Juan?—dijo con voz solemne el emperador, que estaba muy pálido.

—Esos vínculos jamás han existido, señor: la abadesa del convento de Santa Clara, doña Ana Zegrí, me engañó: Magdalena es hija legítima de doña Ana y de su esposo don Pedro de Córdoba.

—¡Ah! si yo hubiera podido adivinar lo que iba á suceder, no hubiera legitimado á esa señora; no existiría la partida de bautismo en que consta su legitimidad.

—Señor, nadie ha reclamado contra la posesión del señorío de Valor por Magdalena.

—¿Y quién había de reclamar—dijo el emperador—cuando ese señorío ha venido á mí por falta absoluta de herederos de don Pedro de Córdoba y de Valor, y de mí ha salido para Magdalena?

—Os doy las gracias, señor, por lo que por Magdalena habéis hecho—dijo don Juan.

—Me parece que bajo esas palabras se oculta un mentís vuestro á mis palabras, don Juan: ¡cuenta, cuenta con lo que decís, y aun con lo que pensáis, primo; porque siendo yo quien soy, y vos don Juan, vive Dios, que me salga con vos por un postigo del alcázar, y os saque á estocadas del cuerpo el mal pensamiento que de mí tenéis!

—¡Ah! — exclamó don Juan—nos alumbrá una misma estrella, una estrella roja y sombría: resignaos á su influjo, señor, como yo me resigno: seguid vos coronado, y con un imperio tras vuestro estandarte, vuestro camino de sangre y lágrimas, y dejadme á mí que yo siga el mío sin corona y solo.

—¡Don Juan, don Juan, Magdalena no puede ser vuestra! ¡contra vosotros está Dios! ¡Mirad que Dios levanta en nuestro corazón el remordimiento, y el remordimiento es una agonía horrible que mata la paz del alma!

—¿Y qué es una gota más de hiel en un mar de hiel?

—¡Mirad, don Juan, no os encierre!

—Haced lo que queráis, señor; yo no retrocedo jamás: de vos lo sufriré todo, pero no conseguiréis aterrarme: vuestro soy; disponed.

—Pues bien, dispongo: marqués de Marana, capitán de la guardia española, mi gentil hombre, primo don Juan, tomad este pliego, y marchad con él dentro de tres días á Italia, poneos á las órdenes del señor Antonio de Leyva, y sed general de la infantería española.

—¿A las órdenes de Leyva? — dijo don Juan.

—A las órdenes de Leyva combatiría yo con un arcabuz—dijo el emperador.

—Obedezco.

—Gloria os pondrá delante el señor Antonio Leyva, yo os lo aseguro; y si tal os contrariá el ser mandado, en vuestra mano está que yo y el mundo entero os tengan por más que Leyva.

—Dentro de tres días me habré puesto en marcha, señor.

—Espero, don Juan, que en esos tres días nada acontezca que impida vuestro viaje.

—Será lo que Dios quiera, señor.

—Poned vos algo de vuestra parte.

—Tal estoy, señor, que necesitaría para desembrollarme del laberinto en que estoy metido el hilo de Ariadna; pero ¿qué importa? El hombre, desde que nace, camina hacia un fin inevitable: hacia la muerte: yo no me curo de si la muerte está un paso más allá de mí; no dejaré de marchar: cuidaré, sin embargo, y he cuidado siempre, de no enlodarme, de no ser jamás ni descal, ni miserable, ni cobarde: yo no me tomo el trabajo de hacer mi vida: se hace ella: soy como una nave entregada al viento y á las olas: si la tempestad me lleva á un escollo, me romperé; pero digo mal,

no me habré roto yo, me habrá roto la tempestad que me impulsa: vos estáis visiblemente enojado contra mí, y en verdad, señor, que me pesa; pero no daré un solo paso, no pronunciaré una sola palabra para desenojaros; eso sería contradecirme: hacer la vida, no dejar que la vida se haga: es cuanto puedo responder á vuestra majestad acerca de lo que me ha dicho sobre que procure que no se cruce algún motivo que pueda impedir mi viaje, ó mejor dicho, mi destierro.

—¿Y qué he de hacer, vive Dios, más que desterraros de una manera honrosa, si os tengo miedo, don Juan?—dijo el emperador, desarrugando el ceño.

—¡Miedo! vos no podéis conocer el miedo: vos, señor, embestís por todo y arrolláis lo que se pone á vuestro paso, aunque lo que se ponga á vuestro paso se llame Roma: Roma se ve encerrada en el castillo de Sant-Angelo; después se mandan hacer rogativas por la libertad de Roma, ó del Papa, que es lo mismo; pero se ha tomado por asalto la Ciudad Eterna, porque la Ciudad Eterna se ha atrevido á arrostrar al gigante: ¡ah, señor! á vos también os impele la tempestad; vos también marcháis sin deteneros, sin mirar si tras el paso que dais hallaréis un abismo; vos no tenéis miedo, señor.

—Don Juan; si en vez del rey Francisco reinara en Francia Carlo-Magno, si en vez de gobernar á Roma León X la gobernara César, de la misma manera embestiría yo con Francia y con Roma; y con el mundo entero, sosteniendo mi razón y mi derecho; pero ved ahí; yo que nada temo, temo el escándalo, las cosas menudas; apenas habéis llegado y ya habéis causado disgustos en mi familia, en la familia del César; yo no sé de dónde ni cómo habéis sacado una hermana bastarda de la emperatriz, que se nos ha venido encima causándonos un gravísimo disgusto; nos hemos encontrado en una situación ridícula, con una dama de su majestad á quien ésta se ha visto obligada á desterrar.

—¿Magdalena?

—Sí; doña Magdalena de Córdoba y de Valor; una gran mujer que se os parece mucho en lo altivo, en lo incontrastable; y para acabar de una vez, don Juan, tal vez no os sujetaría yo en medio de un ejército, esclavo de vuestro honor, si no fuera por doña Magdalena.

—¡Ah! ¿no quiere vuestra majestad que nos unamos doña Magdalena y yo?

—Don Juan, no soy yo quien no quiere; es Dios; vuestro padre era sobre poco más ó menos, lo mismo que vos sois; y ya sabéis que á pesar de haberla yo legitimado, doña Magdalena es vuestra hermana.

—¿Estáis seguro de ello, señor?

—Segurísimo.

Don Juan bajó la cabeza.

—Mañana partiré á ponerme al frente de la infantería española en el ejército que manda en Italia el señor Antonio de Leyva; me ale-

graría de que estuviese ya fundida la Bala que hubiera de matarme.

—¡Bah, bah! es necesario revestir el corazón de una coraza de Milán; sobreponéos á todo, sed bravo contra la desventura, no penséis en morir, sino en cubriros de gloria; no partiréis mañana; mañana necesito yo conferiros el Toisón de Oro.

—Pues bien, señor, mañana me le conferís y acabada la ceremonia, monto á caballo y parto, si vuestra majestad no me manda otra cosa.

—Id, y reposad, don Juan,

—Adiós, señor.

Don Juan dobló una rodilla, besó la mano al emperador, y salió.

Quando llegó á su casa, Gabilán, que estaba en la puerta, le dijo:

—Tenéis una gran visita, señor; doña Magdalena os está esperando en el estrado.

Don Juan miró al cielo de una manera desesperada y subió en paso lento las escaleras.

XXIV

En un lecho, en un rincón de una sala del hospital de la Caridad de Sevilla, había una niña como de diez y seis años, rubia, blanca, con los ojos azules, hermosa, pálida y al parecer desesperada.

Nadie había junto á ella.

Los hermanos de la Caridad no tenían tiempo para hacer compañía á los enfermos.

En un nicho abierto en la pared, al alcance de la mano de los enfermos, había junto á cada lecho, vasijas con medicamentos.

A la izquierda de la joven rubia, blanca y pálida, había en otro lecho una vieja horrible, tosiendo de una manera ronca, violenta, estridente, y blasfemando en cada momento en que cesaba la tos y volviendo á toser de una manera más violenta.

Más allá había una octogenaria con asma, cuya difícil respiración silbaba.

Enfrente, agonizaba una desdichada, y la habían puesto ya la cruz y la candela.

Más allá, otra enferma ponía el grito en el cielo.

Aquello era espantoso.

Era, en fin, un hospital.

La pobre niña, blanca y rubia, estaba rebujada, encogida, pegada á la almohada, la cabeza, y estremeciéndose de tiempo en tiempo; era sin duda la primera vez que había entrado en un hospital.

Además del horror que el hospital le causaba,

tenía la desdichada motivos bastantes para estremecerse.

Estaba sufriendo una violenta reacción nerviosa.

Estaba sufriendo el terror de la muerte, que no había sentido, cuando loca, desesperada, se había arrojado al Guadalquivir.

Porque aquella niña era Rosaura la gitana.

Y la gitana, en que no aparecía el tipo indogermánico que distingue á los gitanos, parecía más bien, por el tono pálido de sus cabellos rubios, por la blancura nacarada y por la suavidad de su tez, y por sus formas redondas y mórbidas, flamenca.

De improviso Rosaura se estremeció de una manera más poderosa; levantó violentamente la cabeza y miró á un hombre que, acompañado de un hermano de la Caridad y de un estudiante, había pronunciado algunas palabras junto al lecho.

—¿Conque decís, hermano—había dicho aquel hombre—, que está fuera de peligro, y que se la puede sacar del hospital?

Aquella voz era la de Rafael Cuervo.

Aquella voz ronca, rauda, trémula, terrible, había hecho que Rosaura se alzase aterrada.

—El peligro ha pasado de todo punto—dijo el hermano de la Caridad—, y si ella quiere salir con vos, saldrá al instante.

—¿Pues no he de querer, si yo soy su padre?—dijo Cuervo.

Bosaura fijó en él una mirada vaga, medrosa, indefinible.

—Vos no iréis al aduar—dijo el estudiante, ó por mejor decir, doña Leonor—, vos vendréis donde seréis asistida, donde estaréis acompañada, donde nada os faltará.

—Rosaura—dijo Rafael—, tu padre te perdona de todo corazón lo que has hecho; nada tienes que temer de mí; yo te lo juro por el buen espíritu de mi madre.

—Pues bien, sí—dijo Rosaura—; que me saquen de aquí; yo aquí tengo miedo; y luego ¿qué me importa? ¿Acaso no me matará el dolor? ¿Qué importa morir antes ó morir después?

—No se desespere, hermana—dijo con acento místicamente suntuoso el hermano de la Caridad, que era un poco tartamudo—; la misericordia de Dios es infinita.

Y para decir aquellas palabras el tartamudo, tardó al menos cinco minutos.

—Voy—añadió—, á mandar que traigan una camilla; venid, señores y esperad fuera, en el claustro, que muy pronto la sacarán.

Doña Leonor y Cuervo salieron.

Eran á lo menos las doce de la mañana.

Se pusieron á pasear, el Cuervo cabizbajo y sombrío; doña Leonor meditabunda.

—Estoy, vive Dios—dijo el gitano—, que no puedo sufrirme; hay momentos en que toda la sangre se me sube á la cabeza, y necesito de todo mi valor para no embestir con lo que me rodea.

—No dudéis de que yo os vengaré; os vengaré, Rafael, pero no seáis impaciente; necesito vengarme al mismo tiempo que os vengue á vos; tened fe en mí y ayudadme de una manera decidida cuando necesite ayuda.

—¡Ah! toda la venganza que podáis procurarme será poca.

—¡Oh! ¿qué sabéis vos de venganzas? ¿qué sabéis vos de dolores? tal haré que os habéis de espantar.

—¡La camilla!—dijo Rafael.

En efecto, la camilla había aparecido en el claustro alto del hospital, saliendo de una sala y acompañada del hermano de la Caridad, tartamudo.

—Puesto que sois su padre y que no necesita de ser asistida por caridad, se os entrega, buen hombre; que Dios la ayude y se restablezca cuanto antes.

—Tomad para los pobres—dijo doña Leonor, dando al tartamudo dos doblones de á ocho.

—En el cielo lo encontraréis, señor estudiante; id en paz.

Salieron del hospital, Rosaura en la camilla conducida por los dos mozos, doña Leonor y el gitano, y entraron en Sevilla por el cercano postigo del Carbón.

Al llegar á la primera bocacalle, doña Leonor dijo al gitano:

—Ya me habéis servido para lo que os necesitaba por el momento, para sacar á Rosaura del hospital, como padre que se os cree de ella; ahora cumplidme vuestra palabra: idos y no procuréis volverla á ver mientras esté en mi posada.

—Pero al menos, me daréis noticias de ella—dijo Rafael, de cuyos ojos brotaron dos lágrimas.

—Descuidad—dijo doña Leonor—, Rosaura tiene en mí una hermana.

—Confío en ello, y adiós.

Y Rafael, haciendo un esfuerzo para separarse de aquella camilla, se alejó.

Doña Leonor hizo seguir á los mozos que conducían la camilla.

En el rostro de la joven lucía una alegría siniestra.

En aquella camilla llevaba un instrumento de venganza contra don Juan.

Llegaron al fin á la hostería de la Rosa andaluza y la camilla fué conducida al aposento que ocupaba doña Leonor.

En él había dos personas: un médico, que doña Leonor había hecho llamar de antemano, antes de ir á buscar á Rafael Cuervo para sacar del hospital á Rosaura, y Cristóbal del Saltillo, que había vuelto de vender la rosa de diamantes que doña Leonor le había dado.

Sobre una mesa había un grueso talego de dinero, que el médico se comía con los ojos.

—Acercad al lecho la camilla—dijo doña Leonor á los mozos—, y salid todos.

La camilla fué puesta junto al lecho; salieron todos, y doña Leonor levantó la cubierta de

—No, no, Rosaura; pero callad: cuando os quedé's sola conmigo tendremos tiempo sobrado para hablar, si es que vuestro estado os permite hablar.

—¡Oh! me siento bien; tan bien como puedo estarlo después de...

Rosaura se detuvo, y se estremeció.

—Si estáis bien ó no—contestó doña Leonor—, lo dirá el médico: voy á llamar para que entre.

Doña Leonor abrió la puerta, y entraron el médico, Cristóbal y los dos mozos del hospital



Gabriela se arrodilló delante del emperador (pá. 72.)

cuero de la camilla, asíó de Rosaura, y aunque con algún trabajo, la puso en el lecho y la cubrió cuidadosamente.

A pesar del estado en que Rosaura se encontraba, un vivo rubor cubrió sus mejillas al ver que un joven la había levantado de la camilla medio desnuda, y se rebujó con la cubierta de la cama.

Sólo después de esto miró con terror en torno suyo.

—¿Y él?—dijo—¿no ha venido él también.

—¿Y quién es él?—dijo doña Leonor.

—Rafael—dijo con voz casi imperceptible la joven.

—Rafael no volverá á veros.

—Imposible; no lo creáis, aunque lo haya dicho: ese maldito se vengará de mí.

que recogieron la camilla y salieron, después de recibir una gratificación de doña Leonor.

—Venid—dijo ésta al médico—: ved en qué estado se encuentra esta joven.

El médico se acercó y la pulsó.

—Pues no hay fiebre—dijo—¿de qué padece esta señora?

—Anoche cayó al Guadalquivir—dijo doña Leonor—, estuvo sumergida algún tiempo y la sacaron sin sentido.

—Y bien—dijo el doctor, que tenía visos de saber menos que su mula—, yo no veo aquí más que los resultados de un gran susto: voy á poner una receta para que traigan una bebida y esto habrá pasado.

—Cristóbal, dad papel al doctor—dijo doña Leonor.

El médico garrapateó una receta.

—Que tome esto en dos veces: á las dos horas de la primera toma, la segunda: dieta y agua fría toda la que quiera; y si la duele la cabeza, sinapismos á los pies: mañana volveré, y espero encontrar á esta señora en perfecto estado de salud.

—Pues bien; hasta mañana, doctor.

—Perdonad—dijo el doctor sonriendo—; pero cuando asisto á huéspedes que están de posada en una hostería, cobro cada visita.

—¿Y qué se os debe?

—Dos reales.

—Pues tomad cuatro por la de hoy y por la de mañana, y no volváis, porque creo, como vos, que la enferma ya no lo estará mañana.

—Si estudiáis medicina, bachillerato—dijo amostazado el doctor—, veréis, cuando seáis médico, si hay necesidad de agarrarse para no morir de hambre.

—Ea, salid, doctorzuelo—dijo doña Leonor—, ó mandando á Cristóbal que os aplique unos cuantos sinapismos de acero para que criéis vergüenza y se os bajen los malos humos.

Y como Cristóbal echase mano á su tizona, el doctor tomó el partido de escurrirse lo más pronto que pudo.

—Aquí tenéis aquello, señor Gonzalo—dijo Cristóbal, señalando el talego.

—¿Cuánto?—dijo doña Leonor.

—Dos mil ducados.

—Bien; idos á vuestro aposento, que si os necesito, os llamaré.

—¿Y esa receta?

—Rompedla: tal doctor me habéis traído, que creo que librarse de una receta suya es librarse de una segunda enfermedad: si mi buena amiga se empeora, buscaremos un doctor que cure.

Cristóbal salió.

Rosaura y doña Leonor quedaron solas.

—¿Quién sois?—dijo cuidadosa y preocupada Rosaura—: yo no os conozco.

—Miradme bien—dijo doña Leonor, acercándose á Rosaura.

—No, no os conozco—dijo la joven.

—No es eso: os digo que me miréis, para que veáis si puede ser una mujer la que os habla.

—¡Ah! ¡una mujer! parecéis verdaderamente un hermoso estudiante de quince años.

—Esperad—dijo doña Leonor, abriéndose la sotana y la ropilla—: un hombre, por joven que sea, no tiene la garganta como yo.

Y descubrió su hermosa garganta y el nacimiento de su seno.

—¡Oh, sí!—dijo Rosaura—; vos sois mujer; ¡y qué hermosa, Dios mío!

—Maldita sea la hermosura, que trae á casos como los en que entramos nos encontramos.

Y doña Leonor volvió á cubrirse.

Llevaba la golilla muy alta, de modo que no podía verse lo mórbido, lo terso de su garganta.

—Ante todo—dijo doña Leonor—, decidme cómo os encontráis.

—Aterrada; no más que aterrada: ¡ah, no sabéis, no sabéis, señora, cuán horrible es mi desgracia!

—Sí; sé que habéis sido abandonada por un hombre.

—¿Le conocéis?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Don Luis del Espino.

Creció la palidez de Rosaura.

—¡Dios le perdone!—dijo.

Y se estremeció de una manera violenta.

—Tranquilizaos; nada tenéis que temer ya: yo os protejo, y yo puedo mucho.

—¡Ah, señora! vos no podéis comprender cual es mi estado.

—Lo sé: sois madre

—¿Quién os lo ha dicho?

—Rafael.

—¿Y no os ha dicho más?

—Sí; que no sois su hija.

—¿Os ha dicho de quién sois hija?

—Sí.

—¿Y os dado la prueba?

—Sí.

—Mostrádmela.

Doña Leonor sacó de su escarcela un puñal roto por la mitad de la hoja.

—¡Oh, Dios mío!—dijo Rosaura, juntando sus manos—¡entonces sí que nada tengo que temer! ¿Os ha dicho Rafael el nombre de mi padre?

—Sí, pero sin contarme la historia; no tenía tiempo: me ha dado esta prueba, y ha pronunciado ese nombre á la puerta misma del hospital:—Ella, que sabe esa historia, os la contará, me dijo;—y yo espero que me la contéis, cuando no os moleste el contármela.

—¡Ah! la vista de ese puñal roto me ha reanimado: el emperador está en Sevilla; vos decís que sois poderosa.

—Para este caso sí.

—Pues bien: vos iréis á ver al emperador, á pedirle que me ampare: yo le conozco mucho: cuando su majestad salía en carroza, yo, la que todos creían gitana, me ponía donde él pudiera verme bien; todos echaban sus memoriales dentro de la carroza, pero yo no me atrevía á echar ninguno: lloraba cuando pasaba el emperador, y nada más: seguía vendiendo mis cestistas de mimbres de colores, con el corazón traspasado, y pensando en don Luis.

—¿Le amáis?

—No; no se puede amar á quien ha sido tan villano: lo que siento es rabia y vergüenza de haberle amado.

—¿Sabe él el misterio de vuestro nacimiento?

—No; él no sabe sino que soy Rosaura la gitana; la gitanilla de las lindas cestas; la que buscaban todos para que les dijese la buena-ventura; la que perseguían todos los libertinos; la que se defendía de todos y de todos se burlaba: ¡quisiera Dios que nunca hubiera ido al aduar don Luis del Espino!

Rosaura calló y se estremeció de nuevo.

—Oid mi historia—dijo—, y al fin de ella sabréis la historia de mis desventurados amores.

Calló de nuevo Rosaura, y después de un momento de silencio, empezó su historia de esta manera:

XXV

—No me acuerdo de una manera clara más que de los sucesos que pasaron por mí desde mis siete años: los demás son recuerdos perdidos como en un sueño.

Recuerdos en que veo de una manera vaga las habitaciones entapizadas de una gran casa.

Una mujer hermosa y joven.

Un señor, siempre vestido de negro.

Pero estos recuerdos parece que están en el alma, no en la memoria.

De lo que me acuerdo perfectamente es de la ribera de un río, en el cual íbamos á coger mimbrés.

De un aduar de tiendas de cuero en que vivíamos.

De una tienda mucho mayor que las otras, que estaba en el centro.

De hombres atezados y bravíos, de largas guedejas, con ojos negrísimos y penetrantes, vestidos de una manera extraña.

De mujeres morenas y casi rojas, de cabellera enmarañada, ligeramente vestidas, y fuertes y bravas como los hombres.

De muchachos desnudos de color de cobre. De algunas jóvenes, cobrizas también, pero bellas.

Y por último, de una mujer muy hermosa que siempre estaba triste delante de los gitanos; y que cuando estaba sola conmigo, lloraba.

Me acuerdo de Rafael, que entonces era hermoso y parecía mucho más joven que lo que realmente era.

De Rafael, que me sentaba sobre sus rodillas en el aduar, me besaba, me acariciaba, me llamaba su niña blanca, de cabellos de oro.

Muchas veces Rafael me ponía sobre el arzón delantero de su caballo, y hacía correr al fogoso animal, lo que á mi me volvía loca de contenta.

Me acuerdo de aquella multitud de animales, perros, gatos, cerdos, conejos, gallinas, vacas, terneros, asnos, mulas, caballos, todo dentro de

las tiendas, todo revuelto; animales, hombres y mujeres; de esa vida terrible de vagancia á la que nunca he podido acostumbrarme, porque yo ni aun en las costumbres he sido gitana.

Se cuidaba de mí con un vivísimo interés.

Yo era la pequeña reina del aduar.

Estaba mucho mejor vestida que Mari-linda. la esposa de Rafael Cuervo, que era y es el jefe del aduar, y que siempre estaba cubierta de sedas y joyas.

Se cuidaba mucho con mi crianza.

Se me enseñó desde muy temprano á leer y á escribir, para lo cual, y para enseñarme religión, adonde quiera que nos trasladáramos, buscaba Rafael Cuervo un clérigo ó un fraile.

Yo crecí muy pronto; á los once años era tal cual me veís.

Un poco más cenicienta y nada más.

Pero alta, completamente formada.

Yo atribuyo esto, no siendo gitana, á que en los aduares se vive al aire libre y entregados siempre en una violenta actividad.

Desde que fui mujer empezaron mis sufrimientos.

Todos me creían y me creen, á pesar de mi diferencia completa de raza, hija de Rafael Cuervo y de Mari-linda.

Y sin embargo de esto, Rafael no me miraba como hubiera mirado á su hija.

Una niña que crece en un aduar, podrá ser pura, pero no ignorante, con esa bella ignorancia del ser inocente.

Los gitanos hacen la vida común, de una manera exagerada: una niña entre ellos lo conoce todo muy pronto.

Por lo mismo, yo no podía equivocarme acerca de la expresión de la mirada que fijaba en mí Rafael Cuervo.

Yo lo creía mi padre, y su mirada me horrorizaba.

Era la mirada impura del hombre de violentas pasiones que se ha enamorado frenéticamente de una mujer.

Como yo lo conocía, lo conocían todos.

Pero á todos les importaba eso muy poco.

Sólo Mari-linda, que estaba locamente enamorada de su marido, al cual no había dado hijos, sufría de una manera horrible con el amor que sentía por mí Rafael.

Y sin embargo, Rafael no ha pasado más allá de anegar en mí su mirada, de una manera dolorosa; nunca, ni aun después de haberme revelado Mari-linda que no era hija suya; después de haber muerto ésta no me ha revelado su amor ni con una sola palabra, ni más que con su mirada.

Desde hace un año, ni aun su mirada fijaba en mí.

Pero yo sé bien, de cuánto es capaz, impulsado por los celos, Rafael,

—Sólo el poder del emperador puede salvarme. Rosaura calló de nuevo, y de nuevo se estremeció de una manera poderosa.

—Mari-linda—continuó Rosaura—, sin dejar de amarme había contraído por mi uno; celos que la hacían mirarme con odio.

Si el amor arraigado en su corazón no me hubiera defendido, Mari-linda se hubiera deshecho de mí como el jugo de alguna hierba ponzoñosa de las innumerables que conocen los gitanos.

Los celos llegaron á hacer temblar por mí á Rafael, y lo que no se había atrevido á hacer en daño mío Mari-linda, se atrevió á hacerlo en daño de Mari-linda Rafael.

La envenenó.

Mari-linda conoció que había sido envenenada, y no acudió á un remedio que conocía.

Tu desesperada estaba, que se dejó morir. Una noche me llamó.

—Ven acá, Rosaura—me dijo—, siéntate sobre mi lecho; inclínate sobre mí, que yo pueda hablarte en voz baja. Rafael ha ido á Marchena á comprar unos bueyes y aunque se le espera esta misma noche, tendré tiempo para hacerte una grave revelación.

Yo me incliné sobre el rostro de Mari-linda, que respiraba de una manera ardiente y fatigosa.

—Hace catorce años—dijo Mari-linda—, tenía yo veinte.

Me había casado á las doce con Rafael Cuervo.

Estábamos en Flandes, en la ciudad de Gante. Rafael entonces tenía una fragua, y se ocupaba en la fabricación de herrajes para carros, de rejas, de herraduras.

Eramos pobres.

Yo ayudaba á mi marido practicando el oficio de partera, diciendo la buenaventura, buscando el sino, y vendiendo untos para amar y para aborrecer; y para quitar los diablos y para ponerlos.

Con esto se ganaba algo más que con la fragua, pero no lográbamos salir de pobres.

Una noche llamaron á la puerta de nuestra casa, muy tarde, con tal insistencia, que Rafael se vió obligado á abrir.

Entró un hombre alto, vestido de negro, envuelto en una capa, cubierto el rostro con un antifaz y dejando ver sus canas bajo su birrete de terciopelo negro.

Bajo la capa de aquel hombre asomaba una espada.

Sacó la mano de debajo de su capa y entregó un bolsillo, lleno de oro, á Rafael.

—¿Por qué me dais esto—dijo mi marido.

—Porque vuestra mujer venga conmigo á asistirme á una parturienta.

—Mi mujer—contestó Rafael—, es hermosa y muy pretendida de los grandes señores que creen que se les debe todo de derecho, hasta la honra de las familias.

—No se trata de eso—contestó el caballero—, y de tal modo, es así, que tú vendrás con ella; pero jura antes sobre la cruz de este puñal que guardarás un profundo secreto acerca de lo que no pueda ocultártese.

Hablaba de tal manera aquel hombre, que no tuvimos duda de que no se trataba de mí, sino de otra mujer.

Salimos pues, y guiados por aquel hombre, llegamos al palacio arzobispal y entramos por una calle estrecha, uno de cuyos lados le formaba el palacio arzobispal, y el otro la gran casa de Esteban Kresberg, gran bailío de Gante.

Nosotros no supimos nunca que la casa donde se nos llevaba era la del gran bailío.

Nos sorprendimos, pues, cuando vimos que al extremo de la calle, á la izquierda, en el ángulo que formaba una torrecilla redonda, con el muro de la casa del gran bailío, el hombre que nos guiaba, se acercó á un pequeño postigo, sacó una llave, y le abrió.

—Esta es la casa del señor Esteban Kresberg—dijo con asombro Rafael.

—Pues bien—contestó con la voz seca y amenazadora el enmascarado—; ese es el primer secreto que tenéis que guardar, si no queréis que la hoja del puñal sobre cuya cruz habéis jurado, se clave en vuestros corazones.

—Descuidad, señor—dijo Rafael—, ya sabemos el gran poder que tiene el señor Esteban Kresberg, y lo mucho que le estima el rey don Carlos.

—¡Maldiga Dios á Carlos de Gante!—dijo con la voz ronca, lúgubre, sombría, el embozado—; entrad.

Entramos, y nos encontramos en un pequeño espacio en que había en el suelo una linterna de hierro encendida.

El encubierto cerró el postigo, se detuvo, y sacando dos lienzos, nos vendó los ojos á Rafael y á mí.

—Asid de la mano á vuestra mujer—dijo el encubierto á mi marido—, y dadme la vuestra. Después nos guió por unas estrechas escaleras de caracol.

Yo me arrullé un poco la venda, y Rafael hizo lo mismo.

Vimós por donde íbamos.

Eran unas escaleras de piedra muy estrechas en todos sentidos; un verdadero caracol, abierto sin duda en el grueso del muro.

Aquellas escaleras eran muy altas.

Al fin de ellas el encubierto se detuvo.

Donde se detuvo no había puerta: mejo: dicho, la había; pero no se notaba, porque era puerta secreta.

El encubierto puso una mano sobre la pared, y se abrió una entrada.

Por allí pasamos, atravesamos un pasadizo tan

estrecho como las escaleras, y se abrió otra puerta secreta.

Entramos ya en una galería alta que correspondía á la parte superior de un gran patio.

El encubierto se dirigió á una puerta cerrada por una mampara de cuero; la abrió, atravesamos una hermosa antecámara alumbrada por una lámpara, y de allí pasamos á una magnífica cámara.

Allí se detuvo el encubierto, y dijo á mi marido:

—Permaneced aquí: que vuestra mujer me dé la mano para llevarla adonde se la necesita.

Rafael no opuso ninguna dificultad, porque no era de suponer, que en la casa del gran baillío que era un señor muy honrado y muy justiciero, se pretendiese cometer un crimen repugnante.

El encubierto me llevó á una recámara, y una vez en ella, abrió otra puerta secreta; atravesamos un pequeño corredor y entramos en una cámara redonda, en la cual había un lecho, donde una joven cubierta por un antifaz, gemía.

Estaba sola.

Entonces, el hombre que hasta allí me había llevado, me quitó la venda y me dijo:

—Aquí tenéis cuanto podéis necesitar: auxiliad á esa mujer.

Tres horas después, en aquella cámara redonda, en presencia del encubierto, que había permanecido inmóvil, ó paseando sombrío, pero siempre en silencio, naciste tú, Rosaura.

—¿Conque yo no soy tu hija?—pregunté á Mari-linda.

—No—me dijo—; ya sabrás quiénes son tus padres; porque para eso sólo te hago esta revelación: déjame continuar, y no me interrumpas, porque tal vez no tenga tiempo para concluir.

Quando se hubo efectuado el alumbramiento—dijo Mari-linda continuando su relato—, el hombre encubierto me dijo.

—Tomad en vuestros brazos esa criatura, y venid conmigo.

—¡No, no me la robéis!—dijo con una dolorosa ansiedad tu madre: ¡esa pobre criatura es inocente!

—Esta niña—dijo con voz terrible y hueca el encubierto—; necesita ser bautizada de una manera secreta: en cuanto lo sea se os devolverá, porque nadie mejor que vos puede criarla secretamente.

Tu madre sollozó y calló.

Aquel hombre, teniéndote ya en mis brazos me vendó de nuevo los ojos, me asió de la mano, y me sacó de la cámara redonda.

Yo no pude entonces bajarme como antes la venda.

Tenia ocupado un brazo contigo, y la otra mano la tenía asida por la del encubierto.

Aquella mano, era, á no dudarlo, la de un hombre viejo, pero fuerte aún.

El gran baillío, Esteban de Kresberg, era viejo y fuerte.

Llegamos adonde esperaba Rafael.

El encubierto le quitó la venda.

Mirad—le dijo—, cómo no se os ha engañado; cómo no se os tendía un lazo: ¡maldito sea el hombre impuro que mancha el honor de una familia, causa la desgracia de una mujer y amarga la ancianidad de un padre!

Aquel hombre volvió á vendar los ojos á Rafael, y por el mismo sitio por donde habíamos entrado, nos sacó á la calle y nos quitó las vendas.

—Seguid de prisa conmigo—nos dijo.

Y el encubierto empezó á andar rápidamente: recorrimos gran parte de la ciudad hasta que llegamos á la iglesia de San Jorge.

Llamó el encubierto, le abrieron, entramos en la iglesia, y un anciano sacerdote, te bautizó en la madrugada del 8 de Diciembre del año de 1516.

Quando estuviste bautizada, el encubierto pasó á la sacristía con el sacerdote, haciéndonos esperar en la iglesia.

Diez minutos después salió.

Venia doblando un papel que guardó en su escarcela.

Aquel papel era sin duda tu partida de bautismo.

Salimos de la iglesia y volvimos al postigo de la casa del gran baillío.

—Rafael Cuervo—dijo el encubierto—; vuélvete á tu casa: tu mujer se queda aquí para cuidar de la enferma, y no saldrá hasta que no sean necesarios sus cuidados: recibirás una recompensa mayor que la que ya has recibido pero guarda un profundo secreto, porque te va la vida.

Mi marido se despidió de mí y se alejó.

El encubierto abrió el postigo, me vendó los ojos y me volvió á llevar junto á tu madre.

Nueve días permanecí en aquella cámara redonda, excepto algunas horas cada día que pasaba descansando en una habitación oscura, adonde me conducía el encubierto, dejándome encerrada.

Durante aquellos nueve días ni un solo momento estuve sola con tu madre.

El encubierto estaba siempre presente.

Tu madre tenía siempre puesto el antifaz.

Pero muchas veces, tu madre me había apretado la mano de una manera sumamente expresiva.

Parecía quererme decir: tengo muchas cosas que revelaros; procurad que hablemos.

Esto fué imposible.

A los nueve días, cuando ya tu madre no necesitaba de mi asistencia, el encubierto me sacó de la casa y me llevó á la mía.

—Aquí tienes á tu mujer, Rafael Cuervo—

dijo el encubierto—: toma y continuad ambos callando.

Y vació sobre una mesa todos sus bolsillos, que llevaba llenos de oro.

Desde entonces somos ricos, Rosaura.

Lo que tenemos lo debemos al misterio de tu nacimiento.

Pasó un mes.

Una noche, dije yo á mi marido:

—Rafael, no puedo olvidarme de aquella pobre dama; la infeliz me apretaba fuertemente las manos; tiene algo que decirme.

—Yo recuerdo perfectamente—dijo Rafael—por donde se llega hasta la cámara donde me quedé.

—Yo—respondí—sé también por dónde se entra al lugar donde encontré á la dama.

—¿Te atreverás tú, Mari-linda—me dijo Rafael—, á que nos metamos en la casa del gran bailío y lleguemos hasta donde está su hija? porque yo creo que es su hija la dama á quien asiste.

—Sí, Rafael, sí—le contesté—: pero si nos cogen...

—Si nos cogen, tendrán que soltarnos otra vez para que no descubramos el secreto que poseemos; y si no nos cogen, sabe Dios si conseguiremos una gran riqueza.

—¿Y cómo vamos á entrar?

—¡Ah!—dijo Rafael—eso corre de mi cuenta; voy á encender la fragua, y antes de que amanezca, tendremos hecho lo que necesitamos para entrar.

Yo ayudé á Rafael haciendo aire, y en efecto, antes de amanecer, Rafael había hecho una llave maestra, y una especie de palanqueta torcida.

—¿Para qué es esto?—le pregunté.

—Con esta llave—me contestó—abriremos el postigo; si está afianzado por dentro con cerrojos, le desencajaremos con esta palanqueta.

A la noche siguiente á las doce, cuando Gante estaba sumergido en una obscuridad profunda, salimos de nuestra casa, nos encaminamos á la del gran bailío, y llegamos al postigo, que Rafael abrió con la llave maestra.

Afortunadamente, el postigo no estaba afianzado por dentro.

Entramos.

Rafael hizo luz, encendió una linterna que llevaba consigo, y me dijo:

—Cuando subí conté los escalones; á los noventa y cinco se detuvo aquel hombre, y abrió una puerta secreta, metiendo su puñal por una de las juntas de las piedras; contamos otra vez los noventa y cinco escalones.

Llegamos al fin delante de una gran piedra que formaba la puerta secreta.

Rafael buscó con su puñal el secreto, le encontró, y la puerta se abrió.

Atravesamos el pasadizo de la misma manera, se abrió la otra puerta, y antes de entrar en la galería del patio escuchamos.

Todo reposaba; todo estaba envuelto en un denso silencio.

Rafael ocultó la linterna bajo su tabardo, y adelantamos por la derecha, hacia un rincón de la galería, donde estaba la mampara de la cámara, por la cual se pasaba á la habitación donde yo había encontrado á tu madre.

Abrimos la mampara, pero encontramos cerradas las puertas de madera.

—Esto es una contrariedad—dijo Rafael—; puede ser que mi llave maestra sea grande para esta puerta; si eso es así, volveremos mañana.

Afortunadamente la llave sirvió, y se abrió la puerta.

No encontramos ninguna otra cerrada con llave, y llegamos á la recámara en cuya tapicería se ocultaba la puerta secreta por donde se iba á la cámara redonda.

Nos costó mucho trabajo encontrar el resorte que abría la puerta, pero le encontramos al fin, y pudimos penetrar en la cámara redonda.

Habíamos temido que ya no estuviese allí tu madre; pero vimos con una alegría infinita que estaba aún: una lámpara puesta sobre una mesa de bronce y mármol, alumbraba blandamente aquella magnífica cámara, con su rica alfombra, sus muebles dorados, sus ricas tapicerías, sus ventanas con vidrios de colores y su artesón dorado y primorosamente labrado.

Al frente había un lecho dorado también, y junto al lecho una preciosa cuna.

Me acerqué, y bajo la sombra de las colgaduras de terciopelo blanco bordadas de oro, vi á tu madre que dormía.

Vi á Elena Kresberg.

¡Oh! si quieres conocer á tu madre, mírala á un espejo, Rosaura.

Eres su retrato vivo, á excepción de tu boca, que es la boca de tu padre.

Elena Kresberg tenía entonces tu misma edad; catorce años.

La estuve contemplando algún tiempo, y al fin la moví suavemente.

Despertó, se sobresaltó, pero al reconocermé, se tranquilizó y lanzó un grito de alegría.

—¡Ah! eres tú Mari-linda—me dijo.

—Tu madre sabía mi nombre, porque yo, durante los nueve días que estuve allí y para hablar de algo, había contado mi historia y los trabajos que habíamos pasado mi marido, y yo, al caballero encubierto que constantemente me había acompañado durante mi estancia al lado de tu madre.

—Yo, señora—la respondí—, había comprendido

que tenais necesidad de decirme algo, y mi marido y yo hemos penetrado hasta aquí sin ser sentidos.

—Dios os pague el peligro en que por mí os ponéis. ¿Qué hora es?

—Aun no ha dado la una—respondió Rafael.

—¿A qué hora amanece?

—A las siete — dijo mi marido.

—Tenemos, por lo menos seis horas para hablar sin temor alguno, y no necesitamos tanto tiempo; mi padre no vendrá á verme hasta bien entrado el día; acercad sillas, sentaos, y escuchad.

—Mi marido y yo nos sentamos por primera vez en tan ricos sillones.

Elena Kresberg se incorporó y nos dijo:

—Mi padre es Esteban Kresberg, señor de Maine, caballero del Toisón de Oro, camarero mayor de don Carlos I, rey de España, y gran bailío de la ciudad de Gante.

Mi madre murió al darme á luz.

He sido criada en el convento de la Anunciación, y no he salido de él hasta hace un año, para casarme con Jorge Woffman, gran caballero del rey, señor de Verdres, noble y riquísimo, burgomaestre de Gante, pero viudo ya de dos mujeres, y viejo y repugnante.

Mi casamiento con este hombre se hacia para transigir unas diferencias entre mi padre y él acerca de la posesión de unos ricos estados.

La boda se preparó con una gran rapidez y el rey fué nuestro padrino.

Yo no había podido ver al rey, á Carlos de Gante, sin turbarme; sin sentir una opresión infinita en el corazón.

Yo no sabía que me había enamorado.

Yo era pura é inocente.

El rey, por su parte, que sólo tenía diez y siete años, me había contemplado tenazmente durante la ceremonia.

Cuando yo era esposa ya de Jorge Woffman, cuando salíamos del palacio arzobispal, donde residía el rey, y en cuya capilla se habían efectuado los desposorios, para entrar en las carrozas y trasladarnos á la casa de mi padre, donde debían celebrarse las bodas, yendo yo asida de la mano por mi esposo, que me horrorizaba, se presentó de repente un hombre delante de Jorge Woffman, y pálido, desencajado, terrible, se arrojó sobre Woffman y le dió de puñaladas.

La sangre manchó mi blanco vestido de bodas.

—¡Ah! ¿te has casado?—dijo aquel hombre á quien yo miraba con espanto, sonriendo con la ferocidad de la venganza—¿te has olvidado de Catalina y de su hijo? ¡ah! te habías olvidado también de mí y yo he venido á recordarte que existo.

No pude ver ni oír más, porque, dominada por el horror de aquel suceso, me desmayé.

Cuando volví en mí, me encontré en mi cámara, en un lecho, rodeada por mis doncellas, asistida por el médico y teniendo junto á mí á mi padre.

—¿Por qué han matado al señor de Verdres?—fué mi primera pregunta.

—¡Una venganza!—contestó mi padre—¡Un miserable que pretendía que el señor de Verdres había deshonrado á su hija; un infame, que expiará pronto en un patíbulo el horrible crimen que ha cometido!

Estuve enferma algunos días.

Me restablecí al fin, y si bien me alegré de verme libre, sentí el suceso que me había conservado mi libertad.

Pocos días después, una de mis doncellas me dijo:

—¿Por qué se asomará tanto el rey nuestro señor á la ventana alta del palacio arzobispal que da frente á la galería que está junto á la torrecilla?

—¡Cómo! ¿el rey se asoma? — exclamé turbada.

—Sí, sí señora; y se pasa mucho tiempo mirando á la galería—me contestó la doncella sonriendo.

—¿Y á qué hora se asoma su alteza?—la pregunté timidamente.

—Cuando el sol se pone; y permanece allí hasta que oscurece—me contestó la doncella—; después su alteza se retira, corriendo las vidrieras de tal modo, que se conoce que se va de muy mal humor.

Callé; pero no sé cómo sucedió, que á la puesta del sol de aquella tarde subí á la parte alta de la casa y pasé por la galería: no me atreví á mirar.

De repente cayó á mis pies un objeto: dudé si le recogería ó no; pero un impulso superior á mi voluntad me hizo inclinarme y recoger aquel objeto.

Era un papel que envolvía un objeto pesado.

Miré al lugar desde donde podían haber arrojado aquel papel á la galería, y sólo vi una ventana, cuyas vidrieras estaban cerradas.

Temí que me estuvieran observando tras las vidrieras, y pasé rápidamente; pero en cuanto salí de la galería desenvolví, el objeto, y encontré una sortija de oro con un grueso diamante, y una sortija de mujer, porque parecía hecha á medida de mi dedo del corazón de la mano izquierda, donde me la puse.

El papel en que había estado envuelta la sortija era una carta: decía así:

«Elena: necesito hablaros á solas, con seguridad: vos, si me contestáis, me diréis que esto no es posible; pero antes de que me pongáis esa dificultad, os declaro que nuestra entrevista es lo más posible del mundo; del palacio arzobispal, en que habito, á la casa de vuestro padre, que en otro tiempo fué una dependencia del palacio, hay un arco que pone en comunicación ambos edificios. Vuestro padre

ha salido hoy, por orden mía, para cumplir un encargo en Bruselas, y tenéis toda la libertad necesaria. Esperadme en la cámara circular de la torrecilla, adonde se entra por una puerta secreta que corresponde á la recámara de una estancia, adonde se va á parar por la puerta del pasadizo que une la casa de vuestro padre con el palacio arzobispal. Si no encontráis el resorte de la puerta secreta por donde se entra á la cámara redonda, esperadme en la recámara cuando suene el toque de cubre fuego. Guárdeos Dios para la felicidad de Carlos de Gante.»

No sé cómo fué; pero á pesar de lo audaz de esta carta, no sentí indignación alguna.

Lo que sentí fué miedo.

Yo estaba enamorada del rey, y se entabló una lucha terrible entre mi corazón, mi razón y mi deber.

Resolví no acudir á la cita.

Mi razón triunfaba por el momento; y á medida que el tiempo transcurría, sufría, me impacientaba; la lucha empezaba de nuevo: al fin sonó en la cercana catedral el toque de cubre fuego, y yo me estremecí, y me cubrí de sudor frío.

—No debo ir—me dije—, pero el rey me espera, y no debo hacer esperar al rey: iré; le reconveniré por su audacia, si insiste, y le abandonaré; si me veo amenazada, resistiré hasta morir.

Yo me creía con más fuerzas que las que realmente tenía.

Subí á la parte alta del palacio alumbrándome con una bujía; llegué á la recámara que me había indicado el rey, y encontré, con asombro mío, practicada en la tapicería una puerta, cuya existencia ignoraba yo.

Pero adelanté, y me encontré en esta cámara que me era absolutamente desconocida.

¿Cómo conocía el rey, la casa de mi padre, lo que no conocía yo?

Un servidor que gozaba toda la confianza de mi padre le había hecho traición, vendiéndome al rey.

Aquella habitación secreta era un refugio para el caso de una invasión, de una entrada de enemigos en la ciudad, ó para otro peligro cualquiera.

Al entrar aquí vi al rey, que me miraba enamorado.

Sobre esa mesa había una pequeña linterna: la capa, la gorra y la espada del rey estaban sobre un sillón.

El rey me tomó una mano, que yo aturdida no le esquivé, y me la besó.

Aquel beso produjo en mí un efecto semejante al que hubiera sentido si toda mi sangre se hubiera convertido en fuego.

Me desmayé.

El rey no cometió una villanía.

Procuró hacerme volver en mí, y al abrir los ojos le encontré arrodillado junto al sillón en

que yo había caído al desmayarme, asiéndome las manos y mirándome enamorado.

El rey no se separó de mí sino un poco antes del amanecer.

Durante algunos días me defendí, más de mí misma, que de don Carlos, porque don Carlos, parecía estar contento con verme sólo, con hablarme.

¿Pero qué puede una mujer enamorada, á quien un amante tenaz vé, habla, enamora, durante largas horas de soledad y de silencio?

Pasaron seis meses, hasta principios de Septiembre de 1517.

Mi padre permanecía en Bruselas.

El rey me anunció que su ida á España era inevitable; que dilatarla era exponerse á perder el reino, y yo no tuve nada que responder más que llorar.

Hacia seis meses, era madre, y el rey lo sabía.

—Descuidad, Elena—me dijo—; yo acepto toda la responsabilidad de este suceso; llamaré á vuestro padre y se lo revelaré todo.

—¡Mi padre me matará!—exclamé aterrada.

—¡Ah, no! no os matará vuestro padre, porque, para mataros, tendrá que matar á un hijo del rey; además de eso—añadió sonriendo tristemente—, poco sería mi poder, si no alcanzase á amparar á la primera mujer que he amado; á quién amaré siempre.

—¿Y cuándo partís, señor?—le pregunté.

—Mañana—me contestó tristemente el rey.

—¡Mañana! es decir, que esta es la última vez que os veo.

—¡Ah, no!—dijo el rey—; yo no puedo vivir sin vos, y por vivir, procuraré que nos volvamos á ver.

A la noche siguiente, al toque de cubre fuego, vine aquí, como otras noche, pero á llorar sola.

El rey había partido.

Quince días después llegó mi padre de Bruselas, y me abrazó y me besó en la frente, como acostumbraba á hacerlo cuando volvía de un viaje.

Pero yo noté que los brazos de mi padre temblaban al abrazarme; que sus labios, al tocar mi frente, estaban fríos y secos, y que una lágrima tibia cayó sobre mis mejillas.

Miré á mi padre con los ojos llenos de lágrimas.

—Silencio y prudencia—me dijo rápidamente y en voz baja.

Quando nos quedamos solos me dijo:

—Prepara tu equipaje: nos vamos á Namur, donde vive tu tía Elisabet, mi hermana; prepáralo pronto, porque esta noche partiremos.

Nada más me dijo, y yo me aterré.

Creí que mi padre quería sacarme de Gante con un objeto desconocido, que yo presentía horrible.

Partimos aquella tarde en una carroza.

Dos leguas más allá de Gante, los criados que acompañaban la carroza y los que la guiaban fueron relevados, y se volvieron á la ciudad.

Una legua más allá, la carroza se volvió lentamente á Gante, al que llegamos antes de que se cerrasen las puertas.

La carroza se detuvo á poca distancia de la puerta de la ciudad.

Mi padre, que no me había hablado durante todo el tiempo que había transcurrido desde que entramos en la carroza, me habló sólo para decirme, dándome un antifaz que había sacado de su escarcela:

—Cúbrete el rostro.

Obedecí temblando, y mi padre su puso otro antifaz: bajamos de la carroza, nos dirigimos á pie, llevándome mi padre asida de su brazo, hacia la cercana puerta, atravesamos la ciudad, llegamos al postigo de nuestra casa, la abrió mi padre, y sin que nadie nos viese, entramos aquí por el mismo sitio por donde vosotros habéis entrado.

Durante el tiempo necesario para que se creyese que mi padre había vuelto de Namur, después de dejarme en casa de mi tía Elisabet, mi padre estuvo encerrado aquí conmigo, sin hablarme, y leyendo continuamente la Biblia, menos el tiempo que dedicaba á un breve sueño sobre un sillón.

Salía además todas las noches para comprar de incógnito lo necesario para nuestra subsistencia, en lo cual sólo invertía media hora.

Y no comía; yo no necesitaba comer; estaba enferma.

En vano hablaba á mi padre; en vano le rogaba, en vano me arrojaba á sus pies anegada en lágrimas.

Mi padre no me respondía, y continuaba leyendo la Biblia.

Al fin, una noche me dijo:

—Ya han pasado quince días y puede creerse que he tenido tiempo para volver de Namur: voy á salir; estaré fuera dos horas; el tiempo suficiente para volver á tomar la carroza que se ha quedado en una posada, del camino, y volver á Namur como si viniese de Bruselas: que el terror no te obligue á abandonar este escondrijo; que nadie sepa que estás aquí.

Y salió.

Esto acontecía el 30 de Septiembre.

Mi padre volvió á las dos horas de haber salido.

Nadie podía sospechar que yo estaba en Gante.

Desde entonces, hasta la noche en que mi padre te trajo para que me asistieses, Mari-linda, han pasado dos meses.

Dos horribles meses, en que mi padre me ha servido, permaneciendo junto á mí sólo dos horas al día; una por la mañana, y otra al

principio de la noche; siempre sombrío, siempre mudo.

Cuando yo te vi alenté una esperanza: tú podías salvarme, Mari-linda, porque yo tenía miedo; le tengo aún: yo no podía hablarte, pero te estrechaba las manos pidiendo á Dios que me comprendieses.

Me parecía imposible que aunque me comprendieses pudieses llegar á mí; y sin embargo, yo alentaba una esperanza.

Esa esperanza se ha realizado; ignoro por qué medio, como no sea entrando hasta aquí por el mismo sitio por donde os trajo mi padre.

—Así es, señora—dijo Rafael—, nosotros teníamos también miedo por vos.

—¿Y qué hemos de hacer?—dijo á tu madre—, para salvaros?

—Llevaros mi hija y presentársela al rey en España: ¿Tenéis dinero?

—Sí, si señora: pero ¿cómo nosotros, pobres gitanos, dije, lograremos que el rey nos escuche, y después de escucharnos, que nos crea?

—Yo os daré una carta para el rey.

—¿Y os quedaréis vos aquí, expuesta á la venganza de vuestro padre?—dijo Rafael.

—¡Oh! ¡si yo pudiera acompañaros!—dijo Elena.

—Y ¿por qué no?—respondió Rafael—, el dinero que vuestro padre nos ha dado para que guardemos el secreto es bastante para llegar á España.

—¿Y si tenemos algún encuentro en el camino con alguno de los caballeros que conocen á mi padre y que me conocen á mí?

—Ya os disfrazaremos de modo, señora—dijo Rafael—, que nadie os conozca.

—Pues bien—dijo tu madre—; cada día que pasa yo veo creciente la cólera en el semblante de mi padre; yo temo: yo me estremezco, más que por mí, por mi hija.

Sonaron en aquel momento las tres de la mañana.

Tu madre escuchó ansiosa el sonido de la campana.

—Las tres—dijo—, aun nos quedan cuatro horas: ¿podremos estar fuera de Gante á la hora en que mi padre venga á verme?

—Las puertas de la ciudad—dijo Rafael—, se abren á las cuatro para que entren los abastecedores de las cercanías: nadie extrañará que dentro de una hora salgan tres gitanos y una gitana, de la ciudad: en viéndome yo fuera de Gante, desafío á vuestro padre á que nos encuentre: antes de una hora habremos ganado la selva Roja; y una vez en ella... una vez en ella, nada tenemos que temer.

Tu madre se vistió bajo las ropas de lecho, saltó de él, fué á un lado de la cámara, levantó la alfombra y una baldosa y sacó de debajo

de ella la empuñadura de oro de un puñal, con un pedazo de hoja.

—¿Veis esto?—nos dijo mostrándolo—, cuando el rey supo que yo estaba encinta metió su puñal entre la juntura de una puerta, le rompió, guardó la punta y me dijo:

—Tomad, Elena, si alguna vez os veis obligada á separaros de lo que naciere, entregad á la persona que se encargue de ello este puñal roto; será la señal por la que reconoceré yo vuestro hijo.

Tu madre, Rosaura, guardó cuidadosamente aquel puñal roto.

Poco después nos siguió temblando, y salimos de la casa de su padre: nos trasladamos á la nuestra.

Con los untos que yo tenía para teñir canas, la cambié los cabellos de rubios en negros; la teñí con hollín, la puse un vestido mío; la peiné á nuestra usanza; te teñí y te vestí como se viste á los hijos de los gitanos, y en dos caballos y en una mula salimos de Gante, dejando cerrada nuestra casa y llevando con nosotros todo el dinero que teníamos.

Antes de que amaneciese llegamos á la selva Roja.

—Estamos en salvo—dijo Rafael dejando de excitar las cabalgaduras á que marchasen de prisa— el gran baillío no tiene ya poder sobre nosotros; dentro de muy poco estaremos enmarañados en la selva.

Yo ignoraba que Rafael conocía algunas gentes que en la selva se amparaban, y me causó una grande extrañeza, cuando estuvimos algo internados el oír un largo silbido lanzado por Rafael: por el momento nadie contestó.

—Vamos—dijo Rafael—, no andan por aquí.

—¿Pero quién es quien ha de andar por aquí?—dijo tu madre asustada.

—¿No habéis oído contar, señora, encuentros de hombres asesinados y robados en la selva Roja?

—Sí—contestó tu madre con doble terror.

—Nada temáis, señora—dijo Rafael—, que á vos nadie os robará ni os asesinará: yo he preferido vivir de mi trabajo á formar parte de la banda que infesta la selva Roja, compuesta de gitanos como yo: esto no impide el que me conozcan y me respeten, porque ya saben ellos quien es Cuervo: os protegerán y aquí estaremos amparados hasta que podamos salir con seguridad.

—Yo ignoraba, dije á Rafael, que tú conocieses á esos bandidos.

—¿Y para qué había de decírtelo, si yo no soy como ellos? pero cuando los malos hacen falta, se les utiliza.

Y Rafael volvió á silbar con más fuerza.

Poco después sonó lejos, muy lejos, otro silbido.

—¡Ah!—exclamó Rafael—, bien pensaba yo que no podían estar muy lejos.

Y silbó de nuevo.

Contestó mucho más cerca otro silbido, y algunos minutos después una voz robusta preguntó en dialecto gitano.

—¿Quién es? ¿cómo se llama?

—El Cuervo—contestó Rafael—, que viene huyendo de los burgomaestres.

Un momento después se nos presentó un gitano viejo, agigantado robusto; que traía al hombro un mosquete.

Empezaba á amanecer.

Rafael echó pie á tierra y adelantó hablando con aquel hombre.

A medida que hablaban, aquel hombre volvía la cabeza para mirar á tu madre.

Al fin después de un largo rato de conversación, el gitano se volvió y dijo á tu madre:

—Yo soy «Quitapenas» señora, y podéis decir que estáis tan segura en la selva como si estuviérais metida en el castillo de Amberes: dentro de muy poco tiempo habréis pasado la frontera francesa y nada tenéis que temer.

En efecto; pocos días después entrábamos, en una fría mañana de Enero, en París y nos hospedábamos en la hostería de la «Cruz de Nantes», cerca de Nuestra Señora.

Pero tu madre estaba enferma; y enferma de su primera y última dolencia.

Un mes después de haber llegado á París murió entregando á Rafael el puñal roto, por medio del cual podía reconocerte el rey de España.

Calló Rosaura, cuando llegó á este punto de su relato, y guardó por un largo espacio silencio, pálida y conmovida.

Al fin dijo, continuando:

—Al oír que mi madre había muerto por salvarme, sentí un dolor tan agudo como el que siento ahora que, refiriéndocs mi historia, he llegado á este terrible suceso.

—Dios habrá tenido compasión de vuestra pobre madre—dijo doña Leonor—; pero ¿cómo es que Rafael Cuervo no se apresuró á llevaros á España, á pedir una audiencia al emperador y á decirle, ahí tenéis vuestra hija, ved la prueba de ello, que su madre me ha entregado al morir.

—La misma pregunta que vos me habéis hecho señora—dijo Rosaura—, hice yo á Mari-

linda, cuando llegó á este punto de su relación.

Mari-linda me dijo:

—Ignoro los proyectos que había concebido Rafael; sólo sé que por entonces resistió constantemente á mis consejos de que fuésemos á España á entregar su hija al rey don Carlos.

Vivimos en París cuatro años, dedicado mi marido á la profesión de herrero, en la que ganó mucho, porque con el dinero que le había dado tu abuelo, había puesto una gran herrería.

A los cuatro años me dijo: Por aquí han pasado unos gitanos que van á España á dedicarse al trato de caballerías: ya sabes que en nuestra hermosa tierra andaluza, se gana mucho con este tráfico; voy á vender la herrería y á fijarme contigo y con Rosaura, camino para Sevilla, adonde llegarán algunos días antes los que saben ya que tienen que esperarnos.

Por el verano de 1522 llegamos á Andalucía. Desde entonces Rafael es el jefe del aduar, cada día más respetado, cada día más rico. Yo no te he hecho antes esta revelación, temiendo el furor de Rafael.

Pero voy á morir, hija mía; cuando él llegue ya no tendrá remedio.

Era necesario que supieras quién eres.

Ese hombre te ama de una manera insensata; bien lo sabes tú.

Yo tengo celos, no de ti, sino de su amor; me ha envenenado y no quiero llevar conmigo á la tumba el secreto de tu nacimiento.

Yo me aterré y llamé para que socorriesen á Mari-linda.

En aquel momento llegaba Rafael al aduar.

En vano fueron todos los esfuerzos para salvar á Mari-linda.

No volvió á levantarse del lecho, y algunos días después murió, extinguiéndose como la luz que se apaga.

No puedo recordar sin horror la muerte de Mari-linda.

Su agonía fué terrible; asió las manos de Rafael y le dijo:

—Lo sabe todo; si ella te ama, sé feliz; yo que era un obstáculo para tí, he dejado de serlo.

Poco después, murió.

—Estaba loca—me dijo Rafael junto al cadáver todavía caliente de Mari-linda.

Y no volvió á hablarme nunca de ella; nunca me dijo que me amaba; pero su mirada me lo decía siempre.

Un día, hace seis meses, entró en el aduar un hombre.

Aquel hombre me hizo sentir lo que nunca había sentido; amor.

Aquel hombre era don Luis del Espino.

Aquel hombre reparó en mi y me creyó bastante bella para servir de entretenimiento á su libertinaje.

Don Luis del Espino, olvidándose de quién era y de la encomienda que llevaba al pecho, trabó amistad con Rafael; venía al aduar, se le llevaba y me enamoraba entre tanto engañando á Rafael, á quien creía mi padre.

Yo iba á la alameda próxima al aduar, donde veía al comendador que entraba en la alameda por otro lado.

Mis amores con él duraron muy poco.

Dos meses después de haberle conocido, supe con terror que había renunciado al mundo entrando en el hospital de la Caridad.

Lo demás, lo sabéis, señora; yo soy madre; mi estado está á punto de hacerse visible; me desesperé y me arrojé al río.

Rosaura guardó otra vez silencio.

—¡Oh! no sabéis cuánto he sufrido.

Cuando me sentí sumergir, el terror de la muerte me volvió á la razón; aquello fué un instante, porque inmediatamente perdí la conciencia de mí misma.

Pero aquel instante era una eternidad.

Amé la vida por el hijo que llevo en mis entrañas; pensé en Dios, en otra vida; en una eternidad de penas.

Después nada; nada hasta que desperté como de un letargo profundo, y me encontré en un lecho del hospital.

—¿Y sabéis quién os ha salvado, Rosaura?—dijo doña Leonor.

—Me lo han dicho; él, don Luis del Espino.

—No; los de la Caridad no os encontraban; quien os salvó fué don Juan Tenorio.

—¡Don Juan Tenorio!—exclamó Rosaura.—¡el del Convidado de Piedra!

—Sí.

—¿Está en Sevilla don Juan Tenorio?

—Sí; llegó anoche; iba en una lancha con una mujer á quien ama, cuando os vió arrojaros al agua; los de la Caridad salieron sin vos, y él, á quien Dios ó el diablo protegen, os salvó.

—No sé si agradecersele ó no; ¿qué va á ser de mí?

—¿Amáis á don Luis del Espino?

—No; me ha abandonado; me ha despreciado; él no me ama; él se convirtió por el amor de otra mujer á quien vió muerta.

—¿Y creéis que don Luis del Espino se ha convertido? ¿Creéis que el diablo suelta tan fácilmente una presa que ha hecho? No; don Luis del Espino no es ya hermano de la Ca-

ridad; ha vuelto al mundo y tiene ya otros amores.

—¡Quién!—exclamó Rosaura.

—¿Tenéis celos?—dijo doña Leonor.

—No, celos no; lástima de la desdichada á quien ese hombre ama.

—¡Ah! la mujer á quien ama ese hombre, será su castigo; yo os lo aseguro.

—¿La conocéis?

—Como me conozco á mi misma.

—¿Conocéis al comendador?

—Como os conozco á vos.

—¿Sois vos acaso la mujer á quien ama don Luis?

—Sí.

—¿Y no le amáis?

—No.

—Le amaréis; Satanás ha puesto en su boca la palabra que embriaga; en sus ojos la mi-

rada que quema. ¡Oh! ya veréis cómo es imposible resistirle.

—¿Creéis que por el amor de don Luis puede olvidarse á don Juan Tenorio, como por don Juan Tenorio puede olvidarse á don Luis?

—¡Ah! ¿y vos amáis á don Juan Tenorio?

—Sí; con un amor terrible; con un amor despreciado que necesita venganza y que se vengará; pero no pensemos en esto; pensemos en vos; os habéis fatigado, reposad; dormid; voy á dejaros sola; cuando vuelva puede ser que os traiga una buena noticia.

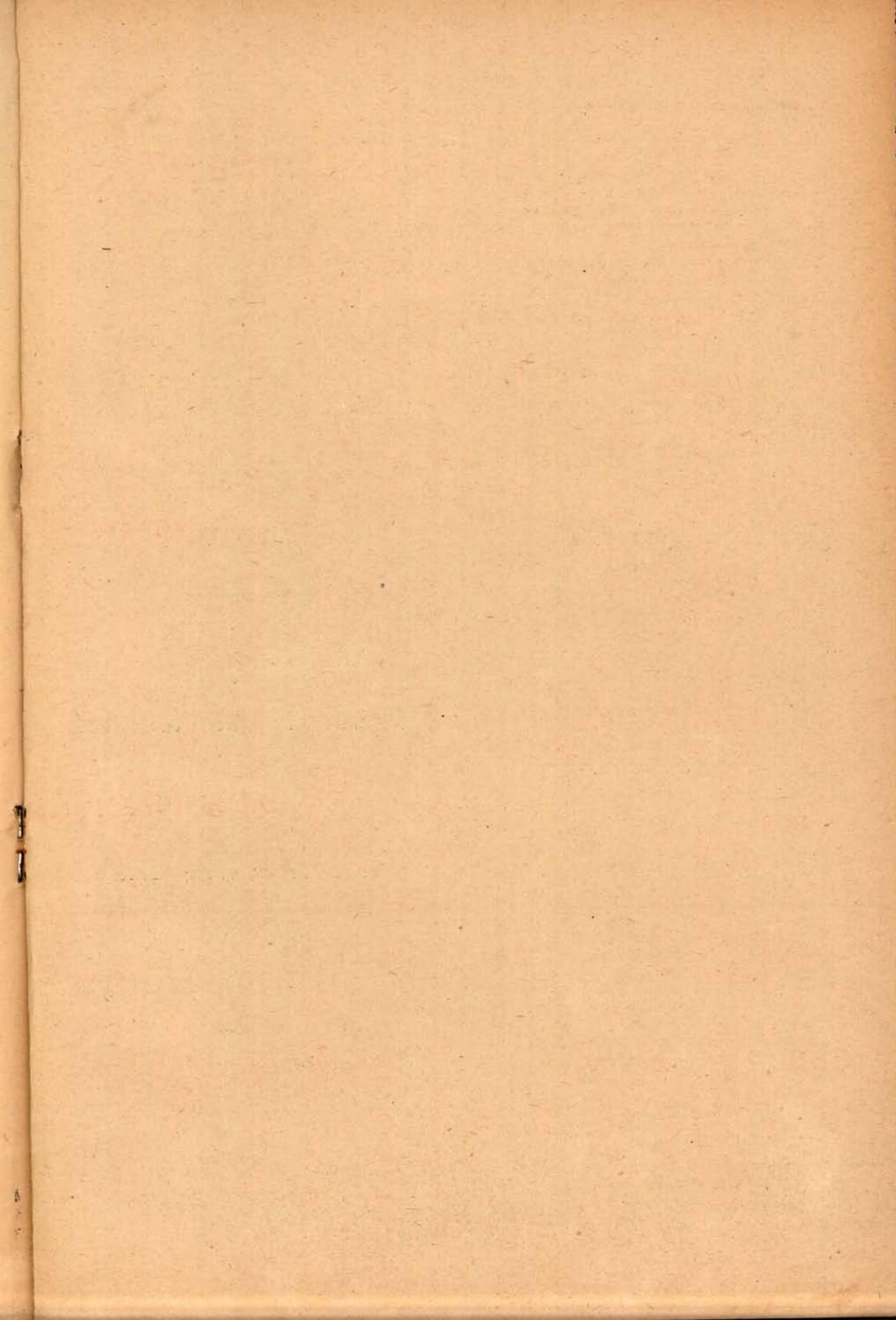
—¡Una buena noticia!—dijo Rosaura.

—Sí; pero no me preguntéis más; reposad y adiós.

Doña Leonor se apartó del lecho, salió, cerró la puerta del aposento, se guardó la llave, llamó á Cristóbal del Saltillo, y le dijo:

—Acompañadme al alcázar.

FIN



NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

Se ha publicado el quinto tomo, Historia de la República Romana, por Michelet; El Imperio Romano, por Víctor Duruy, é Historia de la Literatura Romana, por A. Pierrón. Numerosísimas ilustraciones. Láminas y mapas en color. La Historia más moderna y más completa del mundo. CINCO pesetas tomo en rústica y SEIS pesetas encuadernada en tela.

Mesonero Romanos, 42.—MADRID

MAGNIFICAS TAPAS

en tela para encuadernar cuatro ó cinco volúmenes de la NOVELA ILUSTRADA. Tapas especiales para encuadernar.

Las novelas de Victor Hugo, en 2 tomos. Las de Tolstoy, en un tomo.—*Los tres Mosqueteros y Veinte años después*, en un tomo.—*El Vizconde de Bragelonne*, en un tomo.—*El Conde de Montecristo*, en un tomo.—*Ascanio y Las Dos Dianas*, en un tomo.—*El paje del Duque de Saboya*, *El Horóscopo* y *la Reina Margarita*, en un tomo.—*La Dama de Monsoreau* y *los Cuarenta y cinco*, en un tomo.—*Rocamboles*, en ocho tomos.—*Memorias de un hombre de guerra*, en un tomo.—*El Collar de la Reina*, en un tomo.—*El Tribunal de la Sangre*, en dos tomos.—*El Siglo de las tinieblas*, en dos tomos.

UNA PESETA

Forman un hermoso tomo de lujo, encuadernado á la inglesa.

Pedidos: Mesonero Romanos, 42, y á los corresponsales en provincias de la NOVELA ILUSTRADA.

Novísima Geografía Universal

POR Onésimo y Eliseo Reclús.

Traducción y prólogo de V. Blasco Ibáñez.

Seis volúmenes en 4.º, compacta lectura, más de 1.000 grabados de Doré, Renault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

4 pesetas el tomo.

Elegantemente encuadernado en tela, cinco pesetas.

LA OBRA MAS BARATA DEL MUNDO

La Editorial Española Americana.

Mesonero Romanos, 42, Madrid.

Grabador en metales.

FUENTES, 7.

Los Muertos Manda

NOVELA

por

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Tres pesetas en todas las librerías.

LA CIENCIA PARA TODOS

MANUALES CIENTÍFICOS. LOS MAS
PRACTICOS, LOS MAS ECONOMICOS

Historia de Europa.—El Polo Artico y sus misterios.—El mundo de los microbios.—Agricultura científica.—La Vida íntima de los griegos y los romanos.

Numerosos grabados. Encuadernados en pasta. UNA PESETA VOLUMEN.

Las novelas del detective Sherlock Holmes. por A. Conan Doyle.

Un crimen extraño.—El perro de Baskeville.—La marca de los cuatro triunfos de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.—Policía fina.—El Problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes. Una peseta volumen.